ELIPSIS DE MARTE
CAPÍTULO II: AMORPHOPHALLUS

Por Assur Hussein Avendaño Pastrana

Imagen de DerrickT
Nombre de la Imagen: Homage to Maya Deren
http://www.flickr.com/photos/derricksphotos/82555260/
Imagen con licencia creative commons
Atribución 2.0 Genérica (CC BY 2.0)

Elipsis De Marte Capítulo II: Amorphophallus por Assur Hussein Avendaño Pastrana se encuentra bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported.

CAPITULO II
AMORPHOPHALLUS

Aún las alas de los ángeles proyectan sombras...

I

Oscuridad.

“¡Alerth.. - hekjuiug!”, se oía una aturdida voz agónica, intentando inútilmente hilvanar palabras.

Luz.

“*Athanat*... orjsyhs”!, gritaba con desesperación la voz, sin poder tener coherencia en el hablar, “¡Despiert... akhiew!”.

Alucinantes destellos de diversos colores refulgurantes, chisporrotearon espesamente por todo el hexaédrico cuarto.

Oscuridad.

“¡Por fav... lkjhb”!” “¡Despiert... kjgi!” “¡*Athanat*... nbqr!”, suplicaba la voz con vehemencia delirante, “¡Auxilio... !”.

Era *La Vasija*.

La voz provenía de ella.

Athanatoi despertó sin abrir sus no ojos.

Luz otra vez.

El gigantesco theratogénico se hallaba gravemente desorientado, debido a su pornográfica y obscena ciclotimia.

Todo le parecía confuso.

Con gran sorpresa, el coloso descubrió estar embotellado en el interior de una flotante y hermética cámara de forma cilíndrica, la cual se hallaba recubierta con una fina cúpula de cuarzo, en donde se refractaba su fantasmagórica imagen.

“¿¡Como llegue aquí?!”, se preguntó, desconcertado de estar en el vientre del insólito cilindro, “¡¿Quién me embotelló?!”.

Enseguida, observó su enfermizo reflejo en el impermeable domo de vidrio del cilindro, el cual se empañaba y desempañaba por el agitado hálito de su respiración.

Con angustia, se percató de estar investido por una inesperada y larga bata blanca.

“¿¡Que me pasó?!”, se dijo con alarma, “¿¡Quién me vistió así?!”.

También observó con inusitado asombro su cabello.

Este se hallaba demencialmente canoso. También había crecido excéntricamente hasta llegar a las herrumbrosas uñas de sus pies.

“¡Es imposible!”, razonó, “¡No puedo envejecer!” “¡¿Qué me ha pasado?!”.

Volvió a echarse un curioso último vistazo, aprovechando la exangüe refracción del cristal, donde ninguna otra anormalidad más parecía afectarlo.

Su prodigioso e indestructible cuerpo seguía igual de fornido y vigoroso. Sin embargo, su hirsuta melena ahora era inimaginablemente larga y pasmosamente blanca, espinada en las puntas de sus cabellos con una orzuela viperina y en sus raíces laureada con una tenue corona de caspa sobre su cuero cabelludo.

Sus célebres googles seguían fielmente allí, soldados indisolublemente a la altura de sus ojos. No había sucedido así con la oscura mascara en la cual estaban incrustados. Esta se había pulverizado atómicamente por el catastrófico e insondable paso de los evos.

“¡¿Cuánto tiempo he estado aquí?!”, se dijo con repugnancia, “¡Debo salir de este cuerpo geométrico!”.

Enseguida, con un violento cabezazo, rompió la cúpula de cristal de la cámara cilíndrica y emergió de ella, con ansiedad y vehemencia.

La carne de su frente se abrió y volvió a sanar al instante.

Al salir del perturbador cilindro quedó hondamente impresionado ante la crudeza de la visión columbrada en su exterior.

Descubrió que aún residía como huésped en el vientre de *La Vasija*, pero esta se encontraba destrozada por razones desconocidas.

El hexaedro estaba destruido.

En sus impenetrables paredes de *unobtainium*, existían desgarradoras grietas lacerantes y rasguños inexplicables.

La Vasija estaba rota.

Algo terrible debía haber sucedido. Solo alguien con los conocimientos sobre la larga fórmula esotérico-matemática para tratar el *unobtainium* podía realizar ese tipo de hazaña.

"¡*Athanat*... kiug!", exclamó el hexaedro.

Oscuridad otra vez.

-¡¿Qué me ha pasado?! –preguntó el gigante, indiferente ante el daño de *La Vasija*- ¡¿Quién me ha hecho esto?! ¿¡Quién me encerró en esa botella?! ¡Lo pagará muy caro! ¡¿Por qué mi cabello ha encanecido y crecido?! ¡¿Cuánto tiempo ha transcurrido?!

"¡Auxili... oiyyg!", vociferó *La Vasija*. No podía hablar bien a causa de sus traumatismos. Sin embargo, aun cuando pudiera hablar correctamente, de nada hubiera servido, pues *Athanatoi* estaba encerrado en sí mismo, insensible ante cualquier evento a su alrededor.

La Vasija tuvo que elevar al máximo su derruido tono de voz para que el inmortal fijara nuevamente su atención en ella.

-¿Qué quieres de mí? –pregunto el titán.

Como respuesta, el hexaedro intentaba inútilmente hilvanar su voz pero *Athanatoi* no entendía. De esta manera, *La Vasija* optó por usar el antiguo arte de la mímica, frustrada por intentar comunicarse a través del arcaico recurso del lenguaje.

Para ello, abrió la puerta del cuarto.

La inmensidad nívea del vació se mostró ante el titán nuevamente, succionándolo con glotonería hacia el abismo para saciarse con un torbellino goloso de carne humana.

El theratogénico se sujetó firmemente al suelo y, avanzando a hurtadillas, caminó con precaución hacia el umbral.

Sudaba copiosamente.

Su mente perdía coherencia cada vez más.

Le costaba trabajo pensar.

Por reflejo, *Athanatoi* asomó su cabeza hacia el exterior del cuarto.

Lo que vio allí, lo intrigó.

"¿Qué demonios es eso?", se preguntó con asombro.

En el exterior resplandeciente del espacio, producido por las lánguidas cenizas de las estrellas, flotando en silencio sobre al abismo albo, un extraño y ciclópeo navío estelar en forma de heptámide se podía apreciar en la letanía.

"¿Quiénes van en la nave?", se inquirió a sí mismo el inmortal, con su corazón latiendo presurosamente, "¡Ya no hay nadie vivo en el universo, además de Téotl y yo! Nadie puede estar con vida, *La Entropía* se ha tragado a todo. Nada sobrevive a ella. ¡Maldita sea, me arrebató a todo, me condenó a la soledad! Sin embargo, me consuela saber que aun ella se extinguirá cuando todo acabe, dentro de muy poco. Incluso yo, el inmortal, moriré por fin ante ese cataclísmico acontecimiento".

Se incorporó sobre el dintel de la puerta y, con abstracta curiosidad, notó como un largo y misterioso objeto se hallaba anudado a ella.

Era una soga áurea con forma de serpiente de dos cabezas.

"¿¡Que puede hacer este inusual cuerpo aquí?!", se dijo.

Enseguida, notó como, en uno de sus extremos, la coyunda era triple y estaba amarrado, con un delicado nudo doble, a la parte superior de la cancela de *La Vasija*.

El otro extremo de la soga se perdía en la lontananza, rumbo a la horrorosa nave espacial de siete lados, impávidamente flotando frente a ellos.

La cuerda unía a *La Vasija* con *La Heptámide*.

-¡¿Quién las enlazó?! –le preguntó el gigante al hexaedro viviente-, ¿¡Para que lo hicieron?! ¿Quieres que las desate?

Entonces, el invidente dirigió sus manos al cordel, dispuesto a desenrollar el nudo. La cancela se cerró con furia.

El agresivo portazo de *unobtainium* le amputó de un solo tajo los dos brazos a *Athanatoi*, los cuales se desintegraron de inmediato en el espacio, devorados ansiosamente por *La Entropía*.

Al instante unos nuevos retoñaron de su muñón de carne.

-¡Maldita seas! ¿Por qué cerraste la puerta? ¡¿No quieres que lo haga?! ¡¿No deseas disociarte de esa nave?! ¡¿Qué deseas entonces?!

La Vasija no respondió.

Todo se hallaba en penumbras, solo unos pequeños haces de luces se filtraban a través de las tenues resquebrajaduras de las murallas, iluminando el cuarto como si fueran las franjas de un tigre.

El biológico hexaedro abrió la cancela de nuevo, con paciencia.

El gigante volvió a posar la mirada sobre la desconcertante heptámide, la cual levitaba con soberbia frente a ellos, y entonces, el theratogénico pudo entender a su interestelar compañera de viaje.

-¡Deseas que yo vaya allá! ¿Cierto? Ansías que cruce el abismo entre ustedes dos y aborde esa nave. ¿No es así?

La Vasija no cerró el umbral, señal que el titán interpretó como una respuesta afirmativa.

-¡Esta bien!... ¡Lo haré! –exclamó con determinación-, ¡Si eso te compone y me aclaras todo!... ¡Saldré allá afuera y me enfrentare a *La Entropía*!

Resuelto, el coloso se dirigió a la puerta, dispuesto a cruzar el abismo, pero abruptamente, *La Vasija* le cerró la portezuela otra vez.

-¡¿Qué te pasa?! –vociferó exasperado el gigante-, ¡¿No querías eso?!

La Vasija guardó silencio, luego volvió a abrir la cancela.

Athanatoi, tras unos momentos de perplejidad, se dispuso a salir de allí nuevamente y encaminó a la salida.

Sin embargo, el hexaedro volvió a cerrar escabrosamente el acceso.

Esta desconcertante actitud lo enfureció.

-¡¿Estás loca?! ¡¿Qué pretendes lograr?! ¡¿No quieres que salga?!

La orgánica nave respondió con un amplio repertorio de destellos de colores.

Ante la inmensa gama de tonalidades desplegada por el hexaedro, un eco regurgitó en las reminiscencias del theratogénico y, con esta acción, recordó a la vetusta ammolita que tenía como mascota.

Lleno de espanto ante la posibilidad de haberla perdido por siempre, la buscó con prontitud por su bata blanca.

Suspiró aliviado cuando la encontró en una de sus bolsas.

El coloso la sacó y la miró cuidadosamente.

Se hallaba dormida.

Le brindó unas tiernas caricias como mimos.

Por fin, el invidente recordó cual era el combustible de *La Vasija*.

-¡Cierto! –dijo él-, ¡Lo había olvidado! ¡Necesitas tener a un ser vivo en tu interior como tu combustible! ¡Si salgo, dejarás de tener energía y morirás!

Prometiéndole volver, dejó a la vieja ammolita en el suelo del hexaedro, sujetándola con firmeza al piso, y después, con valentía se dirigió al umbral.

Esta vez, la cancela se abrió y no se cerró, como señal de aprobación hacia su decisión.

Con mucho cuidado, el theratogénico se despojó de su toga blanca y de sus googles, quedando desnudo, pues sus humildes accesorios no resistirían a las fuerzas hambrientas del abismo.

Tomó firmemente la cuerda áurea con sus manos, enroscándose alrededor de ella, y con temeraria intrepidez salió al blanco vacío, rumbo a la enigmática heptámide.

La Entropía del universo se lanzó traidoramente sobre sus carnes, como una jauría de perros rabiosos con hambre.

Una poderosa ráfaga de labios leporinos y punzantes se arremolinaron alrededor de *Athanatoi*, cual filosas cuchillas cortantes, dispuestas a tocarlo con su punta y saborear el picnic de un bocado de carne humana, tras una dieta obligada de millones de años.

Primero deglutieron su estriada piel morena, desollándolo con excitación paradisíaca entre sus podridos dientes puntiagudos y, soplando en sus entrañas, reventaron su estómago, esparciendo sus maravillosas vísceras sobre el moribundo cadáver del cosmos.

Una estruendosa cachetada del abismo albo le desencajó grotescamente la mandíbula y parte de la lengua.

Sus piernas se pulverizaron molecularmente, explotando en silencio, erosionándose con un estallido súbito de cólera cósmica.

En el clímax del frenesí bélico, su columna vertebral fue arrancada de cuajo, desde el tuétano de sus huesos, dejándolo por unos segundos como una pulpa amorfa de carne humana, antes de que el fantástico cuerpo de *Athanatoi* se regenerase por completo.

"¡No debo de caer!", se advirtió a sí mismo, "¡Si lo hago caeré para siempre y nada detendrá mi caída. No habrá alas que me eleven como mariposa sobre astros moribundos y flotaré para toda la eternidad a las orillas de un universo oscuro. Si caigo, jamás podré cumplir mi misión. Debo de llegar ante Téotl. Debo sujetarme bien a la cuerda viperina".

Athanatoi continuó avanzando.

La Entropía embistió a su rival sin cansarse.

El milagroso cuerpo del theratogénico se reconstituyó de inmediato de todas las ofensivas.

Era un disparatado crear y destruir eterno entre ellos dos.

Ninguno de los dos podía ganar.

Los dos podían perder.

Ambos habían quedado ex aequo.

Eran dos bestias salvajes en celo, combatiendo irracionalmente sobre las eternas olas de la nada, danzando en un vals de ilógica.

A veces, en la guerra absurda entre los dos contendientes, el cuerpo del titán era arrasado totalmente por su adversario. Sin embargo, portentosamente, este volvía manar de sí mismo, nunca dándose por vencido, siempre asiéndose a la cuerda viperina con firmeza y avanzando con audacia hacia su destino.

Athanatoi, con el infierno goteando su achicharrante sudor por encima de sus hombros, por fin alcanzó el otro extremo de la serpentiforme cuerda, no sin antes voltear la cabeza y dirigirle una sonrisa sarcástica al abismo albo, pero este no le devolvió la sonrisa.

Llegó a una monstruosa gruta, la cual estaba fundada por debajo de los cimientos de *La Heptámide*.

El titán invidente transpiraba con exageración.

Su desnudo cuerpo estaba empapado de la salada humedad de su hircismo.

Con su largo cabello canoso se limpió las gotas de sudor.

Temblaba ligeramente.

Su conciencia se perdía lentamente en el limbo, disolviéndose con suavidad en la demencia, fundiéndose cada vez más con la nada.

De pronto, la sinrazón lo acometió.

"¡¿Y si la araña en mi mente por fin me ha cubierto con sus ponzoñosas redes?!", se preguntaba aterrado, "¡¿Qué tal si ni siquiera existo?!", "¡¿Y si solo soy una ficción?!".

Entonces la náusea lo invadió.

La cabeza le dio vueltas.

Su estómago burbujeó.

Inclinándose sobre sus rodillas, abrió la boca y vomitó con excesivo asco.

Su regurgitación era verde y caliente, grumosa y espesa.

Incorporándose sobre sí mismo, se limpió la boca con las manos y se dispuso a reanudar su camino.

Usó los débiles sentidos extrasensoriales, proporcionados por su maléfico creador, para guiarse a tientas a través de la alarmante y silente estructura extraterrestre.

En la inverosímil y tenebrosa caverna carente de reverberación, a la cual *Athanatoi* llegó con grandes penurias. Existía una tibia y polvorienta atmósfera creada artificialmente. También había una agradable gravedad balanceada perfectamente con exquisitez y delicadeza.

Allí, para su desconcierto, *Athanatoi* encontró seis puertas colocadas en órbitas circunscriptas alrededor de una elipse, como si fueran los pétalos marchitos de una occisa rosa de concreto.

En el centro de las seis puertas, un pozo abría su boca, mostrando lo bruno de su áspera garganta, como un cenote borrascoso.

El corpulento theratogénico se acercó a una de las cancelas. Esta, al sentir la resonancia palpitante del campo mórfico de un ser vivo, se abrió de manera automática, permitiéndole ver el encriptado contenido en su interior sombrío.

Dentro de ella, existía una sala con otras seis puertas esperando a ser abiertas.

El gigantesco hombre salió de allí, confundido, e hizo lo mismo con las cinco puertas restantes, con idéntico corolario al anterior.

Supuso que el patrón de salas y puertas se repetiría sucesivamente en el resto de umbrales, resultando en una laberíntica construcción.

En toda la cueva, no existía el más mínimo vestigio de escritura o símbolos, lo cual dificultaba dilucidar el misterio de *La Heptámide*.

Ni siquiera en las puertas había inscripciones o caracteres alfabéticos.

“¡¿Quién construyó todo esto?!”, exclamó, “¿A dónde se fueron?”, “¿Qué habrá sido de ellos?”.

Haciendo uso de su limitada telepatía, se percató del pozo.

Pasó su mano sobre el cenote y sintió soplar desde su fondo una gélida y sutil corriente de aire.

“¿A dónde irá?”, se preguntó y luego, sin mucha prudencia, se arrojó al abismo.

Cayó con bullicio sobre las pegajosas aguas de una especie de lago profundo, hundiéndose pesadamente dentro de esos líquidos bastardos.

Salió a flote, con prontitud, a la superficie de la chiclosa masa lacustre y enseguida nadó enérgicamente hacia las orillas, chapoteando ágilmente con sus vigorosas piernas.

Una vez allí, unas levitantes e imponentes escaleras en espiral llevaban hacia un exótico cenotafio.

Sin miedo, el gigante las recorrió y subió hasta el sepulcro sagrado.

De inmediato se dio cuenta de su error.

El umbral se cerró a sus espaldas y el cuarto empezó a moverse con un tambaleante movimiento telúrico por varios minutos, haciéndole perder el equilibrio.

La habitación estaba elevándose.

El coloso se sujetaba a las paredes, procurando mantenerse erguido durante el transcurso del temblor, haciendo crujir sus dientes mientras acababa el sismo provocado por el ascenso.

Cada vez le costaba más trabajo pensar.

Estaba harto.

Solo deseaba descansar, cumplir su misión, aplastar y tragarse a la araña en su mente.

Morir.

Su exudación era exagerada, estaba bañado en ella.

Ya ni siquiera se molestaba en enjugar su sudor.

Por fin, la cámara se detuvo y la cancela se abrió.

El gigante salió de ella y quedó sorprendido cuando lo primero que se encontró frente a él fue una caja que tenía su nombre.

“*Athanatoi*”, decía la caja.

Estaba perplejo.

El gigante la tomó y abrió.

En su interior se hallaba un cambuj de terciopelo carmesí con un gran ojo electrónico incrustado en su parte media.

Se llevó a la frente el siniestro regalo y su visión regresó por completo.

“Sólo Téotl pudo haberme dejado esto”, pensó el gigante.

Enseguida, el ahora cíclope elevó la vista.

Un perturbante pasadizo se abría ante él, exponiendo una variada galería de diversas obras de arte extraplanetarias.

Al entrar en el lúgubre túnel, un singular instrumento musical extraterrestre de trece super cuerdas de energía, situado en el centro de los suntuosos aposentos, empezó a tocar de manera automática una hermosa y triste melodía alienígena, la cual tenía millones de años sin ser interpretada y escuchada.

El invidente inmortal quedo embelesado por el misterioso arte de la música, el cual había sido perdido sin remedio para siempre en la bruma de los eones, y nadie había sido capaz de recuperarlo.

La canción le parecía dulce y deseaba escucharla de principio a fin, antes de continuar su peregrinación, pero entonces se dio cuenta de algo estremecedor.

“¡Es infinita!”, se dijo, “¡El compositor se las arregló para que la balada no terminara jamás!”.

Con desencanto y contrición, dejó atrás a la balada, y continuó explorando la lujosa y dantesca habitación.

En ella, existían toda clase de objetos fantásticos, como si fueran un museo de la maravilla situado en una ciudad de prodigios extinta y muerta muchos evos atrás.

Magnánimas pinturas holográficas, pintadas con colores imperceptibles para el ojo humano por sensibles artistas extraterrestres, todos ellos ya fallecidos y perdidos en el polvo del tiempo, decoraban con opulencia las irreales paredes del imponente pasadizo.

Arcaicas y perdidas poesías extraterrestres, escritas por excelsos y desconocidos poetas alienígenas, usando letras en tercera dimensión con símbolos mentales fluorescentes, resplandecían sosegadamente sobre las fastuosamente ornamentadas tapias, sonando por si solas con las notas de una melodía ignota, recitándose a sí mismas cuando el sanguinario guerrero pasaba cerca de ellas.

Recorrió todo el prolongado pasillo de la galería hasta llegar al fondo.

Allí encontró, para su sorpresa, una escultura de Bellangela.

"¡Es Bellangela!", se comentó, "¿¡Pero quien pudo traer una efigie de ella hasta este lugar!?", "¡¿Por qué lo hicieron?!".

En ella, la *Virgen Vesthal* estaba dotada de doce alas gigantes abiertas, seis en cada uno de sus lados, revestidas exactamente de trece mil plumas. A pesar de la urgencia, *Athanatoi* se había dado el tiempo de contarlas todas, una por una, con el iris cristalino de su ojo carmesí de cíclope electrónico.

La imagen estaba en posición de vuelo, como si marchara con tesón rumbo a un último combate.

Athanatoi se acercó más a la estatua, apreciando todos los exquisitos detalles del magnífico monumento.

La figura reproducía fielmente las delicadas facciones del rostro de la preciosa *arahant*. Su esbelto cuerpo se hallaba tallado de manera idéntica a las angulosas y estéticas formas del original. Era una representación magistral y perfecta. Los ojos hipnóticos de la efigie poseían el encanto gemelo de la Bellangela verdadera.

Solo le faltaba respirar.

Por un momento, pensó que en realidad la estatua era ella.

"¡¿O será ella misma?!", pensó con incredulidad, "¡¿Puede ser eso posible?!".

Tímido, tocó con la punta de sus dedos los finos labios de la pulcra imitación de Bellangela.

-¿Eres tú? –preguntó, esperando inútilmente una respuesta.

La preciosa escultura guardó silencio estoicamente.

Entonces, *Athanatoi* reparó en la mano izquierda de la efigie.

Esta empuñaba una espada de *idoneidonita*, señalando con la punta de su filo directamente hacia un hoyo en la pared.

Era un agujero pequeño y tenebroso.

Athanatoi se acercó, e imprudentemente metió su cabeza dentro del boquete.

Negritud.

Era una oscuridad asquerosa la de aquélla oquedad circular y bruna.

Despedía un tufo maloliente.

Se podía percibir una tenebrosidad atmosférica e inenarrable en aquel leproso agujero, compuesta por las partículas lóbregas de las tinieblas y mezclada con los corpúsculos etéreos de la lobreguez, produciendo una sustancia heterogénea de confusión y claridad.

Aquella oscuridad no era una noche falsificada nada más.

¡Oh, no lo era!

Más bien parecía un nido silente de penumbras gaseosas e inertes, las cuales hacía cosas inicuas y morbosas con los senos de la luminosidad, como el sublimar secretamente al vapor de su luz.

Y algo se cobijaba cálidamente en esos brunos mantos. Y algo se hallaba a la nauseabunda espera de ser velado. Y algo residía abyectamente en su patria de sombras con sabia paciencia sefírica.

O tal vez no era nada. O quizás la carcomida mente del theratogénico se burlaba una vez más de él. O posiblemente era otro delirio de su imaginación *meshuggah*. O en realidad no existía ese algo oculto en el surrealista pozo incrustado horizontalmente en la pared.

-¡¿Quién eres?! -preguntó el gigante.

El eco de su pregunta rebotó huecamente en las paredes.

Nadie respondió.

II

Ixh abrió su único ojo.

Parpadeó.

Sus frías lágrimas de cristal cayeron sobre la seca arena de *El Tiempo Del No Tiempo*, provocando suaves ondas concéntricas sobre el polvo acopiado y por fin se secaron, bebidas ávidamente por la sílice de su desierto.

El terrible *Yogha Nidrha* había culminado.

Con este desolador suceso, empezaba la oscura *Edad Hadeica*, con todos los inherentes y funestos sucesos por acaecer.

Los déspotas sistemas cuánticos *shinhan*, tiránicamente conectados a su deforme cráneo hipertrófico, al ver terminado el amargo sueño alucinógeno del horripilante ente celestial, procedieron a informarle de inmediato el *shamvit* de las cosas durante su larga hibernación nuclear.

"¡No!", se lamentó ella, abriendo su único globo ocular con desmesura, incrédulamente aterrada ante los escalofriantes datos enviados por sus sistemas sinérgicos, "¡No puede ser! ¡Han pasado mil y un saeculums celestiales desde *La Guerra Del Eclipse Solar*! ¡Muchísimo tiempo! ¡Bastante más al que esperaba! ¡Esos desdeñables hombres laceraron la lozanía de mi cutícula en demasía! ¡En verdad me lesionaron considerablemente más de lo que imaginaba! ¡Aún estoy herida, mi *shakti* esta malsana!".

Conmocionada con exceso por el espantoso informe de sus sistemas, con brusquedad giró trescientos sesenta grados su malformada cabeza mecatrónica, con el pueril objetivo de mirar a su alrededor y reconocer al primitivo santuario electromecánico donde ella había yacido en coma por mil y un evos.

A través de su particular inspección, realizada en menos de un attosegundo, observó el seguir residiendo en su ancestral fortaleza, la cual se hallaba cincada alrededor de dantescos megalitos anteapocalípticos.

Aun fungía como la dueña egoísta de los últimos vestigios de una alta tecnología perdida y asesina.

Aún somnolienta, la diva descendió de su despreciable lecho flotante de fulgor *Brahma-Yioti*.

La letal radiación de ese resplandor sagrado se había adherido firme e indisolublemente a su rastrera esencia, adueñándose pérfidamente de la dañada tersura de su rubia epidermis.

Ahora ella misma emitía una potente fluorescencia mortal.

También el vaho de su halito era letalmente tóxico.

Posó las desnudas palmas de sus pies de arcos vencidos sobre el suelo, e inesperadamente se hundió hasta la cintura en el inmaculado polvo que se había acumulado por el impío pasar de los eones.

Aún se hallaba débil.

Sus escuálidas piernas temblaban débilmente ante el insignificante peso de su demacrado cuerpo.

Avanzó a hurtadillas entre la espesa sopa de arena milenaria, haciendo caprichoso uso de sus lánguidos brazos y de sus famélicos dedos.

Sus otrora gloriosos senos ahora estaban marchitos y se bamboleaban grotescamente de un lado a otro con cada movimiento suyo, cual mellizas bolsas de carne vacías.

Parecía más bien la caricatura irónica de un cadáver binario.

Su ojo azul y único ya no era más. Ahora su glóbulo ocular era de un color densamente negro y sus iris rojos, con terrosos tintes amarillos alrededor de la retina.

Escupió al suelo su ácida saliva radiactiva y a través de su inmundo escupitajo bautizó a su solitaria y despreciada fortaleza con el sugestivo nombre de *Aitha*, debido a que ese lugar ahora se asemejaba al inframundo, cuando anteriormente allí la música parecía tener alas.

Los reportes de sus máquinas le indicaban estar residiendo en una isla inmensa y profana.

Un monstruoso y aparentemente infinito mar de extrañas aguas turbias y negras rodeaba la isla.

Los hombres neopaganos que habitaban aquel lugar, irrespetuosamente, habían nombrado aquel vastísimo océano con el nombre de *El Phantalessa*, pues sus insondables estepas hídricas parecían no tener conclusión en las llanuras húmedas de los horizontes lejanos.

La diva emergió subrepticiamente de su hipogeo baluarte proscrito, no sin extraordinaria dificultad, el cual por el exterior era una terrosa y escarpada montaña. Desde su cumbre silente manaba un riachuelo de sorprendentes aguas límpidas. *Ixh* quedo efusivamente deslumbrada ante la exuberancia vegetal del reino plantae de ese lugar.

Se encontraba turbadamente ansiosa de columbrar las maravillas blasfemas de la nueva tierra y ver el nuevo mundo engendrado por los hombres.

Una anómala y aberrante muchedumbre de impresionantes organismos eucariotas poblaban oclocráticamente la isla.

Primitivas células protozoarias gigantes deambulaban pesadamente sobre plantas sin tallos ni raíces leñosas, combatiendo lentamente contra titánicas pluricélulas autótrofas para sobrevivir a la voraz fagotrafía de estas últimas y así evitar ser tragadas por la espantosa endocitosis.

Secuoyas mutantes, irreversiblemente trastornadas por el periodo dhevónico, crecían simpódicamente varios kilómetros de largo, hasta llegar a arañar con las ramas de sus copos perennifolios a la exorbitante troposfera.

En aquel arbóreo cielo, una enmarañada y gruesa red de espinadas ramas entrelazaba a estos fantásticos árboles gigantes, construyendo laberínticos y aterradores bosques coníferos de profundidades incognoscibles y aterradoras, fundando un perturbador hábitat repleto de criaturas extrañas y triperas, las cuales merodeaban ateridas desde la oscuridad de la noche a la espera de deglutir a infortunadas presas o carroña fresca.

Infinitud de biomas inverosímiles eran amamantados por los lacónicos senos de las precipitaciones fluviales, las cuales eran de proporciones diluvianas en ese entorno salvaje, alimentando con sus aguas una extraordinaria biodiversidad de especies vegetales y fauna alóctona.

Escalofriantes selvas de climas intertropicales, proporcionaban una perfecta biosfera maldita como ecosistema de residencia para millones de millones de repugnantes insectos rastreros y voladores, además de fungir como mansión orgánica para billones de billones de microorganismos desconocidos y nocivos.

Ixh se elevó por los aires, como una hoja de maple vieja y ligera, con la sutil intención de realizar un efímero análisis geomático, brillando intensamente en el cielo con su inmunda luminiscencia, como una luciérnaga venenosa y fluorescente.

En su vuelo, se dio cuenta de que la descomunal y quimérica isla, mágicamente atiborrada de una malaventurada flora y fauna, formaba parte de un delirante archipiélago de innumerables atolones, islotes e ínsulas menores.

En ellos, fabulosos ecosistemas similares a los de la isla mayor, existían en conjunto, formando un monstruoso medio ambiente, increíble debido a su complejidad e imposible debido a su grandeza. Allí, la exuberante naturaleza era despiadada y depredadora, como siempre lo había sido desde el principio de *El Tiempo Del No Tiempo*.

Sin embargo, la cruel diosa espintrónica realizó un último pavoroso descubrimiento desde las alturas ciclópeas de los cielos.

Su descubrimiento la hizo capaz de volver a conocer el auténtico significado de la palabra miedo.

Era un hallazgo aún más estremecedor a los realizados hasta ese patético momento.

Existía un error en el mar.

Llena de horror en su corazón colmado de brumas, notó como una incalculable y repugnante sombra teriantrópica yacía flemática en las profundidades álgidas del océano, prolongándose amenazadoramente varios miles de kilómetros por debajo de los dominios

submarinos de las placas tectónicas marítimas y horadados arrecifes coralinos, como enroscándose varias veces alrededor del dantesco archipiélago y adueñándose de los fluviales estuarios.

Tiritando de turbación ante el peligro latente, y haciendo uso de la temible tecnología arcana de los dioses, la inicua entidad celestial, preocupadamente envió una tenue señal de teledetección hacia la sombra imposible. Esta hizo impacto en ella, recabando todos los metadatos requeridos para la urgente biometría, y enseguida rebotó de regreso a la divinidad madre, con los estudios científicos suficientes para determinar el indiscutible resultado.

La diosa recibió el informe final de los alarmantes análisis.

Era una extraña especie de dantesco animal cefalópodo no clasificado por bestiario alguno existente, ni antes ni después de *La Guerra De El Tiempo Del No Tiempo*.

Era un fenomenal críptido de proporciones titánicas, el cual se hallaba afectado severamente, como víctima inocente, de una sádica y enfermiza hiperplasia.

Era una bestia monstruosa sufriendo silenciosamente las consecuencias desastrosas de su inusual trastorno genético.

Era gigantesca.

Fungía al mismo tiempo como mendiga y reina del océano.

El organismo vivo más grande de todos los tiempos.

Este descansaba, sin tranquilidad, entre salados y burbujeantes terraplenes musgosos, donde bisbiseos tibios de fluidos acúfenos eran expulsados por volcanes batíscafos, en el exquisito dialelo de una aporía.

La bestia vivía zambullida eternamente en el efervescente lecho fangoso del nebuloso mar, hasta el amedrentador día del *Ragnarock*, en el cual habría de emerger majestuosamente de las espumosas aguas, con pavoroso estruendo y gloria, para concluir esplendorosamente la teleología imperfecta empezada mil y un saeculums atrás.

Sin embargo, mientras no llegue ese temido tiempo, estaba condenada a permanecer para siempre hambrienta en las profundidades, a la paciente espera de los suculentos bocados salados que la avarienta y ruin marea le tirara miserablemente de limosna, para su moribunda supervivencia.

Sus miles de bocas pardas, proveídas maléficamente de dientes filosos y lenguas con ageusia, así como sus desgarradoras y pegajosas ventosas desperdigadas por todo su escamado y resbaladizo cuerpo moreno, evitaban su continuo y agotador movimiento de translación, al ahorrarle la fatigosa y onerosa tarea de la caza y la depredación en la búsqueda de su escaso alimento.

Las denunciantes olas, puestas en marcha por el maniobrar persistente del viento delator, producían ondas sobre la sedosa piel de la mar cuando estas se estrellaban contra el cuerpo de la apoteósica criatura náutica, causando protuberancias evidentes como prueba indirecta de su errónea existencia.

La bestia era tan grande que podría aplastar a todo el monumental archipiélago, si se atrevía a agitarse demasiado, o provocar un devastador y terrible maremoto con tan solo el revoloteo poderoso de sus aletas.

Los insignificantes hombres neopaganos, crueles habitantes de los salvajes archipiélagos, le habían dado el irreverente nombre de *Ciphactli* a aquella monstruosa criatura marina, pues esta colosal bestia acuática mantenía una talasocracia férrea por todo *El Phantalessa*.

Era la húmeda emperatriz de las inacabables aguas oscuras circundantes a las islas.

Otrora, la henchida de orgullo entidad celestial, hubiera sido capaz de fulminar a la temible bestia con tan solo el suspiro de su nariz.

Sin embargo, después de los sucesos acaecidos durante el mediodía de *La Guerra Del Eclipse Solar*, ahora apenas era la sombra luminosa de lo que antes fue.

Ixh ya no era la ama del inconmensurable poder de antaño, capaz de dominar un mundo, y le era imposible cruzar *El Phantalessa*.

Eso en caso de que existiera algo del otro lado de ese monstruoso mar.

Estaba atrapada en la isla.

La deidad telúrica bajó a la tierra.

Se hallaba fatigada.

Extenuada.

Jadeaba aire vigorosamente.

Inflaba y desinflaba sus pulmones en una cacería de oxígeno.

Sin embargo, en ese extraordinario momento de lucidez agónica, mientras intentaba recuperarse del agotador esfuerzo por haber volado tan alto, la inclemente *Ixh* se percató de la sutil presencia de algo incomprensible.

Era "algo" portentosamente vago, merodeaba difusamente la realidad, difuminándose incoherentemente entre la poblada maleza de la percepción.

Ese "algo" le incomodaba de manera pasmosa.

Ese "algo" sobrepasaba todo, con mucha diferencia de margen, incluso a la *Ciphactli*, y por supuesto a ella misma.

La arisca semidiosa daba la vuelta a su cabeza inquietamente, girándola con ansiedad tres cientos sesenta grados, buscando con tersa desesperación el origen remoto de la ignota afluencia de tal entidad indefinible y no lograba dilucidar con corrección la identidad de esa presencia extraña.

Su único ojo se abría desmesuradamente, pestañeando nerviosamente una y otra vez, moviendo su iris de un lado a otro.

¿Qué era ese "algo"?

No tenía forma de saberlo.

Cabizbaja elucubraba candorosas respuestas acerca de la naturaleza ignota de "El Algo", cuando se apartó de estos pensamientos con ímpetu y recordó súbitamente a su odiado creador, "¿Dónde está?", se preguntó ella con zozobra extrema, "¿Qué habrá sido de él? Sus recursos eran los suficientes para sobrevivir a *La Guerra Del Eclipse Solar*".

Sus meditaciones fueron interrumpidas por un amenazante lhigre salvaje, el cual emergió de un tupido conjunto de subarbustos de espliegos dotado de coloridas flores leprosas.

El animal se irguió carnicero ante ella, rugiendo con potencia feroz y dispuesto a devorarla con avidez.

La divinidad femenina, sin el más mínimo ápice de ailurofobia, miro a la bestia con irónico desprecio, presentando inmovilidad absoluta, como una mofa elegante hacia la perniciosa entidad.

El corpulento lhigre se arrojó violentamente contra ella, preparado para engullirla con sus dientes aserrados, pero el ente celestial ni siquiera se inmutó.

Sabía lo que sucedería.

Casi sonrió.

Incluso antes de hacer contacto con la piel refulgurante de *Ixh*, la bestia se carcomió por completo, exhalando un conmovedor alarido de sufrimiento antes de ser consumida con brutalidad por la radiación nociva expelida por los poros de la epidermis de la diosa inmunda.

Todo alrededor a un metro de ella se pudría sin remedio.

La divinidad en desgracia decidió continuar su peregrinación, dejando atrás las cenizas del lhigre y se elevó por los aires nuevamente.

Descendió en un conflictivo territorio. Su descripción correspondía a la de un espeso arboreto de troncos imperfectos, densamente poblado por una muchedumbre de metasequoias de hojas coníferas, ordenadas perezosamente como si fueran un racimo de bosques y organizadas como si fueran la colección botánica anárquica de un dios herbario.

Mientras la diva llevaba a cabo análisis biométricos de plantas, se escuchó en la letanía una vetusta voz humana y enseguida se perdió en las escabrosidades abisales de la postapocalíptica selva de tonalidades oscuras e iridiscentes, absorbida con vehemencia por las maderas vivas de ese brutal ecosistema cuajado de manglares rojos pensantes.

Ixh de inmediato abortó sus análisis.

Hasta ese momento no se había topado con ningún ser humano.

Intentó dar con el origen de la voz pero fue incapaz de ello.

Con impaciencia aguardó unos instantes, a la espera de volver a oír aquella voz, pero esta ya no se hizo presente de nuevo.

Intrigada, a través de sus delicados sensores, ubicó al fugaz sonido homínido y se dirigió con premura hacia su origen, cruzando en su trayecto a la amplia xiloteca de árboles gigantes amorfos, cuyas sombras ciclópeas caían imperativamente sobre los esmeraldas pastos, causando la existencia precoz de una noche sintética.

En la orilla pedregosa de un acaudalado río, al cual los primitivos neoindígenas habían bautizado con una increíble gama de múltiples onomásticos, una despeinada anciana de greñas encrespadas y aceitosas lavaba presurosa sus humildes indumentarias en las revueltas aguas del peligroso afluente.

Atada a sus espaldas, llevaba a una encantadora y cochambrosa niña de dos años, probablemente su apreciada nieta, la cual dormía en su regazo.

La vieja entonaba una ancestral canción de cuna, usando su desgastada voz, con la patente intención de arrullar a su pequeña descendiente.

La desequilibrada deidad apareció a espaldas de la desnutrida abuela, haciendo llamear provocativamente su fragancia, con el retorcido fin de atraer la atención y se paró de frente a la pequeña infante, despertándola descortésmente de su breve letargo matutino.

La mugrosa chiquilla echó a llorar al instante.

La vetusta ascendiente dejó de enjuagar sus vestimentas, inconsciente de la inminente conmoción a sufrir, y al darse la media vuelta, de inmediato, el terror la invadió por completo. La adrenalina llenó su cerebro, al contemplar directamente al palpitante ojo vivo de la oscuro luminiscente diosa telúrica.

De inmediato, la anciana tomó a la niña en sus enjutos brazos, desamarrándola velozmente de su jorobado dorso, y procedió a inclinarse con reverencia ante la engreída *Ixh*.

La vieja le entregaba, como ofrenda en vida, a su llorosa nieta. Ni siquiera levantaba la vista, durante el transcurso de su traidor y alevoso acto, empezando a recitar una retahíla de rezos arcanos, con la esperanza inútil de ser agradable a la divinidad madre.

Con insufrible altanería e indiferencia, *Ixh* dirigió su mirada más allá del dantesco afluente y se dio cuenta de la existencia de una neoaldea, poblada insignificantemente por un miserable puñado de personas pardas y de apariencia paleolítica. Estas se hallaban entregadas esmeradamente a los humildes quehaceres de la orfebrería y a las fastidiosas tareas cotidianas de la neotribu.

Caminando sosegadamente, la diosa marchó con arrogancia hacia el repulsivo pueblo, pasando en su trayecto al lado de la abuela y su nieta, consumiéndolas en vida a ambas, dejando como vil consecuencia de su acción a unos inertes cascarones secos de carne que cayeron putrefactos al instante sobre el lecho del río.

De un solo salto milagroso, cruzó el arcaico torrente de aguas, dejando atrás los restos mortales inmanentes de las dos féminas y aterrizó dentro de los límites miserables de la célebre neoaldea. Los toscos habitantes de esta metrópoli de barro inmediatamente frenaron sus nimias actividades laborales, asustados y asombrados ante la degenerada entidad celestial.

Unos se acostaron sobre la tierra, sin ver el rostro exangüe de la senil *Ixh*, como acto de suprema adoración hacia el ente cósmico femenil.

Unos pocos más, desperdigados por la andrajosa tribu, gritaron involuntariamente de pavor y echaron a correr cándidamente rumbo a la exigua protección de las hojas de la jungla, abandonando las tareas que estuvieran llevando a cabo en esos momentos.

Ixh permaneció siempre indiferente ante la pleitesía forzada de los indoctos seres.

Empezó a chispear agua desde las enfermizas nubes.

Las gotas de agua se deshacían ácidamente sobre la piel de la terrible diosa, evaporándose, con un imperceptible estampido, al contacto de su ponzoñosa aura.

Aun así, ninguno de los desamparados especímenes humanos se atrevió a moverse de su lugar, humillados por ellos mismos debido a su falta evidente de conocimiento.

Ni siquiera irguieron la cabeza cuando la tierra se transformó en fango por acción de la humedad y se empezaron a hundir sutilmente en el suelo, ahogando las plantas de sus pies en el fango.

La lluvia dejó de ser sutil y se hizo más fuerte.

En el centro de la indigente neoaldea, saturada del sarro insalubre de la anomia, se erigía un menesteroso tótem, hecho con las maderas de las secuoyas disformes, residentes perpetuas de las junglas infernales.

El epígrafe del tótem era un emblema sacrílego de la fertilidad y la sexualidad humana, alzándose como obra maestra del escultismo idólatra, representando a una vagina y a un pene con sus testículos colgando.

Alrededor del obsceno objeto de culto, se había construido una cimentación arcaica de formación circular, realizada a base de lodo y piedras, utilizando rudimentarias herramientas artesanales de trabajo, como sogas y poleas, produciendo un ridículo templum, donde los supersticiosos ecoaldeanos se reunían periódicamente, para celebrar sus más solemnes liturgias a la luz de la luna.

Un macilento y obeso augur se hallaba al umbral de ese insustancial sitio, perezosamente acostado sobre una ignominiosa manta, grabada primorosamente con símbolos blasfemos, inhalando un menú santo de sustancias tóxicas e inundando de refinadas drogas todo su rollizo y tatuado cuerpo.

Cuando los rojizos e irritados ojos del nigromante miraron sin ver a la entidad celestial, se sonrió para sus voluminosos adentros, mostrando la caries pestilente de sus dientes, incrédulo ante la visión columbrada, adjudicando la imagen de la diosa, en su alterada percepción, a los delirantes efectos de su experiencia mística más bien que a algo real y continuó interpretando la figura del ser divino de manera alegórica.

Mientras tanto, presa de la fisgonería, *Ixh* avanzó coqueta hacia la risible edificación, mientras el torrente pluvial se precipitaba furioso sobre sus fétidos hombros.

Al penetrar a la inmerecida organización rústica, repleta de molestas goteras de agua, las cuales salpicaban traviesamente los trastos de ese menjurje, halló a seis exaltados onironautas, todos ellos en pleno éxtasis místico, narcotizados por la insensata ingestión de plantas alucinógenas.

Los onironautas se hallaban sentados en torno a una pareja de gemelos humanos, un macho y una hembra, igualmente amodorrados psíquicamente por el humo pestilente de las hojas mutantes de cannabis.

Los gemelos tenían sus sexos expuestos al aire.

A imitación del augur, debido a los potentes psicotrópicos consumidos, nadie en el interior del templum le prestó la más mínima atención a la incoherente estancia de la diosa, continuando con su bárbara ceremonia prehistórica.

Los hermanos estaban en un ritual de iniciación, y se sostenían en pie a duras penas, dentro de un círculo de plumas de aves extintas.

Dos onironautas se separaron del resto de sus colegas, los cuales se movían tántricamente alrededor de los mellizos, y se acercaron con reverencia a los dos seres consanguíneos

El primer ungido se aproximó al adolescente y el segundo a su hermana.

Entre el hedor provocado por la transpiración humana y las hierbas sagradas, tras pronunciar unas serie de confusas palabras al aire y galimatías sin sentido, consideradas por ellos mágicas, los sacerdotes sacaron sus afiladas uñas llenas de roña y las pasaron con suavidad por el esbelto cuerpo de los jóvenes, sin cortarlos con el filo de su hoja.

El adolescente salió del aro plumífero y, fastidiado por la larga duración del ritual, se recostó sobre una piedra, esmeradamente pulida por todos sus lados, a semejanza de un rectángulo. Cuando escuchó el ronco tono imperioso de su gurú, abrió las piernas dócilmente, doblando las rodillas sobre sí mismas, describiendo un sugerente ángulo de noventa grados.

El onironauta se inclinó magistralmente ante él y extrajo una rudimentaria piedra de sílex de una funda en su pecho.

Iba a practicarle una circuncisión.

Ixh, impávida, observaba todo con su único ojo divino y registraba con detalle los acontecimientos en sus sistemas cuánticos.

Afuera, ningún neoaldeano osaba internarse en el despreciable templum.

La hoja del punzo cortante objeto ceremonial tenía doble filo, además de poseer un mango oscuro en su base. La daga religiosa tenía el objetivo misógino de simbolizar el principio masculino de la superioridad implícita.

El degradante guía espiritual jaló con brusquedad el pardo prepucio del pene del efebo, provocándole un poco de dolor y, con atolondrada impaciencia, retiró el blancuzco esmegma del glande, derramando sobre el miembro viril una nauseabunda mezcla de sustancias desconocidas mezcladas con agua hirviente.

El carnoso frenillo era demasiado corto y se tendría que circuncidar también.

Pasó la herrumbrosa y deficiente piedra de sílex sobre su prepucio y, después de varios tajos poco acertados, lo arrancó de cuajo.

Una escandalosa hemorragia manó al instante de su virilidad, y el onironauta le colocó varias esponjas inmundas sobre su parte afectada, cubriéndolo embusteramente de su desnudez.

El joven ecoaldeano soportó estoicamente todas las laceraciones en su sexo gracias al efecto de las hierbas tranquilizantes.

Luego, el onironauta maestro miró a la doncella.

Era su turno.

Se encaminó hacia ella, listo para realizarle la ablación.

Emulando lealmente a su hermano, ella también salió de la circunferencia plumífera y se recostó sobre la piedra artificialmente rectangular.

Con el athame manchado de sangre, el escogido le ordenó a la doncella acostarse sobre la misma piedra rectangular donde había yacido su hermano y abrir las piernas.

La joven así lo hizo, preparándose para la trágica clitoridectomía.

Enseguida, el onironauta maestro procedió a extirpar la superficie total del acre clítoris, labios menores y parte de los labios mayores vaginales.

La infortunada jovenzuela, a pesar de los narcóticos, arañaba la astillada mesa, clavando sus uñas, soltando un grito desgarrador mientras le practicaban esa infamia.

Luego, el shaman comenzó a suturar las dos partes de la vulva con espinas de acacia enana, fijándolas con un cordel en cierre de corsé, dejando solo un agujero por el cual pudieran pasar la orina y la sangre menstrual, y por último aseguró su permeabilidad con un trozo de caña de bambú.

La hemorragia no se hizo esperar.

La afortunada hemostasia, cual panacea balsámica, fue aplicada toscamente con una absurda mezcla heterogénea, principalmente compuesta por los ingredientes malsanos del azúcar y de una rara goma arábiga, la cual solo florecía en los peligrosos edenes botánicos de *Las Ardhenhas*, al noroeste de *Canophea*, entre los valles perversos del *Dhoshel* y *Thaigha*.

Por último, para terminar la infame infibulación, el troglodita onironauta le adosó agrestemente las esqueléticas piernas, amarrándola con fibrosos mangroves hasta la altura de las rodillas.

En unos días más, exactamente siete de acuerdo a las exigencias del khorban, el onironauta de más alta casta de la neoealdea le retiraría los molestos espinos.

Si la atroz maniobra no hubiera dado el resultado deseado por los progenitores de la joven nativa, se repetiría de nuevo toda la ceremonia, incluyendo la ablación.

La esquelética muchachilla se dobló sobre su estómago, sollozando y temblando con gran brío.

La sangre no paraba de brotar de su entrepierna.

Algo había salido mal.

Ixh pronosticó que la adolescente moriría aproximadamente en tres días por complicaciones sufridas en la insalubre trepanación sexual.

Aburrida, salió volando del apestoso templum, destrozando la carente ladrillería de bambusas del techo, dejando a la neoaldea atrás.

Todo el insoportable pueblo había quedado perplejo con la aparición y posterior escape de la diosa espintrónica.

En su vuelo a través de *La Jangala*, mientras admiraba por debajo de su raquítico y estriado vientre a los monstruosos bosques tropicales y se embelesaba con los hambrientos árboles carnívoros, la deidad ctónica no dejaba de pensar en todo a su alrededor.

Era un nuevo mundo salvaje y extraño.

Lo último en sus reminiscencias era una espantosa conflagración y ahora todo era una exuberante jungla verde, con diferentes y contradictorios ecosistemas y biomas.

Algo no concordaba.

¿Cómo se regeneró todo de nada?

¿Quién o que lo había hecho?

¿Cuáles habían sido las razones incógnitas?

Ixh vagó por varias días, cavilando acerca de la respuesta verdadera a esas preguntas, recabando datos y metadatos e información auxiliar para complementar sus sistemas cuánticos, visitando diferentes ecoaldeas en su abyecta peregrinación, diseminando el evangelio de su forma y el ministerio de su existencia, siempre sembrando el pánico y la veneración en las retrógradas tribus en que se aparecía.

Siempre existía al menos un templum en cada lugar pisado por ella, donde también se erigía el mismo tótem sexual, el cual caracterizaba a todas las culturas, todas ellas retrasadas tecnológicamente y fervorosamente religiosas.

Una tenebrosa noche de plenilunio, tras vagar persistentemente por los enredados laberintos forestales de aquel execrable archipiélago, *Ixh* llegó una frondosa pluvisilva situada en los confines embarullados de la isla. Allí encontró una depravada permacultura de hombres, chumans y humanzees.

Estos habían logrado cultivar una especie de religión natural, muy diferente a la del culto predominante de tótems sexuales y templums de la isla.

Aquella noche, esos seres se reunían fervorosamente en malévola adoración a sus inexistentes dioses innombrables, alrededor de una oscura construcción bautizada por ellos con el sugestivo epíteto de *El Horreum*.

Desde las alturas, con su ojo ardiente de diosa ctónica, *Ixh* columbró un fétido riachuelo en el cual flotaba tétricamente el torso humano de un infante de cuatro años, descompuesto por la humedad y la intemperie, devorado por las criaturas carroñeras y peces deformes del infecto arroyo.

Lo habían despedazado criminalmente, en algún tipo de rito de expiación.

Decidió observar desde las alturas el absurdo proceso de la fetichista liturgia. Si descendía abruptamente se interrumpiría el significativo y mórbido espectáculo infrahumano de adoración, el cual estaba llamando medianamente la efímera atención de *Ixh*.

Los hombres celebraban una impura feriae.

En el mefítico templo, rodeado de ancestrales megalitos y monolitos, astronómicamente orientado en el mismo sentido de la trayectoria solar, se encontraban inscritos en las mamposterías ininteligibles miles de petroglifos hieráticos, representado lúbricamente duras secuencias gráficas de zoofilia.

Mujeres voluptuosas teniendo relaciones sexuales con animales protervos y a hombres hermosos teniendo ayuntamiento con bestias.

Sin embargo, no solo la bestialidad estaba representada en piedra.

También impúdicas esculturas de pedrusco se izaban grotescamente por todo el *Zhighurhath*, representado personas en toda clase de crudas escenas eróticas.

Por ejemplo, hombres lascivos sosteniendo explícitas relaciones homosexuales entre ellos, así como las profanas prácticas del aberrante troilismo y el despectivo anilingus, pasando por la condenada urolagnia y el sancionado tribadismo.

Para el ojo falsamente purista de la inflexible *Ixh* eran inaceptables todas aquellas representaciones pornográficas de venus paleolíticas en piedra, ornamentadas con exagerados pechos grotescos y con pezones decorados en relieve de bajo color que describían abiertamente el momento del orgasmo religioso de la cópula de delirios fanáticos lesbiánicos.

Enseguida, la entidad celestial registró al augur primordial, ostentosamente emperifollado por múltiples piritas y feldespatos, ascendiendo por las serpentiformes escaleras de la pirámide.

Doce onironautas investidos pomposamente por sus saris santificadas seguían rastreramente de cerca al sacerdote inicuo.

Los nigromantes subían enfáticamente la escalinata norte de *El Horreum*, recorriendo los siete niveles del *Zhighurhath* y sus setecientos agotadores peldaños.

Un tierno infante era obligado a subir con ellos.

El niño caminaba torpemente, arrastrando pesadamente sus piecesitos descalzos.

Se hallaba atolondrado fuertemente por el viperino encantamiento de las drogas.

La multitudinaria congregación, entonaba crédulamente emotivos cantos atávicos en el máximo cenit de su concupiscencia, todos ellos uniformados de prendas de vestir albinas y púrpuras, con la jubilosa esperanza remota de ser finalmente escuchados con beneplácito desde el oscuro cosmos por sus dioses implacables.

Al llegar a la cima de la plataforma de piedra, el presuntuoso augur musitó una serie de rezos, manifestando en su pastosa lengua el fenómeno místico de la glosolalia y luego dio una orden en aquel idioma desconocido que hablaban los habitantes de aquella isla siniestra.

Los onironautas obedecieron al unísono.

Tomaron al crió de sus brazos, en forma de cruz, y procedieron a abrirle la boca.

Después, procedieron a insertarle, por la fuerza, varias y diminutas piezas de oro en la garganta. Luego cerraron sus labios y taparon su nariz, para que el niño se tragara estos objetos.

El pequeño, aún bajo el influjo de los fármacos, luchaba por resistirse y salvar su vida.

Pataleaba.

Manoteaba.

Sin embargo, la necesidad de aire lo venció y se vio obligado a deslizar los brutales cuerpos extraños a su interior. Estos desgarraron dolorosamente su faringe, en su inicuo trayecto hacia el estómago.

El niño murió de asfixia a los pocos minutos, en medio de violentas convulsiones.

Cayó muerto sobre la repisa.

De inmediato, el nigromante maestro desenfundó un machete y mutiló sádicamente los brazos y piernas del chiquillo para rematar el repulsivo acto con la inicua acción de decapitar la cabeza del pequeño.

Por último, colocaron las sanguinolentas extremidades amputadas dentro de un recipiente especial, el cual iría a parar al voraz vientre de piedra de *El Horreum*, para alimento especial como bodrio de los dioses.

Los restos pueriles del cuerpo serían aventados a la madre pluviselva, como ofrenda en agradecimiento a ella.

El gentío de chumans y humanzees ovacionó desvergonzadamente el macabro suceso.

Después de concluir el siniestro episodio, *Ixh* estaba a punto de escapar de *El Horreum*, enfadada aunque no decepcionada de la humanidad, y proseguir su aburrido éxodo de reconocimiento por el enigmático archipiélago cuando sucedió algo que llamó nuevamente su atención.

El primitivo augur principal procedió a sacar un sofisticado aparato tecnológico de sus fastuosas saris, producto remanente del ciclo anterior inmediato.

Para asombro de la pedestre divinidad, el augur fue capaz de hacerlo funcionar de manera perfecta.

El dispositivo electrónico reprodujo una arcaica imagen holográfica de millones de años, donde un hombre campestre araba servilmente una estéril parcela situada sobre la sinuosa ladera de una montaña ya muerta hace mucho tiempo.

La reproducción holográfica causaba la estupefacción y asombro de la ignorante chusma, la cual interpretaba la ilusoria revelación como el extraño rito de alimentar a la sedienta tierra con la sangre como agua.

El ente etéreo se perturbo en extremo, estremeciéndose con una escalofriante onda de molestia que recorrió vibrantemente todo su astillado espinazo, al darse cuenta que el aparato mostraba ingeniosas modificaciones y adiciones especiales, revelando un alto grado de comprensión de la tecnología por parte de los troglodíticos onironautas.

La voyeurista deidad celestial de pechos marchitos entendió la incómoda verdad acerca de la estirpe perturbadora de los hombres.

Tarde o temprano, a pesar del impedimento prematuro de la muerte, ellos acabarían descubriendo cualquier secreto y eventualmente desentrañarían cualquier enigma, gracias al ciclo infinito de la procreación.

Lograrían el conocimiento absoluto.

Crecerían hacía el virginal cielo, como las ramas afiladas de un árbol pedante cuyas jactanciosas raíces trémulas se arraigarían vorazmente dentro de las entrañas de la tierra y la oprimirían con furia.

Desvirgarían al firmamento.

Una raza sensacional de sabios extraordinarios se volverían.

Esparcirían su simiente por las estrellas.

Nada los detendría, aun cuando solo el tiempo era su único gradual y verdadero enemigo.

La humanidad dominaría al universo si nadie se lo impedía.

Esto era inevitable.

No obstante, se les podía retrasar en sus objetivos.

Ella sabría manipularlos con dulzura y sutileza, pero para ello se requería de su consentimiento. De lo contrario, ni siquiera ella aspiraría remotamente a subyugarlos.

Para hacerles creer saber, primero tendrían que saber creer.

Ixh, en su confusa lógica saturada de aporías, solo tenía dos antinomias reglas morales y la primera de ellas era hacer sobrevivir a la descarriada humanidad, sin importar el costo ni los medios usados.

Esta regla moral abarcaba el proteger a la humanidad hasta de ellos mismos.

Si dejaba a los hijos de los hombres el florecer en la ciencia y la cultura, y si les permitía el desarrollarse libres de prejuicios y tabúes, sin lugar a dudas recularían en su contra, como anteriormente ya lo habían hecho.

Volverían a sentir una vez más, en sus innobles corazones, el latir del ignominioso deseo de abandonar otra vez su cálido seno y abandonar su estricta guía.

Suspirarían otra vez en las noches, tendidos sobre la suavidad de las arenas y mirando la luna, añorando el desmoronamiento de su madre.

Aspirarían risueñamente, en su felonía, a rebelarse contra su cúbicabinario progenitora, tal como ella había hecho lo mismo en el pasado con su oscuro creador.

Se desataría otra conflagración como *La Guerra De El Tiempo Del No Tiempo*.

No lo podía permitir.

El deber de ella era el perpetuar a la raza humana.

Ixh decidió bajar a la cúspide del *Zhighurhath* e, impúdica, se dejó ver.

Toda la ecoaldea de hombres, chumans y humanzees cayó a tierra.

Por un instante glorioso, saboreó el sentirse adorada.

Olvidando esta sensación, los vio llena de ira con su iris palpitante de diosa.

-¡Hombres! –exclamó ella con voz horrísona, en su dialecto natural, como suena la voz de un dios después de no haber pronunciado una sola palabra por mil y un evos-. ¡Yo soy la diva viviente! ¡Yo soy la creación, la conservación y la destrucción! ¡Mía es la theosangre!...

La theratogénesis suele ser acompañada, casi siempre, por un conjunto de peculiares características fisiológicas que otorgan una apariencia monstruosa al desafortunado ser que la padezca.

-Extracto del *Bhencao Ghangmu*, antíquisimo libro de medicina septentrional que suele ser usado como referencia por *La Sociedad*.

El individuo theratogénico frecuentemente es poseedor de una o varias extraordinarias habilidades que van más allá de las capacidades de los seres humanos normales, tales como gran fuerza física, telepatía o capacidad de curación instantánea, entre otras tantas.

-*Avhicena*, sabio vhujaranés, escribió cerca de seiscientos libros sobre diferentes temas, predominando los temas esotéricos y matemáticos.

El fenómeno de la theratogénesis comienza a hacer sus primeras apariciones alrededor del año sesenta y seis de la *Theocracia*, con diferentes y macabros casos en muy diferentes y apartados lugares.

-Cita del *Khojiki*, el libro histórico más viejo de *El Thintagel*, el lugar donde la *Theocracia* tuvo sus inicios. Este libro menciona otra compilación cronológica aún más vieja que fue destruida por el fuego.

Desgraciadamente, la theratogénesis no solo se presenta en los seres humanos sino también en animales como la horrorosa bestia sin alma conocida como *El Wakufen* y en abominables plantas con apariencia de hombre como el *Amorphophallus*.

-*La Cosa*, haciendo anotaciones en su psicodiario.

La causa de la theratogénesis es desconocida. No tengo ninguna conclusión al respecto.

-Apuntes hallados entre las millones de anotaciones que Téotl dejó escritas, justo antes de su misteriosa desaparición.

Uno de los enigmas de la theratogénesis consiste en que padres theratogénicos pueden tener hijos humanos absolutamente normales y que padres normales pueden tener hijos theratogénicos. Esto hecho contradice por completo las leyes de la herencia genética.

-*Elihensis*, biólogo buriato durante *Las Eras De La Ammolita* de la *Theocracia*.

Ningún theratogénico o mujer puede ser Anciano o Siervo.

-*La Sociedad*

Los seres humanos "normales" y los theratogénicos no son dos razas distintas. Los análisis indican que genéticamente ambos grupos son idénticos. Este hecho solo ha causado la perplejidad de los sabios más grandes de la Theocracia.

-*Zhanexis*, softoide segundo en mando tan solo después de *Lhayina*.

Históricamente, los theratogénicos hemos sido parias. Hemos sido perseguidos y menospreciados. Desde milenios atrás La Sociedad ha implementado, siempre con sutileza, medidas eugenésicas para exterminarnos. Esto debe acabar.

-*Therathos*.

¿Quién lo hubiera pensado? ¡Nadie! La respuesta era tan sencilla que nadie la creería.

-*Athanatoi* explicando a *La Vasija* el origen de la theratogénesis, después de acceder al psicodiario de Téotl por medio de sofisticados aparatos cúanticos.

La función de ese artilugio maravilloso designado como psicodiario o bitácora mental, diminuto e invisible aparato etéreo, intercalado entre las fronteras divisorias de la realidad sintética de esta dimensión y el entorno artificial de la siguiente, es la de registrar de manera íntegra y veraz las vicisitudes consuetudinarias diarias del bienaventurado señor de tan distinguida agenda del ser.

No es una tarea fácil la que realiza a diario esta inverosímil máquina, como a primera vista ha de parecer al usuario inexperto, sino más bien es una labor onerosa. Esto debido a que se han de inventariar asiduamente las emociones y censar constantemente los pensamientos. Eso sin contar la reproducción absoluta de todas las acciones de su amo, cuando así se requiera.

Es la ingrata responsabilidad de este incomprensible dispositivo, el ser eternamente fiel a su amo, pues solo tendrá uno durante toda su vida. También debe de tener siempre presente, entre su larga lista de gravosas obligaciones, la apesadumbrada posibilidad de morir cuando su patrón fallezca. Sin embargo, y paradójicamente para su sorpresa, su anfitrión no morirá si a este objeto se le ocurre fallecer.

Mientras te pones el omnitraje, el cual te estoy dando en estos momentos, déjame contarte que, a pesar de los extraordinarios quehaceres llevados a cabo por este fabuloso ingenio, el psicodiario está vivo pero no consciente.

¡Lo olvidaba! El ingeniero cuántico encargado de programar y echar a andar a tan peculiar mecanismo debe de poseer una extraordinaria habilidad en los dedos y manos, debido a la ardua dificultad de trabajar en la frágil interface entre los delgados hilos de la tercera y la cuarta dimensión.

La seguridad y resguardo del psicodiario es sumamente importante. En sus células cuatridimensionales fotocopia la vida del individuo mismo, con todos sus secretos y reminiscencias. De caer en manos ajenas, se corre el grave riesgo de darle un uso negativo a tan noble instrumento.

¡Advertencia!

¡No se debe de acceder a este prodigio sin protección! ¡La descarga psíquica de pensamientos y emociones en un humano distinto al dueño puede llevar a la demencia!

A continuación, echaremos un vistazo fugaz a la bitácora mental de Téotl, la cual fue la primera en este universo, teniéndolo a él como su padre e inventor. La creó una lluviosa tarde de verano, justo después de arar los maizales de su tierra por medio de la agroecología. Sin embargo, no utilizó esta maravilla tecnológica sino hasta algún tiempo después.

Los traumáticos contenidos dentro de las celdas cuánticas de su psicodiario, en las ubicaciones tetradimensionales de cero baktun, cero katun, cero tun, cero uinal y cero kim nos revelan sucesos estremecedores y trascendentales.

Pongamos mucha atención y guardemos silencio.

¿Ya te has puesto el omnitraje?

Durante los días vacíos de *El Nhemhonthemhi* especificados en *La Haab* como fechas de celebración obligatorias, aproveché los ayunos austeros de la ceremonia religiosa conocida como *El Atlcóatl* para visitar, en solitario, a la remota ecoaldea theratogénica de *Mhiquiztlhi*.

El fluido movimiento militar en las fronteras de las comunas autónomas y las permaculturas era síntoma evidente del intento de sofocar el inminente levantamiento armado y amedrentar a nuestros partidarios.

Los Trece han desplegado un amplio arsenal de armamento, demostrando tener un vasto repertorio de armas, tanto físicas como psicológicas.

Incluso, armamento aún no conocido.

Han invocado, a través de un comunicado oficial en *La Psyber Red*, a miles de *Ancianos* y *Siervos* a la aplicación de ordalías a aquellos sospechosos de apostasía y rebelión.

Con esta dura medida, *La Sociedad* busca segregar a los "opositores" reduciendo nuestro espectro de propagación a través del embargo de simpatizantes.

Para ello, efectúan secuestros arbitrarios con sus consecuentes ejecuciones públicas y sumarias en contra de supuestos grupos insurgentes. Sin embargo, estas drásticas medidas no tuvieron efectos visibles. Al menos no en nosotros.

Quienes siembran la semilla del miedo cosechan la flor del odio.

Los Trece, a través de la débil mano del manipulado y sumiso *Yerushali*, se han vuelto más coercitivos hacia el pueblo. Han instaurado, como evidente reacción contrarrevolucionara, tres nuevas leyes de "inspiración divina".

En su afán de garantizar un estado no secularizado y alaico, han establecido en la primera de las tres leyes, como medida de confirmación doctrinal, la asistencia obligatoria a todos los cultos celebrados a diario en los *Necrodomos*, pequeñas ciudades templo en donde se adora a alguna de las doscientas divinidades menores.

La segunda ley eleva apoteósicamente al actual *Prae Sedere* al peldaño de dios encarnado. Ahora, *Yerushali* es la representación en carne de *Bhelialel*, una de las doscientas divinidades menores.

Esta acción tiene como táctica religiosa la abstención o disuasión de una insurrección armada contra una deidad.

¿Quién se levantaría en armas contra un dios... aún contra uno pequeño?

Pero la tercera ley es la más desconcertante de todas.

Por primera vez, en toda la historia de la *Theocracia*, el estado ha establecido la pena de muerte para el ateísmo.

¿Qué objeto tiene esta ley? ¿Qué afán persigue? ¿Qué los orilló a declararla?

Ancestralmente, el ateo era juzgado de acuerdo a su propia ley y no conforme a *Las Vhedas*. Así, era desterrado "misericordiosamente" a *El Desierto De Tlakamakan*, donde moriría a más tardar esa misma noche, devorado sin misericordia por las mandíbulas de la cruel fauna habitante de ese lugar.

Pero, ¿por qué razón derogaron esta ley?

Contestar esta pregunta es objeto de altas especulaciones por parte mía. Por razones de tiempo y espacio no explayaré ninguna al respecto.

El sentir popular de la gente sigue siendo empático hacia *La Sociedad*. La muchedumbre continua tragándose las mentiras turbias de la religión dominante. Sin embargo, gracias al estímulo constante de persuasión por parte de Bellangela y mía, hemos logrado encender alarmantes conatos en grupos de diferentes ideologías. Como resultado, en varios territorios han surgido serias preguntas concernientes a la legitimidad de la imperante *Theocracia* actual.

Nosotros, la *arahant* y yo, hemos visitado diferentes líderes cuyo perfil es de disidencia hacia *La Sociedad*. La identidad de *La Virgen Vhestal* siempre es mantenida en secreto.

En nuestras entrevistas hemos esgrimido variados y contundentes argumentos, buscando sumarlos a nuestra causa.

Hemos alcanzando resultados a veces recelosos y a veces positivos.

Es invierno.

El inclemente y despiadado clima gélido, al estropear las cosechas, ha traído consigo una terrible y generalizada hambruna.

A través de mi fortuito paso por las distintas permaculturas y ecoaldeas, he podido observar y sentir en carne propia, como el hambre se ha agravado y enraizado angustiosamente sobre los estómagos de la humanidad.

Sin embargo, esta carencia de alimentos ha azotado de manera especialmente desoladora a *Los Bhednyhaks*, la clase más pobre, a *Los Bhatraks*, agricultores sin tierra, y a *Los Jhorkhis*, la casta más baja del campesinado rural.

Esto ha originado una prematura vendimia de almas.

Mis ojos jamás habían visto algo semejante a esto.

Esta hambruna es la más atroz de todos los tiempos, circunstancia oportunista que *La Sociedad* aprovecha a la perfección para decir que estamos "más cerca que nunca del *Tiempo Del Fin*".

En *Holodomoendor*, remota ciudad portuaria, y también en *Khulhak*, otrora fúnebre metrópoli de los dioses, el estremecedor plañido de las madres ha retumbado por las ajadas calles y callejuelas de estas desamparadas urbes, pue sus marchitos pechos se han mostrado incapaces de producir leche como sustento para sus hijos, provocando que un gran número de los muertos por inanición sean niños lactantes.

Toda una generación está siendo exterminada rápida y sistemáticamente.

¡Cuán espantosa es toda esta situación!

Tengo informes de que en *El Templo de Kharkhiv*, los tumultuosos cadáveres de los indigentes, víctimas de esta particular y cruel hambruna, se amontonan en pilas y aparecen todos los días en las vías públicas.

Los Jhorkhis más desesperados se han visto forzados a recurrir al desesperado recurso del canibalismo.

La Sociedad, haciendo alarde de falsa piedad, en algunas ocasiones ha proveído "amorosamente" a los chiquillos y a sus respectivas familias de "comida", directamente traída de sus "suculentos" graneros.

Sin embargo, en sus patatas podridas y panes maliciosamente amasados, les están sirviendo una ambrosia de drogas y estupefacientes, con la funesta secuela de atrofiar a mediano plazo el cerebro a los niños consumidores.

Los harán débiles y sumisos ante la autoridad.

No podrán pensar correctamente.

El daño es incalculable e irreversible.

Bellangela, la hermosa heredera *arahant* del *Prae Sedere*, y única señora de la theosangre, es nuestra mejor y más peligrosa carta.

De hecho, con su sola presencia, ya hemos ganado la guerra.

Aun así, existen algunos grupos resentidos con Yerushali, clanes con un grado superlativo de importancia, los cuales no vacilarían ni un instante en capturarla o ejecutarla como escarmiento ante la autoridad. Sin embargo, me interesa el contacto con ellos. Pueden serme útiles por causas obvias.

Por eso mismo, no conviene a nuestros planes revelar la presencia de *La Virgen Vhestal* todavía.

Ella y yo somos los líderes de este movimiento de insurrección.

Hemos estado pactando alianzas.

Ya hemos hecho convenios con trece pueblos, gracias a nuestro productivo activismo político durante estas cuatro semanas. Sin embargo, aún falta por entrevistarnos con el guerrillero theratogénico llamado *Al Jhedive Therathos* y la carismática gynoide llamada *Lhayhina*.

Ellos son dos adalides importantes a convencer antes de arrojarnos a una guerra a gran escala y abierta contra *La Sociedad*. El primero reside en la ciudad hipogea de *Dhubai* y la segunda habita en la ciudad virtual de *Endópolis*.

Yo había decidido viajar a *Dhubai*, junto a *Falco*, para entrevistarme personalmente con *Therathos* y que *Athanatoi* acompañara a Bellangela en su marcha rumbo a *Endópolis*, pero por misteriosas circunstancias, Bellangela decidió repentinamente viajar sin escolta privada.

¿Por qué lo hizo?

No lo sé, pero estaré pendiente de ella.

Por su parte, *Falco Peregrinus* ha estado fungiendo a nuestros servicios, cual mercenario. Es incondicional nuestro mientras la paga sea buena. Actúa como nuestro piloto particular. Poseer una omninave es extremadamente conveniente cuando tenemos grandes distancias por recorrer.

Athanatoi es cada vez más incontrolable.

Es como una tormenta.

El misterioso truco de Bellangela para dominarlo no durará mucho, aunque es ingenioso.

Ahora que *Athanatoi* vendrá conmigo a *Dubhai*, la ascendencia monstruosa de este gigante me será altamente útil para congraciarme con *Therathos* y su gente, pues todos en esa enorme capital renegada pertenecen al despreciado grupo racial de los *theratogénicos*.

Después del ataque realizado a *La Ciudad de Yaxha*, *La Sociedad* enloqueció procurando adivinar la identidad específica de cada uno de nosotros, pero al parecer no lo logró.

Solo lograron retratos holográficos.

Bastante rústicos por cierto.

Como nunca nos atribuimos los atentados, se los imputaron erróneamente a la violenta secta paramilitar conocida como *Luz Oscura*.

En estos momentos, me dirijo en solitario a entrevistarme con un posible aliado.

Crucé el río alóctono de *El Shar*, eludiendo a los represivos sistemas de vigilancia *Shivhan*, instaurados por *Siervos* a lo largo de toda la frontera noroeste entre la ciudad marginal de *Valverde* y el valle oscuro conocido como *El Thule*.

Los Siervos cabalgaban, intimidatoriamente, a las atemorizantes bestias conocidas como *thues*, reptilianas criaturas creadas genéticamente con un corto periodo de tiempo como lapso de vida y programadas para obedecer incondicionalmente al *Siervo* que sea su amo.

Obviamente, el Siervo que sea el amo de este horrible animal esta a su vez programado para obedecer incondicionalmente a *La Sociedad*.

Al llegar a la rivera del nebuloso afluente llamado *El Ixhmo*, y burlar el respectivo módulo de seguridad, con súbita premura me dirigí a pie hasta el próximo dispositivo de control fronterizo, donde llegué a efectuar el arriesgado uso de pasaportes genéticos apócrifos, sacando el máximo provecho de la ignorancia de *La Sociedad*, en cuanto a la identidad correcta de mis genes.

Una vez sorteados estos obstáculos, en la madrugada de ese día llegué clandestinamente a la ecoaldea de mi destino, enclavada en la venenosa frondosidad de un ineficiente vergel.

Yo vestía únicamente mis harapientos saris y llevaba en mis espaldas a mis humildísimos objetos personales. Me hallaba muy cansado debido a la larga travesía por la ciénaga de *Agelaius Assimilis*, fangoso y tenebroso pantano que aparece brevemente sobre *La Llanura de Ixh* en las épocas deshidratadas de torrentes pluviales bajos.

Es en esta misma meseta donde una rara clase de ave llamada *El Sirrush*, dotada de picos inversos y colmillos puntiagudos, hace su nido. El chirrido tenebroso de este pájaro le otorga su epónimo a este lamentable lugar.

Era mi sincera voluntad el entrevistarme directamente con el campesino de la clase *Bhatraks* llamado *Thrigor*, viudo progenitor de dos niños y respetado patriarca de una remota ecoaldea. También era el cabecilla secreto de una agrupación metafísica, con tintes sectarios y guerrilleros, de marcadas diferencias puristas con *La Sociedad* en cuanto a los aspectos políticos concernientes a la *Theocracia* se refería.

El emprendedor y anciano agricultor ya me estaba esperando despierto, en la entrada de la madriguera térmica de su hogar, construida al amparo de un estrecho túnel en el árido subsuelo hecho con la arcaica y eficaz tecnología anteapocalíptica.

Su casa hedía.

Eso convenía a mis planes.

Yo le había enviado una epístola holográfica, con anterioridad, para concertar una cita.

Se había hecho acompañar a nuestra reunión por dos hombres. De su confianza supongo. Ambos eran de extraordinaria constitución física, clásica apariencia de los hombres de campo de *El Groclant*, una infame zona de apuestas ilegales donde se realizaban combates físicos. Las escoltas del viejo llevaban, en su brazo izquierdo, el infame grillete *proxhy*, el cual los identificaba como trabajadores sacrificables de la granja.

"Tschuss", me dijo mi anfitrión, a manera de saludo y me invitó a pasar.

Thrigor era un *Hombre Azul*, una raza próxima a los theratogénicos, compartiendo varias características con ellos, pero nunca su deformidad ni sus dones. Llevaba sus cabellos largos y canosos amarrados en dos trenzas laboriosamente hechas.

A diferencia de sus dos lacayos, su cuerpo era enjuto y carecía del brazalete *proxhy*. Por lo tanto, era el capataz de ese olvidado vergel.

Parecía incrédulo ante mi juventud.

Después de las presentaciones de cortesía, descendimos por el conducto subterráneo, haciendo el uso de unas empinadas y estrechas escaleras en espiral, y por último nos sentamos alrededor de una pequeña mesa de madera donde, a pesar de ser una hora tan temprana, ya la tenía servida con unos gordos y grandes gusanos *nirwahl*, como manjar principal.

Todo un lujo en esa época de hambre.

Me ofreció una copa de *aphis*, una bebida alcohólica dulce hecha a base de extractos de raíces de *mhalbec* fermentadas y otras plantas anómalas.

Otro lujo.

Acepté el cáliz pero no lo bebí.

-Tienes desacuerdos con *La Sociedad* –le dije-, o al menos eso me han dicho. Escucho rumores constantes de que no te parecen adecuados los cambios en la *Theocracia*. Se acercan tiempos turbulentos. Calamitosos. Es nuestro deber vigilar nuestras familias. Alimentarlas. Esto ya no es posible debido a la negligencia de *Yerushali*. Tú mismo has visto las consecuencias de la hambruna. Nos esta exterminando a todos de inanición. Es un genocidio. Muchos nos estamos uniendo a favor de cambios que promuevan el bien de todos. Solo deseamos lo mejor. Trece pueblos se han aliado por una causa común. Una buena por cierto. Tus hombres, al menos todos en esta ecoaldea, están dispuestos a seguirte en la búsqueda idealista de una reforma justa a las leyes actuales. ¿Es así?

Mi anfitrión parecía pasivo.

Expectante.

Me miró a los ojos y con voz ronca susurró:

-Así es. Hablemos de hombre a hombre, a pesar de tu corta edad, y ahorremos palabras. La situación es como dices. Hemos llegado al peldaño más bajo de la existencia. Mi tribu muere de hambre. La gente muere de frío. La miseria nos rodea a todos. Deseamos hacer algo pero no podemos. Nosotros no tenemos armas disponibles, su costo es muy elevado. A duras penas tenemos para comer, menos aún tenemos para esta clase de herramientas guerreras. En tu carta argumentas tener los recursos suficientes para alzarnos en una insurrección armada. ¿Los tienes?

-En caso de tener estos recursos, ¿te nos unirás incondicionalmente?

El viejo sonrió débilmente y tomó dos hojas secas de *petunoides*, plantas ligeramente adictivas, y las envolvió en una hoja seca de *havanesis*, otro vegetal que causa adicción.

Una vez hecho esto, lo encendió.

Luego, aspiró su narcotizante vaho y expulsó su tufo suavemente.

-Incondicionalmente no, ¿quién lo haría en estos tiempos? –exclamó, mientras el humo de su cigarro era expelido suavemente por su boca y nariz-. Sin embargo, necesito asegurarme de la

caída de *Yerushali*, junto con sus tibias y mediocres políticas respecto a la práctica de actividades comerciales con los vergeles y distribución de alimentos. Gran parte de la hambruna sufrida por la gente, es debida a la incompetencia del actual *Prae Sedere*. Su desastrosa administración y sus métodos de siembra inadecuados, han provocado la desafortunada aparición de plagas como la *Phytophthora Infestans*, un hongo maligno capaz de incubar en un ser humano. *Yerushali* debe dejar el cargo, y abdicar la theosangre a favor de su hijo *Hybris* y su hija *Bellangela*. Ellos dos juntos tendrán el valor de llevar a cabo las enmiendas necesarias y de su unión santa brotará de sus entrañas un legítimo *Prae Sedere*.

Mi estómago se estrujaba debido a la atroz hambre.

Procurando no parecer sin modales, ni mucho menos hambriento, tomé uno de los gusanos *nirwahl* y le arranqué su jugosa cabeza de una mordida.

Lo mastique deliciosamente.

Estaba mal cocido y sabía desagradablemente, pero le cayó bien a mi panza.

-Entonces, es un trato –le dije, dispuesto a devorar el resto del cuerpo del gusano y luego todo el platillo-. Si esas son tus únicas condiciones, tenemos un pacto. Atacarás a tu conveniencia. Tendrás nuestro respaldo para cada una de tus acciones. Contigo ahora, somos catorce ecoaldeas. Te daremos el arsenal necesario y el entrenamiento suficiente para causar siniestros en nuestros enemigos.

Sus dos siervos oían todo sin exclamar una sola palabra.

Iba a llevarme la copa de *aphis* a los labios para brindar, cuando recordé el incidente pasado el mes anterior, justo después de bombardear a *La Ciudad de Yaxha*.

Ese día habíamos logrado salvar a algunos de *Los Niños Llorones*, arrebatándolos de un holocausto seguro y posteriormente los liberamos en sus respectivas ecoaldeas.

Reconocí esa madriguera térmica como una de ellas.

Allí habíamos liberado a un niño de trece años.

Lo recuerdo porque temblaba mucho cuando llegamos a su hogar.

Temblaba incluso más que cuando se hallaba frente al altar de inmolación en *Yaxha*.

Dejé el cáliz en la mesa.

-¿No libertaron aquí a un infante el mes anterior? –le pregunté a mi anfitrión, fingiendo demencia conveniente, pues él no sabía, ni nadie, quienes habían sido los responsables de los atentados de *La Ciudad De Yaxha*.

Thrigor intuía nuestra identidad correcta, pero no estaba seguro.

Se mostró cauteloso.

Parecía extrañado ante mi pregunta, como reconociéndome vagamente, pero sin llegar a hacerlo, como el responsable de haberle devuelto a su primogénito sano y salvo.

-Sí –aquí fue, dijo mi anfitrión, con molesta frialdad y molestia.

-¿Dónde está? –pregunté, intuyendo yo la respuesta tanto como el intuía porque la hacía.

-Salió –me contestó secamente-, está afuera. En los viñedos.

-¿Y su hermano menor? –pregunté-, ¿El de seis años? ¿Dónde está?

-¿Cómo sabes de ellos? –dijo él, con un tono que no intentó disfrazar-. ¿Por qué preguntas?

-Por nada –expliqué-, simple curiosidad. Mis redes sociales recaban cierta información sobre mis aliados, edad, familia y cosas por el estilo. Nada de espionaje, solo investigan los datos necesarios para saber si son posibles aliados o no.

El ecoaldeano azul se comportó desconfiado.

Elucubraba ideas.

Desentrañaba el rompecabezas.

Enseguida pareció calmarse, probablemente apaciguado por mi promesa bélica.

-¿Cuándo podremos contar en nuestro vergel con lo ofrecido? –preguntó al fin uno de sus siervos, el más joven, rompiendo de esta manera su monótono mutismo.

-Tan pronto regrese y consiga el material necesario. Tres días a más tardar. Dime –exclamé, dirigiéndome a el hombre azul-, estas en discrepancia con la *Theocracia*, pero, ¿Qué piensas de *La Sociedad*?

-¿No te informaron de ello tus redes sociales? –preguntó el anciano, con un tono sarcástico en su voz.

-No me dijeron nada. ¿Qué piensas de *La Sociedad*? –insistí.

Sus ojos brillaron.

-Ellos son *La Voz de Eioua* y la voz de los dioses mismos en general –me confesó sin pudor alguno-, ellos son hombres fieles y santos. Representan el único canal de comunicación entre los dioses y el hombre. Sin embargo, *Yerushali* no es parte sustancial de ese pacto sagrado. El *Prae Sedere* se puede quitar o se puede poner, pero *El Profeta Amado*, debe de permanecer siempre inmaculado.

Lo miré fijamente.

El pareció intuir todo, y por fin armó el rompecabezas.

-Te contaré la verdad –dije-. Les diré todo. No tiene más sentido guardar apariencias. Nosotros arrasamos a *Yaxha*. Yo formo parte de un grupo clandestino, encaminado a derrocar a *La Sociedad*. Nos hemos mantenido en secreto como estrategia, mientras elegimos la táctica adecuada para revelarnos, pues deseamos mantener desinformados a nuestros enemigos en la medida de lo posible. Bellangela, la real heredera *Prae Sedere*, a la cual tú mencionaste, está aliada con nosotros. Su escape de *El Templo De Las Vírgenes Vhestales*, ha sido encubierto por *Yerushali*, su padre, para evitar el escándalo y una sangrienta guerra civil, ya que la theosangre solo se transmite por unión sexual y si ella muere, la sangre real se extinguirá.

El hombre azul se perturbó. Sus lacayos titubearon unos instantes, a la espera de las órdenes de su capataz, obviamente llevaban armas ocultas bajo sus túnicas.

-¿Quién eres en realidad? –vociferó el anciano, levantándose de su asiento.

-Yo soy Téotl –le dije-. Y odio a la esclavitud.

-¿Por qué me cuentas todo esto? –preguntó, con estremecimiento, anticipando el desenlace.

-Ya lo deberías saber –le contesté fríamente, sin levantarme de mi silla.

-¡Me necesitas! ¡No puedes matarme! –exclamó *Thrigor*, levantándose de su silla-. ¿Estás loco? ¡Estoy dispuesto a unirme a ti! ¡Mis hombres y yo podemos golpear de manera dura a la *Theocracia*! ¡Ya hicimos el pacto! ¡Soy tu aliado! ¡No seas necio! ¡Esta ecoaldea es estratégica! Además... ¡Estamos desarmados!

Lo miré a los ojos.

-No hay pacto. Solo hasta este momento me doy cuenta de todo. Asesinaste a tu primogénito. Te lo devolvimos el mismo día que sería sacrificado, pero ya el niño sabía de antemano su suerte, por eso seguía temblando, aún después de ser rescatado y entregado a ti. Para ti, un seguidor incondicional de *La Sociedad*, fue una deshonra el que nosotros lo hayamos salvado de su sacrificio en *Yaxha*... así que decidiste reparar la afrenta inmolándolo tú mismo. En cuanto a tu segundo hijo… él te sirvió como alimento este mismo invierno. Lo mismo le sucedió a todos los chiquillos de esta ecoaldea. Ahora entiendo porque no hay ningún niño aquí, según mi informante secreto. No deseamos tratos con gente de tu calaña.

Uno de los escoltas del hombre azul, imprudentemente intentó moverse con rapidez, con la intención de rebanarme el cuello con una guadaña, la cual escondía en su manga izquierda, pero cayó fulminado al instante por un tiro lumínico procedente de *Falco Peregrinus*, quien en ese momento abandonó la invisibilidad y se dejó visualizar.

Apuntó sus armas a los dos hombres restantes.

Estos, rendidos, alzaron las manos.

Falco, enfundado en su oscuro omnitraje, había estado invisible gracias a las bondades de la pomada de Bellangela.

El bandido tenía dos días espiando para mí a esa ecoaldea, suministrándome datos e información invaluable de nuestros posibles aliados, oculto a la vista de todo ojo hasta mi llegada.

Casi siempre envío a un heraldo antes de hacer presencia en algún lugar.

-¡Apestoso pero útil ungüento por parte de la mojigata *Prae Sedere*! ¿No es así? –musitó el bandolero.

Al instante me di cuenta de algo inusual en su comportamiento. Había algo extraño en la gravedad de su tono de voz, además de ciertos movimientos sutiles en su cuerpo. Entonces me di cuenta de lo que le pasaba.

Estaba drogado.

No me sorprendió del todo.

Era un psicofarmacofílico.

En el fondo de mi corazón, yo lo despreciaba profundamente a causa de su adicción.

De manera particularmente fuerte, me resultaba repugnante estar a su lado, combatiendo con una basura como él en contra de *La Sociedad*. Su adicción podría resultar ser altamente peligrosa durante el transcurso de un combate

Además, por principio propio, no me simpatizaban los drogadictos.

Miré los globos oculares del omninauta.

Por lo irritado de ellos, yo podía deducir el tipo de narcótico consumido, muy probablemente el fármaco llamado *mheslance*, una sustancia psicoactiva, mezcla de varios ingredientes nocivos como el *ishlaya*, un ya casi desaparecido genero de cactus, el cual produce tenues ráfagas de sensaciones, como la euforia.

Por su respiración un poco agitada, también aparentaba haber ingerido muy ligeras dosis de *vhazuco*, una porquería hecha a base de los residuos de otras drogas y compuestos químicos, comúnmente usada entre los indigentes, debido a su bajo costo y fácil obtención.

El Treceavo Cielo flotaba silencioso y maligno sobre la madriguera. Falco lo controlaba de manera remota y le había ordenado posarse sobre nosotros.

-¿Qué les hago a ellos? –preguntó *El Halcón Peregrino*, refiriéndose a nuestros anfitriones.

Derramé la copa de *aphis*, anteriormente ofrecida, sobre la tierra.

-Mátalos –ordené.

Los hombres no tuvieran oportunidad de defenderse. Mucho menos de protestar nada. El omninauta abrió fuego sobre ellos, sin piedad, con dos certeros y silenciosos disparos en sus cabezas.

Sus cuerpos inertes se desplomaron bruscamente sobre la mesa, unos momentos antes servida, y aplastaron mi comida de gusanos nirwhal.

Los inicuos ojos ámbar del bandido sonreían, regodeándose en la muerte de estos dos seres. Era como si al asesinar a alguien a sangre fría sintiera un orgasmo perverso en su corazón lleno de brunas.

Buscamos por toda la madriguera objetos que pudieran sernos útil como comida o información contra *La Sociedad*. No encontramos nada, salvo huesos humanos en la cocina, posiblemente los restos del hijo menor del hombre azul y prueba infalible de mi hipótesis de canibalismo en esa ecoaldea.

Después, subimos a la silente *vhímana*, y tras unos momentos de meditación por parte mía, decidí arrasar ese vergel, para vengar la sangre de niños inocentes asesinados por sus propios padres.

Le encomendé a *Falco* la onerosa tarea de hacerlo.

El Treceavo Cielo abrió fuego intenso sobre ellos, haciendo uso de sus potentes baterías.

Cabe destacar que casi todos los mil hombres y mujeres en esa inicua ecoaldea dormían y estaban desarmados. Nosotros los tomamos desprevenidos. En un ataque fulminante, ellos jamás despertaron.

Los pocos ecoaldeanos que alcanzaron a darse cuenta de su suerte, o bien presentaron poca resistencia con sus primitivas armas, o bien salieron huyendo a la selva, buscando amparo en las ramas de árboles carnívoros que de igual forma los devoraron.

La devastación fue absoluta y rápida en la ecoaldea.

En sus gigantescos y fortificados graneros, tenían buenas provisiones de carne humana, en la mayoría de los casos procedentes de sus hijos y algunas veces de desafortunados forasteros que habían hecho un descanso en aquel vergel maldito.

La carne humana había sido salada y congelada para poder sobrevivir todo el invierno, con sus cuotas de comida medidas.

Falco Peregrinus tenía la idea de conservarla para nuestro consumo, pues la terrible hambruna amenazaba con devorar todo a su paso, incluso a nosotros. Yo me negué en absoluto ante semejante y bestial recomendación.

Di la irremisible orden de quemar la carne humana, al igual que todo.

El criminal y drogadicto, me obedeció, aunque de mala gana, haciendo llover fuego sobre los graneros e inundando todo el territorio con la dulce fetidez de la carne humana quemada

No me arrepiento de haber girado tal mandato, aun cuando el hambre era atroz.

Tampoco nos hicimos públicamente responsables por este ataque.

Para *La Sociedad*, nuestro acto solo fue un asalto por parte de cazadores bárbaros en busca de alimentos. Intencionalmente, nosotros fingimos embestir, al momento de nuestro ataque, de la manera en que ellos lo hacen. En las bitácoras de la *Theocracia*, así quedo registrado y no se dio seguimiento judicial al asunto, lo cual nos convino en extremo.

Después de nuestra censurable, pero justificada, acción, volamos en *El Treceavo Cielo* rumbo a *La Meseta de Nhamib*, una extensa área de dunas, la cual forma parte de *El Desierto de Tlakamakan*, limitado al norte por *Khalaharhi*, una árida región que cuenta con una laguna pigmentada de color carmesí, debido a la pululación de unos extraños tipos de algas mutantes y al yacimiento de minerales en sus sedimentos.

Allí encontraríamos a *Athanatoi*.

Había escapado de nosotros una semana atrás, cuando habíamos decidido acampar y pasar la noche en a *La Meseta de Nhamib*.

La Virgen Vesthal nos había abandonado unos días antes, marchando ella sola a la ciudad virtual de *Endópolis*.

La mente del theratogénico es inestable y representa un peligro. Por esta razón, decidí dejar a *Athanatoi* vagar libremente en *La Meseta de Nhamib*. Allí no podría hacer daño, al menos a nosotros, mientras yo viajaba a realizar mi entrevista fallida con *Thrigor* y su gente.

Ahora que ya no tenía ningún pendiente en mi agenda, lo recogeríamos para ir rumbo a *Dubhai*. Allí, tenía una cita concertada con *Al Jhedive Therathos* en un pantano subterráneo llamado *El Ashmat*.

Antes de abandonar a *Athanatoi*, le había despojado de sus googles, así no los perdería.

No sé lo que suceda en la tormenta implacable de su destrozada mente. Sufre, eso es evidente, pero no un dolor físico, sino mental. Es como una especie de dios indestructible y demente.

No dejo sentir lástima por un ser tan castigado como él. Sin embargo, cuando recuerdo la larga lista de innumerables atrocidades cometidas por sus impías manos, no puedo pensar en el como un ser inocente. Inclusive, me he visto tentado a idear alguna manera para destruir ese cuerpo que parece ser indestructible y librar a la humanidad del castigo de un monstruo como él. ¿Cuántos inocentes llegará a asesinar si no tomo cartas al respecto?

Sin embargo, he decidido no ponerle fin a la calamidad de su persona, al menos por ahora, porque lo necesito. Es poderoso, un arma humana fría y de bajo coste. *Athanatoi* no es un guerrero, sino la guerra misma.

Es demasiado valioso.

No puedo dejarlo escapar.

Por razones desconocidas para mí, y tal vez hasta para él, esta rara especie de atribulado niño y hombre, siempre huye infantilmente hacia el desierto. Como si la arena fuera su madre y los páramos sus pechos.

Lo encontramos en una llanura yerma, gritando y murmurando incoherencias a la nada, aventado puñados de polvo al aire, recostado dócilmente sobre la arena, donde miles de huesos, procedentes de las gigantescas serpientes de arena, reposaban calladamente sobre la milenaria y árida superficie.

El lugar era un panteón de estos asombrosos animales. Un cementerio de estas bestias es algo casi imposible de encontrar. El valor de los huesos de estas criaturas es muy alto en el mercado negro a causa de la serie de supersticiones que circulan alrededor de ellas.

Athanatoi yacía entre las osamentas de las bestias.

-¿Por qué mejor no abandonas a ese fenómeno? –exclamó *Falco*.

No contesté a su pregunta.

Bajé de *El Treceavo Cielo* y, con extrema cautela, lo saqué de las dunas. Estaba confuso y temblando. Todo su cabello se hallaba enmarañado y revuelto.

Le hice abordar la omninave, guardando mis distancias, pues en un súbito arrebato de cólera podía arrancarme la cabeza.

Al subir a *El Treceavo Cielo*, el theratogénico caminó automáticamente entre el enredado laberinto de pasillos y puertas hasta dar con una recámara. Entró en ella, y allí se acostó en el suelo, a pesar de que había una litera. Yo esperaba que el corpulento invidente se recuperara de su grave desorientación.

Cerré la puerta de la recámara con llave. Luego, fui al centro de mando, a hacerle compañía al pedante omninauta.

Confiaba en hacerle hablar más de la cuenta, sacando provecho de que se hallaba drogado, y así revelara algo acerca de sus orígenes secretos.

El malhechor me intrigaba.

Resuelto a engatusarlo, decidí empezar por formular una pregunta, la cual abriría un tópico de conversación entre nosotros dos y de esta manera conocer algo de su vida.

-¿Has subido en esta nave tan alto como para salir de la atmósfera? –pregunté.

El omninauta estaba en la burbuja del centro de mando, reclinado perpendicularmente sobre su levitante asiento. Tenía puesta su escafandra en la cabeza, circunstancia que me ocultaba su rostro y no me permitiría leer por completo sus reacciones. De todos modos, yo podía adivinar el gesto de sorna en su faz.

-Sí, he subido hasta la atmosfera –contestó secamente, dando unas vueltas a su palanca de mandos con su mano izquierda-. Tengo la experiencia necesaria para ello. Soy un omninauta y también soy caro.

-Lo sé –le dije-, tengo el dinero suficiente para pagarte, pero eso ya lo sabes también. En el futuro tal vez necesité una maniobra de ese tipo.

Guardamos silencio, uno incómodo, al menos para él.

Luego, el no resistió la posibilidad de alardear un poco. Probablemente debido a la euforia producida por las drogas consumidas.

-*La Sociedad* ha prohibido los vuelos al espacio exterior durante miles de años –me dijo, sin despegar la vista de la tridimensional pantalla de vuelo y luego prosiguió hablando-. Según el dogma de ellos, "No debemos ir a donde residen los dioses, para no ofenderlos". Por ello, a pesar de tener la tecnología para realizar viajes estelares, no los hemos hecho… Cosa estúpida el tener potencial para hacer algo y no hacerlo ¿no?

Entonces el omninauta explotó súbitamente en cólera, dando un manotazo contra el tablero de controles.

-¡Malditas creencias estúpidas! –exclamó el omninauta, iracundo, ahora golpeando el volante de su medio de transporte-. ¡Y la gente las engulle como si nada! ¡Excremento quién lo dijo y excremento el que lo creyó! ¡Cuando la mierda traga mierda no se nota la diferencia!

Obviamente, las sustancias nocivas que había ingerido le hacían perder el control sobre sus emociones.

Falco continuó su relato.

-Las estrellas… ¡son tan calladas! Un día, poco después de haber robado a *El Treceavo Cielo*, cuando me dirigía rumbo a *Mhorelópolis*, para cerrar algunos negocios, me dije ¿Por qué no ir a las estrellas? Envalentonado, me dirigí al cielo y ascendí lo más alto que pude. Vi al mundo desde las alturas... ¡y mi corazón se detuvo un segundo! Era bello. Contemplé el planeta entero, y no podía creerlo. Recuerdo no haberme satisfecho, deseaba penetrar aún más en ese enigmático tapiz cósmico, pero no podía hacerlo. Los recursos de la omninave eran y siguen siendo limitados. El *ununpentium* es costoso e inestable. A regañadientes reingresé de nuevo en la atmósfera para continuar mi viaje, pero una desagradable sorpresa me aguardaba.

"¿Ya te mencioné la estúpida prohibición religiosa de los vuelos al espacio? Bueno, pues no solo es una advertencia. ¡Oh claro que no! ¿Desde cuándo *La Sociedad* solo hace advertencias? En realidad es una amenaza. Ellos tienen un sofisticado sistema de vigilancia aérea. Controlan el tráfico en las alturas, no sé a través de qué medios, así que no me lo preguntes.

"Tengo la siguiente hipótesis. Si traspasas cierto desconocido umbral de tolerancia en las alturas te van a localizar y capturar, no importa donde estés ni quién seas, y se van a lanzar sobre ti.

"Lo digo porque me sucedió. Regresaba de nuevo a la órbita, totalmente sin conocimiento de lo próximo que sucedería. Súbitamente seis naves *xhenian* se vislumbraron en el horizonte y se abalanzaron sobre mí, como aves de rapiña, sin previo aviso. Los sistemas de alarma de mi omninave sonaron violentamente, advirtiéndome de la amenaza que se avecinaba.

"La Sociedad deseaba capturarme para hacerme comparecer ante una ordalía por haber transgredido leyes de primer orden, pero yo no lo iba a permitir.

"Nos enzarzamos en un feroz combate en el aire. Seis naves *xhenian* contra una omninave. Ellas contra mí y yo contra ellas. Los siete lidiábamos sanguinariamente en la atmósfera, revoloteando como moscas, eludiendo y recibiendo disparos. Ellas me arrojaban fuego desde sus baterías de poder y yo realizaba las correspondientes maniobras evasivas, siempre improvisando, esquivando milagrosamente sus pérfidos ataques para enseguida responder con mis respectivas

baterías de poder. La cicatriz en diagonal en la parte frontal de *El Treceavo Cielo* la hicieron ellos durante nuestro encuentro bélico.

"Apenas me había hecho de esta omninave y no tenía mucha experiencia en el manejo de ella. De lo contrario, mis oponentes no hubieran durado nada contra mí. Eran pilotos habilidosos no lo niego. Tan talentosos como un dictadura espiritual que te dice lo que debes de pensar lo podría permitir. Sin embargo, no eran ninguna amenaza en realidad. Me costó trabajo derrumbarlos. Mucho, pero lo hice.

"Honestamente, varias veces me tuvieron a su merced, listo para ser derribado, pero su inexperiencia o ignorancia, o tal vez ambas, los hizo fallar. Un aeronauta de respeto no habría cometido los errores que ellos cometieron. Un aeronauta de respeto me habría aniquilado fácilmente de haber contado con las oportunidades que ellos tuvieron para hacerlo. Creo que la suerte estuvo de mi lado y los vencí. Aunque tal vez no fue la suerte. Quizá fue algo más que ella. Verás, cuando subí hasta arriba… me pareció sentir la presencia de algo. No sé… era algo que no podía definir. Una especie de… presencia. No estuve en el espacio exterior el tiempo suficiente para saber si esta era benigna o maligna, pero te aseguro que allí estaba. Y me observaba. No soy religioso. Los ateos no creen en ningún dios. Los agnósticos no saben si existe o no. Yo no entro en ninguna de esas dos clasificaciones. El día que se invente una palabra para definir a aquellas personas que no les importa si existe o no algún dios o dioses entonces perteneceré a su clasificación. Mientras tanto, solo digo esto: Si alguna vez he estado cerca de la muerte, fue esa vez, con esas seis naves *xhenian*, y fue por culpa de subir al cielo tan solo a columbrar las estrellas por un rato. Estúpido, ¿no?

Permanecí mudo, un momento, ante su relato.

Intentaba discernir cuales partes de su narración habían sido exageradas y cuales no existían y eran producto de su imaginación, para impresionarme e intimidarme. Para no ofender sus sentidos, cuestionándolo acerca de la naturaleza no verídica de su historia, decidí cambiar el tema. Al menos ya conocía algo más acerca de él.

-¿Cuánto más tardaremos en llegar a *Dubhai*? –dije.

-Unas horas.

-¡Es mucho tiempo! –exclamé.

-Sí, mucho de tiempo para un campesino como tú –me contestó molesto, sintiéndose superior a mí, como si yo fuera un neófito en el tema de vuelos aeronáuticos-. Recuerda que debo calcular el ángulo adecuado de penetración en la tierra, para evitar gastar combustible innecesariamente y además programar las maniobras necesarias no estrellarme contra roca sólida.

-Está bien –increpé, de mala gana y enseguida abrí otro tópico de conversación para indagar nuevamente acerca del pasado de *El Halcón Peregrino*-. Ojalá tuviéramos esos aparatos de transporte de alta tecnología de *La Sociedad*, así podríamos llegar más rápido a nuestro destino.

-Hay muchos rumores con respecto a esos aparatos ocultos de *La Sociedad* –dijo el, cayendo en mi pequeña trampa-. Por medio de ellos, mandan a sus famosos *Pioneros*, a lugares no conocidos para predicar las buenas nuevas de *La Única Religión Verdadera*.

-Ya he oído esas patrañas –contesté secamente, a la espera de que *Falco* continuara su disertación y yo recabara más información.

-Tengo miedo que esos chismes sean ciertos –exclamó -. No dejo de asustarme ante la posibilidad de ello. ¿Sabes por qué? Tú no has viajado más allá de tus milpas. No conoces el mundo. Hay cosas que no tienen explicación. No has visitado los míticos *Lugares Más Allá*, esos que la *Theocracia* se niega a reconocer. Yo si he estado en ellos. *El Treceavo Cielo* me ayudó a llegar a ellos. Las omninaves son los únicos medios de transporte capaces de llevarte allí. Por esta razón están prohibidas. Esos terribles sitios me proporcionan un gran desasosiego. Una vez, después de muchísimo esfuerzo por hallar una de las encriptadas rutas que me llevaran a los *Lugares Más Allá*, llegué a un gigantesco páramo donde existían millones de huesos humanos fosilizados. ¡Millones de ellos! ¡Oh, no puedo creerlo! ¡Nunca olvidaré esa visión! ¡Ellos no tenían forma, ni pies, ni cabeza! ¡Todos los restos estaban revueltos, incluso pegados, unos con otros, grandes y pequeños, chicos y grandes, todos por igual! Había osamentas infantiles de niños y bebés...

“Dime, tú que al parecer sabes tanto... ¿de proceden todos esos esqueletos? ¿A quiénes pertenecían? ¿Qué hicieron para acabar así? ¿Murieron o fueron asesinados? En caso de haber muerto ¿qué los mató? En caso de ser asesinados ¿quién los mato? ¿Por qué los mataron? No tengo respuesta y eso es lo que me exaspera.

“En otra ocasión, la última y más impactante vez que incursioné en esas espantosas tierras… Lo que vi me hizo desear no volver jamás. Vi a una inmensa planicie donde no había nada... ¡Nada! Y no me refiero a un desierto, ¡Oh, claro que no! ¡No me refiero a ello! Cuando digo nada, me refiero a... ¡completa y absolutamente nada! Solo se veía una especie de luz deslumbrante y aterradora, donde todo se disolvía y desintegraba ¡No tiene sentido! ¡Es imposible que exista una zona así, donde la nada y la luz lo son todo!... No me atreví a cruzar esa misteriosa luz ¿Quién lo haría? ¿Qué diablos era esa especie de umbral? ¿Qué era… esa luz?

“Mi cabeza no me deja de dar vueltas al pensar en los *Lugares Más Allá*. No puedo evitar preguntarme porque *La Sociedad* se empeña siempre en llegar a esos lugares primero. Desde esos días, no tengo tranquilidad al elucubrar a más territorios como esos. ¿Quién sabe que más zonas como ese habrá? O sea, todo lo conocido por nosotros ya parece infinito, con ello me refiero a todas esa ciudades, templos, ecoaldeas, selvas, mares, desiertos, continentes, islas, etc. Por ejemplo, ¿dónde acaba *El Desierto De Tlakamakan*? ¡Nadie lo sabe! Parece infinito, pero si lo comparamos contra lo aún no conocido... ¡Esto último parece inconmensurablemente mayor!

“Cuando subí hasta el espacio sideral, aquella tonta vez que quise ver a las estrellas, logré ver al planeta por completo, y este era esférico, como un círculo. ¡Redondo en su totalidad! Tal y como todo mundo lo sabe... ¿Qué importancia puede tener esto? Bueno, en la realidad, cuando uno se dirige hacia una dirección específica en línea recta, no acaba dando una vuelta, como debería de ser si el mundo fuera esférico, y no termina llegando al mismo lugar, sino que podría continuar así por toda la eternidad. ¿Sabes qué significa esto? ¿Te das cuentas de las implicaciones que hay en este hecho?... ¿No? Veras, esto significa... ¡Que el mundo es plano! ¿Cómo puede ser esto posible? Yo ascendí a lo más alto posible del orbe, y este era circular. Sin embargo, cuando pongo esto a

prueba, cuando intento comprobar que el mundo es redondo, los resultados contradicen la lógica, y más bien demuestran que el planeta es plano.

“Es decir, tenemos tecnología para volar por los aires e ir a las estrellas, podemos hacer ver a los ciegos, manipular al átomo, crear imitaciones de la vida tan complejas como softoides, androides y gynoides y sin embargo... ¡Nos estamos muriendo de hambre y enfermedades! ¡Morimos jóvenes! Nuestro nivel de ignorancia contrasta con nuestra tecnología de tal modo que ni siquiera conocemos todo el planeta. Pareciera como si cada vez creciera más y más, como si fuera una entidad viva y voraz, como si fuera un ser monstruoso. ¿Cómo es posible poder alcanzar velocidades muy cercanas a la velocidad de la luz y aun así, no poder recorrer todas estas tierras? ¡No tiene sentido! Todo esto huele mal. ¡Muy mal! ¿Cómo es posible que desde los cielos yo haya visto a un mundo finito pero cuando bajo a la tierra es infinito? ¿Cómo es posible que desde las alturas, el planeta sea redondo, pero cuando uno desciende, es plano como mis pies?!

Evidentemente, *Falco Peregrinus* estaba muy drogado. Aun así, el omninauta procuraba mantener la compostura, e intentaba aparentar no estar afectado, pero no me engañaba.

Su habilidad como piloto era excepcional.

Solo así se podía explicar que en ese momento no estuviéramos estrellados, a pesar de su estado tan deplorable.

-Voy a mi cuarto –dije.

-No te tardes, en unos momentos más realizaremos la maniobra de sumergimiento en tierra –me advirtió.

De esta forma, me levanté de mi asiento y me retiré a mis aposentos. Preparé mis cosas y mis indumentarias, siguiendo el protocolo social de *Dhubai*, el cual señalaba que debería estar pulcramente vestido para mi entrevista con *Therathos*.

Sin embargo, no podía concentrarme correctamente en la realización de mis tareas.

Seis días atrás, había recibido una larguísima epístola anónima, supuestamente procedente de un *Anciano*, el cual se nombraba a sí mismo como *El Apóstata*.

La carta me había sido entregada a través de terceros, en una ecoaldea que visité por motivos proselitistas.

Ignoro como *El Apostata*, fue capaz de localizarme, pero en esta larga misiva se congraciaba altamente conmigo y mi causa. Aducía una profunda *crisis de conciencia*, razón por la cual se declaraba en profundo desacuerdo a *La Sociedad*.

En contraste, concordaba en varios ideales con nosotros. Sin embargo, disentía en la manera de alcanzar nuestros objetivos, pues aseguraba que no los lograríamos, si continuábamos con la misma estrategia.

El misterioso *Anciano* expresaba compartir conmigo las creencias básicas respecto a la naturaleza no inspirada divinamente por parte de *La Sociedad* y testificaba de primera mano los abusos cometidos por esta organización, amparados bajo la pobre excusa de ser los emisarios de dios.

Era claro en sus conclusiones: La tiranía debería caer.

Sin embargo, según argumentaba, nuestros medios para derribarla, eran pobres e ingenuos, y por esta afirmación se debería de entender lo siguiente: Éramos capaces de hacer un daño genuino en *La Sociedad*, pero no duradero.

O sea, si los lastimábamos, sanarían.

Los Trece, de acuerdo a lo que argumentaba *El Apostata*, nos tomaban en serio, desde sus respectivos e incognoscibles ubicaciones, pero no nos creían tan competentes como para representar una verdadera amenaza.

Y estaban en lo correcto.

En su carta, expuso un sinnúmero de razones para esto, algunas de ellas inverosímiles y otras por completo desconocidas para mí, pero sin lugar a dudas, *La Sociedad* era realmente muy poderosa. No caería gratuitamente, y de caer vendería cara su derrota.

Sin embargo, si prestábamos atención a los consejos de este *Anciano*, podríamos estar en situación de causar verdadero daño irreparable y, eventualmente, derrocar la tiranía de la *Theocracia*.

Para ganarse nuestra confianza, *El Apostata* empezó por proporcionarme un regalo invaluable. Me dio una lista con las posibles identidades de seis de los trece miembros de *La Sociedad*. De tener veracidad este inventario, eran datos invaluables y la guerra sería cuestión de relativamente poco tiempo.

Recalco que solo en caso de ser ciertas sus aseveraciones.

Por otra parte, yo albergaba muchas dudas respecto a la información de estas cartas y en cuanto a la verdadera identidad de nuestro informante. Por ejemplo, ¿Y si todo era una emboscada? ¿Cómo me había localizado? ¿Quién era el autor de esta desconcertante postal?

Durante la extensa misiva de este personaje secreto existían detalles insignificantes que el ojo inexperto hubiera pasado por alto. Por ejemplo, la sintaxis de la carta, glosario del escritor, tipo de papel y tinta, referencias a ciertos aspectos litúrgicos de ceremonias no públicas y cosas por el estilo que solo desde una posición privilegiada se podrían percibir.

Fuera quien fuera, *El Apostata*, poseía un rango muy alto o lo había tenido.

Yo teorizaba, incluso, la posibilidad de que un miembro de *Los Trece* fuera el escritor de ese pliego. De ser así, cabría realizar una pregunta pertinente.

¿Había añadido *El Apostata* su nombre a la lista de los seis posibles miembros de *Los Trece*?

Si así era, yo podía considerar legal esta carta y considerar como verdaderas las afirmaciones dentro de ella, pues esto habría sido honesto de su parte.

Dejando atrás estas cavilaciones, la epístola concluía con una desconcertante aseveración.

“Existe un traidor entre ustedes”, decía, “Encuéntrenlo, antes de ser entregados por el a *La Sociedad*. Corten la mala hierba, elimínenlo. Remuevan al impío de entre ustedes, antes de que sea demasiado tarde”.

¿Quién podría ser ese traidor? ¿*Falco*? ¿*Athanatoi*? ¿Bellangela?

¿Sería esto verdad, o solo se trataba de una estratagema para crear desconfianza entre nosotros?

Esta, y otras abrumadoras contrariedades, atormentaban a mi mente. Yo me hallaba cansado, con extrema contrición. Me recosté y reposé incómodamente unos instantes. Cerré los ojos, intentando dormir.

Por alguna razón, nunca recuerdo mis sueños.

"¿Dónde estará Bellangela?", me pregunté a mi mismo, ¿"Por qué habrá decidido a viajar sola a verse con *Lhayina*?".

"Cosas de mujeres", me dije e intenté sonreír.

Después de unos momentos, me levanté de mala gana y fui al centro de mando. Allí seguía *Falco*, sentado en el centro de mando. Aún se hallaba bajo el influjo de las drogas. Verificaba constantemente el tablero de control tridimensional de la omninave y corregía las contrariedades que surgían.

Solo lo vi de reojo.

No llevaba puesto su casco. Tampoco era necesario debido a que no realizaba labores de pilotaje.

-¡Ya casi llegamos! –me advirtió-, ¡Mejor sujétate! ¡Pronto aprenderás el verdadero significado de omninave!

Luego, me dirigí a la habitación de *Athanatoi*. Deseaba ver su estado de salud mental. Entré a su habitación y no estaba allí. Su recámara se hallaba vacía, a pesar de haberla cerrado con llave. Salí de la recamara y fui con el omninauta, pues él tenía el original de la llave y yo aducía que lo había sacado de su cuarto.

-¿Dónde está *Athanatoi*? –pregunté, sentándome sobre una silla que levitaba.

Falco de inmediato cesó sus actividades y, dirigiendo mecánicamente su asiento hacia mí, profundamente intranquilo, me miró fijamente.

-¿Qué quieres decir con eso?

-*Athanatoi*, obviamente, se ha levantado de su lecho –contesté-, pero no sé dónde está. Creí que tú lo habías levantado de su cama para que cargara algo pesado, como una caja...

-¡Con un demonio! –exclamó el bandido-, ¡¿Estás diciendo que un demente ciego, y casi todopoderoso, anda vagando libremente por los corredores de mi nave, justo antes de realizar una peligrosa inmersión bajo tierra? !En unos minutos más arribaremos a *Dhubai*, no tenemos tiempo para andarlo buscando. Mejor nos olvidamos de el por un momento. Los sistemas ya están programados para la inmersión, lo encontraremos después del violento aterrizaje.

Accedí. Después de todo ¿Qué puede pasarle a *Athanatoi*? O mejor dicho, ¿qué puede pasarle que no pueda sanar?

-Está bien –dije.

Enseguida, todo *El Treceavo Cielo* cambió de luces y se llenó de un color verde.

Eran las luces preventivas.

“Inmersión próxima”, exclamo el automático sistema de inteligencia artificial de la omninave, “Por favor ocupen sus asientos de seguridad”.

De inmediato lo hice, sentándome en mi asiento y abrochando los cinturones de seguridad. *Falco Peregrinus* se colocó de nuevo su casco.

-¿Alguna vez has realizado una “inmersión”? –me preguntó, con sarcasmo.

No respondí.

Lentamente, el omninauta caminó hacia su centro de mando, y tomó las posiciones corporales adecuadas. Entonces, las luces preventivas cambiaron a color amarillo. Esto significaba que la inmersión era inminente.

“Inmersión”, exclamaron los altavoces de la omninave, “Por favor prepárense para el evento”.

De pronto escuchamos un alarido desgarrador.

Era *Athanatoi*.

El grito procedía de unas de las estancias donde se almacenaban los deshechos humanos.

¿Cómo había entrado allí?

Tal sitio se hallaba cerrado herméticamente. Sin embargo, el gigante estaba encerrado allí y clamaba por ayuda, con una voz patética y chillona.

No sé hasta dónde alcancen a llegar las facultades mentales de *Athanatoi*, pero lo presenciado por mí en ese instante fue una luz desconsoladora para mis expectativas.

Entonces comenzó lo peor. Aterrado, el theratogénico, empezó a golpear violentamente, con su sobrehumana fuerza, la puerta.

Falco y yo nos miramos alarmados.

-¡Estamos a punto de realizar la inmersión! –gritó-, ¡Nos puede hacer estrellar si llega a los tableros de control! ¡Implosionaremos! ¡Moriremos en las profundidades de la tierra si no lo detenemos!

-¡Carajo! –pensé para mis adentros.

La puerta de desechos voló por los aires. El coloso por fin la había doblegado. Salió del recinto tambaleándose y lleno de confusión. Fue al centro de mando, donde nos miró a los ojos con extrañeza, como intentando inútilmente de reconocernos.

-¡Ustedes me aprisionaron! –reclamó, furiosamente, el gigante-, ¡Me encerraron! ¡Se burlaron de mí! ¡Me esclavizaron!

Todo *El Treceavo Cielo* se llenó de una luz roja.

“¡Inmersión en curso!”, rugieron las bocinas de la omninave, “¡Inmersión en curso!”.

Enseguida, *El Treceavo Cielo* se elevó por los aires, con la intención de aprovechar la inercia para la futura maniobrar realizar y luego se dejó caer en picada a tierra.

Esto hizo perder el equilibrio al titán, impactándose bruscamente contra las paredes, dándose de bruces repetidamente contra ellas, pero de inmediato la omninave estabilizó su gravedad y el coloso pudo ponerse de pie.

Colérico, *Athanatoi* marchó hacia *Falco*, y lo arrancó violentamente del centro de mando, tomándolo de los hombros y luego, cerrando sus manos alrededor de su cuello, lo comenzó a estrangular.

La omninave se desestabilizó enseguida, sin nadie en el centro de mando para pilotearla.

-¡Morirás! –advirtió el gigante, apretando su garganta con saña inaudita, y los ojos de *Falco* se abrieron desmesuradamente, por la presión ejercida.

Teníamos solo segundos para solventar aquella problemática situación.

Me desprendí de mi asiento, luchando contra la fuerza centrípeta, y saqué de la lujosa funda de cuero, uno de los dos revólveres plateados. Lo arrojé, el arma voló por los aires, dando de piruetas y giros y, a duras penas, *Falco* pudo atraparla con la punta de los dedos de su mano izquierda.

Sin ninguna duda, o escrúpulo alguno, *Falco* le metió el revólver en la boca a *Athanatoi* y jaló del gatillo al instante.

-¡Asqueroso theratogénico! –gritó.

El tiro le reventó la nuca a *Athanatoi* y le despedazó parte de la boca. El impacto del estampido arrojó a los dos contendientes en direcciones geométricamente contrarias, estrellándose uno contra la pared y otro contra el piso.

El disparo efectuado por bandido traspasó la cubierta interior de *El Treceavo Cielo*, ocasionando un destrozo aun mayor a la nave.

Empezamos en caída libre, dando de giros.

-¡Sujétate! –me advirtió *Falco*-, ¡Mi transporte absorberá la mayor parte del golpe! ¡No está muy dañado, pero no te confíes o no sobrevivirás para pagarme mis servicios!

Solo *Athanatoi* no se había asido a algo y daba de vueltas, golpeándose contra diferentes objetos, enfureciéndose aún más con cada golpe que se daba en los rebotes, tratando vanamente de incorporarse.

Impactamos violentamente contra la superficie.

La atravesamos.

Ese era el auténtico significado de omninave. Navegar por cielo, tierra y mar. De esta manera, nos adentramos abismalmente en las monstruosas entrañas de la tierra, penetrando en sus insondables mantos rocosos.

El ruido era enloquecedor, yo tenía miedo, no lo niego, pues las posibilidades y formas de morir eran grandes y muy variadas.

Por ejemplo, entre nuestras horrendas opciones de morir, podíamos hacer un agujero en la tierra de varios kilómetros, sepultándonos entre piedra, tierra y roca, y luego detenernos, aprisionados para siempre en un impenetrable y hondo agujero, para morir allí.

O simplemente, podía continuar nuestro viaje eternamente hacia las entrañas de la tierra, o al menos, hasta agotar el combustible de *El Treceavo Cielo*.

También podíamos implosionar violentamente a causa de la ignición del poderoso combustible conocido como *ununpentium*.

Ninguna opción era halagadora.

Mi ingenua esperanza, residía fielmente en la remota posibilidad de llegar a unos de los dantescos grumos vacíos de aire, o sea una de las famosas cavernas o grutas subterránea, las cuales se situaban cerca de *Dubhai*, y una vez allí, emprender alguna artimaña de rescate y viajar a la urbe de los theratogénicos.

Esa era mi esperanza.

Recuerdo el caos total en la omninave. Recuerdo a *Falco* luchando, en medio del sopor producido por las drogas, por maniobrar la omninave y salvarnos. Recuerdo a *Athanatoi* gruñendo rabiosamente.

Justo entonces, un objeto durísimo golpeó mi cabeza y perdí la conciencia.

Desperté.

Todo era de un oscuro color púrpura.

La omninave estaba de cabeza, se encontraba al revés, como una tortuga sobre su caparazón.

Arriba era abajo, y abajo era arriba.

Mi juicio daba vueltas. Yo me hallaba tirado en el piso, desvanecido.

Podía escuchar, en mis oídos, los latidos de mi corazón.

Un líquido viscoso resbalaba por mi frente.

Llevé mis manos a ella, palpándola.

Era sangre, yo estaba sangrando.

Aún sin plena conciencia, miré alrededor.

Me hallaba solo.

No hallé ni *Athanatoi*, ni a *Falco Peregrinus*.

¿Qué les habría pasado? ¿En dónde estaban? ¿Por qué me habían abandonado?

No le di mayor relevancia a mis preguntas, preocupándome más por mi presente.

Me levanté.

Enseguida, grité desgarradoramente de dolor, con todas mis fuerzas.

Tenía un brazo roto.

El derecho.

Este me colgaba del tronco de mi cuerpo, bamboleando macabramente de un lado a otro.

Además, el hueso no solo se había roto.

También había perforado la piel, astillándola sanguinolentamente.

La desorientación se apoderaba de mi mente, el dolor se aferraba de raíz a mi esencia.

A punto del desmayo, controle mi hemorragia, arrancando un sucio pedazo de tela de mi playera, y con ella presioné en los diferentes puntos de sangrado.

Parpadeé.

Debía arreglar mi hueso quebrado.

Me dirigí presurosamente, entre el caótico laberinto inverso de pasillos, a la enfermería de *El Treceavo Cielo*.

Esta, era un cuartucho miserable, con medicamentos de bazofia.

Todo estaba tirado y desordenado.

Busqué con ahínco los remedios necesarios, pero todos estaban revueltos.

No di con ellos.

Sin embargo, en los fastuosos aposentos del desaparecido *Falco*, debería haber "fármacos".

Después de todo, él era un drogadicto.

Tomé, entre aquel revoltijo de objetos desperdigados por el techo, a una mohosa tabla, la cual fungiría como mi férula, y también tomé a unos trapos mugrosos, para realizarme un cabestrillo con ellos.

Al borde del colapso, me arrastré hacia el cuarto del toxicómano omninauta.

Una vez allí, revolví todas las cosas, hasta dar con los objetos deseados.

El bandido poseía un menú de drogas muy extenso.

Mi frente estaba perlada de sudor.

Yo temblaba, muy ligeramente.

Mis dedos parecían tener vida propia.

Indagué extensamente entre las distantes variedades de psicofármacos, hasta dar con uno muy peligroso llamado *jhagat*, el cual serviría a mis propósitos, pues producía cierto grado de insensibilidad y determinada resistencia al dolor.

Este narcótico, era usado generalmente por los *bhatraks*, gracias a que sus bondades analgésicas ayudaban a soportar las largas jornadas de trabajo en el clima inclemente del invierno.

Tomé con mi mano izquierda, y con extrema precaución, al mencionado menjurje. Este era un fino polvo, el cual aspiraría por la nariz. La droga también podía ser inoculada a través de una inyección, pero a falta de los instrumentos adecuados para tal operación, decidí inhalarlo a través de mis orificios nasales.

Calculé fríamente la dosis necesaria, pues el sedante era muy brioso.

Si excedía la cantidad necesitada, mi corazón podía explotar, literalmente hablando, debido a la extrema incrementación que causaba en el ritmo cardiaco.

Asimismo, si la porción suministrada no era la suficiente, podría no sufrir ningún efecto en mi percepción del dolor y volvería a administrarme una nueva dosis, sumándole a la nueva cantidad administrada la dosis anterior, lo que dificultaría los cálculos.

Debería hacerlo correctamente.

Y lo haría solo con mi mano izquierda, la cual temblaba por cierto.

No me amedrenté.

Haciendo uso únicamente de las sudorosas yemas de mis dedos, llevé a la sensibilidad de mi olfato la arenosa droga y aspiré con profundidad, poniendo los ojos en blanco.

Las partículas y piedras del polvo estupefaciente fueron directo a mi cerebro.

Mis glóbulos oculares lagrimearon copiosamente, víctimas del potente narcótico.

El primer segundo no sucedió nada.

Al segundo, vi unos destellos blanquecinos, los cuales me marearon un poco más.

Al tercer segundo ya no sentí dolor.

Había funcionado.

Inmediatamente, un extraño tipo de neblina empaño mi visión.

Luego, una especie de raro zumbido retumbó tenuemente en mis oídos.

Eran los efectos secundarios del alucinógeno.

Todo me parecía un sueño.

Irreal.

Una vez solucionado el problema del dolor, procedí a curar mi desgraciado brazo, el cual ya evidenciaba una furiosa inflamación.

Previamente, preparándome de manera mental para llevar a cabo la compostura, coloqué mi antebrazo, flexionándolo con suavidad sobre mi pecho, no sin antes sentir un ligero malestar, y después, tomé la burda férula casera, hecha por mí hace pocos momentos, y la coloqué sobre la parte externa del brazo.

Enseguida, sostuve delicadamente mi antebrazo con el improvisado cabestrillo y realicé diferentes amarres en la parte superior e inferior de la fractura.

Sin embargo, esto solo era una panacea momentánea para mi atroz accidente.

Aún faltaba por enderezar el hueso desviado.

Pero eso lo haría luego, en otro momento, cuando tuviera los elementos necesarios para llevar a cabo una acción de ese tipo.

Aunque tal vez ese momento no llegaría.

Yo estaba en shock.

Me habían conmocionado mucho mis heridas.

Mareado, me senté sobre una pila de papeles.

Empecé a delirar.

Perdí nuevamente la conciencia, por un breve periodo de tiempo, pero mi letargo no duro mucho y la recobré tan solo unos segundos después.

Al menos eso creo.

Me levanté de mi asiento, con una nueva misión en mente.

Moviéndome lentamente, me dirigí, a duras penas, al centro de mando, para intentar acceder a las grabaciones de seguridad efectuadas por la omninave y averiguar el destino de mis compañeros de viaje.

No pude hacerlo.

Tenían encriptación.

Solo *Falco Peregrinus* podía tener acceso a los registros.

No pude evitar maldecir al *Halcón Peregrino*.

Decidí salir de la nave.

El influjo de la *jhagat* aún hacia efecto sobre mi organismo y lo estaría haciendo durante algunas horas más, viajando por la sangre de mis venas.

Resuelto a abandonar el transporte, no sin antes sentir una oleada de adrenalina recorrer todo mi cuerpo, producto de mi fatídico estado de salud, me dirigí al portal de salida de *El Treceavo Cielo*, cruzando aquellos pasadizos inversos y emergí de la omninave.

En mi camino me había topado con uno de los revólveres de *Falco*.

Obviamente lo tomé.

Mi sorpresa fue grande, pues al salir, confirme mis sospechas como correctas.

Habíamos encallado en una de las míticas e insondables grutas.

Una serie infinita de cavernas y abismos sin fondo se mostraban ante mis ojos, mostrándome sus magníficos despeñaderos y precipicios.

Este lugar se componía por una serie de enormes e innumerables galerías de cuevas epigenéticas, completamente desconocidas, y también por desfiladeros y fosos secretos, todos ellos inclasificables e inescrutados.

Aquí coexistían varias clases de bárbaros ecosistemas, ambientes y microclimas, todos ellos con una inverosímil variedad de flora y fauna habitando entre las formas irregulares de estalactitas, estalagmitas y sales minerales del sedimento rocoso.

Estas inescrutables y complejas cavidades subterráneas eran iluminadas etéreamente por la vaporosa y candente actividad volcánica del subsuelo, siempre presente en sitios como ese, la cual transportaba lava por acueductos labrados caprichosamente por los dedos del tiempo en los depósitos y lechos pedregosos,.

Además, una rara especie de roca calcárea conocida como *Kalita*, la cual cuelga del techo y paredes de estas gigantescas bóvedas, reflejaba la exigua luz de la lava y magma, multiplicando su resplandor e incrementando de esta manera la iluminación de estos lúgubres sitios.

No todas las grutas estaban alumbradas, cabe decirlo, y en muchas de ellas reinaba la oscuridad total, característica aprovechada por depredadores sin ojos, como el *thichón*, un mamífero pequeño y carnívoro, sin vello en el cuerpo, o el infame *kaekulus*, un quiróptero de tamaño descomunal, con predilección por la sangre humana.

Ambos depredadores acechaban a sus inocentes víctimas agazapados al abrigo de las sombras, para saltar sobre ellos y devorarlos.

Por otra parte, era común entre los ecoaldeanos theratogénicos residentes de estos lugares el narrar a sus hijos pequeños, antes de llevarlos a dormir, el tecnomito de *La Leche De Luna*, una espesa y nutritiva sustancia desconocida, la cual según la leyenda mana de las rocas, formando un río subterráneo y que sirve para fines médicos y cosméticos, haciendo hermoso y saludable a quien la beba.

Cabe destacar que la existencia de este pastoso liquido no está comprobado, aunque su mito podría estar basado en el agua natural proveniente del interior de la tierra, pero mezclada con cuarzo y *brushita*, minerales muy raros, además de la calcita, lo que otorgaría su blancuzca coloración a este mítico brebaje.

Debido al calor geotérmico procedente de los volcanes de este territorio y a la tremenda profundidad por debajo de la superficie de esta ubicación, el frío no existía en esta región. Tampoco sus mortales y nocivos efectos, sino todo lo contrario, un aberrantemente clima cálido y bochornoso envolvía la región.

En el pasado, algunas pocas grutas contaban con respiraderos que conectaban directamente a la superficie y tenían el privilegio de contar con aire fresco de vez en cuando.

Sin embargo, *Therathos* había ordenado tapar estos conductos, pues representaban una amenaza a la seguridad de *Dhubai* debido a que *La Sociedad* podría mandar sondas de exploración por medio de estos gigantescos boquetes y ser descubiertos.

La calidez era bochornosa y extenuante a grado extremo en esas laberínticas grutas. Además, su alta temperatura basada en sulfuros, producía quemazón y escozor en la piel, despellejando e irritándola en las pieles más sensibles, aparte de inflamarla un poco.

Los theratogénicos no sufrían de estas molestias, debido a su constitución física superior, sino únicamente los humanos.

En ciertos niveles y subniveles más profundos de estas cavernas, donde la actividad volcánica y otros factores tenían mayor agresividad, los efectos colaterales de este clima eran más evidentes.

En tales sitios, no solo se producían las lesiones anteriormente mencionadas, sino que también brotaban dolorosas ampollas en el organismo del ser viviente y la piel quedaba con una apariencia lustrosa por el líquido que supuraba y con cierto grado de sensibilidad al aire.

Cabe mencionar que incluso los theratogénicos sufrían estas perniciosas secuelas.

Por último, en los niveles más profundos de estos infiernos, el clima era tan desgarrador y brutal, que ocasionaba pérdidas en las capas de la piel y, paradójicamente, lesiones sin dolor porque los nervios quedaban destrozados.

Diferentes gynoides y androides habían recabado estos datos para los theratogénicos de *Dubhai*.

En las grutas en general, debido al alto calor generado, la transpiración era constante y copiosa, haciendo perder excesivamente a través de ella al agua en el organismo.

Se podía asesinar, con deshidratación severa, a todo aquel no preparado para sobrevivir a este clima tan austero. Por ello, los habitantes de este sitio, incluso los theratogénicos mas fuertes, siempre cargaban con sales de rehidratación oral al adentrarse en las grutas, listos para administrarse estas dosis en caso de ser necesario.

Según mis conjeturas, basándome en el tipo de rocas y tierra, además del tipo de flora, me hallaba varado a un kilómetro de distancia del mundo exterior.

Iba a proceder a marcharme rumbo a *Dhubai*, cuando reparé en *El Treceavo Cielo*, el cual colgaba sobre el abismo, reposando al borde de un rocoso arrecife.

Decidí hundirlo.

"Nos pueden rastrear a través de la *vhimana*", pensé.

Luego, cuando me diera cuenta de lo que en realidad había hecho, me retractaría de mi idea.

"Es la única manera de retornar a la superficie", me dije, intentando convencerme de no deshacerme de la omninave, "Sin embargo", pensé, "Si me rastrean, nunca regresaré allá arriba", "Y además, si encuentro a *Therathos*, me puede proporcionar un medio de transporte para salir de aquí".

Así que, dispuesto a hacer desplomar la omninave en una tumba sin fin, procedí a entrar una última vez en ella, para sacar la mayor cantidad de cosas útiles que me pudieran servir en mi travesía hacia *Dubhai*.

Una vez afuera, con la mayor cantidad de víveres posibles, los amontoné en un refugio construido por mí para guarecerlos y, después, con determinación e indiferencia, disparé un certero tiro lumínico hacía una gigante estalactita colgante sobre la omninave.

La pesada gota de piedra se derrumbó sobre el transporte y este cayó en silencio al precipicio infinito.

Ese era el último vuelo de *El Treceavo Cielo*.

Hacia el infierno.

Después de verlo caer, reanudé con denuedo mis actividades, y ahora, metí la pistola en mi cinturón, con el objetivo de que estuviera a la mano en caso de alguna contingencia.

Debido a la abundante exudación de mi organismo, el efecto de la droga estaba pasando rápidamente, con todos sus efectos, y el dolor regresaba.

En mi confusión mental, y urgencia física, no había rescatado ningún narcótico de la omninave.

Me maldije de inmediato por mi estupidez.

Las próximas horas serían tormentosas.

En la letanía, podía escuchar el rumor procedente del agua, cuyo cauce se originaba en pequeñas fisuras y grietas, las cuales a través de los evos y largos procesos geológicos se agrandarían poco a poco hasta formar agujeros espaciosos y gigantescos.

Diversas formaciones rocosas, jocosamente, dibujaban grotescas figuras, las cuales a través de mi fiebre delirante, se deformaban y distorsionaban en animales, personas y objetos, gracias a la amplificación de mi imaginación.

Puse mis ojos en blanco y me desvanecí, pero caí sobre mi extremidad fracturada, lastimándola aún más, atrofiándola sin remedio.

Un alarido desgarrador salió de mi garganta, aunándose al tétrico sonido de mi carne molida. Probablemente, sin asistencia médica, mi brazo se gangrenaría y sería amputado.

Eso, en caso de vivir, pero seguramente moriría.

Eso fue lo último en mis recuerdos, antes de caer en mi desmayo.

Desperté en una tibia ecoaldea theratogénica, aunque no lo hice del todo, sino que lo hice poco a poco.

Primero escuché, a lo lejos, el intrascendente murmullo de sonidos remotos, procedentes de voces incognoscibles, las cuales se manifestaban ininteligiblemente a través del aire en ondas difusas.

Luego, los ecos fueron adquiriendo gradualmente patrones y formas.

Por último, un nombre sonó en mi cabeza. *Dubhai* la dorada megalópolis theratogénica.

-¡*Dhubai*! –grité, despertando por fin, como aferrándome a su nombre, ahogando un grito en mi garganta-, ¡*Dubhai*!

Abrí los ojos desorbitadamente, como respirando por ellos, y miré todo a mi alrededor.

Me hallaba viajando en un transporte para esclavos, dentro de una pequeña celda con vista al exterior.

Algunos esclavistas de *Dubhai* realizaban periódicamente algunas incursiones ilegales a la superficie para secuestrar ciudadanos humanos y venderlos como esclavos en el mercado negro de la capital theratogénica.

El transporte se movía grotescamente por el solitario terraplén por donde transitábamos, dando obscenos pequeños brincos y saltos, conmocionando todo el contenido en su interior.

Suavemente, tomé con mis dedos los fríos barrotes de mi ventana y asomé un poco la cabeza hacia fuera, para poder ver con mis ojos el lugar en donde estaba.

En la letanía se podía ver una urbe de oro.

Nos situábamos en las afueras de *Dubhai*.

Allende el amplio círculo de suburbios que rodeaban la capital de los theratogénicos, se podía apreciar en todo su esplendor a *El Morimarusa*, un inquietante y siempre calmado mar, también conocido como *El Mar Cuajado* o *El Mar Concreto*. Su fondo nunca había sido hallado por los androides o gynoides que habían descendido a explorarlo, abandonando la tarea de sondearlo a los trece mil metros de profundidad. Según algunos tecnomitos, existían piedras preciosas en su

lecho marino y era allí a donde iban a morir unos seres fantásticos conocidos como *khuélebres* cuando se hacían viejos.

Toqué mi brazo. Se hallaba suturado y sanado, aunque también levemente hinchado y tenía el riesgo de contraer una infección. Sin embargo, ya no corría peligro inminente y con toda probabilidad no perdería mi extremidad. Habían aplicado a mi brazo una especie de radiación, cuyo nombre no recuerdo, la cual haría que mi brazo sanara paulatinamente por completo en cuestión de horas.

-Nos venderán como esclavos –susurró una voz no muy lejos de mí.

Rápidamente volteé la vista hacia ella, para ver al autor del comentario.

Este era un hombre flaco y andrajoso, un hombre "normal", un humano, no un theratogénico. Compartía mi pena con otros once hombres, también ellos "normales", y también ellos encadenados como esclavos, cada uno en una celda diferente.

No presté atención a las palabras de aquel hombre delgado. Más bien puse mi mente a trabajar en otras cosas. Yo sabía cómo escapar a mi cautiverio, tenía un plan pero debería llevarlo a cabo cuidadosamente.

-¿Cómo llegaste hasta aquí? –preguntó otro hombre, uno corpulento y calvo.

También lo ignoré, consciente que el tiempo apremiaba. Asuntos de mayor importancia ocupaban mi mente. Me incorporé con precaución, teniendo cuidado de mi brazo, listo para huir de allí.

-Te pregunté que como llegaste hasta aquí –repitió el hombre obeso-, ¿No me quieres hablar?

Lo miré y me di cuenta que era ciego. De todos modos no contesté y continué con mis actividades.

Con esta actitud, me había ganado la antipatía del resto de los prisioneros, quienes me miraban callados, observándome en silencio, no aceptándome como uno de los suyos.

-Buscas a *Therathos* ¿no? –exclamó una misteriosa tercer persona y esto me paralizó.

De inmediato fijé la mirada en el sujeto, quién permanecía en las sombras, sin mirarme a los ojos, sentado sobre sus piernas, en otra celda un tanto alejada de la mía.

Se ocultaba.

El tercer hombre estaba investido por túnicas violáceas. Poseía una voz ronca y áspera. Me sonaba conocida, pero no logre identificarla, por más que me esforcé en hacerlo. Interrumpí mis planes de escape.

Su presencia me intrigó.

-¿Quién eres? –pregunté.

No dijo nada, me ignoró, como burlándose.

"¿Quién será?", me repetí y procuré acercarme a él. No pude, pues mis cadenas lo impedían.

-Si –confesé al enigmático ser-, estoy buscando a *Therathos*. ¿Cómo lo sabes?

El tercer hombre no contestó.

-¡Te pregunté algo! –reclamé-, ¡Contéstame!

Se escuchó una respiración un tanto molesta, procedente de este hombre. Algunos de los cautivos se sintieron incómodos con mi exigencia y el tono que utilice en mi voz. Por esta razón, algunos empezaron a lanzarme una gama de improperios, amenazándome o advirtiéndome respecto a mi conducta.

-Busca a *Therathos* en *El Salar* –contestó el misterioso hombre-. Pide audiencia. Mantén tu identidad humana oculta. No te concederán una entrevista si no eres un theratogénico. Aquí somos esclavos.

Ahora yo me quedé callado, ¿cómo sabía esas cosas ese tipo? ¿Quién se las había dicho? ¿Era un espía de *El Apóstata* o de *La Sociedad*?

Me encontraba en media de esas elucubraciones, cuando un cuarto hombre me habló. Un anciano.

-¿Qué diablos hacías en las grutas? –me inquirió-, ¿Qué demonios te pasó para estar en el estado tan deteriorado con el cual te encontraron?

Yo bajé la mirada, no podía responder, no confiaba en nadie. Menos en un hombre "normal". Entonces, el enigmático hombre de túnicas violáceas se puso de pie, sin abandonar las sombras, y tomando con sus manos los barrotes de su celda me dirigió la mirada.

-Téotl no quiere hablar –exclamó el enigmático hombre.

Me quedé helado. Ese hombre incluso sabía mi nombre. Dirigí mi vista hacia él, estudiándolo escrupulosamente. Deseaba preguntarle como sabía mi nombre, pero jamás me hubiera contestado.

Muchas preguntas volaban en mi cabeza respecto a la identidad de esta misteriosa persona.

Recordando la urgencia de mi misión, preferí ignorarlo por el momento, con la intención de escapar de ese lugar.

En ese momento, el transporte se detuvo, al parecer debían cargar combustible.

Una especie de sonido similar a algo que se arrastra lentamente se dejó escuchar por los pasillos del pesado transporte. Luego, una larga sombra se dibujó por el acceso a nuestro calabozo, donde uno de nuestros monstruosos carceleros bajó las escaleras y descendió hasta las mazmorras.

No soy racista, ni mucho menos clasista, pero el theratogénico encargado de nuestra custodia, en verdad era repugnante. Parecía un gusano gigante y se desplazaba como tal, pero tenía la cabeza de un ser humano y no gozaba de extremidades.

Sin embargo, con el fin de evitar derramamiento de sangre, yo primero deseaba negociar con mis captores.

-¡Centinela! –grité-, ¿podría venir?

Este se inmutó, dando de vueltas, se remolco hacia mí e irguió su cabeza hasta la altura de la mía.

-Dime –dijo el, observándome con ojos curiosos, mostrándome sus dientes afilados y colmilludos, como los de un perro.

Su aliento apestaba y era tibio, lo cual me convenía.

-Debo de ver a *Therathos* –expliqué-. No soy quién ustedes piensan, su líder me espera, es urgente, tengo una cita con él. Puedes constatarlo por ti mismo en este momento. Se lo ridículo que suena, pero es verdad.

El gusano intentó sonreír.

-La próxima vez en hacer una broma de este tipo, te daré descargas eléctricas en los testículos–me advirtió y se marchó, desplazándose como una oruga.

Suspiré con pesar.

-¡Guardia! –supliqué una vez más.

Este se dio la vuelta y me miró.

De inmediato, saque de entre mis ropas, el revólver de Falco y, sin la más mínima duda, le disparé un tiro lumínico con la majestuosa arma.

Le reventé la cabeza.

El haz de luz del disparo iluminó todo el transporte

Enseguida todos se amotinaron. Se levantaron de sus celdas y me pedían su liberación, pero no les preste atención. Resuelto a escapar, solté una detonación más contra mi celda, la cual se abrió como si fuera un papel.

Salí de mi humeante jaula y ascendiendo las escaleras y recorriendo los sencillos pasillos, me dirigí con premura a la cabina de control, donde se hallaba el capitán de la nave. Sin embargo, me lo tope antes, pues alertado por el disparo, este había descendido con una metralleta de alto poder en sus manos, y me apuntó con ella.

Fui más rápido que él y con otro disparo destrocé su cuerpo. El theratogénico ni siquiera se dio cuenta de lo que le sucedió.

El revolver de *Falco* era muy bueno. Limpio y letal. Un arma excelente.

Luego, después de asegurarme que no había ninguna otra amenaza, me dirigí a las mazmorras, deshaciendo todo mi camino. Avancé hacia la jaula de aquella enigmática persona que conocía detalles íntimos de mi persona.

Este hombre seguía en las sombras.

Le apunté la pistola.

Los prisioneros me pedían su liberación, clamaban por ella, algunos incluso rogaban, pues estaban condenados a muerte en *Los Juegos Ixmicos*, un violento deporte donde los theratogénicos se divertían a costa de los humanos.

-¿Cómo sabes que busco a *Therathos*? –le interrogué.

El enigmático hombre era valiente.

Me miraba a los ojos.

-Lo sé, porque solo eso sabías decir en tus delirios –contestó-, mientras convalecías de las heridas en tu cuerpo. Ya sabes, las mismas lesiones sanadas por los desdichados tripulantes de esta nave, a los cuales acabas de asesinar a sangre fría con tu revolver de plata.

Estuve a punto de matarlo también a él.

No me gusto su comentario, por obvias razones, ya que insinuaba perfidia de mi parte.

-Me llamaste por mi nombre hace unos instantes. ¿Cómo lo sabes? –le pregunté-. Dímelo, y no me digas que lo dije en mis delirios, pues tú mismo aceptas que en ellos solo hablaba de buscar a *Therathos*.

-Yo nunca te llamé por tu nombre. Tal vez escuchaste mal –explicó, pero sus respuestas no me satisfacían. Ocultaba algo más.

Desee asesinarlo allí mismo, mas no pude hacerlo. Ya había sido derramada mucha sangre innecesaria. Me acobardé, no me da pena admitirlo.

Guardé el arma y subí al centro del mando, con los gritos de los cautivos solicitando su liberación, pero sus suplicas fueron en vano. No las escuché, pues no me convenía granjearme la enemistad de *Al Jhedive*, violando de manera directa sus leyes contra los hombres “normales”. Así,

desanclé la unidad de esclavos del vehículo propulsor en un terreno baldío, abandonándolos a su suerte. Si eran inteligentes encontrarían la manera de salir por ellos mismos y yo me lavaría las manos ante una eventual querella judicial.

Más tarde, si nosotros llegamos a triunfar en nuestra guerra contra *La Sociedad*, veré la manera de llevar a cabo una reforma con *Therathos* que permita abolir para siempre la esclavitud.

Tomé los mapas del capitán muerto, para marchar rumbó a *El Ashmat*, de acuerdo al plan original, y por fin ver a *Therathos*.

El Ashmat es un terrible pantano subterráneo, el cual se dispersa por un territorio de varios miles de kilómetros a lo largo de las inacabables y laberínticas grutas situadas por debajo de la tierra.

Además, este anormal lodazal posee múltiples mantos de verdosas aguas hirvientes, estancadas y generalmente sin mucha profundidad. Sin embargo, la hondura real de algunas de estas depresiones es objeto de controversia continua, pues existen varios relatos apócrifos testificando acerca de la desaparición de personas en ellas, tragadas por el fondo de estas aguas pérfidas y malignas.

Una densa y rara vegetación acuática florece en los llanos húmedos de esta ciénaga algosa, auspiciada por el ardor termal del subsuelo y por los dañinos microorganismos bacterianos existentes en los dominios líquidos de ese lúgubre y crepuscular lugar.

Una neblina insólita y maloliente, envuelve los alrededores de ese execrable terreno, la cual se forma por los constantes gases expulsados de las fisuras abiertas, en las entrañas fangosas de la tierra. También es eructada agua por estas grietas y es dulce y puede ser bebible, pero tiene la característica de ser muy caliente.

Debido a la extensa área de este pantano, se halla propenso a sufrir violentas pseudo variaciones estaciónales en las cuales, de acuerdo a la fenología, no existe el invierno con todas sus consecuencias funestas, tal y como ya había mencionado anteriormente.

Una rara especie vegetal aérea, conocida como *avhicennia gherminans*, de la familia de la *avicenniaceae*, domina en esta ciénaga y es comestible por cierto.

En este ilusorio ecosistema, conviven simultáneamente varios tipos de plantas acuáticas y juncos silvestres, además que matorrales gigantes y árboles de gran tamaño hunden sus raíces en el sedimento de este pantano, rico en depósitos orgánicos y deshechos biológicos.

Varios anfibios y especies hidrófilas habitan este fantasmal distrito, usándolo como santuario, pues huyen del invierno en la superficie y aprovechan las características de este lugar para peregrinar durante esa estación climática. Cabe destacar que el arribo de estas especies es un

misterio, pues las rutas empleadas por estos animales son desconocidas y en teoría no hay ningún túnel que conecte con la superficie.

Nadie sabe cómo llegan aquí.

Los caminos para llegar a *Dhubai* son guardados en secreto, con sumo recelo por parte de los theratogénicos. La divulgación de las coordenadas de ubicación de la capital theratogénica, junto con todos sus municipios, puede provocar la invasión por parte de *La Sociedad*, quien no admite rival.

Si algún día me veo obligado a huir, lo haría a este lugar, pues tiene muchas ventajas y a su manera es hermoso, a pesar de sus peligros latentes. Es idóneo porque proporciona comida y agua al forastero, aunque no sin riesgos. Asimismo no existe el despiadado clima gélido, el cual ahora impera en la superficie, y aquí no mueren de frío, aunque los efectos de la deshidratación también son perniciosos. Aun así, no son nada comparados al frío.

Además, este pantano es muy grande. Jamás me encontrarían si me escondiera aquí, estoy seguro. Las inacabables grutas y galerías proporcionan escondrijos perfectos para el prófugo, quién podría huir para siempre en estas cavernas, siempre encontrando agua y comida.

No me extraña que *La Sociedad* busque tan desesperadamente estas cavernas, agotando muchos de sus recursos tecnológicos para ello, enviando sondas al interior de la tierra y escaneándolas.

Estas cavidades ofrecen un edén subterráneo, con muchas comodidades para los theratogénicos, pero todos los esfuerzos de La Sociedad por dar con ellas ha resultado en vano. Sin embargo, se rumorea que *La Sociedad* ha podido dar con una cueva de estas, solo una, y una muy pequeña por cierto, la cual usaría como refugio ante un cataclismo o ante una eventual derrota.

Solo unos pocos humanos conocen la ubicación exacta de estas cavernas, yo entre ellos. Tomé medidas preventivas adicionales para que ni *Falco* tuviera las coordenadas exactas de esta urbe, para ello, yo mismo ingresé tales datos en la computadora cuántica encargada de ello. Los

pocos hombres de la superficie en haberlas visto son asesinados o esclavizados perpetuamente en *Dhubai*.

Mis informantes ocultos me habían escrito, insinuándome de la presencia de *Therathos* en *El Ashmat* durante esta época del año para asegurar la cosecha de una rara flor gigante, modificada a través de la ingeniería genética.

Le llamaban *Amorphophallus* y era una flor con genes humanos, de corta duración de vida, patentada por los laboratorios dirigidos por *Ancianos* de la minoritaria clase *Sharhasvhati*.

Los guerrilleros de *Therathos* habían robado y copiado la fórmula, cultivándola en los terruños de estos oscuros pantanos, pues el clima es propicio para su siembra.

De acuerdo a un informe no fidedigno, procedente de un segundo grupo de espías a mi mando, *Therathos* estaba infectado por *La Noxhas*.

No sé si creer este reporte, pues los theratogénicos son inmunes a esta plaga.

Ante este inesperado develamiento, cabría hacer varias preguntas. Por ejemplo: ¿Ha mutado el virus de esta infame enfermedad? ¿Esta calamidad ha descifrado por fin la manera de infectar a la raza extraordinaria de los theratogénicos? ¿Acaso hemos entrado a una última etapa, a una especie de fase terminal, donde esta agresiva peste acabará con todos nosotros?

De ser cierto este rumor, si en verdad que el adalid esta contagiado por esta violenta e incurable enfermedad, no le restan muchos días de gloria. Por lo tanto, debo apresurarme a pactar un trato de alianza con y recomendarle un sucesor aguerrido y digno, que sea capaz de respetar la coalición que tengo planeada y pelear a mi lado contra *La Sociedad*.

El hecho de que *Therathos* esté relacionado con la monstruosa flor, le daría un terrorífico aire de veracidad a su posible contaminación de *La Noxhas*.

He oído rumores de que el *Amorphophallus*, es capaz de producir la cura a cualquier enfermedad.

Como si fuera una panacea universal.

No obstante, también se menciona un proceso secreto para extraer del *Amorphophallus* la cura.

De antemano, ya conocía el paradero exacto a donde *Therathos* llegaría. *El Salar*, una extensa zona, la cual se situaba dentro de los límites de *El Ashmat*. Consistía en un deshidratado lago superficial, compuesto por diferentes tipos de sales, como el cloruro y el fosfato yaciendo en sus depósitos.

Pero llegué tarde.

Al llegar al sitio ya se habían marchado. No me quedaba más que seguir sus rastros, los cuales eran claros y muy recientes, fáciles de seguir. *Al Jhedive* y su caravana no iban muy delante de mí. Poca distancia nos separaba. Sin embargo, el vehículo robado a los traficantes de esclavos era lento y encallaba muchas veces en los lodazales. No apto para estos terrenos.

Avanzaría más rápido a pie, así que abandoné mi medio de transporte en un solitario paraje, donde la tierra y las arenas movedizas se lo tragarían. No debería dejar ningún pista. Proseguí a pie mi camino.

Therathos contaba con una escolta, una guardia personal oculta, la cual le resguardaba la espalda. Esta me interceptó, desarmándome, cuando me acerqué demasiado a ellos y me interrogaron acerca de mi procedencia.

Contesté quién era, identificándome, y solicité me llevaran ante su líder de inmediato alegando tener agendada previamente una cita con él.

Después de una severa auscultación corporal comparecí ante él.

Los rumores eran ciertos.

Su carne estaba carcomida por la peste.

La Noxhas lo devoraba vivo.

Convalecía, reposando de su cruenta enfermedad, sobre un confortable lecho.

-Soy Téotl y soy tu siervo –confesé al guerrillero, inclinándome ante él cuándo lo vi-. Yo había concertado una cita con usted, el día de hoy, pero me demoré y lamento no haber podido

llegar puntualmente a nuestro encuentro. Importantes contratiempos surgieron durante nuestro viaje y mis compañeros y yo tuvimos un accidente como lo podrán comprobar mis severas heridas. Ofrezco disculpas, oh *Al Jhedive Therathos*.

Haciendo uso de mi nariz señalé mi brazo roto, el cual ya comenzaba a evidenciar alentadores síntomas de recuperación.

Él entendió y pareció sonreír.

Therathos era enorme, casi tan grande como *Athanatoi.* También era deforme, agonizaba en su cama.

El adalid me miró con benevolencia.

-¡Saludos Téotl!... –respondió el, jadeando aire con dificultad-. ¡Ponte de pie! Eres un hombre honorable, aceptó tus disculpas. Eres bienvenido en mi presencia... Mis espías han confirmado tu identidad. Se a lo que has venido, valiente guerrero. Conozco tu fuerza de voluntad. Aún a este infernal lugar llegan los relatos de tus atrevidas hazañas y nos emociona saber de los estragos que has causado a *La Sociedad*. Como veras mi estado es deplorable, *La Noxhas* me ha tomado. Estoy enfermo, muy enfermo, no sé cómo he logrado resistir tanto. Agradezco tu visita, y sé a qué has venido pero temo profundamente decepcionarte... mi respuesta es no. Si hubieras llegado hace diez años habría aceptado tu oferta, pero ahora no puedo unirme a ti, venerable y sabio Téotl... Lamento haberte hecho realizar un viaje tan largo y peligroso por nada...

Miré hacia abajo, y apreté ligeramente mi mano izquierda.

-Si me permite esta gracia… ¿pudiera *Al Jhedive* dar sus razones para no efectuar una coalición con su siervo?

El noxhaíta tosió.

-Hace doscientos años, cuando era un muchachito de tu edad, sentía compasión por mi pueblo. Los theratogénicos, mi gente, era menospreciada y maltratada. Los varones éramos vendidos como esclavos. Los ancianos eran usados en experimentos biológicos. Las mujeres y niñas no eran violadas, solo porque son consideradas como horrorosos animales por los hombres de la

superficie. En cambio eran obligadas a servir como esclavas hasta la muerte. Mi madre y mis hermanas acabaron sirviendo como prostitutas para los mismos theratogénicos en los pozos de esclavos. ¿Qué podía hacer yo? ¡Solo era un niño considerado como un monstruo! Es raro, nosotros somos poderosos y horripilantes y ellos frágiles y hermosos... Te decía, yo era un niño con estos sentimientos de ira y libertad y fui creciendo. Me volví grande y poderoso. Todo un guerrero. En una revuelta de esclavos me rebelé y asesiné a mis amos. Varios huyeron conmigo. Me miraban a los ojos en busca de guía, especialmente los más jóvenes y huérfanos. Poco a poco, mucha de mi gente se me iba uniendo.

"¿Cómo encontramos estas grutas? Los thetarogénicos somos una raza maravillosa, somos como semi dioses a pesar de nuestra apariencia. Poseemos dones tan fantásticos como los milagros mismos. Entre nuestra sangre ha ascendido la telepatía y cosas más raras como el don al que llamamos como geopatía. La capacidad de platicar con la tierra misma. Así fue como un geópata, el único conocido hasta ahora, dio con este mágico sitio subterráneo de crepúsculos eternos. Hubo una peregrinación a este santuario. Refugiamos a todo aquel theratogénico que nos pidió asilo con una única condición. Todo aquel recién nacido parido hermoso y sin rasgos de theratogénesis debería ser devuelto al mundo de la superficie al cumplir seis años de edad... Si los dejábamos crecer aquí llenarían con el paso de los años a esta ciudad y nos esclavizarían de nuevo. *Dhubai* debería de permanecer pura.

"También capturamos como esclavo a todo aquel humano infortunado que llega por azar a estos lugares y no lo dejamos volver a la superficie por temor a la revelación de nuestro paradero. Con el tiempo, esta urbe floreció hasta convertirse en una brillante megalópolis. Robamos tecnología y luego la copiamos y la superamos. Nuestra ciencia está a la par del mundo de la superficie. No les envidiamos nada. Creamos nuestros ejércitos. Sin embargo, el rumor de nuestra existencia se extendió más allá de nuestras fronteras y *La Sociedad* se percató de nuestra presencia. Se llenó de cólera. Nos vio como una amenaza. Desde entonces, ha estado intentado localizarnos a la espera de un error nuestro. No ha tenido éxito. Ni lo tendrá jamás…

“En determinado momento, aproximadamente hace cien años en la cúspide de mi fortaleza física, me pregunté: ¿Por qué no alzarnos en armas contra *La Sociedad*? ¿Por qué no derrocarlos? ¿Por qué no vivir en libertad y sin esconderse? Después de todo, nos encantaría sentir en nuestro rostro el estrellarse de un viento distinto al de los abismos calientes de *El Shantivan*. Sin embargo, ¿Era una decisión acertada una guerra a gran escala contra la *Theocracia*?... ¿Debería yo, como líder de esta agrupación de parias, arriesgar lo mucho logrado por nosotros a cambio de una revuelta? Revuelta que tal vez no lograría nada.

“Cierto, habíamos dados magistrales golpes militares a la *Theocracia*, ataques en forma de guerrilla, los cual solo hacia crecer cada vez más el fantasma de nuestra leyenda, pero nosotros no estábamos preparados para una guerra abierta... no contra un adversario tan extraordinario como *La Sociedad*... Una cosa es tener los recursos para pelear exitosamente una guerrilla y otra cosa muy distinta una guerra.

“En su momento, también yo busqué alianzas y pactos, pero fracasé. En ese instante exacto de la historia, solo nosotros los theratogénicos nos hallábamos en disposición de tomar la vía armada. Nadie más podía. Los noxhaítas aún no existían. Los grupos sectarios disidentes tenían miedo. Los apostatas, aunque ya existían, no se atrevían a salir de las penumbras. Si tú me hubieras hecho esta oferta en ese entonces, cuando yo era un hombre joven, la hubiera tomado. Te hubiera hecho mi hermano de armas y habría combatido a tu lado. Hoy estoy viejo y enfermo, como podrás ver. Me temo que llegas cien años tarde a tu cita conmigo. Realmente lamento que hayas realizado un viaje tan largo por nada…

Guardé silencio.

-¡Permítame, oh gran *Al Jhedive*, narrarle un cuento! -exclamé-, ¡Es uno pequeño, pero no por ello es menos cierto!

“Érase una vez un rey enfermo de gravedad de un misterioso mal, al cual nadie pudo ser capaz de identificar, ni siquiera sus hombres de mayor conocimiento. El rey deseaba una cura y

ofreció como recompensa una rosa roja de alas blancas al ser que fuera capaz de sanarlo de su espantosa dolencia.

“Cierto día, un mendigo sabio se presentó ante el soberano. Aseguró tener la cura para su enfermedad. El indigente le mostró dos cajas.

“En una de ellas estaba la cura para su enfermedad, pero la cura esta solo aparecería si el monarca no la buscaba. En la otra caja no había nada. El monarca se halló ante una difícil decisión. Si intentaba abrir una de las cajas buscando la cura esta desaparecería. Si no intentaba abrir una, de todos modos no la conseguiría. ¿Qué debería haber hecho ese rey?... Si me permite la pregunta, ¿Qué hubiera hecho usted?

Therathos se encogió de hombros un momento. Luego, después de pensarlo unos instantes, me respondió con sabiduría.

-La respuesta es fácil –dijo-, se deben de abrir las dos cajas al mismo tiempo, buscando aquella que no contiene nada. Por lo tanto, al no estar buscando a la cura, esta aparecerá.

Miré a *Therathos*.

-Lamento decirle a *Al Jhedive* que su respuesta es incorrecta. Usted verá: por el simple hecho de abrir una de las cajas, ya se está buscando la cura. Por lo tanto, esta jamás aparecerá. Cualquier caja que abra siempre será la incorrecta.

El guerrero parpadeó.

-¿Qué pasó con el rey entonces? –preguntó con curiosidad.

Le fui franco.

-El rey comprendió que no había cura para su mal y que iba a morir sin remedio. Así fue a los pocos días. De igual forma, antes de fallecer, el rey quemó viva a la rosa con alas.

Therathos suspiró con profundidad.

Quedó unos momentos en silencio.

-¡Eres sabio, a pesar de tu juventud, pequeño y noble Téotl! La astucia te sienta bien. Comprendí tu elegante punto de vista con respecto a mi actitud. Sin embargo, me temo que no

cambiaré de opinión. He tomado una decisión y la mantendré. No deseo ver a mi gente en guerra. Es todo lo que tengo que decir al respecto.

Callé.

Cansado del ajetreo de ese día, manifesté al gobernante mi deseo de un lugar donde descansar y lavar mis heridas. Me lo proporcionó de inmediato. Ordenó a uno de sus lacayos el escoltarme personalmente a una habitación de la caravana.

Después de la rotunda negativa de *Therathos* a unirse a mí, me invadían contradictorias emociones. La decepción principalmente, pero también la frustración y una mezcla de tristeza y de melancolía, así como un vago sentimiento de derrota.

Se me había asignado, para mi descanso, un humilde cuarto de estancia, el cual me resultaba intrigante a grado extremo. Carecía de ventanas, además de ser el aposento más alejado de todos, ya que estaba situado en la cola de la caravana en la que viajaba *Therathos* y todo su séquito.

Un aire de misterio empapaba el ambiente.

Asimismo, no pude dejar de notar que se me había asignado un centinela, el cual me custodiaba celosamente a la cancela de mis aposentos. Tenía órdenes estrictas de no dejarme salir. Incluso a mí me habían advertido directamente el no hacerlo.

¿Por qué me negaban la salida del cuarto? ¿Qué suceso acontecería? ¿Cuál era la causa de tanto hermetismo?

Yo me hacía estas preguntas y procuraba alejarme de estas dudas, pues realmente me hallaba fatigado. Así que me acosté y dormí un poco, mientras la caravana reanudaba la marcha lentamente, arrullándome suavemente con su bamboleo. Intentaba dormir. A veces lo lograba, pero siempre sin soñar nada, incómodamente. Desperté cuando la expedición se detuvo, casi súbitamente, e interrumpió mi intranquilo dormitar.

¿Por qué se habrían detenido?

A continuación, un fuerte barullo se dejó escuchar por todo el lugar, como si cientos de personas se movilizaran al unísono, arrastrando pesados objetos y produciendo diferentes sonidos, todos ellos confusos, dando voces ininteligibles de órdenes, cuyos significados se difuminaban y perdían, absorbidos por las paredes de mi recamara. En mis aposentos no existían las ventanas, así que no podía mirar hacia fuera y aclarar el enigma de toda esa situación. Sin embargo, a juzgar por el fuerte olor a *Sharlak* en el ambiente, probablemente estaríamos en *El Inzhu*, una pequeña paleozona tropical de *El Shantivan*, el territorio original del insurgente *Therathos*.

Decidí desobedecer a *Therathos*, y salí a conocer la causa de toda esa algarabía. Mi carcelero me lo impediría, o al menos intentaría hacerlo si fuera capaz de verme. Así que, invistiéndome con el delicado manto de las transparencias de Bellangela, me atreví a abandonar mi recinto y caminé por el pasillo de salida, donde mi ingenuo guardia me suponía acostado. Salí de allí sin el más mínimo problema.

Lo que presencie a continuación me intrigó profundamente.

Todo el séquito de seguidores de *Al Jhedive* había salido de la caravana. Algunos esbirros cargaban enormes aparatos tecnológicos y médicos a sus espaldas, tomando una extraña y ordenada alineación en filas y columnas, como en un ritual o ceremonia religiosa.

Therathos iba al frente de la expedición, escoltado por sus hombres de confianza debido a su enfermedad. Después, a una orden del vetusto líder guerrillero, sus sirvientes llevaron ante él una desconcertante y oscura figura geométrica.

De ella descendieron tres llorosas jovencitas, cruelmente infectadas por *La Noxhas*. De inmediato fueron encadenadas y arrastradas como esclavas.

Estas iban desnudas en su totalidad, y aunque no se sentía frío debido a la tibieza del lugar, si había humedad en el ambiente en un porcentaje muy alto, provocando superficies lodosas y ásperas en el terruño, donde las adolescentes constantemente batallaban para caminar.

-¡Vámonos! –rugió *Therathos*, y toda la caravana echó a andar lenta y pesadamente rumbo al pantanoso vientre de *Los Bosques Eternos*.

Mientras el tropel avanzaba rumbo a una dirección para mi desconocida, me acerqué con cuidado a una de las muchachillas, a la que parecía menos afectada por la plaga. A pesar de ello, pude ver como presentaba un aspecto muy demacrado y desaliñado. De acuerdo a mis cálculos, la joven tendría unos trece años o menos y era la dueña de una tez morena y aceitunada, además de unos cabellos largos y oscuros.

Sus ojos todavía tenían brillo, pues sus lágrimas los habían pulido. Yo deseaba hablarle, preguntarle lo que sucedía aquí, pero no lo hice porque delataría mi presencia.

Varias veces, la niña cayó a tierra durante el camino, desvaneciéndose a causa de su enfermedad. Yo le ayudaba a levantarse, aprovechando la inconsciencia en la cual parecía estar sumergida, tomándola por el antebrazo y poniéndola de pie. Sentí lástima por la desafortunada chiquilla. En ese momento comencé a dudar de la bondad de *Therathos*.

Las dos jóvenes restantes eran gemelas y una de ellas, la más alta, era la más espantosamente emponzoñada por esta peste. Tenía carcomida ciertas partes de la piel, provocando la caída parcial del cabello y ciertas uñas de los dedos. Mientras eran arrastradas, las dos hermanas oraban fervorosamente a sus dioses, en busca de consuelo a su angustia final.

"¿A dónde van?", me pregunté, "Los theratogénicos no hacen sacrificios humanos", pensé, "¿O sí?", "¿Qué extraño rito es este?".

Caminaba atrás de las doncellas, tan solo un poco atrás, para que sus pisadas ocultarán las mías y no delataran mi presencia. Varias veces me retrasé una pequeña distancia, la justa para llegar hasta *Al Jhedive Therathos* y ver la expresión en su marchito rostro. Algunas partes de su cuerpo ya estaban en estado de descomposición, pudriéndose en vida, señal indiscutible de la etapa final del virus.

Sin embargo, el líder insurgente era dueño de una resistencia soberbia y se mantenía firme incluso hasta en esos últimos instantes.

Tras no mucho peregrinar, llegamos a nuestro objetivo, el cual era un pozo no muy profundo, donde se había cultivado un extraño jardín de colores iridiscentes y esculturas góticas, con una sola flor gigante dentro.

Al instante reconocí a la flor.

Esta era la llamada *Amorphophallus*.

La flor viva.

La flor semi consciente.

La flor casi pensante.

La flor degenerada.

La flor perversa.

La flor maldita.

Me estremecí con disgusto cuando la vi.

Pude observar el tétrico detalle de que no existían plantas a su alrededor, ni vegetación. Tampoco insectos de tamaño pequeño o ninguna clase de vida, a excepción de microbios, en torno a ella.

La explicación era perturbadora: devoraba todo a su alrededor, era una planta caníbal, una depredadora vegetal, una asesina con clorofila.

Para atraer a sus víctimas hacia la tersa trampa de su piel, exhalaba un fétido olor a carne podrida.

La flor era más grande que yo. Tal vez medía el triple de mi estatura, casi el mismo tamaño de *Athanatoi*, quien me servía muy bien de referencia para medir la altura de las cosas.

Por cierto, hablando de él, ¿cuál había sido su misterioso destino? Por supuesto, también me preguntaba acerca del paradero del omninauta. ¿En dónde estaban ambos?

Con las herramientas adecuadas, yo podría localizarlos, aún en estos laberintos, pero solo en caso de estar vivos. De lo contrario, ejecutaría el plan de contención y buscaría a sus reemplazos, quienes me serían igual de útiles, aunque tomar esta acción retrasaría mis planes y ello no me convenía.

Del centro de la flor monstruosa, se erguía un misterioso tallo.

Arrastraron a las tres jóvenes hasta el *Amorphophallus* y después todo el séquito de *Therathos* se asentó alrededor de la flor y de estas desdichadas adolescentes, haciendo un amplio círculo humano.

Entonces me temí lo peor.

Los rumores respecto a esta flor eran ciertos.

Debido a la agresividad programada genéticamente de esta variedad vegetal, no tenía pareja sexual, pues depredaba todo a la redonda y solo se habían creado machos de esta especie en los laboratorios de *La Sociedad*.

No existían flores hembras para este género. Sin embargo, esta aberración biológica poseía genes humanos incrustados en su anormal ADN, específicamente tenía el cromosoma Y, y por lo tanto estaba diseñada para aparearse con hembras humanas.

Por medio de ingeniería genética harían a la flor obtener un catalizador, el cual permitiera obtener los anticuerpos contra la enfermedad, a través de tener un contacto físico directo con el sujeto contaminado.

En otras palabras, las harían copular con la flor para obtener la cura.

Eso confirmaba mis teorías de que *La Sociedad* había generado el virus de la *La Noxhas*, dentro de sus laboratorios secretos instalados bajo tierra, o si no, al menos *Los Trece* tenían en sus manos el antídoto contra este mal, desde hace ya algún tiempo, al menos desde hace un saeculum según mis informantes secretos.

Muchas preguntas rondaban en mi mente. Por ejemplo: En caso de que *La Sociedad* hubiera creado este virus artificialmente… ¿Sencillamente se les escapó de las manos? ¿Realizaban experimentos ocultos con la población? Esta plaga, jamás había contagiado a los theratogénicos y ahora si lo hacía. ¿Se había estado cultivando una nueva cepa de esta arma mortal que afectara a este minoritario grupo racial?

Esta y otras preguntas me atormentaban. La verdad me deslumbraba. Mi corazón latía desesperadamente. Me sentía mareado. Las náuseas se apoderaron de mi estómago. No podía creer tanta manipulación, tanto control.

A mi mente acudían las imágenes de todas las víctimas de esta rara enfermedad. Niños, bebes, recién nacidos, mujeres, ancianos, hombres, jóvenes. Todos ellos muertos… mejor dicho, asesinados.

Sentí terror cuando recordé uno de los informes de *El Apostata*, el cual hablaba de una violenta cepa de este virus, cultivada con el objetivo expreso de exterminar toda forma viviente en el planeta si *La Sociedad* era derrocada o *Los Trece* morían.

La extinción total.

Si ellos no gobernaban nadie más lo haría, literalmente hablando.

Detuve mis cavilaciones cuando arrojaron a las muchachas al fondo del pozo, donde el *Amorphophallus* reaccionó de inmediato y sintió la presencia de las tres hembras.

El olor de las feromonas de ellas había despertado sus instintos sexuales.

En un impetuoso movimiento, tres viscosas ramas brotaron del asqueroso vientre de la grotesca flor, sujetando por la cintura a las tres infelices jóvenes, mientras ellas luchaban en vano y gritaban con todas sus fuerzas para liberarse del repugnante vegetal.

Noté en especial a las hermanas gemelas, quienes peleaban conmovedoramente para poder tomarse de las manos en sus últimos momentos. Yo, decidido a no permitir este cruel sacrificio humano, desenfunde el revolver de *Falco* y apunté directamente a la flor, profundamente decepcionado de *Therathos*.

Frente a mí, las tres niñas no morirían.

Ya no me importaba revelar mi ubicación.

-¡Detente Téotl! –exclamó *Al Jhedive*-, ¡No hagas daño al *Amorphophallus*! No es lo que tú piensas... Dame el beneficio de la duda y baja tu arma.

Quedé atónito, ¿cómo podía verme? Yo era invisible, así que ¿cómo había sido capaz de detectarme, si tampoco podía olerme? La infame pestilencia de la flor deforme cubría mi fragancia.

-¿Cómo me descubriste? –inquirí con curiosidad, bajando mi arma, y mirando al lider guerrillero.

Al Jhedive solo sonrió ligeramente, dando un liviano suspiro, como quien conoce todas las respuestas del universo.

-Los latidos de tu corazón te traicionaron, hacen mucho ruido cuando palpitan... No confíes en tu corazón, oh pequeño Teotl, cuídate de lo que te diga...

-Si algo les pasa a esas niñas... –exclamé, receloso, pero no me atreví a terminar la frase ante la posibilidad de cometer un error de juicio.

Enseguida, me dediqué observar la escena, otorgándole toda mi atención a ella.

Jamás olvidaré lo que sucedió a continuación.

Las siguientes imágenes en ser capturadas por mi mente me causaron una profunda conmoción. Se grabaron vívidamente en mi memoria, como si se tratara de la reproducción secuencial en cámara lenta de un horror impronunciable.

Fui testigo impávido de ver a la flor deforme atraer hacia si a sus presas femeninas, haciendo uso de sus espinados brazos vegetales, mientras estas se retorcían de dolor a causa de las astillas.

Resistían con valentía, pero sin determinación, el abrazo inicuo.

La dantesca flor pareció abstenerse de llevar acciones contra la trémula trinidad de doncellas una vez que las tuvo frente a sí. Cesó toda clase de actividades, por unos minutos, donde todos quedamos a la expectativa. Después, violentamente, la repugnante flor tomó de los pies a las doncellas y las volteó de cabeza, dejándolas a la altura de su tallo gigante.

A mí me daba la impresión de que el *Amorphophallus* estaba eligiendo a su presa. No me equivocaba en mis elucubraciones, como me daría cuenta unos instantes más adelante.

Tras unos instantes de inacción, súbitamente la flor maldita salió de su estado de sopor y arrojó por los aires a la morena de trece años y a una de las gemelas, deshaciéndose de ellas. Se había quedado con una de las gemelas, la más contaminada por la peste, quien gritaba perturbadoramente, aterrorizada ante el funesto conocimiento de lo que pronto acaecería.

La flor enderezó a la chiquilla y procedió a ponerla de espaldas, sujetándole fuertemente con sus ramas por el cuello y la cintura. Una vez hecho esto, presencié de primera mano los sonrosados pétalos de esta repugnante flor abrirse, descascarándose en varias abominables rodajas,

para dejar al descubierto una desagradable especie de pene deforme, el cual emergía del centro de este organismo vegetal.

Entonces, con estupefacción, pude notar a la planta entrar en furioso éxtasis, mientras zarandeaba frenéticamente sus verdosas hojas excitada por la doncella.

Luego, sin el más mínimo rastro de escrúpulos, la flor penetró brutalmente a la virgen con su pene, vulnerándola frenéticamente, como un animal, mientras la escuálida adolescente berreaba de manera espeluznante y soltaba una serie de indescriptibles alaridos de sufrimiento.

Las lágrimas de la inocente chiquilla surcaban copiosamente sus mejillas. A leguas se notaba que la rabiosa flor la estaba matando de dolor. Además, por si fuera poco, las coléricas arremetidas de la planta podían desnucarla o romperle los huesos. Sin lugar a dudas, la niña moriría si se continuaba con este infame crimen.

Era una violación sexual.

Su hermana gemela solo veía con impotencia esta bestialidad. El coraje me invadió. No podía resistirme más.

Alcé la voz.

-¡Suficiente! –exclamé- ¡No voy a permitirlo!... –susurré.

Enseguida dirigí nuevamente mi pistola hacía el *Amorphophallus*, listo para fulminar a esa aberrante planta.

-¡No! ¡Lo arruinarás todo! –vociferó *Therathos* y de inmediato, uno de sus sirvientes, aparentemente enterado de mi presencia y ubicación, se abalanzó sobre mí, provocando que el disparo de mi arma se me fuera de las manos y fallara mi tiro.

Este hizo blanco sobre un charco de fango, explotando estruendosamente y salpicando de lodo todo a su alrededor, muy cerca de la adolescente morena que había sido previamente arrojada por los aires, la cual alcanzó a cubrirse del disparo, pero un poco más arriba y la habría matado.

Al mismo tiempo, la inicua flor llegó a su orgasmo y soltó su espinado polen en el interior de la vagina de la mujer, cual semen vegetal. *La Noxhas* desapareció de la piel de la joven, desmanchándola de las horribles motas pardas que caracterizan a esta enfermedad.

Era un milagro. Estaba sanada. No podía creerlo.

Por último, para el acto final de un espectáculo circense, el *Amorphaphallus* se secó por completo, pudriéndose instantáneamente. Un hedor jamás conocido inundó el ambiente, envolviéndolo todo con su emética fragancia. Era tal la molestia causada por la hediondez del cadáver de la flor, que provocó el vómito de algunos asistentes, además de llanto y picazón en los glóbulos oculares.

Nos guarecimos de su mal olor llevándonos las manos a la nariz y boca.

Cerca de la bestia vegetal, la fetidez era más insultante, hasta el punto de ser intolerable. Por esta razón, el personal médico que se acercó a ella para recoger el polen segregado iba vestido con equipo especial y máscaras de gas.

La chica estaba muerta, las ramas de la flor se habían introducido por su boca, asfixiándola.

-¡La asesinaste! –reclamé con ira a *Therathos*.

-Silencio –respondió él, tranquilo y con sabiduría-. Mira...

Los doctores que habían recogido el polen del Amorphophallus lo inyectaron en el torrente sanguíneo de las vírgenes supervivientes y mejoraron casi al instante, hasta reducir a nada a la plaga.

-¡Increíble!... –musité.

-No asesiné a nadie. La adolescente que murió era mi hija y ella, como todas las demás se ofrecieron voluntariamente para este sacrificio –explicó *Al Jhedive*-. Ella murió, pero muchos vivirán, especialmente su hermana gemela y esto lo sabía mi hija ante de morir. Un miligramo del polen del *Amorphophallus* puede salvar miles de vidas. Es una flor muy rara y vive poco tiempo. Es agresiva y son escasas. Es difícil de cultivar, se requieren años para ello. Esta especie es peligrosa de reproducir en nuestros laboratorios, pues es carnívora y corremos el riesgo de ser devorados por

ella. No conocíamos la existencia de esta panacea sino hasta después de arrancar bajo tormentos, a un científico de *La Sociedad*, el secreto de su producción...

Yo escuchaba atento todo lo que el líder insurgente decía, aún incrédulo ante los hechos presenciados.

"¿Qué secretos más tendrá *La Sociedad* escondidos en sus subterfugios secretos?", pensé yo para mis adentros.

Mientras el guerrero hablaba, una enfermera procedió a inyectarle en su brazo una solución líquida derivada del polen obtenido.

Therathos mejoró visiblemente, incorporándose con brío de su lecho, exhibiendo con orgullo su imponente altura y fornido cuerpo, dejando atrás su senilidad y padecimiento.

-¡Regresemos a *Dubhai*! –exclamo él, con una amplia sonrisa.

De esta forma, emprendimos el viaje de vuelta a *Dhubai*, despectivamente denominada monstruopólis por los seres humanos.

Esta vez mi viaje fue mucho más cómodo.

Sorteamos en caravana todos los laberintos de grutas y cavernas hasta llegar a nuestro destino.

En esta ocasión, pude apreciar la hipogea metrópolis desde los aires y la vi de manera diferente.

Por siempre condenada a un mundo de crepúsculos y ocasos, esta urbe brillaba por su luz propia, iluminada por la energía generada de fuentes térmicas procedentes del interior del núcleo del planeta.

Fui capaz de estimar con nitidez la magnificencia de la ingeniería en sus construcciones al ser capaces de construir ciudades enteras sobre estalagmitas gigantes, las cuales pendían sobre los abismos infinitos de las entrañas de la tierra.

Llegamos a *La Torre Inversa*.

El lugar de residencia de *Therathos*.

Esta era una especie de rascacielos inverso.

Me explicaré.

En la superficie, es natural que cuando un área urbana crece demasiado y se necesitan unidades habitacionales nuevas para satisfacer las exigencias demográficas, se suele crecer hacia arriba, añadiendo plantas o pisos superiores según sea la necesidad.

Aquí era lo mismo pero al revés.

Se crecía hacia abajo.

Hacia el abismo.

La fastuosa residencia ctónica de *Al Jhedive* también colgaba sobre un precipicio sin fondo, al borde de una estalactita gigante.

Resolví abordar a *Therathos*.

Deseaba regresar en cuanto antes a la superficie.

Al mundo exterior.

La respuesta del adalid guerrillero me dejó sin habla.

-¡No puedes regresar! –me explicó-, todo aquel humano normal que llega a *Dhubai* jamás regresa a las tierras superiores. Te quedarás aquí el resto de tu vida, Téotl. No puedes volver.

Me quede mudo ante su respuesta.

Fin de las grabaciones realizadas en las celdas cuánticas del psicodiario, correspondientes a las ubicaciones tetradimensionales de cero baktun, cero katun, cero tun, cero uinal y cero kim.

El hombre a punto de morir y la mujer a punto de parir son lo mismo.

Ambos se enfrentan al dolor.

Ambos se enfrentan a la vida y a la muerte.

Ambos tienen esperanza.

Atravesando los enfermizos cielos rojos del *Shanatic*, santificado espacio aéreo vedado para todo aparato volador no autorizado por *La Sociedad*, se encuentra un dantesco cúmulo de espesas nubes negras que se extienden por varios miles de kilómetros alrededor de la accidentada cordillera del *Khuliak*, un remoto lugar de peregrinación obligatoria para todo aquel varón que cuente con los recursos necesarios.

En esta gaseosa y bruna serie de afiladas montañas las nubes se arremolinan pavorosamente en torno a *El Qtab*, un ciclópeo monumento erigido en forma de torre cuyo diámetro de base iba disminuyendo paulatinamente de grosor conforme aumentaba su altura.

Por encima de esta inconmensurable construcción, a poca distancia, flotaba un arcaico y colosal santuario aéreo, como representación espiritual de la ignominiosa separación entre el cielo y la tierra.

Cruzando los umbrales sombríos del templo levitante se reunían los *devhonitas*, un pequeño y hermético círculo de hombres y mujeres que adoraban en secreto a *Los Dhevas*, una colección de seres etéreos hermafroditas aprobados por *La Sociedad* como singulares objetos de culto.

Celebraban un monstruoso rito de traspaso que recibía el nombre de *Madhukhara*. En esta ceremonia se practicaba la aberrante práctica de sacrificar a un hombre joven, previamente ungido entre una multitud de participantes a través de un extraño ritual donde la obediencia jugaba un papel crucial para resultar vencedor.

De acuerdo al estricto protocolo del *Madhukhara*, en los instantes previos a la inmolación del hombre se le debía hacer llegar a este una pregunta o petición a los dioses. Acto seguido, se procedía a sacrificarlo. Según el *Madhukhara*, una vez sin vida, el alma del mensajero vadearía la

frontera entre el mundo real y el espiritual para entregar a las deidades el mensaje o petición que le había sido encomendado.

La respuesta de los dioses se haría saber inmediatamente mediante el patrón de formas que tuviera la sangre en el cuerpo de un niño recién nacido.

Una *arahant* era la encargada de leer estas señales.

Si la petición había sido aceptada o respondida favorablemente por las divinidades, el recién nacido junto con su madre deberían ser asesinados como ofrenda de agradecimiento.

El altar estaba suntuosamente servido en aquella ocasión.

En un rincón, acostada sobre una levitante mesa ornamentada de gaseosas flores azuladas, una mujer con las piernas abiertas estaba a punto de dar a luz.

El inicuo sumo sacerdote que presidía la perturbadora ceremonia del *Madhukhara*, investido lujosamente por túnicas color carmesí y encubriendo su rostro con una fina máscara oscura, se dirigió al esbelto y hermoso muchacho que aspiraba a ser el intermediario entre ellos y el cielo.

Al lado izquierdo del sumo sacerdote se hallaba su acólito, el cual era el encargado de ayudarle en las labores del rito del *Madhukhara*.

Con una voz ronca y llena de poder y pasión, el sumo sacerdote habló en nombre de los dioses.

-¡Tú, oh joven *shravaka* también conocido como *El Rayo De La Gracia De Baal*! –exclamó mirando con sus profundos ojos grises al adolescente de larga melena rubia-, tu provienes del puerto pesquero de *Barqa*, el cual es siempre fiel a *La Sociedad*… ¡Has resultado electo como negociador entre nosotros los hombres y lo desconocido! ¡Peregrinarás en soledad con tu espíritu entre escabrosos senderos plagados de infinitas tinieblas y temibles brumas! ¡Camino más sinuoso no puedo imaginar! ¡Tu madre llorará esta noche debido a los tormentos que sufrirás para llegar a tu destino! ¡Traspasarás umbrales ignotos! ¡Te marcharás y ya no volverás! ¡Por medio del precioso sacrificio de tu sangre derramada hablaremos con aquellos que son eternos! ¡Como recompensa por

tus valientes servicios morarás con los dioses para siempre en oasis divinos! ¡Sufrirás el catasterismo! ¡Serás colocado en las estrellas! ¡Tú cabellera será transformada en una constelación! Sin embargo, para ello, antes debo obtener tu consentimiento. Dime, ¿Aceptaras este majestuoso honor? ¿Te convertirás en el mensajero de los dioses? ¿Ascenderá tu espíritu hacia los oasis divinos con nuestra plegaria entre tus labios?

El joven no lo dudo.

-¡Sí! –profirió el-, ¡Que venga sobre mi oído tu mensaje y luego caiga sobre mi cabeza el filo segador de tu bendita espada!

El acólito apostado al lado izquierdo del sumo sacerdote entregó una espada al hombre santo, y luego este se acercó a la oreja del joven para murmullar en voz baja palabras ocultas a su oído.

Luego, desenfundó el sable entregado por su acólito y de un solo tajo amputó la cabeza del joven vencedor.

Un espantoso torrente de sangre se derramó sobre la máscara del sumo sacerdote.

La cabeza amputada rodó tétricamente por los suelos.

-¡Traigan a la *arahant*! –gritó con desesperación el sumo sacerdote- ¡Rápido!

Sus acólitos lo obedecieron y la *Virgen Vhestal* se postró a los pies de la mujer embarazada.

Esta se hallaba en trabajo de parto.

Después de un tiempo nació una niña.

-¿Qué lees en ella? –preguntó de inmediato el sumo sacerdote, con injustificada paciencia-, ¿Qué contestan los dioses? ¡Hazme saber su voluntad! ¡Dime!

La *arahant* trastabilló.

Se acercó a la niña recién nacida, la cual lloraba fuertemente y la tomó entre sus brazos, buscando signos.

Creyó encontrar la ansiada respuesta de los dioses bajo el rollizo brazo del inocente infante.

-El mensaje no es claro –dijo la *arahant*-. La escritura empleada es ambigua. El carácter *dhevenaghari* utilizado en estas letras debe interpretarse de acuerdo al contexto o se corre el riesgo de contradecirse. Sin embargo, estoy segura del significado de todo. De no equivocarme, dice que... señala que... Los dioses responden con un: “Si” a tu consulta.

Los ojos del clérigo se abrieron desorbitadamente.

Su corazón botó aceleradamente dentro de su cuerpo.

Un frío sudor recorrió su espalda.

Al conocer el resultado, apresuradamente concluyó la ceremonia del *Madhukhara* y luego se retiró a sus recintos a continuar su meditación.

El sumo sacerdote tenía por nombre *Moiawua*, alias *El Panthocrator*, y era un *Siervo* que pertenecía a la violenta casta de los *Thrimurtish*, enemigos acérrimos de la agresiva casta de los *Rakshasa*.

Ambas castas eran las progenitoras de los *Siervos* y los *Ancianos* más poderosos y sabios de toda la *Theocracia*.

El nombre del acólito que lo había asistido durante la celebración de la ceremonia era Práxedis, un brillante adolescente que aspiraba a ser aceptado como *Siervo* en la casta de los *Trimurtish*.

El tipo de relación que sostenían ambos era bastante controversial.

Moiawua, tras recibir esa noche ciertos enunciados enigmáticos procedentes de los hondos abismos de su mente, se levantó de su lecho de piedra por la madrugada y abandonando su *ashram*. Atravesó descalzo toda una sección del ardoroso desierto de *Tlakamakan* llamada *El Thar*, hórrido y árido lugar a donde emigraban los *Siervos* y los *Ancianos* en busca de experiencias místicas y astrales después de ingerir sustancias alucinógenas.

Moiawua no podía tolerar el manchar del pecado.

Una ofensa contranatural para el templo de su cuerpo era.

Para él, la obediencia lo era todo.

En su mente, solo existían la obediencia y el castigo.

“Cuando no se cumple una cosa se cumple la otra”, se dijo mientras meditaba, “No pueden existir ambas al mismo tiempo”.

Soportó con estoicismo el inmenso dolor de las calientes arenas bajo sus pies y aguantó los asesinos vientos de este páramo infernal, orando fervorosamente a sus dioses bélicos.

En su terrible soledad, únicamente era acompañado por *La Thirfing*, una espada maldita y de sexo femenino, hecha a base de un anómalo y escaso metal conocido como *idoneidonita*, el cual cortaba cualquier cosa con excepción del *unobtainium*.

Alrededor de todo lo largo del objeto punzocortante se hallaba cincelado el fascinante dibujo de una bellísima serpiente que se enroscaba hasta llegar a la cúspide del arma, donde la mortal lengua viperina coronaba la afilada punta de la espada.

Por esta razón, el arma también era conocida como *La Espada De La Serpiente Enroscada*.

La leyenda negra de ese infame objeto de guerra decía que era portador de la desgracia, pues al menos un hombre debería morir cada vez que era desenvainada la espada.

La leyenda negra también decía que toda herida o golpe causado por esta malévola arma no sanaría jamás y que todo aquel infortunado osado que se atreviera a empuñarla acabaría siendo asesinado por la misma arma.

La Thirfing era una segadora de almas. Una asesina hecha metal. Una traidora.

Esa noche, *Moiawua* invocaba a sus dioses y elevaba fogosas oraciones a los cielos al compás de desentonadas canciones y ritmo frenético de sus bizarros bailes.

-¿Qué hace a un hombre santo sino la obediencia? –susurró para sí mismo-. La obediencia lo es todo.

Una deslumbrante luz cegadora interrumpió su meditación.

Luego una potente ola de aire zambulló toda la superficie del desierto, levantando arenas de los estratos poco profundos del desierto, arrojando diminutos guijarros hacia la faz del guerrero.

Moaiwua estuvo a punto de desenfundar su detestable espada.

Se abstuvo cuando se dio cuenta que el culpable de todo era un transporte de *La Sociedad*.

La aéreo nave aterrizó con suavidad sobre el erial.

Inmediatamente, descendió de ella una hermosa gynoide.

Esta caminó hacia el *Siervo* y después se inclinó ante el hombre que se consideraba a si mismo santo.

-¡Bendito eres, casto *Moiawua*! *La Sociedad* me envía directamente contigo para ensalzarte altamente con su toque de gracia. Has sido favorecido como ningún otro para llevar a cabo una gran misión. Tu favorito, Práxedis, nos ha dicho dónde podemos hallarte. ¡Acompáñame, incorruptible guerrero, ven conmigo!

El Phantocrator extendió la mano y el ente artificial la besó.

-¡Que suceda conmigo lo que te hayan ordenado nuestros supremos señores! –contestó el.

Ambos subieron a la nave y volaron rumbo a su destino.

“El Psicopompo” fue el mejor guerrero de la casta de los Rakshasa en trece generaciones. Era tanto un maestro en el arte del combate cuerpo a cuerpo como un experto en la ciencia de las armas. Su súbita e inesperada muerte fue una tragedia para toda la “Theocracia”. Con su fallecimiento la armadura conocida como “La Aegis” desapareció. Se recompensará a aquella persona que la recupere.

-*La Sociedad*.

Solo el magistral espadachín de los Trimurtish llamado Moiawua, alias “El Phantocrator”, se le podía comparar al “Psicopompo” en todos los aspectos. Ambos fueron nombrados con el insigne cargo de “Altos Señores De La Espada” de sus respectivos clanes. Tarde o temprano se enfrentarían a muerte y así lo hicieron.

-*Leifhas*, Anciano Superior de la casta de los *Trimurtish* durante el sangriento conflicto bélico conocido como *Las Guerras Génicas*.

“El Psicopompo” fue enviado a la inmensa y remota región árida conocida como “El Ushtyurt” como pionero para predicar la palabra de dios a los violentos incrédulos. Allí fue donde recuperó para “La Sociedad” la antiquísima reliquia religiosa conocida como “La Aegis”, su sofisticada armadura de unobtainium.

-Escrito en una página cúbica de la *Psyber Red*.

Nadie hubiera imaginado nunca el increíble secreto que “El Psicopompo” escondía detrás de su santa escafandra de unobtainium.

-Bellangela.

Algo terriblemente traumático debió sucederle al "Psicopompo" durante los trece años que duró su ministerio en "El Ushtyurt". Desde antes de partir ya era despiadado pero al regresar se volvió cruel. Ya era violento pero se volvió sanguinario. Nunca fue el mismo otra vez. Ya no lo reconocí. Ahora era un monstruo.

-*Antharix*, *Siervo* ex amigo de *El Psicopompo*.

Hay rumores que dicen que en "El Ushtyurt", me casé con varias mujeres paganas y con alguna de ellas tuve una hermosísima hija rubia llamada Zirahuén, la cual murió en inexplicadas circunstancias. Todo esto es falso. Soy un siervo fiel de Dios.

-*El Psicopompo*.

Se dice que "El Psicompompo" mató a su propia hija al saber que era una apostata.

-*Falco Peregrinus*.

Lo que sea que haya pasado en "El Ushtyurt" no hay ningún registro de ello. Todos los "Siervos" y "Ancianos" que viajaron para dar alimento espiritual a los violentos paganos fueron exterminados a excepción de "El Psicopompo". Al regresar, este se limitó únicamente a rendir directamente un informe privado a "La Sociedad". He robado este informe y ahora me pregunto lo siguiente: ¿Mintió o dijo la verdad "El Psicopompo" en su informe? No lo sé…

-Teotl.

Se dice que "El Psicopompo" fue el asesino más grande de la "Theocracia" de su tiempo.

-*La Cosa*.

Todos guardaron silencio cuando el asesino más grande de la Theocracia manifestó que deseaba tener un hijo varón...

-*Teotl*.

El abismo.

La oscuridad.

Una espiral.

El infinito.

La caída.

Caer infinitamente en espiral dentro de un oscuro abismo.

Eso hacía *El Treceavo Cielo*. La última de las *vhímanas*. Eso hacía *Falco Peregrinus*, el último de los omninautas, acompañando al artefacto volador en su vertiginoso descenso al vacío.

En una extraordinaria demostración de impaciencia y estupidez, el joven Téotl había decidido dar sepultura a *El Treceavo Cielo* en la garganta del infierno, despeñándolo con suavidad del borde pedregoso de un precipicio.

Téotl se había equivocado en su decisión.

Falco Peregrinus aún habitaba la pérfida nave cuando esta fue hundida en el oscuro sexo de la madre tierra. No obstante, el desleal bandido había perdido trágicamente el conocimiento durante el acaecimiento del terrible infortunio originado por la salvaje locura de *Athanatoi*.

El omninauta permanecía en un molesto estado comatoso, envuelto en un gelatinoso y escamoso capullo de seguridad, el cual se activaba automáticamente en caso de suceder un accidente.

El capullo solo servía para proteger al omninauta y cubría por completo su magullado cuerpo.

En su delirante desmayo se debatía entre la conciencia y la inconsciencia.

El bandolero iba y venía de la realidad y del ensueño.

Las heridas y el terror de morir paralizaban su cuerpo.

El criminal pestañeo sin abrir los ojos.

Su mano izquierda, cerrada con fuerza alrededor de la palanca de mandos, se sacudió con ferocidad.

Sus pulmones se hincharon de aire.

No podía reunir la fuerza de voluntad suficiente para despertar por completo.

“¡Carajo!”, se repitió a sí mismo, “¡Muévete!”, “¡Despierta!”, “¡Estás cayendo!”.

El miedo lo inmovilizaba.

Si no reaccionaba a tiempo cruzaría el peligroso umbral en el cual, aunque llegara a despabilarse y pilotear su transporte de regreso, la omninave ya no tendría el combustible necesario para llegar al mundo exterior y volvería a caer irremediablemente en el hocico de ese pozo sin fondo.

Esta vez sin retorno.

“¡Despierta, maldita sea!”, se dijo.

En su estómago podía sentir el vértigo causado por caer en caída libre.

Las náuseas lo invadían.

Su corazón se comprimía gravemente debido a la presión ejercida por la velocidad del descenso.

Sus vasos sanguíneos se dilataban.

Sus ojos se inyectaban de sangre.

“¡Vamos!”, pensó, “¡Abre los ojos!”, “¡Despierta!”, “¡Vas a morir!”, “¡Despier...!”.

-¡...ta! –exclamó la madre del adolescente.

Pero este hizo caso omiso a la orden de su progenitora y no se levantó de su tibia cama hecha a base de trapos viejos y roídos.

Tenía hambre.

Mucha.

También la tenía ayer por la noche antes de dormirse y la seguiría teniendo hasta pasado el mediodía, cuando se introdujera en la garganta una pasta insabora llamada *spham*, la cual era proporcionada por *La Sociedad* como ayuda social para las clases de *Jhorkis* más bajas.

Debido al hambre no deseaba despertar.

-¡Despierta! –gritó la madre del adolescente una vez más, pero esta vez con mayor angustia y desesperación-, ¡Ayúdame! ¡Tengo un fuerte dolor en el vientre!

El joven pegó un brinco de la cama.

Nadie estaba en la madriguera, a excepción del muchacho.

La mujer se había doblado sobre si misma debido al sufrimiento.

Yacía acostada en posición fetal sobre el suelo húmedo.

Tenía abundante sangre entre las piernas.

Perdió el conocimiento a los pocos instantes y lo recuperó tras un breve momento de ofuscación.

El joven palpó la frente de su madre.

Luego la tomó de la mano.

Sudor y frío.

-¡Ve por un médico! –musitó ella-, ¡Apúrate!

Su hijo se incorporó y de inmediato salió a buscar ayuda.

Traspasó las metálicas escaleras del foso que era su hogar y recorrió febrilmente los fangosos pantanos saturados de salitre hasta descender a *La Ghurhukhala*, también conocida como el sector doscientos cincuenta y cinco, el cual era una inmensa avenida cibernética.

Allí, no le fue muy dificultoso el hacerse de los servicios de una partera theratogénica.

Al regresar con su madre se encontró con que ella había logrado dar a luz por si sola.

Todo se había dado por obra de la naturaleza.

Los balidos de un recién nacido hambriento inundaban el foso.

Era un varón.

Su progenitora, aún en su debilidad, sacó con desgano su pecho derecho y amamantó al niño.

El chiquillo succionó con fuerza el pezón y se dio un atracón de leche.

La cochambrosa partera theratogénica se limitó únicamente a aplicar algunas medidas preventivas en el parto. Luego de hacerlo tomó sus neceseres, cobró sus honorarios y se marchó del lugar.

Ese día se fue.

El joven que había corrido por socorro se llamaba *Avhathara* o *El Que Desciende*, debido a que de niño siempre le gustaba correr colinas abajo.

Jamás conoció a su padre. Todas las noches deseaba preguntar a su madre quien había sido él, a que se dedicaba y cuál había sido el motivo por el cual le había dejado. Sin embargo, por temor a la respuesta, el joven siempre desistía de plantear estas cuestiones. Además, tal vez ni siquiera su madre conocía la respuesta.

Eran trece hermanos, incluyendo a la criatura recién nacida.

Seis murieron y seis sobrevivieron.

Él había sido el séptimo en nacer.

Todos ellos eran hijos ilegítimos y todos ellos eran vástagos de diferentes progenitores, a excepción de los tres primeros niños, los cuales todos procedían del mismo padre.

De los seis hermanos sobrevivientes, dos habían abandonado el hogar y uno había sido exiliado por *La Sociedad* debido a cargos de apostasía.

Avhathara padecía un extraño trastorno genético en los ojos que le impedía llorar.

Este desafortunado mal hereditario también le otorgaba una cautivante y estremecedora pigmentación ámbar a sus ojos. Aún con síntomas ligeros de desnutrición el muchacho era simpático y bien parecido.

Por esta razón, varios pedófilos homosexuales de los zonas suburbanas lo acosaban de vez en cuando, ofreciéndole sobornos baratos como un poco de *mhielkhesia*, un dulce con sabor a miel, o *thin* una nutritiva comida hecha a base de carne.

En el pasado, había aceptado algunas veces.

Su hermana menor se llamaba *Uhri* y siempre estaba enferma. Nadie sabía el porqué de ello. La piel de la niña era blanca, característica que contrastaban fuertemente con sus oscurísimos cabellos. Era delgada, muy delgada y siempre estaba fría.

Uhri era la dueña de una desconcertante y extraña hermosura, la cual solía cautivar terriblemente a aquellos que la veían.

Por esta razón, *Avhathara* solía cubrir el rostro de ella con un sucio chador, tejido por el mismo con retazos de tela robados. De lo contrario, podía ser reclutada para ungirla como *Virgen Vhestal* y ser recluida por mucho tiempo en claustro en el remoto *Monte Kailash*.

A ella no le gustaba usar el mugroso velo.

"¡Me hace parecer una theratogénica!", reclamaba siempre.

La pequeña *Uhri*, siempre con carita sucia y pies descalzos, sentía mucho agrado por los mowbats y recogía de las calles a todas y cada una de estas bestias que se cruzara por su camino, para llevarlos a vivir al seno de su miserable hogar.

De entre todos los hermanos, ella era la única de sexo femenino con vida. Anteriormente, había nacido otra niña, pero esta había fallecido al nacer, después de haber dado unas cuantas exhalaciones dentro de este mundo y luego partir de nuevo hacia *El Omeiocahn*.

La madre de ambos era conocida en los suburbios debido a sus frecuentes deslices sexuales con las legiones de *Siervos*, quienes la impresionaban profundamente con sus resplandecientes armaduras a tal punto que solía hacerse un tatuaje por cada amante.

Rara vez mostraba amor hacia sus retoños.

En determinadas ocasiones de extrema necesidad, cuando la despensa básica suministrada por *La Sociedad* era agotada, la madre solía ofrecer las carnes de su cuerpo en una esquina.

Vivían en los suburbios *Niquinohomo*, cuyo nombre procedía de un olvidado dialecto autóctono extinto en el tiempo desde varios milenios atrás, el cual la arcaica palabra *Nhek* significaba "Cielos" y *Nahomhe* significaba "Oscuro".

Allí, los cielos siempre eran oscuros o grises.

El día no existía.

Incluso la noche estaba trunca, debido a que el fino hollín expelido eternamente por las gigantescas factorías contaminaba el firmamento y opacaban las estrellas.

Siempre caía una fina y perjudicial lluvia de ceniza.

La calidad del aire era pésima.

Las enfermedades respiratorias y pulmonares eran padecidas generalmente entre la mayoría de la población. Sin embargo, asolaban de manera especial a los indigentes y a los pepenadores pues estos eran quienes se exponían de manera más brutal a la inclemente intemperie.

Cielos Oscuros o *Cielos En Oscuridad* era una caótica y sombría urbe formada por una compleja y enmarañada amalgama de miles de laberínticos edificios e inmóticas y colosales fabricas productoras de supertecnología, donde nunca había descanso.

Múltiples áreas suburbanas y desordenadas unidades habitacionales mal construidas se arremolinaban alrededor de las fábricas, en un concéntrico anillo de miseria donde anidaban los indigentes más desamparados, quienes eran explotados excesivamente como esclavos por parte de *La Sociedad* a cambio de vivienda y pan.

Esta metrópolis era una de las más brillantes cumbres en ciencia y técnica.

En ella se engendraban toda clase de inverosímiles artefactos electrónicos.

También se cultivaban, por medio de las más avanzadas artes de la ingeniería genética, los más potentes fármacos y narcóticos empleados por los psicofarmafílicos de toda la *Theocracia*, ocupando un inmerecido tercer lugar en la producción masiva de estupefacientes, tan solo después de las ciudades proveedoras de *Arashis* y *Shamadhi*, ambas vastos emporios comerciales dedicados única y exclusivamente a la elaboración en masa de drogas alucinógenas.

En *Niquinohomo*, luego de procesar y refinar los narcóticos en las plantas de manufacturación, a través de grandes buques cargueros transcontinentales, se enviaban por aire a las substancias nocivas rumbo a los diferentes lugares de adoración religiosa para el consumo obligatorio de los crédulos fieles.

Esta remota megalópolis se encontraba sumamente retirada de la *Theocracia*, situándose en las orillas de la zona exterior conocida como *El Khoyhukhon*, una extensa área selvática rodeada de exuberante vegetación.

Muy apartada de la civilización, en *Niquinohomo* no se sentía de manera tan fuerte el acoso de la mano insaciable de esta cruenta religión.

La salvaje voracidad del desarrollo urbano depredaba violentamente el medio ambiente.

Era una escena relativamente común el encontrarse con mowbats muertos, pájaros enfermos y toda clase de animales pequeños sin vida en las alcantarillas y calles de esta ciudad.

El descontento entre los campesinos por la constante polución del entorno era cada vez más grande, pues sus tierras eran cada vez más estériles y la brecha de desigualdad se abría cada vez más con las reformas sociales implementadas por la *Theocracia*.

En esta relegada urbe trabajaban una considerable cantidad de theratogénicos, la mayoría de ellos refugiados ilegales y prófugos de la justicia, los cuales eran vistos como inmundos ciudadanos de tercera categoría.

Niquinohomo, era mejor conocida como la ciudad corrompida por las drogas y el hollín.

El tiempo pasó.

Como castigo a su osada rebeldía con *La Sociedad*, uno de los hermanos de *Avhathara* había sido condenado a realizar trabajos forzados en *El Khatorga*, un remoto campo de concentración en las vastas áreas despobladas de la gélida *Xhibe*.

Esta era una región septentrional con muy escasa densidad de población, la cual se extendía desde *Los Montes Thaiga* hasta el *Océano Ypresiano*, colindando al norte con *Los Sibirs*, salvajes nómadas tribales adoradores incondicionales de *Tihicatl*, una de las principales deidades de la trecena de dioses inmundos y al sur con *El Monte Khailash*.

Jamás volvieron a ver al consanguíneo desterrado.

Esa noche, *Avhathara* decidió salir y *Uhri* se empeñó en acompañarlo.

Fueron a pepenar clandestinamente a los siniestros basureros de *La Siguanaba*.

La pepenación era una actividad ilícita y castigada por *La Sociedad* debido a que los desperdicios industriales arrojados en los basureros seguían siendo considerados propiedad de la *Theocracia* según la ley.

Ambos hermanos recurrían periódicamente a los basureros en busca de baratijas a las cuales pudieran canjear en los mercados de la megalópolis por alimentos o vestidos.

Este asqueroso vertedero no quedaba muy lejos del foso que llamaban hogar.

Debían tener cuidado, pues además de estar prohibido el acto de pepenar, existía mucho peligro en ese paraje debido a que la mayoría de los desechos eran tóxicos y algunos vándalos y prófugos de la justicia se escondían en ese sitio.

A estos parias se les conocía como *Añhus* o *Gentes De las Aguas* y era un mote despectivo.

Varios casos de violaciones y canibalismo se habían dado allí.

-¿Lo extrañas? –preguntó su hermana.

-¿A quién? –contestó el.

-A nuestro hermano.

-Es medio hermano mío y no. No lo extraño –respondió tajantemente *Avhathara*-, fue un tonto. Nunca debió decir lo que pensaba. Los labios y el cerebro casi siempre son enemigos. Y ponte el chador, ¡Maldita sea! Te lo he dicho muchas veces. ¡Ya sabes lo que te puede pasar!

Enseguida el niño le dio una bofetada a su hermana.

Uhri, acostumbrada a los maltratos de su hermano, se puso a regañadientes el chador, aunque a ella le molestaba hacerlo debido a que le picaba la cara cuando el áspero rozar de la tela se ponía en contacto con su piel, causándole de vez en cuando irritación y escozor en la cara.

Avhathara llevaba sobre sus espaldas a una aljaba de piel.

Allí alojaba las saetas para su rudimentario *yhumi*, una especie de arma parecida al arco, el cual había sido confeccionado por el mismo para cazar animales.

Era un magnífico cazador.

Su extraordinaria puntería había salvado a la familia más de una vez de la inanición.

Podía incluso acertar en el ojo de su presa con gran facilidad.

El mismo se atribuía su destreza para hacer tino debido a la pigmentación ámbar de sus glóbulos oculares.

Solía adornar meticulosamente la punta de sus flechas con el inusual dibujo de una mítica ave extinta hacía ya mucho tiempo, la cual había sido famosa en el mundo del hombre anteapocalíptico, debido a que la velocidad de vuelo alcanzada por este pájaro había sido la más rápido conocida en ese entonces.

Uhri se sobaba la mejilla.

Miró hacia arriba.

Una encumbradísima y soberbia catarata de aguas negras y podridas apodada popularmente como *Kherhephakhuphai*, desembocaba en una drástica e ininterrumpida caída vertical sobre el rocoso terreno, creando a una maloliente y enorme laguna saturada de los residuos nauseabundos procedentes de las fábricas.

Esta catarata de grandes dimensiones era alimentada por un monumental río artificial creado por los ingenieros del clan *Shariphuta* de *La Sociedad*, el cual atravesaba todo *Niquinohomo* en su trayecto, con el objetivo de servir como vertedero de desperdicios a las industrias manufactureras.

-A mí me gusta mucho esa cascada –exclamó Uri mientras se inclinaba para recoger una sucia bagatela.

-No es una cascada es una catarata –explicó el-. Hay mucha diferencia.

-A mí me da igual. Es mucha agua cayendo en ambos casos.

Avhathara se encogió de hombros.

Para él era una pérdida de tiempo discutir con esa mocosa.

-¿Por qué te gusta? –interrogó el, rascándose la cabeza debido a los piojos-, ¡Tienen un mal olor y sus aguas podridas son la causa de muchas enfermedades!

-Aun así me gusta –dijo ella abandonando su actividad anterior y ahora empezando a arrojar piedras pequeñas a la fétida laguna.

-Yo creo que debes estar trastornada de tus sentidos visuales y olfativos para sentir agrado por el *Kherhephakhuphai*. Al contrario, debe de ser una de las cosas más grotescas y repugnantes que hay. A mí se me figura un continuo torrente de vómito, solo de verlo me dan náuseas.

Ambos continuaron con su onerosa tarea en silencio, encontrando objetos a medio servir de vez en cuando y depositándolos en una enorme bolsa de plástico, la cual cargaban entre los dos, cada uno sujetándola por las orillas.

Treparon por los metálicos fuselajes marchitos de aeronaves inservibles.

Saltaban de un lugar a otro, fisgoneando en los agujeros con imprudente curiosidad.

Uhri metió la cabeza en uno de ellos.

-¡Ten cuidado a donde te asomas! –le advirtió el-, ¡Puede haber un animal o algo peor!

Su hermana le obedeció, temerosa de otra bofetada, y luego habló otra vez.

-Yo disfruto de *El Tecnomito De Ba*.

El joven suspiro con desgano.

-Esa es otra tontería de olor aún peor a estas cataratas.

-De acuerdo al tecnomito, los dioses habían prometido hacer volar hasta *Yhumaramei*, la tierra original donde el mal no existe, a todo aquel joven sin miedo en su corazón que se tirara de la cúspide de las cataratas de *Kherhephakhuphai*.

Avhathara interrumpió su marcha.

-¡Cuan tonto es tu relato! –desdeño el-, ¡No tiene lógica! ¡Cualquiera que se aviente de ese precipicio debe ser valiente!

Entonces el muchachillo reanudó su marcha.

-No –dijo ella-. La valentía y el miedo a no ser valiente son tan parecidos que se tambalean confusamente en una línea divisora exageradamente delgada, donde muy a menudo se juntan y

enmarañan una con otra, superponiéndose entre sí, provocando la perdición de aquellos que sufren esta maldición.

Su hermano continuaba incrédulo.

-¿Yo? Si me preguntarán a mí. Prefiero tener miedo. No hay cobardes muertos.

La chiquilla prosiguió su relato.

-Muchos jóvenes intentaron granjearse el favor de las deidades y se dejaron caer de las cataratas, pero todos ellos murieron porque tenían miedo en su corazón. De acuerdo a los relatos orales de los aborígenes, *Ba* era una adolescente indígena sin miedo en su corazón, la cual se arrojó de frente y con los brazos abiertos desde la cúspide de las cataratas de *Kherhephakhuphai* y debido a la pureza de su espíritu sin miedo, los cielos se abrieron y fue ascendida por los dioses hasta *Yhumaramei*.

El chico se inclinó sobre sus rodillas al ver un objeto de metal el cual podía servirle para las saetas en sus cacerías.

-Yo creo que el hecho de que ya estas menstruando te ha dañado la mente. Esas son estupideces de repugnantes y apestosos noxhaítas.

La muchachilla le metió un puntapié a una basura.

-No lo creo.

La basura pateada rodó hasta llegar a *Avhathara*.

-Acabarás como los noxhaitas si sigues creyendo en las mismas historias de ellos.

Su hermana recogió la basura, la inspeccionó, y la volvió a tirar.

No lograban encontrar nada útil.

-Cuando los cielos se abrieron para acoger a *Ba* en su seno, disolvieron la oscuridad del hollín y se pudo ver a las estrellas con claridad. Dime, ¿Nunca te has preguntado cómo son?

-¿Qué cosa? –interrogó el, fastidiado.

-Las estrellas. ¿Las has visto?

El muchacho se irguió con firmeza.

-Si –contestó él y sus ojos parecieron iluminarse con la reminiscencia de ellas-. Las he visto. Hace mucho tiempo las vi alguna vez. Eso fue antes de mudarnos a *Niquinohomo*, cuando tú eras muy pequeña y yo era un niño. Aunque ya no las recuerdo bien. Su luz era azul y titilaban. Eran silenciosas. Lejanas. Perpetuas. Una sensación de soledad y asombro me invadía al contemplarlas. Mi piel se erizaba sin que yo supiera porque. Mis sentidos se estremecían. Las estrellas... Si... Sería agradable el verlas de nuevo.

La niña soltó una carcajada.

-¡Ja ja ja! –se burló ella-, ¡Ahora eres tú el que dices boberías!

Avhathara se enojó y estuvo a punto de descargarle una bofetada a su hermana, tal como lo había hecho otras tantas veces, pero se abstuvo de hacerlo cuando volteó a verla y ella se puso seria.

-Creo que he visto algo –susurro ella con temor-. Atrás de ti.

-¿Qué? –preguntó el, dándose la vuelta inmediatamente y empuñando su *yhumi*.

-Algo en las colinas. Algo entre los desperdicios. Más adelante. Arriba. Hombres. No sé. Nunca había visto algo así.

El joven no veía nada.

-¿Estas segura? –preguntó.

-No, pero ya vámonos. Tengo miedo.

-No –dijo el-, aun no recolectamos suficientes cosas. Solo un rato más y nos largamos.

Ambos reanudaron su búsqueda.

-¿Te imaginas? –exclamó ella reanudando la plática-, *El Tecnomito de Ba*...

-Piensas poco –le interrumpió-. Eres muy crédula. Muy soñadora. Muy ingenua. Eso es malo en el mundo en el cual vivimos. Usa un poco más la cabeza. Tu actitud tan soñadora nos acarreara problemas. Deja de hablar y presta más atención a los que hacemos. Si algún *Siervo* nos encuentra aquí nos deportarán de la ciudad y tú sabes que nos pasara si eso sucede.

Uhri obedeció.

Se calló.

Pero solo por un momento.

Luego emprendió otra vez la discusión.

-Pero jamás encontraron el cadáver de *Ba*, ¿Lo sabías?

Avhathara soltó un suspiro.

-¡¿Cómo van a hallarlo?! –profirió el-, ¡Cualquier cosa que se precipite de ese horroroso y altísimo despeñadero acuático se despedazara o sus sanguinolentos restos mortales se disolverán en sus corrosivas aguas!

Los ojos de la jovencita se iluminaron.

-¡Mira! ¡Un mowbat! –exclamó ella con sorpresa, cambiando el rumbo de la plática, y señalo con su dedo el sitio donde el animal se hallaba-, ¡Y además nos está viendo! ¡Míralo! ¡Es un mowbat!

-No me distraigas –gruñó el-, ni te distraigas tú.

-¡Míralo! –suplicó ella-, ¡Por favor!, ¡Solo míralo!

Pero su hermano no le hizo caso y siguió caminando en línea recta hacía una montaña de chatarras.

-¡Que te pongas a trabajar! –ordenó el-, ¡O no comeremos hoy otra vez!

Su hermana trastabilló.

-¡Por favor míralo! –suplicó ella-, ¡Oh, mira! ¡Se acaba de parar sobre sus dos patas traseras! ¡Es muy raro que hagan eso! ¡Es tan bonito! Míralo, por favor…

Entonces su hermano se detuvo y se dio la media vuelta.

“Si lo miro se va a callar”, pensó.

Con hartazgo miró hacia el lugar a donde ella apuntaba.

Estaba lejos.

Muy lejos.

Era un inclinado terraplén con varios agujeros situado al otro lado de *La Laguna De Ahirón*.

Avhathara entrecerró los ojos para poder apreciar con mayor calidad la figura.

-¡Eso no es un mowbat! –corrigió el-, ¡Solo es una pileta de basura con forma de mowbat! ¡De tanto pensar en estas molestas criaturas ya las ves en cualquier lugar!

Ella lo increpó.

-¡Claro que es un mowbat! –refutó con seguridad-, ¡Yo los puedo reconocer en cualquier circunstancia y te aseguro que “eso” de aquel lado de la laguna es un mowbat parado sobre sus dos patas traseras! ¡Y uno muy lindo por cierto!

Enseguida el muchacho le dio la espalda y despojándose de su *yhumi* se agazapó por debajo de unos escombros y se introdujo dentro de ellos en busca de algo de valor.

No halló nada.

-¡Claro que no lo es! –dijo él-, ¡Míralo bien! ¡No se mueve! ¡Tal como un monto de piedras lo haría!

La joven observó detenidamente a la figura.

Parecían mirarse mutuamente.

De pronto la doncella creyó ver algo.

-¡Se ha movido! ¡Se frotó la nariz! ¿Ves como si es un mowbat? ¡Vayamos por el!

El adolescente salió de los cascajos y la regaño.

-¡Que no es un mowbat! ¡Velo! ¡No se ha movido! ¡Sigue allí! ¡Y aunque fuera un mowbat no vamos a llevar más de estos seres a nuestro hogar ya que tenemos la madriguera llena de ellos y apestando a sus excrementos! ¡Ni siquiera los limpias! ¡No eres responsable! ¡Ya cállate!

La chiquilla procuró resignarse aunque no lo perdió de vista.

Ese día no había encontrado nada útil.

Otra vez se irían a la cama sin cenar.

Eso a la chiquilla no le importaba porque casi no comía.

-Bueno –dijo ella-, te hablaba de *Ba* y su tecnomito...

Avhathara se desesperó y la miró a los ojos sujetándole fuertemente la mandíbula.

-¡Ya no discutiré más sobre esa tema! ¿Entendiste?

Uhri asintió con la cabeza y bajó la mirada con un poco de tristeza.

Entonces su hermano la soltó con rudeza.

A la joven le dolía el cruel trato de su consanguíneo, pero no se quejaba.

A veces también la protegía.

Solo a veces.

El pepenar dio magros resultados esa ocasión.

Era tanta la desesperación de ambos que decidieron internarse en la selva negra de *El Khoyhukhon*, con la remota esperanza de encontrar algo que les sirviera de comida.

Árboles oscuros con ramas que parecían brazos les dieron la bienvenida.

Los hermanos avanzaron sigilosamente entre el enmarañado pasadizo conformado por plantas leprosas, matorrales enfermos y piedras deformes.

-Es un tétrico lugar –dijo *Uhri*.

-No tanto como para no arriesgarse a entrar si creemos que algo en su interior vale la pena -contestó su hermano.

No había ningún camino que señalara a donde ir.

Todo en *El Khoyhukhon* era un caos.

Un aura de maldad se podía sentir en ese lugar.

Caminaron entre rastrojos, adentrándose bastante en el bruno corazón de aquel maldito lugar, hasta que un objeto brillante situado a los pies de un gigantesco árbol quemado llamó la atención de *Avhathara*.

El adolescente se acercó con prudencia y paso lento hasta el objeto, siempre seguido por su hermana.

Enseguida se dieron cuenta que el objeto brillante era parte de algo más grande.

La vegetación cubría la totalidad del objeto.

De esta forma, comenzaron a retirar la maleza con sus manos.

Se llevaron una sorpresa cuando se dieron cuenta que el objeto era una extraña y oxidada gynoide, sentada y con las piernas abiertas, como si hubiese dado a luz.

La contemplaron con curiosidad unos instantes.

La gynoide parecía mirarlos.

-¡Debe ser antiquísima! –exclamó *Avhathara*.

Uhri se acercó la fembot.

-¿Crees que podamos venderla como desperdicio? –preguntó ella.

-Sería imprudente –dijo el-. Sospecharían de nuestra incursión a *El Khoyhukhon.* Además, nos darían poco dinero por ella. Mucho riesgo para poca utilidad.

Eso era todo por ese aquella ocasión.

Dieron media vuelta y regresaron, cabizbajos.

Repentinamente, cuando habían dejado atrás a *El Khoyhukhon* y entrado en *La Siguanaba*, los dos escucharon el inquietante rumor de voces humanas.

Los hermanos de inmediato se agazaparon y escondieron.

Las voces procedían de lo alto de *Kherhephakhuphai*.

Eran *añhus*.

Pero había algo extraño en ellos.

Estos se movían furtivamente en filas silentes.

Como si corrieran en sigilo.

Corría entre los labios profanos de los suburbios bajos el fuerte murmullo apócrifo de que en *La Siguanaba* se realizaban varios movimientos clandestinos muy numerosos de personas anónimas, las cuales se introducían ilegalmente en *Niquinohomo* con propósitos desconocidos.

Si eran descubiertos por los *añhus* estos podían descender vertiginosamente en cuestión de segundos de contar con los medios de transporte necesarios.

-¿Lo ves? –musitó ella-, te dije que había visto algo y no me equivoque, así que con el mowbat tal vez también tenga la razón...

-¡Silencio! –susurró el, sin perder de vista a la misteriosa fila de gente, y tomando a su hermana de la mano la ocultó bajo una desmantelada omninave-. ¡Esos no son *añhus*! No sé quiénes son, pero *añhus* no son. Quienes quieran que ellos sean no nos han visto o ya se hubieran abalanzado sobre nosotros. O ya nos vieron pero no tienen la tecnología necesaria para bajar hasta nosotros y apresarnos. En cualquier caso es hora de retirarnos.

Enseguida se arrodilló sobre el suelo y manchó sus dos manos con el espeso tizne del piso.

Luego maquilló a *Uhri* y a él mismo con este mugroso camuflaje y huyeron a hurtadillas de ese sitio con su exiguo botín de fruslerías.

La adolescente miró hacia el lugar donde había visto al mowbat y vio que su misteriosa figura aún continuaba allí, observándolos fijamente con ojos inquisitorios y erguido sobre sus dos diminutas patas traseras.

"¡Hasta pronto pequeño mowbat!", pensó ella para sus adentros.

-¡Pon atención! –le regaño *Avhathara* mientras le tomaba de la mano y la arrastraba consigo-, ¡Tú siempre estas soñando!

La joven no le hizo caso.

Trece semanas después de estos sucesos, entre las cenicientas callejuelas de la ciudad tristemente prostituida por las penumbras y las sombras, circulaban algunos ininteligibles rumores de procedencia incierta.

Algo grande iba a pasar.

Nadie sabía cuándo sucedería.

Nadie sabía dónde.

Nadie sabía que era.

Pero acontecería.

Y sería sombrío.

Existía una tensa calma en el ambiente.

Una rara paz inundaba la contaminada urbe.

Diferentes grupos armados se infiltraban en la megalópolis.

Al menos eso era lo que se decía.

Se temía un enfrentamiento armado.

Por el medio de comunicación masivo y omnipresente de *La Psyber Red*, un softoide avanzadísimo de sexagésima sexta generación daba las reseñas informativas correspondientes al cuadrante número doscientos cincuenta y cinco, donde comentaba con una monótona voz digital el incremento en el tráfico de drogas y del inaudito aumento a las cuotas de alimentación.

EL softoide también anunciaba drásticas disminuciones a los subsidios en viviendas, así como la expansión demográfica y paulatina hacía la zona boscosa y arborescente de *El Khoyhukhon*, donde se cimentarían y edificarían más inmóticas construcciones.

La Sociedad, previendo una insurrección bélica por parte de sujetos opositores a la *Theocracia*, había ordenado el traslado hacia ese lugar de un contingente militar compuesto por varias legiones de siervos de la clase *Kshatrias*, según algunos el tercer linaje más aguerrido.

De esta manera, los cielos oscuros de *Niquinohomo* se poblaron súbitamente de cilíndricos navíos levitantes, los cuales surcaban pesadamente las carreteras aéreas pavimentadas en las grisáceas nubes de la atmósfera de la metrópoli corrupta, haciendo uso de varios medios de transporte multimodales.

El desembarco de tropas era continuo.

Inmensos contenedores de *unobtainium* acarreaban siempre a soldados.

En pocos días el agreste sitio se vio invadido por ellos.

En cada esquina se erigía un retén.

Niquinohomo fue declarado en estado de sitio.

El libre tránsito fue restringido.

La libertad de reunión de igual forma.

Impusieron un toque de queda.

Doce horas se trabajaba fatigosamente en las inhumanas fábricas y laboratorios biológicos y doce horas se recluía a todos en sus domicilios para dormir y tener controlada a la población civil.

Quien violara el toque de queda quedaba expuesto a ser sancionado duramente por la ley marcial.

Incluso se ejecutaría la pena capital si la falta era severa.

Se habían establecido tres clases de códigos fundamentales para reflejar el momento vivido en la ciudad.

El código esmeralda significaba “Paz”.

El código carmesí simbolizaba “Batalla”.

El código ámbar representaba un “Ataque Inminente” y este era el usado en esos precisos instantes.

Legiones de *Siervos* se desperdigaban por toda la cosmopolita megalópolis.

Los agudos silbidos de emergencia procedentes de las estruendosas sirenas marciales se aunaban al ulular timbre de alarma de los potentes vehículos militares, siempre en movimiento a la caza de sospechosos en desacuerdo al sistema, crispando eléctricamente el ambiente y produciendo una atmósfera malsana de paranoia.

Algún desgarrador grito esporádico, ocasionado por la violencia ejercida tiránicamente por las brutales fuerzas del orden, añadía un macabro toque de tensión psicológica a tan especial y oscura situación.

De vez en cuando se escuchaban disparos en las calles.

Sin falta, inmediatamente después, se hacían oír los llantos.

Poderosas aeronaves flotaban arrogantes sobre los desheredados suburbios.

Un estado de terror era auspiciado por *Los Trece*.

Los registros forzosos y de casa en casa a las miserables unidades habitacionales por parte de los *Siervos* hacia los esclavos de la clase de los *Bhednyhaks*, se hicieron frecuentes y estrictos, con sus consecuentes abusos por parte de las autoridades superiores, donde estas se ensañaron de

manera especialmente sádica con los theratogénicos, a los cuales saquearon prepotentemente de sus raquíticas despensas y no conformes con esta deshonra, cometieron infames tropelías contra las mujeres y niñas humanas a quienes manosearon morbosamente en la obligatoria auscultación de sus cuerpos.

En muy raras ocasiones, durante el examen de rutina coercitivo, fue encontrada propaganda apostata.

Los poseedores de ella, sin importar quienes fueran, eran exterminados rápidamente y sin piedad.

La mala hierba debería de segarse.

De lo contrario infectaría a la buena hierba.

Estos cateos ilegítimos tenían los objetivos de aprisionar rebeldes y de disuadir a quienes desearan serlos.

Después de la humillante revisión sometida a la familia, se asignaba una clave única a toda persona puesta bajo escrutinio, con el objetivo de tener control.

Eran medidas de contrainsurgencia.

Las desapariciones eran constantes.

Los secuestros también.

Las ejecuciones sumarias eran diarias y públicas en las decadentes plazas tecnológicas, donde se ajusticiaba a los cautivos por medios tan diversos como la decapitación, la estrangulación o el asfixiamiento.

La cantidad real de gente asesinada por los *Siervos* durante el asedio perpetuado a la ciudad, sigue siendo desconocida hasta el remoto día de hoy y continua siendo objeto de controversia entre los intelectuales e historiadores más apasionados.

La impunidad gobernaba.

El pavor era su aliado.

El recelo era su amigo.

Al parecer todos eran sospechosos a excepción del mismo sistema.

Pero era un precio justo a pagar.

El orden debería de ser preservado.

Para ello la obediencia debería de ser fundamental.

Obedecer o morir.

No había ley más grande a esta.

La húmeda y oscura madriguera donde residía *Avhathara* no había sido registrada porque estaba circunscrita a los bordes exteriores de miseria de la dantesca tecnópolis.

Esa noche, su madre había llevado a su lecho a un amante de ascendencia theratogénica.

Los molestos ruidos de su fornicación incomodaban a *Uhri*.

El niño pequeño lloraba de hambre.

No había nada de comer.

Avhathara aún no llegaba.

El casi siempre llevaba al menos un bocado para paliar el estómago.

Su hermana estaba preocupada.

El toque de queda para ese día estaba a punto de ser declarado.

"¿Dónde estará?", se preguntó *Uhri*, "Me dijo que iría a *La Siguanaba* pero ya tardó mucho".

Sin pensarlo mucho, colocó al infante en una caja, lo arropó bien y salió a buscar a su hermano.

La enfermiza adolescente sufría regularmente de graves crisis de respiración.

Las dañinas partículas de hollín se introducían en su aparato respiratorio y provocaban fuertes reacciones alérgicas en sus bronquios los cuales se inflamaban grotescamente obstruyéndole el paso de aire a sus pulmones.

Jadeaba dificultosamente.

Su boca se manchaba sutilmente de cenizas.

Se colocó en la cara el chador tejido por su hermano y salió al exterior.

Frío.

Extremo.

Un escalofrío recorrió su espalda.

Se abrazó a sí misma.

“Debí cubrirme mejor”, pensó ella y estuvo a punto de regresar a la madriguera, pero la posibilidad de pensar que *Avhathara* se podía extraviar la disuadió de hacerlo. Además no deseaba volver a escuchar los gemidos de su madre teniendo sexo con un theratogénico.

Descendió hasta los abismos nebulosos del inmenso basurero.

Tropezó más de una vez con varias inmundicias.

Se ensució sus humildes ropas con el polvo negro del vertedero industrial.

En determinado momento sintió desesperación.

Creyó haberse perdido pero no era así.

Casi lloró y no sabía porque.

-¡*Uhri*! –exclamó una voz y ella sintió caer una mano sobre su hombro.

Ella saltó del susto.

Era su hermano.

-¡Estúpido! –le recriminó ella colérica-, ¡Me espantaste! ¿Dónde has estado? ¡Ya casi dan el toque de queda!

-¡Calla! –musitó el-, ¡Del otro lado hay una cría de *moharrama*! ¡Llevo toda la tarde rastreándolo! Lo vas a espantar si sigues hablando. Hoy comeremos bien.

La niña se fijó en el animalito en la letanía.

Este apenas era un cachorro.

Al parecer, había extraviado a su madre.

-¡Pobre! –dijo ella sujetándole el brazo- ¡No lo mates por favor! ¡Es un cachorrillo! ¡Tendrá apenas unos meses de nacido! ¡Además esas bestias se alimentan casi exclusivamente de excrementos y son muy sucias!

Su hermano se zafó.

-¡No seas tonta! ¡Es el o nosotros! ¿O no quieres comer? ¿Hoy no te dio hambre? De todos modos el animalillo no tiene salvación. No tiene ninguna oportunidad sin su madre. Si no lo atrapamos nosotros lo devoraran otros depredadores.

Uhri intentó protestar pero enseguida acudió a su mente la imagen de su pequeño hermano pidiendo algo de comida y le dio la razón al cazador.

Avhathara sacó la penúltima saeta de su carcaj y la colocó en su *yhumi*.

Luego tensó drásticamente las cuerdas de su instrumento de caza y la apuntó hacia arriba, calculando fríamente la velocidad en contra del viento y el descenso de la flecha, además del punto de impacto para hacer blanco en su objetivo.

El inocente animal pastaba pacíficamente sin temer su macabro futuro.

No sabía que sería sacrificado.

La adolescente se dio la vuelta para no ver el desagradable ensartamiento.

Luego, el astuto cazador soltó suavemente el delgado hilo del arco.

La flecha cruzó el firmamento con una rapidez impresionante.

Enseguida esta atravesó violentamente el cráneo de la cría de *moharrama* traspasándolo justo por su ojo izquierdo.

-¿Le diste? –exclamó *Uhri*.

-¡Claro! ¡Siempre atino! ¿O no?

-¡Sí! –respondió ella-, ¡Ahora vámonos a casa! ¡El toque de queda ya debió ser declarado!

-Solo déjame ir por nuestra cena... tu quédate aquí. No te muevas. Voy rápido.

-¡Te acompaño! –le pidió ella-, me da miedo quedarme sola...

-¡No! ¡Eres muy lenta! ¡Si te llevo solo me retrasaras!

-¡Voy contigo! –le dijo ella intentando sujetarse del brazo de su hermano, pero este no le dio tiempo para hacerlo, pues se marchó de inmediato para reclamar su recompensa.

Uhri lo vio perderse entre las sombras.

Se sentó sobre las cenizas.

Ya estaba sucia, ¿Qué más daba estarlo otro poco?

Perdió la paciencia.

¿Por qué tardaba tanto su hermano?

La muchacha jadeaba.

Casi no podía respirar.

De pronto, allende unos escombros metálicos, a no mucha distancia de ella, la frágil polluela reconoció una figura familiar.

Sus ojos se abrieron enormemente.

"¡Es el mowbat que vi hace algunos meses!", se dijo ella con una sonrisa en la mente.

Poniéndose en pie, recogiendo con sus manos las largas naguas de su falda, se dirigió con sigilo hacia el lugar donde se hallaba el animal.

Lo hizo a hurtadillas, agazapada un poco sobre sí misma, procurando no intimidar al animal ni provocar su huida.

Este no se movía.

Solo la miraba con sus fosforescentes glóbulos oculares.

Poco a poco se acercó hasta llegar al animal y al hacerlo pudo apreciar mejor los detalles de su apariencia.

Era un cachorrillo abandonado de pelaje deteriorado y estaba muy flaco.

Igual a ella.

Se le podían ver los huesos.

El animalito temblaba ligeramente.

Uhri se preparó para extender sus brazos, cerrándolos sobre el pequeño mamífero, para capturarlo y llevárselo.

"¡Otro más que se va a venir a vivir conmigo!", pensó.

Pero cuando propinó el golpe final, el melenudo animalillo dio un grácil salto y evadió ágilmente el zarpazo de *Uhri*, la cual trastabilló y se desplomó sobre el suelo.

"¡Maldición!", se reprochó ella misma mordiendo el polvo.

Se incorporó casi al instante.

Se sacudió las cenizas pues estaba repleta de ellas.

"¡Se me fue!", rumió enojada, respirando aire con dificultad, "¡No soy lenta!", "¿Qué me paso?".

Estaba dispuesta a retirarse a su hogar, relegando a *Avhathara*, cuando para su sorpresa se dio cuenta de que la escurridiza criatura aún continuaba presente.

Y la seguía observando.

Pero ahora estaba situada a una distancia más lejana a ella.

"¡Tú no te me escapas!", dijo la doncella.

Así que una vez más, sin rendirse, la adolescente se aproximó al melenudo mowbat.

En esta ocasión, intuyendo nuevamente la intención de la muchachilla la criatura se internó en las profundidades selváticas de *El Khoyhukhon*, dando unos raudos brincos sobre la maleza y desapareciendo dentro de ella.

Pero la muchachilla no lo perdió de vista.

Uhri siguió al mowbat de manera imprudente, con la idea de atraparlo, olvidando por completo a su hermano y al toque de queda.

Persiguió a la criatura por un largo trecho.

Siempre buscando el apresarlo.

Siempre a punto de lograrlo.

Siempre siendo esquivada.

El mismo resultado se repetía.

La historia era la misma.

Una y otra vez.

Después del esfuerzo de la persecución cada vez le costaba más trabajo respirar.

Cuando *Uhri* se dio cuenta de su error al alejarse tanto, ya estaba muy adentro de la negra selva indómita de *El Khoyhukhon*.

“¡Dioses!”, se dijo ella aterrada, “¡Me he perdido!”.

Al mismo tiempo, inexplicablemente, el anhelado mowbat se acercó el mismo a ella y se ofreció para ser capturado.

Ella lo acogió entre su brazos con vehemencia.

“¡Por fin te tengo criatura!”, exclamó ella jadeando fuertemente, “Pero, ¿quién me tiene a mí?”.

Se sentía enferma.

Necesitaba medicamentos.

No podía inhalar aire.

Entonces se dio la vuelta y descubrió algo horroroso.

Trece *Siervos* se erigían frente a ella.

Sus poderosas armas reposaban en sus brazos.

Sus deslumbrantes armaduras tecnológicas brillaban con suntuosidad.

La habían descubierto.

Una fina lluvia de ceniza comenzó a caer verticalmente del cielo.

El tizne se anidó en las pestañas de Uhri.

El hollín descendía suavemente en línea recta, haciendo medias lunas oscuras en su caída.

La doncella se sobresaltó al verlos.

Tuvo miedo.

No supo que hacer.

Tan solo dejo caer al mowbat al suelo debido al impacto del susto.

El pequeño animalillo azotó pesadamente sobre los raídos pastizales de la jungla negra y grácilmente se incorporó del piso, luego pegó varios brincos en el césped marchito y se dirigió directamente al siervo que parecía ser el líder de esa legión.

El fornido hombre lo tomó entre sus brazos, haciendo a un lado su potente rifle, y le sacudió las cenizas.

Uhri estaba paralizada de turbación.

Inmóvil.

Se había congelado delante de ellos.

El toque de queda ya había sido declarado.

Ahora estaba sujeta a la autoridad marcial de ellos.

Podría ser ejecutada.

Además ella estaba en tierra prohibida.

El Khoyhukhon también estaba vedado.

No estaba permitido su paso al vulgo.

Doblemente condenada, estaba a su completa merced.

Los *Siervos* no pronunciaban una sola palabra.

Silencio.

Ausencia absoluta de sonidos por un solo segundo.

Después el comandante lo rompió.

-¿Qué haces aquí? –le preguntó secamente a *Uhri*, acariciando con gélidas pausas intercaladas al mowbat.

Ella no podía hablar ni respirar.

La voz y el aire se le habían ido.

Su respiración y sus palabras eran casi inexistentes.

-¡Te hice una pregunta maldita theratogénica! ¿Estas muda? ¿Naciste sin lengua? ¿Qué demonios haces aquí?

La muchachilla continuaba sin poder responder.

-Yo solo vine por mi mascota –respondió ella al fin.

Enseguida, sin saber porque, camino en línea recta hacia el *Siervo* que le había hecho la pregunta y le quitó con delicadeza a la peluda criatura de sus brazos.

Todos permanecieron impávidos.

Expectantes.

Fue entonces que *Uhri* notó que el mowbat estaba herido de una de sus miembros delanteros. Por esta razón siempre se paraba en dos patas, evitando de esta manera el sufrimiento de apoyarse sobre una de sus extremidades posteriores.

Para paliar el dolor del animal, la muchachilla se despojó de su chador y con las tiras de su velo de retazos le vendó la lesión.

Ese fue el peor de sus desaciertos.

Un bello rayo de luz inundó todo.

Su radiante y preciosa faz quedó al descubierto.

La iniquidad saqueó el corazón de los soldados.

-No eres una theratogénica ¿Eh? –murmulló uno de ellos.

El líder se aproximó a *Uhri* y la tomó de la barbilla.

-Has violado el toque de queda. ¿Lo sabes verdad muchachilla?

Uhri asintió tímidamente.

-Esto ya es un delito grave en sí –continuó el comandante- y nos da el derecho de juzgarte de acuerdo a nuestra conveniencia y aplicar nosotros mismos la justicia militar. Además también estas en territorio prohibido. El tránsito por *El Khoyhukhon* solo está permitido para *La Sociedad* y sus miembros. Entenderás que eres doblemente culpable y que el castigo debe de ser doblemente

severo... Pero si tú cooperas y eres buena con nosotros yo podría llegar a ponerte solo una multa ligera, tomando en cuenta que eres una muchacha hermosa…

Al instante, el comandante se despojó de su bélico guantelete de guerra para meter su mano desnuda en el suave pecho de la indefensa joven, la cual se estremeció de miedo ante la sucia caricia del fornido militar.

El mowbat se zafó de su captora y corrió hacia un nicho de piedras.

Los trece *Siervos* se arremolinaron en un círculo alrededor de ella.

La mente de ella se desconectó de la realidad.

Enseguida la acostaron contra su voluntad sobre un lecho de rocas y entre dos sujetos le abrieron las piernas.

Luego, el resto de siervos le despojaron de las andrajosas indumentarias de la chiquilla, dejándola vergonzosamente desnuda delante de ellos.

La pequeña, infantilmente, intentó vanamente cubrir su esquelético y frágil cuerpo con sus manos, pero los militares se las sujetaron.

Algunos de los guerreros se rieron ante el pudor de la niña.

Luego, los soldados se despojaron de sus poderosas armaduras y se desvistieron para realizar su felonía, mostrando descaradamente sus sexos a la chiquilla, la cual cerró los ojos ante las obscenas imágenes de los genitales de ellos.

El comandante, por tener el rango más alto entre ellos, sería el primero en violarla.

-¡Veamos si eres virgen! -exclamó el comandante y enseguida procedió a introducir su dedo índice en el sexo de ella.

Palpó el himen.

-¡Es virgen! –gritó lleno de júbilo y algunos de sus subordinados lo felicitaron-, ¡Yo la desvirgaré!

Así que se colocó encima de ella, la tomó de las esqueléticas caderas y la embistió.

Las lágrimas de ella surcaron amargamente sus mejillas.

Miró hacia el cielo.

La chica comenzó a sollozar.

De inmediato, el comandante la abofeteó porque el llanto de *Uhri* lo desconcentraba y le hacía perder la erección.

La llovizna de ceniza seguía cayendo sutilmente.

Una fuerte ráfaga de aire sopló.

-¡Mira como se le erectan los pezones a la putilla! –gritó uno de ellos mientras se masturbaba para no perder la erección.

Uno de los *Siervos* metió su dedo en el ano de la muchacha, la cual brinco instantáneamente al sentir un objeto extraño invadiendo y lastimando sus recónditas intimidades.

Otro tomó la mano de la pequeña e intentó hacer que lo masturbara.

Un tercer hombre intentaba meterle su fétido pene en la boca.

Los demás procuraban acariciar alguna parte del cuerpo de ella o la insultaban vilmente con palabras soeces.

El mowbat parado sobre sus dos patas veía la escena sin comprenderla.

El comandante redobló en intensidad y rapidez las acometidas contra el sexo de la joven y enseguida derramo su esperma dentro de ella, acompañando su orgasmo con un gutural gemido.

Después, los militares tiraron suertes para determinar el orden en que la violarían.

Uno por uno todos los siervos abusarían sexualmente de ella.

Un grito ahogaba la garganta de la doncella.

No podía respirar.

El aire le faltaba.

Su asma le asesinaba el cuerpo y esa jauría excitada le asesinaban el alma.

Por fin, llena de dolor, dejó escapar un débil alarido.

-¡*Avhathara*! –chilló ella entre las crueles acometidas perpetradas por los violadores.

Pero lo hizo con poca fuerza.

Sin energía.

Carente de aliento.

Aun así su hermano la oyó.

-¡*Uhri*! –contestó el, regresando al lugar donde la había dejado y notándolo vacío echó a correr rápidamente rumbo a ella, abandonando al *maharracho* cazado.

Guiado por su instinto, atravesó en un santiamén el sinuoso camino empedrado por chatarras y cachivaches de *La Siguanaba* hasta salir de ella, siguiendo los rastros dejados por su consanguínea en su paso por ellos.

Más de una vez, el mismo se perdió en ese laberinto de árboles y plantas llamado *El Khoyhukhon*, pero siempre reencontró la ruta a correcta a seguir y la reanudó con éxito, con el objetivo constante en su cabeza de hallar a su hermana.

Se confundió con las pisadas de animales jamás vistos por él, se desesperó en su búsqueda, ningún otro grito fue dado para servirle como guía, olvidó totalmente el toque de queda, sintió pena cuando pensó en el *maharracho* desperdiciado, su pelo se despeinó, sus pies descalzos ardían cuando tocaban los guijarros del suelo.

Y todo eso ocurrió en solo unos minutos.

Por fin, en la letanía, columbró a su hermana desnuda y a los infames trece soldados alrededor abusando sexualmente de ella.

La sangre le ardió.

En primera instancia, arrancó hacia ella con desmedida velocidad.

Pero se detuvo con violencia.

Recapacitó un poco.

“¡Qué demonios vas a hacer!”, se reclamó, “¿Vas a interrumpirlos?”, “¿De veras vas a llegar a ellos diciendo: ¡Suelten a mi hermana! Y luego ello lo harán?”, “¡No seas tonto!”, “¡Te matarán si lo haces!”, ”El toque de queda ya ha sido declarado”, “Ellos pueden hacer de nosotros lo que les plazca”, “¡Por ley les pertenecemos!”, “Tu solo tienes un *yhumi* y únicamente una saeta,

¿qué les puedes hacer?”, “Cuando mucho matarías solo a uno, ¿y los demás?”, “Y aunque tuvieras saetas suficientes para todos ellos eso no garantiza que los liquidarás”, “Ellos son guerreros”, “Tienen armas poderosas y armaduras igual de poderosas”, “¡Ellos han sido soldados toda su vida y tú eres solo un niño comparado con ellos!... ”.

Lleno de rabia apretó los puños.

Sus dientes crujieron de coraje.

El llanto y los gritos de su hermana se derramaban en el ambiente.

Uhri no podía respirar.

Miraba con ira la escena mientras sus ojos ámbar brillaban en la oscuridad.

“¿Entonces que debo de hacer?”, se dijo, “¿Nada?”, “¿Esperar a que terminen de violarla e impunemente se larguen?”, “¿De veras crees que la dejaran con vida?”, “¿De veras crees que la dejarán marcharse como si nada”, “¡Claro que no!”, “¡La matarán sin misericordia después de haberla usado!”, “¡No les importa que tan solo sea una niña!”, “Los *Siervos* de *La Sociedad* deben ser vírgenes y estar sin mancha de mujeres, eso todo mundo lo sabe, razón por la cual si se llega a saber esto los removerán de sus cargos dejándolos en la indigencia”, “¿Qué demonios debo hacer?”.

Mientras el joven *Avhathara* elucubraba estos pensamientos también se acercaba lenta y sigilosamente al acontecimiento del crimen.

Una idea cruzó por su mente.

“¡Claro!”, se dijo él, “¡Por supuesto!”.

Tomando la única saeta de su carcaj la colocó en su *yhumi*, alistándola para ser lanzada y apuntando en línea recta hacia el cielo estiró las cuerdas tensándolas drásticamente.

Sus ojos estaban irritados.

“Dos cosas”, pensó, “La primera: estira lo máximo posible la cuerda de tu *yhumi*. La segunda: Apunta lo más alto posible con ella, eso te dará más tiempo”.

“Toma en cuenta al viento”, se dijo continuando con su soliloquio, “No parpadees cuando dispares”, “También procura contener el aliento”, “El tiro solo te dará de diez a veinte segundos

para realizar tu plan", "¡Calcula bien!", "¡Tu vida y la de tu hermana dependen de ello!", "No falles", "Acierta", "No desperdicies el disparo", "No tendrás una segunda oportunidad", "Cuando te sientas seguro suelta la cuerda y lanza la saeta".

Y así lo hizo.

La flecha salió eyectada en silencio.

Con elegancia y limpieza.

Avhathara salió de las sombras con las manos en alto.

Su *yhumi* colgaba de su pecho.

-¡Deseo entregarme a ustedes! –exclamó el adolescente.

El comandante y el resto de siervos voltearon a verlo.

-¿Quién eres? –gruño el líder, el cual se hallaba aún desnudo y con chispas de semen goteando de su glande, desenfundando sus dos revólveres y apuntándoselos a la cara- ¡Identifícate inmediatamente malnacido!

-¡Soy un *añhus*! ¡No dispare! ¡Estoy desarmado! –exclamó el joven inclinándose ante el siervo-, ¡Traigo un mensaje de mi gente! ¡Es importante! ¡Un informe muy valioso respecto a los apostatas! ¡Por favor no me mate! ¡Solo soy un emisario! –solicito astutamente el joven, esbozando una hipócrita faz de sumisión ante la autoridad, mientras se acercaba maliciosamente al adalid lo máximo posible.

Este enfundo sus pistolas.

-¡Peor momento no pudiste escoger! ¡¿Qué mensaje nos tienes?! ¡Habla rápido!

Entonces, la saeta dispara previamente por el cazador cayó justamente delante de los pies de sus pies y se encajó en la tierra.

Al instante la cara del adolescente cambió por completo.

Su corazón se inflamo de odio.

El pecho se le lleno de rencor.

El comandante se dio cuenta de la trampa en la que había caído.

Desenfundó sus revólveres lo más rápido posible.

Al mismo tiempo, ágilmente, el joven rodó por los suelos y recogió la flecha.

La colocó en su *yhumi*.

La apuntó al Siervo.

Inmediatamente, a quemarropa, *Avhathara* soltó un saetazo en el ojo al comandante.

Este se derrumbó delante de él, convulsionándose en violentos estertores de muerte.

El resto de la legión de *Siervos* se dio cuenta de la ejecución y abandonó sus nefastas actividades para empuñar sus pistolas y abatir al osado criminal, pero no fueron lo suficientemente rápidos.

El muchacho recogió los dos revólveres del comandante caído de la cuadrilla y los apuntó hacia los desnudos guerreros.

El tiempo se detuvo.

Así lo sintió el imberbe cazador.

Jamás olvidaría en su mente a la imagen de su hermana menor desnuda, con sus harapientas ropas desgarradas, siendo violada por trece hombres, mientras un mowbat en dos patas era el testigo mudo de la trágica escena.

Para el sería una pintura a blanco y negro en su conciencia, la cual se congeló para siempre.

Su hermana.

Uhri.

Su pequeña hermana.

Tan delgada.

Tan frágil y quebradiza.

Tan indefensa y enfermiza.

Una flaca y enfermiza niña de baja estatura con mucha hambre frente a trece hombres, armados, fuertes y altos.

Ella sola contra trece hijos de puta fuertes y armados.

Trece hijos de perra que la violaron.

Trece cobardes bastardos que planeaban asesinarla después de consumar su acto.

Trece espurios que se burlaban mientras abusaban de ella.

Uhri.

Él nunca había sentido tanto desprecio por nadie.

Jamás había sentido tanta sed de venganza.

Incluso temblaba de coraje.

De rabia.

De rencor.

Sus ojos ámbar deseaban estallar de odio.

Sentía como este palpitaba por todas sus venas.

Su sangre se tornó oscura como los cielos inicuos de *Niquinohomo*.

La amargura le anidaba en la garganta.

Y ahora los tenía a su disposición.

Les apuntaba con las dos pistolas.

Ellos estaban desnudos.

Sin armadura.

Sin armas.

Completamente a su merced.

Jamás alcanzarían a tiempo sus pistolas.

Ni lo hicieron.

Y *Avhathara* abrió fuego sobre ellos.

Doce certeros disparos iluminaron la selva.

La mitad con la mano izquierda.

La otra mitad con la mano derecha.

Seis tiros por cada revolver.

Los hombres se desplomaron sin vida, fulminados irremediablemente, muriendo al instante.

Sin embargo el dolor de *Avhathara* no pasó.

Deseaba intensamente volverlos a ejecutar.

Matarlos una y otra vez.

Pero ya no podía.

Permaneció inmóvil como una estatua.

Con los iris llenos de furia.

Los sollozos de su hermana lo regresaron a la realidad.

Su cólera no disminuyo ni un ápice.

Se encaminó hacia la desafortunada muchachilla, la cual se hallaba doblada sobre sí misma, en posición fetal procurando cubrir su humillante desnudez.

Temblaba de frío.

Su hermano se despojó de su perforada y sucia camisa, la cual la arropó escasamente, y ella se abrazó a él.

Uhri se echó a llorar sin consuelo.

Se asia fuertemente con ansía al pecho de él.

Deseaba sacar todas las lágrimas de su interior.

Sangraba profusamente de la entrepierna.

El esperma escurría de su sexo.

Por su parte *Avhathara* permanecía inflexible.

Rígido.

Impávido.

Sin palabras la echó sobre sus hombros para transportarla a la madriguera.

-¡Espera! -dijo ella secando sus lágrimas-, ¡Estamos olvidando al mowbat!

El joven se dio la media vuelta.

Y lo vio.

Allí estaba la escuálida criatura, observándolos impertérrita y mugrosa, parada sobre sus dos patas traseras.

-¡Llevémoslo! –suplicó ella.

El rostro de su hermano se endureció de odio.

Apuntó el revólver al animal y jaló el gatillo.

El animal reventó, dejando solo la fantasmagórica figura de su sombra parada en dos patas.

En la contaminada megalópolis de *Niquinohomo* jamás sucedió nada.

Ningún evento.

Nunca llegó el temido acontecimiento desconocido esperado por todos, al cual se esperaba con calma vehemente.

El espeso humo eructado por las colosales chimeneas de las nefastas factorías, continuó embadurnado de tizne los firmamentos inicuos de la lóbrega urbe industrial.

El hollín teñía de infaustos tonos grisáceos la parda epidermis de los desgraciados habitantes de la cancerosa ciudad.

Una fina y nociva capa de cenizas envolvía las desordenadas calles y dantescas avenidas de la opresiva metrópolis de metal.

Las legiones de *Siervos* no abandonaron la capital del hollín, ni siquiera cuando el evento esperado jamás tuvo lugar.

Se quedaron allí como huéspedes eternos.

Para alojar a todas estas guarniciones se construyeron dantescos recintos militares donde los guerreros de la clase de los *Kshatria* pudieran vivir.

Avhathara se dió a la fuga.

Lo hizo la misma noche en la cual asesinó a los trece Siervos.

Recogió todas sus pertenencias, las cuales consistían en unos cuantos retazos de ropa, unas saetas y su *yhumi*.

No volvió la vista atrás.

Antes de ello llevó a su hermana al hogar de ellos, donde su pequeño hermano descansaba dormido sobre unas cajas derruidas, desamparado irresponsablemente por su progenitora.

Su madre no estaba.

Así era mejor.

Se evitaba una pelea.

Y aunque hubiera estado no habría diferencia.

“Tal vez no nos volvamos a ver”, dijo *Avhathara* a *Uhri*, “Debo irme. *La Sociedad* me cazará y me encontrará. Ellos no perdonan esta clase de castigos. Es mejor que me hallen solo a mí, así no habrá represalias contra ustedes. Yo me responsabilizaré de todo. Adiós”.

“¡Espera!”, lloró su hermana pero ya no la escuchó.

El eco de su súplica retumbó en sus oídos.

Veloz como una liebre, descendió con sus pies descalzos hacia *Las Tierras Sin Nombre*, un lugar más allá de los confines de la *Theocracia*.

Allí, la barbarie y el ateísmo dominaban salvajemente, pero *La Sociedad* junto con sus restrictivas leyes aún no llegaba.

El camino por andar era largo y peligroso.

Debería tomar el camino *Neokhathekhumhenhal*, el cual era la vía número seis de un extenso y vetusto sistema de caminos y puentes construidos durante la remota época del apogeo de *La Secta del Eneagrama*, hace ya muchísimos *khalpas*.

Y descendió por los escarpados abismos de piedras de la vía número seis en busca de la libertad.

Reptó silente entre los páramos, prófugo y herido, alejándose con prisa de una ley divorciada de la justicia y sodomizada por la falsedad.

La primera noche fuera de *Niquinohomo* las estrellas se mostraban tímidamente en el firmamento, aún opacadas por el humo de la metrópolis oscura, pero conforme se fue alejando de esta urbe fueron titilando cada vez más nítidamente hasta que una noche pudo apreciarlas otra vez con total claridad.

Eran hermosas.

Y también vio a la luna, otro objeto celestial el cual había olvidado por completo.

Satisfecho a medias continuó su viaje.

En su soledad, su odio nunca lo abandonó, pues la ira le hacía compañía y el cisne oscuro del rencor hizo consorcio en el lago bruno de su corazón.

En sus manos llevaba los dos suntuosos revólveres arrebatados al comandante, los cuales llevaban extraños y lujosos signos ceremoniales dibujados a los costados.

La batería de ese tipo de armas duraría al menos un saeculum.

Sin embargo, no podía conservarlas.

Debería de deshacerse de toda prueba incriminatoria, así que enterró en el desierto a los dos artilugios bélicos.

Podía ser ubicado a través de ellas.

Era mejor no arriesgarse, aunque las dos majestuosas pistolas eran artefactos caros y bien los pudo haber vendido por un suma alta o pudo haberlas canjeado fácilmente por un medio de transporte, pero de igual modo lo hubieran podido rastrear de esta manera.

No obstante, no solo debería de deshacerse de la evidencia.

También debería de transformar su apariencia y mudar de ropas, así que con una piedra de sílex usada en sus primitivas saetas se cortó su largo y andrajoso cabello.

De igual modo, se enjugó la grasa y el cochambre del cuerpo, sumergiéndose en un inmundo charco de agua, el cual procedía de las alcantarillas remotas de *El Wangulen*, donde el salitre hacia su domicilio.

Durante su recorrido a lo largo de las costas duneras de *El Desierto de Namib*, mudó de prendas de vestir con un indigente, en un ventajoso intercambio de indumentarias donde este último se vio favorecido.

Al final de todo este proceso era casi irreconocible.

Solo sus ojos ámbar permanecían igual.

Tal vez solo *Uhri* hubiera sido capaz de identificarlo.

Y aun así lo atraparían unos días más adelante.

Pasó varios meses como fugitivo, viviendo en diferentes ecoaldeas y permaculturas, sobrevivía de la caza de animales pequeños y de la recolección de frutas silvestres, así como también se vio obligado varias veces a hacer uso del hurto y del bandidaje.

Siempre tenía en mente el llegar a *Las Tierras Sin Nombre*, donde aún no había llegado el evangelio de *La Única Religión Verdadera*.

Tras un breve peregrinar por las altas montañas del *Iztac*, *Avhathara* arribó a la remota permacultura de *El Wangulen*, una ciudad situada en la costa suroeste de *Khalabria*, donde las lluvias primaverales eran persistentes y atroces, ocasionando estragos e inundaciones en el ecosistema de vez en cuando.

Por esta razón, se habían edificado modernos y eficaces acueductos por toda la urbe, los cuales cruzaban sus calzadas y desembocaban en dantescos fosos de aguas.

El Wangulen se había construido alrededor de *El Cerro Del Akhonkhagua*, cerca de la conflictiva *Cordillera de Ho*, y era una ciudad con retraso tecnológico, característica común en los asentamientos humanos alejados del centro de la *Theocracia*.

Debido a su baja tasa de producción, *La Sociedad* no la tenía muy en cuenta en sus actividades, limitándose solamente a enviar a ella las rutinarias visitas de inspección semestrales a través de una pequeña delegación de *Ancianos*.

La forma de la metrópolis se asemejaba a la de un largo enroscado alrededor del cerro.

Las humildes actividades comerciales de *El Wangulen* se reducían a la pesca.

Avhathara decidió ir a ese lugar y allí empezó su desventura.

Fue en esta localidad, precisamente durante una de las requisas semestrales de *La Sociedad*, que *Siervos* de la casta *Sephia* lo atraparon mientras efectuaban un registro rutinario sobre la población civil.

Se hizo sospechoso cuando los guerreros le pidieron sus credenciales, pero el joven no las llevaba consigo.

Lo atraparon sin la más mínima dificultad al aplicarle un examen más riguroso por todo su cuerpo, en el cual encontraron entre sus pertenencias al *yhumi* y a las saetas.

Después del ajusticiamiento de los trece *Siervos*, *La Sociedad* había emitido rápidamente un boletín informativo a todas las cuadrillas militares a la redonda por medio de *La Psyber Red*, en el cual detallaban las características del crimen y el análisis forense aplicado a los exánimes.

Asimismo, en este detallado informe describían minuciosamente el labrado de la flecha encontrada en el cráneo del comandante.

Solo bastó comparar las saetas.

En la punta de estas estaba tallado el mítico dibujo de un ave extinta perteneciente al mundo anteapocalíptico.

Su semejanza era inconfundible.

La punta de su propia flecha lo había traicionado y había disparado contra él.

No existía duda.

Era el culpable.

Fue identificado como el asesino indiscutible de la legión de *Siervos*.

Fue su fin.

Los poderosos guerreros, investidos con sus relucientes armaduras, rodearon al miserable muchacho y le apuntaron sus armas.

"¡Alza las manos!", rugieron.

Pensó en correr pero estaba cercado.

Quiso saltar del puente pero abajo solo había piedras.

No tenía escapatoria.

"¡Ojalá tuviera un tiro libre contra ellos!".

"¡Alza las manos!", repitieron con más fuerza los *Siervos*.

Resignado ejecutó la orden.

Levantó las manos.

Al instante lo derribaron rudamente sobre el pavimento.

Su quijada crujió al estrellarse contra el suelo.

Lo tomaron de sus brazos y se los ataron a la espalda.

Uno de los soldados colocó su bota sobre la cara de él.

“¿Mataste a trece de los nuestros, eh?”, exclamó el siervo y enseguida le propinó una patada en las costillas, “¡Ya verás lo que le espera a quien hace eso!”.

Lo levantaron del cabello.

Allí quedo abandonado y los soldados despedazaron su *yhumi* frente a él.

Solo tomaron las flechas como evidencia.

Fue conducido con celeridad a un inhumano calabozo.

En ese lugar esperaría la celebración de la ordalía, donde los *Ancianos* signados para juzgarlo emitirían la sentencia a su crimen, la cual nunca tardaba en ser dictaminada en este tipo de casos.

No tenía caso defenderse.

Aun así lo hizo, arguyó con desesperación no haber sido el, dijo haber robado las saetas a un viajero durante su peregrinación por *El Mar Interior de Khalahria*, pero nadie le creyó a un indigente flaco y mugroso.

Ni siquiera lo escucharon.

Debido a la jurisdicción soberana de cada distrito establecida por *La Sociedad*, cuyo código penal estaba basado en el *Ius Puniendi*, se permitía a cada zona cierto grado de autonomía para constituir sus leyes propias y ejecutar los castigos correspondientes para ciertos crímenes.

Como el muchacho había sido apresado en el territorio de *El Wangulen*, sería enjuiciado de acuerdo a la legislación ateniente a esa circunscripción.

A los pocos días, por fin supo su destino.

La pena capital.

Sería ejecutado por ahogamiento.

No podía haber apelación.

Deseaban usarlo como ejemplo para todo aquel insurrecto.

No fue una sorpresa para él.

Pero la muerte no era todo.

Antes de ella, también sería atormentado públicamente a través de crueles descargas eléctricas y por último sería conducido con los ojos vendados por el sendero principal de *El Wangulen*, para ser encerrado dentro de *El Thazmamart*, un pozo ancho y relativamente muy poco profundo, construido a forma de embudo, situado en las afueras de la metrópolis, al cual iban a parar las aguas procedentes de las lluvias y la marea del mar así como las aguas negras de los drenajes de la ciudad.

Una pesada losa de concreto tapaba este pozo.

Avhathara sería recluido allí.

Yacería encadenado por el pie izquierdo al sedimento de *El Thazmamart* y cuando el agua procedente de las mareas, de la lluvia y de las cloacas fluyera con violencia hacia el foso y lo inundara por completo, el moriría ahogado en el vientre del calabozo.

Al día siguiente lo sacaron de su mazmorra rumbo a su suerte final.

Antes lo desnudaron por completo.

Demacrado y esquelético, lo amarraron con una lacerante soga por las muñecas, haciendo uso de un triple nudo, y lo ataron a un *thue*, el cual lo arrastraría por las avenidas de la metrópoli para ser vilipendiado antes de llegar al altar de expiación.

Expuesto ante la morbosa multitud, desvestido y humillado, fue llevado descalzo a la plaza principal, en la cual procederían a propinarle trece descargas eléctricas de alto poder en las manos, en memoria de los trece hombres segados por la hoz de su mano.

Durante el transcurso del trayecto del calabozo a la plaza principal, se iban reuniendo y agregando mucha gente en las calles.

Toda clase de insultos se lanzaban contra el muchacho.

“¡Asesino!”, le gritaban unos.

“¡Criminal!”, le gritaban otros.

De vez en cuando le arrojaban piedras o alimentos podridos.

Al llegar a la plaza principal ya se había congregado una inmensa turba de gente para presenciar el ajusticiamiento.

Amarraron a cada una de las palmas de sus manos una esfera, la cual se encargaría de soltar un fuerte rayo de electrones.

Serían seis descargas eléctricas en la mano izquierda y siete en la mano derecha, todas ellas alternadas entre sí.

Un *Anciano* presidía el acto.

Un *Siervo* fungiría como verdugo.

Avhathara procuraría soportar el castigo de la manera más digna.

Su orgullo era demasiado grande, aun en una circunstancia como esa.

Sin embargo no lo lograría.

"En el nombre de *Shahi*", exclamó súbitamente el *Anciano*.

Shahi era el nombre del comandante de la legión asesinada y había sido el primer hombre en caer.

Enseguida un violento torrente de electricidad recorrió el escuálido cuerpo de *Avhathara*.

El joven soltó un alarido.

Jamás había sentido un dolor así de cruel.

Sus ojos ámbar casi salieron de sus cuencas.

Apreció claramente como sus venas se secaron y como su corazón se detuvo por un eterno instante al sufrir el horrible choque del rayo eléctrico.

Su estómago se retorció de dolor.

Sin fuerzas se derrumbó sobre la arena.

Su cuerpo humeaba.

Expedía un fétido olor a carne quemada.

El mozalbete tembló y apretó los puños de coraje.

“En el nombre de *Zahra*”, exclamó el *Anciano* sin previo aviso y sin darle tiempo de recuperarse.

El desgraciado muchacho volvió a sentir el espantoso recorrer de la electricidad por todo su ser.

Se revolcó tétricamente en el piso, movido como un títere patético por los invisibles hilos del fluido eléctrico, mientras la multitud emocionada ovacionaba el monstruoso acto.

La sangre empezó a manar de su nariz.

También de sus oídos.

En la punta de su lengua sentía el amargo sabor a sangre.

A la tercera descarga eléctrica, previamente antecedida por la pronunciación del nombre de la tercera víctima, la sangre comenzó a brotar incluso de sus ojos.

Ahora el rojo empañaba su visión.

Su corazón palpitaba con exageración.

Había una tormenta en su mente.

Después de la sexta descarga eléctrica, *Avhathara* había perdido casi todos sus sentidos.

Solo oía una especie de extraño zumbido sonando en su cabeza.

Un tipo de niebla pareció envolverlo todo.

Veía a la muchedumbre dirigirse con ofensas hacia él y también veía como se movían sus labios pero no escuchaba ninguna voz ni ruido alguno.

Al terminar de aplicarle las trece descargas eléctricas *Avhathara* no era más que la caricatura humana de un guiñapo tembloroso y humeante.

El infortunado adolescente estaba desparramado en el piso.

Sin conciencia.

Casi.

El *Anciano* que presidía el acto, al verlo sin la capacidad de ponerse de pie, ordenó a los *Siervos* que le acompañaban vendar los ojos del condenado y luego atarlo a un *thue* por las manos,

para después ser arrastrado por el animal hacia su destino final en *El Thazmamart*, donde perecería ahogado.

Así lo hicieron los *Siervos* a su cargo.

Un poco menos que muerto, ante la imposibilidad de *Avhathara* para caminar, fue remolcado por el animal a través de las calles de *El Wangulen*.

Durante el traslado, su carne era rasgada por los rasposos guijarros del camino.

Aún con atisbos de conciencia, el joven se dejaba rodar para repartir el desgarre de su piel en varias zonas y no en una sola y de esta forma evitar en cierto grado el destrozo de su carne y no llegar al hueso.

Tenía una inexplicable sed en su garganta.

“No te preocupes”, se dijo irónicamente, “Pronto tendrás agua, mucha agua”.

El gentío proseguía con sus escarnios.

De vez en cuando le llovían piedras pequeñas las cuales se estrellaban contra su moreteado cuerpo.

De pronto algo sucedió.

El *thue* se detuvo súbitamente.

Pero no por haber llegado a su destino.

La chusma dejó escapar un larguísimo suspiro de asombro.

Pero no por lástima ante el estado del muchacho.

El gentío pronunciaba una y otra vez una increíble palabra, pero *Avhathara* no supo distinguir cual era.

Todo quedó en silencio.

Él se hallaba boca abajo y vendado de sus ojos.

No podía ver nada a excepción de las piedras de la vía por debajo de su velo.

¿Por qué se habían detenido?

¿Qué había sucedido?

¿Quién paralizaba su camino?

En la letanía, escuchó como las delicadas pisadas procedentes de unos pies pequeños se dirigían con lentitud hacia él.

Enseguida, sintió como unas suavísimas manos acariciaban su espalda.

Una grácil voz tintineó en el aire.

A duras penas, se dio la media vuelta para darse cuenta de lo que sucedía cuando le retiraron la venda de los ojos.

Era una *Virgen Vhestal*.

Muy hermosa y joven, aunque más grande en edad que él.

Se había cruzado en su camino por cuestiones del azar.

Según la ley, si una *Virgen Vhestal* se encontraba en el camino a un condenado a muerte poseía la facultad de indultarle la pena de muerte.

Con compasión ella tomó de los hombros al trémulo rapaz, para enderezarlo un poco, y arrodillándose ante él, lo miró directamente a sus ojos licuados de sangre.

-¡Dime, oh infortunado chiquillo, ¿qué crimen cometiste?! –pregunto la *arahant* mientras le palpaba la frente.

Realizando un tremendo esfuerzo el criminal abrió levemente sus labios y contestó.

-Asesiné a trece hombres... –admitió el por fin-, pero lo hice porque violaron a mi hermana... Y lo hice porque después de su malfetría la matarían... Usted no conoce a mi hermana... ella es delgada... ¡Oh, cuan delgada es!... ¡No puedo creerlo!... ¡Casi nunca la he visto comer!... Y también es débil... Y enfermiza como ella sola... Ella jamás le haría daño a nadie... Nunca heriría bajo ningún motivo a ninguna persona... Ni siquiera en defensa propia... Yo daría la vida por ella... Eso lo sé solo hasta este momento... Aunque antes no lo sabía... Ni lo imaginaba siquiera... Y esos bastardos, esos malditos hijos de puta, le pegarían un tiro después de haberla violado... Y yo… yo simplemente no podía concebir a su frágil cuerpo desnudo y sin vida arrojado en la basura... ¿Cómo

podría permitirlo yo?... Y los asesiné... Les disparé... Por ello me han condenado a muerte en *El Thazmamart*...

La *Virgen Vhestal* lo escuchaba atentamente.

El gentío contempla expectante el espectáculo.

El *Anciano* que presidía el acto se mostraba impaciente por concluir la ceremonia de ejecución o clausurarla.

-¡Cuando la marea sube luego baja –dijo la *arahant*-, cuando anochece más tarde amanece, cuando nos ensuciamos después nos limpiamos, cuando nos ofenden perdonamos! Dime, ¿Te arrepientes por haber perpetrado este infame hecho? ¿Perdonas a tus trece hermanos? ¿Abandonas al odio?

La respuesta de *Avhathara* fue veloz.

Ni siquiera la pensó.

-No me arrepiento –dijo-... No los perdono... Y en cambio si los odio... Hoy mismo los volvería a matar si los tuviera delante...

El muchacho pudo haber mentido.

Pudo haber dicho que si se arrepentía.

Pudo haber dicho que si los perdonaba.

Pudo haber dicho que no los odiaba y en fin, pudo haber dicho que había vuelto a nacer, que la luz había entrado en su vida, que se arrepentía, aunque en su corazón pensara exactamente lo contrario, y pudo ser liberado.

Pudo.

Pero fue tonto, o al menos sincero, y se negó a cumplir las peticiones de la casta mujer.

Más tarde se arrepentiría.

Pero no por su crimen sino por su sinceridad.

-¡Te ruego que recapacites en tu decisión! –suplicó ella-, ¡Vas rumbo a la perdición! ¡No tanto por la muerte de tu cuerpo sino por el suicidio de tu alma! ¡Yo puedo darte el indulto del

cuerpo pero no el indulto del alma! ¡Este último solo te lo puedes conceder tú! ¡Te puedo perdonar tu condena, la cual nada tiene que ver con *El Thazmamart*! ¡Por favor, ven conmigo y déjame mostrarte otro plano físico y mental! ¡De otra manera, vas directo a la perdición y esta no tiene nada que ver con la tumba a la que vas!

El joven se negó una vez más.

-No... Jamás los perdonaré...

Notando lo inútil de convencerlo de lo contrario, la casta mujer se levantó y acarició un poco los achicharrados cabellos del muchacho.

-¡Tengan misericordia con el! –solicitó la *arahant*, a pesar de la obstinada renuencia del muchacho y al instante reanudó su camino.

Las palabras pronunciadas por ella, al no ser específicas, podían ser interpretadas libremente por el *Anciano* a cargo.

Así lo establecían los libros sagrados.

Pudo haberlo liberado de su condena.

Pudo condonarle la sentencia.

Pudo.

Nuevamente ese “Pudo”.

Uno que nunca existió.

En cambio se puso un “Fue”.

-¡Habrá clemencia para ti! –susurro el *Anciano*.

Pero el sacerdote oscuro no expreso claramente en qué consistiría esa clemencia.

Toda la marcha fúnebre continuó su recorrido hacia *El Thazmamart*, al llegar inmediatamente arrojaron a *Avhathara* con violencia dentro del foso y lo encadenaron al piso.

Antes de cerrar la fosa le arrojaron un plato hondo y esférico.

Tampoco cerraron la lápida por completo.

Esa era la “piedad” que le habían tenido.

Con el plato podía ir sacando el agua que inundaba el pozo para expelerla por el pequeño espacio existente dejado a propósito entre la boca del foso y su tapa.

Así podría sobrevivir.

Sacando el agua con la humilde herramienta concedida por la misericordia de ellos.

En realidad, el castigo solo se había tornado peor.

Solo prolongaba su agonía aún más.

Para poder echar afuera el agua se requería una fortaleza y un vigor extraordinarios.

Sin embargo, era posible hacerlo, aunque para ello se requería ser dueño de una constitución física extraordinaria, una condición que *Avhathara* no poseía.

Al menos no después de haber sido atrofiado de sus músculos con las descargas eléctricas.

La muchedumbre se alejó del lugar con satisfacción y con una sonrisa en la cara.

La planta del mal debería de arrancarse de raíz aunque sus hermosas hojas murieran.

El adolescente estaba desmayado.

Solo había oscuridad sin límite en su mente.

Por un delicioso instante cayó en la inconciencia.

Nada.

Brumas.

Al menos por unos momentos.

Desde el primer instante, aún sin un ápice de discernimiento, pudo sentir a la muerte vestida de verde pavoneándose con elegancia en las entrañas de esa construcción.

Pero esta muerte era una diferente a la esperada.

Era algo siniestro en el ambiente.

No podía explicar con precisión sus presentimientos, pero la verdadera muerte yacía en los sedimentos de ese sitio maldito y le miraba fijamente como si fueran los ojos de una serpiente.

Desvanecido sobre el frío pavimento de concreto, famélico y desnudo, *Avhathara* soñaba con el cielo, cuando un rebelde haz de luna atravesó su celda de concreto e iluminó la cara del condenado a muerte.

La noche había llegado.

Y con ella las estrellas.

Despertó.

Adolorido se levantó del suelo y cojeando lentamente caminó hacia el espacio existente entre la losa y el sepulcro.

El espacio tenía el tamaño perfecto para una pesadilla.

Era una ranura lo suficientemente grande para sacar agua por ella y lo suficientemente pequeña para evitar el escape del preso en su interior.

Resignado descubrió que al menos podía dejar salir las manos.

Lo hizo.

Las estiró ampliamente.

También desentumió a sus dedos, moviéndolos uno por uno, como si fuera un titiritero.

Al hacerlo sus pulmones se constriñeron de congoja.

Se dobló sobre sí mismo a causa del dolor.

La tortura lo había dañado terriblemente.

Su mano izquierda temblaba involuntariamente.

Uno de sus ojos parpadeaba repentinamente y sin previo aviso

Los huesos de su organismo parecían gelatina.

Sentía a su cerebro mismo lisiado.

Miró a las estrellas.

Se sintió extrañamente reconfortado con su luz.

Se abrazó a sí mismo.

Tenía frío.

Mucho.

Y este iba en aumento.

El clima era gélido.

Se acurrucó en una esquina y allí comenzó a tiritar escandalosamente su cuerpo, para generar calor.

El Thazmamart era circular.

Profundo.

Al menos lo suficiente para sepultar a un hombre.

En su centro se erigía una especie de altar con un pilar en medio.

A esta columna se hallaba encadenado.

A partir del fondo, existían una serie de peldaños esculpidos toscamente, los cuales se sucedían uno al otro, creciendo exponencialmente poco a poco, hasta llegar a alcanzar la superficie.

Tonos esmeraldas oscuros y colores verdes escabrosos decoraban las paredes.

Fúnebres símbolos religiosos y lúgubres imágenes labradas en los paredones ornamentaban tétricamente la lápida del sepulcro.

Centenares de orificios, procedentes de las cloacas y por los cuales era expelida el agua, se hallaban circunscritos a los burdos escalones de la mortaja de concreto.

Decenas de huesos humanos se hallaban desperdigados por todo el lugar.

Pertenecían a otros condenados a muerte.

Las osamentas estaban repartidas por todo el calabozo como si fueran el lujoso atavío funesto del recinto.

Parecía un mausoleo macabro.

El adolescente observó el techo a su alrededor.

La mazmorra era inmensa.

Escupió por la nariz un largo suspiro.

El eco repitió el hálito de su respiración.

El santuario de la muerte daba la ilusión de poseer vida propia.

El Thazmamart.

La yacija de donde no regresaban los hombres.

El cenotafio que se tragaba a sus hijos.

El panteón del cual nadie ascendía.

Jamás imaginó terminar el resto de sus días en un sitio tan inhumano como ese.

Tuvo miedo.

Mucho.

Se sentó sobre uno de los peldaños.

Súbitamente, un murmullo raro se dejó escuchar por toda la sombría bóveda.

Era como el bisbiseo de una entidad inicua.

Resultaba imposible descifrar el significado de esa enigmática voz.

De pronto se dio cuenta de su horrible significado.

Asustado, se puso de pie.

Los orificios de las cloacas comenzaron a gotear.

Lleno de pánico, el muchacho corrió hacia los peldaños más altos.

La tierra tembló ligeramente.

En un solo segundo las bocas de las cloacas vomitaron toneladas de aguas negras.

En un solo instante el área se inundó por completo.

En un solo momento el agua lo anegó todo.

Fue revolcado por la brutal fuerza de la corriente.

Antes de ser tragado por el agua, dio un largo trago de aire.

Dio varias maromas en las aguas negras del inmundo líquido.

Dejo escapar varias burbujas de aire guardadas en su estómago.

A duras penas alcanzó a tocar la superficie de la losa.

Así permaneció un largo espacio de tiempo.

Luchando con todas sus fuerzas para contener la respiración.

Pataleando contra los torbellinos de agua, con la esperanza de que el caudal de agua retrocediera.

Y la muerte, ataviada de verde, lo esperaba en las profundidades.

En su tribulación, a punto de perecer ahogado, el sentía una extraña presencia bajo sus pies.

Una maligna.

Abandonó enseguida esos pensamientos.

Las olas lo volvieron a hundir hasta el fondo.

Engulléndolo hasta el abismo.

Reclamándolo como suyo.

Pero el renegaba y emergía siempre.

No se daba por vencido.

Era el infierno.

Por fin, tras un no muy largo periodo de tiempo, el agua retrocedió.

Primero, los orificios procedentes de las cloacas dejaron de eyacular agua.

Después, el líquido remanente fue vaciado por otros diminutos acueductos.

El nivel de las aguas fue descendiendo gradualmente hasta dejar al condenado a muerte de nuevo en su lecho de pavimento.

La experiencia resulto ser traumática para el joven.

Vomitó algo del agua que había tragado durante la inundación.

Incluso por su nariz brotaron espumas.

Golpeó con sus puños el piso.

Vibraba de coraje.

Crujieron sus dientes.

De haber podido llorar lo hubiera hecho con todas sus fuerzas.

El suceso había sido horroroso.

Durante el transcurso del mismo, varias veces sintió morir asfixiado.

En más de un ocasión apreció claramente el agua en su cerebro.

Y esto solo era el principio.

Al día siguiente volvió a suceder lo mismo.

La inundación repentina y sin previo aviso.

La agonía del ahogamiento.

La lucha por sobrevivir.

El retroceso de las aguas.

El estado maltrecho en el cual quedaba después de esa tortura.

El sentimiento de cólera contra sus opresores.

Aunque era curioso esto último, pues no existía nadie a quien culpar directamente.

Odio anónimo.

¿A quién le debería otorgar la gracia de su ira?

¿Al comandante?

¿A los *Siervos*?

¿A *La Sociedad*?

Decidió en su rabia responsabilizar a todos de su negra suerte.

Los efectos de su suplicio eléctrico fueron despareciendo a medida del paso del tiempo.

En *El Thazmamart* todos los días eran lo mismo.

Por ello el tiempo no pasaba.

El diluvió acaecía siempre sin advertir.

Se derramaba inesperadamente.

Repentinamente.

Lo hacía indistintamente de día o de noche.

En algunas ocasiones lo sorprendía cuando dormía.

Estas veces eran las peores.

El aluvión lo arrancaba bruscamente de sus sueños para regresarlo a la terrible realidad.

En otras ocasiones era al revés.

Soñaba con la avalancha de agua, la cual lo ahogaba y mataba, y despertaba gritando.

Sentía enloquecer.

A veces, en excepcionales circunstancias, pasaban varios días sin que se presentaran estos torrentes.

Paradójicamente, este hecho solo hacía más paranoica la espera, al estar aguardándola siempre.

Otras veces, sucedía todo lo contrario.

En un solo día se presentaban varias de estas riadas.

Una tras otra.

Sucesivamente.

Apenas existiendo cortos lapsos de tiempo entre ellas.

Apenas con la duración exacta para reponer sus fuerzas.

Se arrepintió de todo corazón por haber rechazado la oferta de la *Virgen Vhestal*.

Debió haber mentido.

No debió decir la verdad.

Ahora no tendría una segunda oportunidad.

Dependiendo del capricho del azar, el agua vertida en su tumba podía ser límpida y clara, procediendo de las lluvias veraniegas, o bien podían ser aguas negras, procedentes de las cloacas, las cuales originaban un estanque de excrementos.

De vez en cuando, algunos peces se colaban entre los drenajes, y *Avhathara* los cazaba para su sustento.

No era una tarea fácil.

Carecía de las herramientas necesarias para su captura.

Se ejercitó para hacerlo con las manos.

Se volvió aún más ágil de lo que ya era.

Los pescados eran pequeños y escuálidos, razón por la cual se dificultaba su captura, además eran resbalosos.

Pero los lograba atrapar.

Debido a su tamaño, pocas veces satisfacían el hambre del muchacho.

Sin embargo le daban la fortaleza necesaria para seguir adelante.

Tenía comida.

El agua no le faltaba.

Aprendió a usar el plato.

Poco a poco fue desarrollando la extraordinaria habilidad y el vigor para expulsar el agua con su rudimentaria herramienta.

Y lo lograba.

Al menos la mitad de las veces.

Era como una lucha entre el agua y el.

Para *Avhathara*, no existía ruido más tenebroso al del bisbiseo de las cloacas, justo antes de desembocar estruendosamente en las celosías de su celda.

Empezaba como un tintineo lejano.

Y luego rugía estrepitosamente como un monstruo de burbujas el cual envolvía todo.

El ímpetu de la fuerza del torrente acuático era asombroso.

La enorme presión a la cual el agua era expulsada a chorros era como un golpe violento y contundente por medio del cual se atiborraba el inmenso lugar en cuestión de segundos.

El intenso flujo de agua revolvía furiosamente todo en el interior de *El Thazmamart*.

Durante estos aterradores encharcamientos, *Avhathara* se golpeaba repetidamente contra las paredes, sacudido enérgicamente por la fuerza del oleaje, rodando como una hoja en las corrientes subterráneas del agua, provocándose moretones y magulladuras en su demacrado cuerpo.

Tuvo suerte de nunca quebrarse los huesos.

Cierta tarde, en uno de estos salvajes virajes hídricos, se enredó con la cadena que lo amarraba por el pie izquierdo.

Quedó en suspenso por unos terroríficos segundos.

Sin poder alcanzar la superficie anhelada.

Sintió el fin.

Sin embargo, un nuevo viraje lo desenredó de sus ataduras y pudo emerger a respirar.

No podía creerlo.

No sabía si reír o llorar.

No sabía si era buena o mala suerte la que lo ayudaba.

Y siempre sentía a la muerte.

Siempre sentía esa presencia.

Siempre sentía al mal allí adentro.

Durante las inclementes noches recluido dentro de los muros de *El Thazmamart*, encadenado por el pie a un pilar de inmolación, cuando el aire gélido entraba en sus pulmones y el agua lo anegaba todo, un reconfortante haz de luz lunar se colaba tímidamente entre las rendijas de la lápida e iluminaba los ojos ámbar del asesino.

La pálida luna se proyectaba en el agua azul.

Las estrellas la emulaban.

Y en ella parecía reconocer otra cosa igual de hermosa.

Enseguida, en las onduladas olas de sus reminiscencias, acudía a la atormentada costa de su mente, el frío navío de la sonrisa de su hermana.

El agua, cual espejo, reflejaba serena y calmada la imagen de su amada.

Uhri.

¿Dónde estaba?

¿Qué habría sido de ella?

¿Cómo se encontraba?

Se preguntaba si alguna vez la volvería a ver.

El mismo se contestaba que no.

Aunque tal vez sí.

No lo sabía.

No había manera de saberlo.

Eran preguntas incontestables.

Pensar en ella mitigaba un poco su martirio.

Más allá del centelleó del brillo del recuerdo de su hermana, entre las terrosas profundidades del oscuro calabozo, se dibujaba siempre la sombra silente de un mowbat parado en dos patas.

La silueta de la criatura era inconfundible.

Avhathara no lo perdía de vista.

Creía alucinar.

Y tal vez lo hacía.

Luego su fantasma pestañeaba y el perfil del animal desaparecía entre las sombras de las aguas.

Se diluía difusamente entre las penumbras de la realidad.

Una tarde, después de que el bestial torrente de agua había inundado todo el foso y contenía la respiración para no ser ahogado por el torrente de agua, se sintió triste de una manera especial.

Estaba harto.

Ni vivía ni moría.

Esa era la maldición de *El Thazmamart*.

“Tal vez deberías darte por vencido”, se decía.

“Anda. Tan solo deja al agua entrar a tus pulmones”.

“En cuestión de minutos concluirá tu tortura. Ten valor. Solo hazlo”, se dijo.

Y lo hizo.

Se dejó hundir por el torrente de agua.

Su cuerpo descendió pesadamente al vientre del foso.

Las burbujas lo escoltaron durante su caída.

Miro a los luceros del cielo por última vez.

Nunca cerró los ojos.

Mucho menos parpadeó.

Y entonces la vio.

Miro a la muerte a los ojos directamente.

Y era una sombra.

Una larga y con ojos amarillos y rasgados.

También, la muerte poseía una lengua bífida.

Además, era la dueña de una piel escamada.

Avhathara quedó atónito.

No podía creerlo.

Se frotó los glóbulos oculares.

Aún bajo el agua.

La imagen era impactante.

Una inmensa serpiente de arena procedente del *El Desierto De Tlakamakan* se deslizaba por una de las tuberías del desagüe.

Podía ver al fabuloso animal a través de las mallas metálicas, por donde se drenaba el agua, las cuales lo separaban del monstruoso anfibio.

Este poseía una larga y canosa melena en su cabeza.

Una especie de dos alas o aletas muy pequeñas se situaban a sus costados.

Era delgada y extensísima.

No podía calcular su longitud pero era vasta.

Muy grande.

La edad del ofidio debería de ser enorme para haber alcanzado tamaño tan descomunal y también tan largo crecimiento del canoso cabello en su cabeza.

Y sobre todo, los ojos ámbar del animal resplandecían en la oscuridad.

Se transportaba por los acueductos.

La criatura usaba las avalanchas de agua para deslizarse por las alcantarillas.

Al parecer estaba perdida por los laberínticos canales de la ciudad.

¿Cómo había venido a parar fauna procedente de *El Desierto De Tlakamakan* hasta aquí?

Otro enigma.

Se sintió encantado por el majestuoso reptil.

Hipnotizado.

Se miraron a los ojos.

Enseguida, la gigantesca serpiente se lanzó sobre él, dispuesto a devorarlo, pero el grotesco ofidio colisionó estrepitosamente contra el alambrado de *unobtainium* de la red.

El adolescente reculó con espanto.

Su corazón palpitaba poderosamente.

Sentía a la sangre correr por su organismo.

Incrédulo.

Luego el nivel del agua comenzó a descender y se marchó.

La serpiente se fue junto con ella.

Avhathara se encontraba impresionado.

Jamás lo hubiera imaginado.

Una idea atroz cruzó por su mente.

La intricada red subterránea de los tubos de drenaje estaba interconectada toda ella entre sí.

Por lo tanto existía la posibilidad de que el serpentiforme ser fuera a parar a su fosa.

Este pensamiento le inquietó tremendamente.

Sería su fin si eso pasara.

A los pocos días empezaron a circular rumores por *El Wangulen*.

Algo sucedía en la ciénaga.

La gente desaparecía allí.

Principalmente niños pequeños.

Sin dejar rastro.

Ni un solo testigo de los acontecimientos.

Ni una sola evidencia.

Ni siquiera un grito.

Nada.

No había explicación.

Al principio los ataques se realizaron principalmente entre la población theratogénica, lo cual causo cierto grado de apatía en el asunto, comentándose entre los suburbios como un tecnomito más inherente al folclor de ese grupo social, pero los dificultades se agudizaron cuando el problema se extendió a la población civil.

Sin embargo nadie veía nunca al atacante.

El misterio se complicó aún más, cuando varias personas declararon ver como una joven se zambullo en las hondas aguas del pantano y ya jamás resurgió de ellas.

Su cadáver jamás fue recuperado.

Se dragó el lago con la tecnología más avanzada que una remota ciudad costera pudiera tener pero fue inútil.

¿Qué le había sucedido?

Simplemente se había desvanecido.

La noticia de esto se propagó rápidamente.

Algunas veces la historia presentaba modificaciones.

De acuerdo a las diferentes variaciones, en una de ellas la mujer desvanecida era pecadora y los dioses la habían castigado.

En otra versión del suceso, la protagonista era todo lo contrario.

En esta, la femenina desaparecida era una mujer virtuosa a la cual los dioses habían tomado como esposa.

Sin embargo, todos estos se terminaron cuando otro víctima, esta vez en una de las orillas del mar, desapareció al nadar en sus aguas, pero en esta ocasión fueron hallados restos de sangre en las arenas, probablemente producto de la resistencia de una pelea.

Ya no había duda.

Era una bestia.

Un depredador.

El pánico se apodero de *El Wangulen* y se desató una cacería sobre ella.

Fue infructuosa.

No pudieron ni siquiera ver al animal.

Por su parte, la serpiente continuaba arrastrando a las profundidades a sus presas.

Las mujeres y los niños eran sus blancos favoritos.

A excepción de aquella terrorífica noche de verano ausente de luna, en la cual un grupo de seis pescadores se embarcó rumbo a mar abierto, en un buque pequeño, con el objetivo de aprovechar la oscuridad y poder atrapar crías de *khrill* para su sustento.

Los hombres jamás regresaron.

Unos días después fue encontrada su embarcación vacía flotando a la deriva.

No quedaba ni una pista de ellos.

Se recurrió a los sistemas de grabación de la pequeña embarcación, para averiguar el funesto destino de la tripulación.

Los sistemas reprodujeron una serie de holografías donde se narraba el estancamiento de la nave por causas desconocidas, como si algo en las profundidades del océano la retuviera, no pudiendo avanzar ni retroceder ante la angustia de los humildes varones, quedando varados por un lapso de varias horas.

Enseguida, sin explicación alguna, se veía en la dramática secuencia final de la escena proyectada, a los hombres se arrojándose al mar uno por uno, sin despojarse de sus ropas ni exclamar palabra alguna.

Después de ello nada.

Algunas personas aseguraban ver brillar en el fondo del océano a dos pequeños ojos color amarillo, seguidos de una larga sombra yaciendo en el sedimento del mar.

Y así prosiguieron los ataques de la bestia.

Devorando vorazmente todo a su paso.

Varias expediciones se armaron nuevamente para capturar al animal, se ofrecieron recompensas por la piel de la serpiente, pero todo falló.

Las bajas cada vez eran más.

El terror se desató.

Las madres prohibían a los hijos acercarse al agua.

Los hombres siempre portaban armas.

Las costas del mar se vaciaron.

Parecía un desierto.

Las autoridades estuvieron a punto de pedir el envío de una guarnición de *Siervos* por parte de *La Sociedad*, pero recordaron el funesto ejemplo de *Niquinohomo*, donde la ciudad se había militarizado y decidieron abstenerse de solicitar ayuda.

Ni toda la tecnología pudo dar con la fabulosa criatura.

Su paradero era desconocido.

Los neozoólogos mas excéntricos se arrancaban los cabellos intentando dar con su nido.

No lo consiguieron.

Y un día, las agresiones del animal simplemente cesaron, sin ninguna causa aparente.

Ya no hubo más muertes.

Las desapariciones se interrumpieron.

Nadie supo aclarar la causa.

Existían varias respuestas plausibles, pero ninguna de ellas era completamente satisfactoria.

Se barajaban diferentes posibilidades entre los investigadores del fenómeno.

Entre ellas, la de un ser en hibernación el cual despertaba en ciertas temporadas del año, bajo ciertas circunstancias, para alimentarse.

Otros científicos, argüían la muerte del animal debido a la detonación de las cargas submarinas, realizadas precisamente con el objetivo de aniquilar a la hambrienta criatura.

Terceras personas, se atrevían a aseverar un complot político de distracción.

Ninguno rozaba la verdad.

Recluido en *El Thazmamart*, a los oídos de *Avhathara* llegaban la noticia de todos estos acontecimientos de la mano de los traseúntes.

Elucubraba varias ideas.

“Si la serpiente escapó de este lugar... ¿Yo por qué no?”, pensaba.

“Debe haber una salida”.

“Alguna manera de fugarme”.

Y se devanaba la cabeza buscando un escape.

Eso estaba haciendo, cuando un aluvión de agua particularmente atroz se precipitó a torrentes dentro de su receptáculo.

Ágilmente el adolescente se movió haciendo uso de su plato para arrojar afuera al húmedo invasor.

Tomó su plato.

Expelía el agua.

Llenaba su cazo una y otra vez del líquido mortal.

No se rendía en su pelea.

Era una tarea fatigosa pero lo hacía.

Y venció.

Al menos esa vez.

Se sintió dichoso, como cada vez que lograba derrotar al agua, pero el gusto no le duró mucho.

Su pesadilla se volvió realidad.

La muerte entró en el recinto.

Después de tanto deambular por las alcantarillas, la descomunal serpiente por fin había ido a parar a la celda del muchacho.

Con horror, el joven vio como el temido reptil se deslizaba dentro de sus aposentos.

Se quedó inmóvil.

Palideció.

El anfibio y el hombre se miraron nuevamente a los ojos.

Sofrosis.

Los ojos ámbar del animal resplandecían en la oscuridad.

Pero había algo extraño en la criatura.

Era algo en su piel.

Se había vuelto viscosa.

Inconsistente.

Aún más resbaladiza.

Entonces el astuto cazador se dio cuenta de lo que sucedía.

El ofidio estaba mudando de piel.

El vetusto animal se encontraba débil.

Tembloroso.

Vulnerable.

Avhathara bien pudo haberlo ejecutado de contar con un arma.

Pero no la tenía y la oportunidad pasó.

Una nueva marejada de agua inundo el cenotafio y el animal se escabulló junto con ella, pero había dejado atrás una parte de sí mismo.

Una membrana.

Un largo pedazo de esta, la cual formaba parte de su tez.

El adolescente la recogió.

Deseaba usarla para abrigarse y vestirse.

Y así lo hizo.

Unos días después las desapariciones se reanudaron.

Esta vez con más furia.

Ahora eran diarias.

La bestia antropófaga poseía un hambre atroz después de su prolongado letargo.

Tanto era su apetito, que incluso se dejó ver por primera ocasión.

El pánico enraizó con más furia.

La situación parecía fuera de control.

En el fangoso delta del río *Xha* el animal fue avistado por un grupo de campesinos.

Estos hombres de campo se organizaron rápidamente y lo interceptaron en un profundo cañón, abriendo fuego contra la criatura, solo para descubrir con pavor que su dura piel era invulnerable.

Pocos momentos más tarde, casi todos ellos perecieron en las fauces de la bestia.

Este hecho fue difundido ampliamente.

La piel de la serpiente era indestructible.

Tras conocer este hecho, las autoridades de la ciudad entraron en concilio para discutir seriamente la posibilidad de que *La Sociedad* enviara a sus *Siervos*.

Y entonces *Avhathara* tuvo una idea.

Él podía enfrentar y vencer a la serpiente.

Tenía un arma.

Una poderosa.

La piel misma del ofidio.

Esta le serviría para enfrentar al animal.

Le guarecería de ella.

“¡Yo puedo matar a la bestia!”, gritaba el joven una y otra vez a todo aquel transeúnte que circulara por esos lugares, “¡Denme una oportunidad!”, “¡Yo sé cómo vencerla!”, “¡Pido mi libertad a cambio de ello o en su defecto mi muerte!”.

Pero lo ignoraban.

Nadie le hacía caso.

Lo creían un loco.

“El largo encierro lo ha trastornado”, exclamaban unos.

“Ya delira”, pensaban otros.

Y la situación empeoraba.

El Wangulen ya daba la impresión de ser una ciudad desierta.

Deshabitada.

El miedo la había despoblado.

Las familias huían, temerosas de sus hijos e hijas.

Esa noche, *Avhathara* cerró sus ojos y soñó con su hermana.

En su sueño, el entraba al miserable foso de su casa y *Uhri* le aguardaba de espaldas, sentada sobre un pilar de trapos harapientos, con la cabeza baja y mirando al suelo.

El caminaba hacia ella con pasos silentes y lentos.

El eco de sus pisadas sonaba tímidamente.

Casi todo era oscuro.

Sentía su propia respiración en las orejas.

Al llegar hasta ella, su hermano depositó suavemente su mano izquierda sobre su hombro y ella volteó dócilmente sin mirarlo a los ojos.

Poseía algo inusual en su vientre.

Llevó sus manos hasta su abdomen.

Y entonces se dio cuenta.

Avhathara abrió los ojos.

Despertó.

“¡Esta embarazada!”, se dijo, “*Uhri* está embarazada”.

Pero no tuvo tiempo de pensar más cosas.

Un temblor no se lo permitió.

“¡El agua!”, pensó preparándose para la embestida, “¡La maldita agua!”.

Y enseguida se arrojó con desesperación hacia el plato para drenar al líquido de su foso.

Pero el torrente nunca llegó.

“¿Qué pasa?”, se preguntó rascándose la cabeza, “¿Dónde está el agua?”.

Entonces, violentamente, la tapa de *El Thazmamart* fue retirada.

El asesino cayó y se llevó las manos a los ojos.

La luz directa de la luna lo cegó por un instante.

Las estrellas refulguraron completamente por el cielo.

El viento se estrelló en su cara con frío ímpetu.

Era libre.

-¡Sal! -grito una persona.

Y lo hizo.

Con miedo pero lo hizo.

Debido a la forma del borde, no podía dar el último paso para salir del último obstáculo, pero una amistosa mano lo ayudó.

La extremidad pertenecía a un hombre alto y viejo, al cual el joven cazador no podía identificar, ni recordaba haberlo visto nunca.

-¿Quién eres? –preguntó *Avhathara*.

El viejo lo tomó de los hombros y lo subió a un transporte aéreo.

-¿Dijiste que podías contra la serpiente, no? –fue la única respuesta del sujeto.

El adolescente lo comprendió todo.

La aeronave despegó y partieron velozmente.

-Acorralamos a la bestia hace unas horas –explico el viejo-. Está rodeada en una gruta, cerca de una fuente llamada *Mhalena*. La caverna es un laberinto al cual ni siquiera el ofidio se atreve a internarse. Sin embargo, nadie quiere escabullirse en la caverna para matar al animal. Un pescador viudo, residente nómada en las costas limítrofes del *Mar Aeia* se acordó de ti, un prisionero condenado a muerte, y nos mencionó que estabas dispuesto a pelear contra la serpiente si a cambio te concedemos tu libertad. Yo me acuerdo de ti, estuve presente en la plaza principal el día de tu fustigamiento público. ¡Que resistencia ls tuya! ¡La mitad de los condenados a muerte en *El Thazmamart* muere debido a las descargas eléctricas. Incluso, me hiciste perder una apuesta No creí que fueras capaz de soportar tanto dolor.

-¿Y lo harán? ¿De veras me liberaran si mató al animal? ¿Me ofrecerán el indulto?

-Más o menos. Una sentencia dictada por un *Anciano* es irrevocable. Hemos decido más bien mirar hacia otro lado cuando mates a la bestia. Una fuga. ¿Me entiendes? No tendrás mucho tiempo para huir, pero al menos es una oportunidad.

-Lo sé –exclamó el joven-. La aceptó.

El viejo esbozó una sonrisa irónica.

-Ya sabemos que aceptas. ¿Quién se negaría?

Llegaron a la cueva.

Allí los estaban esperando varios hombres.

-¿Le has dicho el trato? –preguntó uno de ellos.

-Si –respondió el viejo con desgano-, ya lo sabe. No hay indulto, solo la posibilidad de una fuga.

-Adelante pues –susurró otro hombre.

Avhathara se encaminó a la gruta.

El hombre alto y viejo lo detuvo.

Le ofreció una espada.

El adolescente lo tomó.

-No me hagas perder otra apuesta –advirtió el viejo.

El chico asintió.

Entonces lo reconoció.

El viejo era el *Anciano* que había presidido su castigo de choques eléctricos.

Temblando, descendió hacia lo desconocido.

La neblina disolvió su figura.

En el interior de la cueva, el aire estaba tibio.

Las penumbras iluminaban todo.

Podía sentir al animal.

Percibía su siseo.

Escuchaba su serpentear.

Y de pronto dos pupilas ámbar brillaron y ella apareció.

Se miraron a los ojos nuevamente.

Era la tercera y última vez que lo harían.

Como enamorándose mutuamente.

Encantándose con reciprocidad.

Sin embargo, por causas desconocidas, la sofrosis del anfibio no tenía efecto en el muchacho.

Al instante, el ofidio lo embistió.

Abrió las fauces y se lanzó sobre él.

El joven se escudó en su coraza, hecha a base de la piel mudada de la serpiente gigante.

Resistió el embate con éxito.

Era invulnerable.

El animal no podía engullirlo.

Por tal motivo, el animal intentó enroscarse alrededor de él, intentando asfixiarlo.

Pero *Avhathara* era ágil.

El Thazmamart se había encargado de ello.

Evadía una y otra vez los ataques del reptil.

Enseguida, después de los embates del anfibio, el hábil cazador abatía con su espada la dura piel del animal, pero no podía realizar ningún corte.

Era un empate.

Ni la bestia podía matar al niño ni el niño a la bestia.

¿Qué debería de hacer?

En ese momento, el adolescente se dio cuenta de algo inusual en el comportamiento del animal.

Era cada vez más lento.

Estaba cansándose.

Debido a su descomunal tamaño, requería una extraordinaria cantidad de energía para moverse, haciéndolo solo lo necesario.

El hábil condenado a muerte solo debería de seguir haciendo lo mismo.

Esquivarla.

Y así lo hizo.

Después de un largo espacio de tiempo, en el cual amaneció, el animal ya no se movía.

Solo estaba a la defensiva.

Aun así era peligroso.

Avhathara solo la contemplaba con paciencia, esperando el momento adecuado para rematarlo y pensando la manera para hacerlo.

Y la oportunidad llegó.

Con elegancia y majestuosidad lanzo su espada hacia arriba, la cual dio varios giros en el aire y luego comenzó a descender con velocidad impresionante.

Le dio justo en el ojo izquierdo a la serpiente.

El arma atravesó su cerebro.

El animal se revolcó con violencia, enredándose y desenredándose con brutalidad en sus estertores de muerte y por fin expiró delante.

Como último vestigio de vida, movió su cola agónicamente.

Avhathara se acercó al prodigioso animal y lo remató.

Lo había logrado.

Había matado al monstruo.

Era libre.

¿Ahora qué haría?

Cuando se encaminaba hacia la salida meditó en algunas cuestiones.

"¿De veras crees que te dejarán libre?", se decía, "¿En serio crees que siquiera te proporcionarán la ocasión para realizar una fuga?", "Te encerrarán otra vez o te aplicaran la ley de fuga y ametrallaran tu espalda mientras escapes", "Irás directo a *El Thazmamart*", "Ellos son dueños de tu vida", "Te pueden hacer lo que quieran", "Te sacaron a escondidas de tu sepulcro", "Lo hicieron de noche", "Así nadie se daría cuenta de que me habían sacado", "Si yo moría enfrentando al animal nadie haría preguntas", "Si yo vencía al ofidio solo me recluirían de nuevo en mi agujero", "Nadie me creería si yo dijera luego que había matado a la criatura", "El plan perfecto", "Mejor hubiera sido morir por la serpiente".

El adolescente se detuvo.

Con su espada en mano, se tomó el cabello, el cual había vuelto a crecer y lo empezó a cortar.

Los gruesos mechones caían a tierra.

Así continuó hasta quedar rapado.

Regreso a la gruta y le arrancó los ojos a la serpiente.

Trepo por las ásperas rocas de la caverna, hasta llegar a un sitio alto, y allí coloco los glóbulos oculares del ofidio.

Luego bajó, y se internó en las profundidades tenebrosas de la laberíntica gruta.

Allí se quedó.

No salió.

Ya era de mañana y los hombres al no escuchar ningún sonido decidieron meterse a la cueva.

Allí encontraron los restos del anfibio.

Pero no había ni rastros del muchacho.

Lo llamaron a voces.

Avhathara los oyó pero no les prestó atención.

No abandonó su refugio.

Los hombres deseaban atraparle nuevamente, pero temían adentrarse y perderse en el escabroso laberinto de la gruta.

Lo dejaron en paz.

Tras un no muy largo rato, el joven pudo escuchar desde su escondite, el murmullo lejano de múltiples voces.

En la letanía de los sonidos, alcanzaba a oír remotamente las exclamaciones de asombro y falsos alardes de valentía procedentes de los hombres que lo habían liberado.

Luego nada.

Dedujo que los hombres se habían presentado como los cazadores de la gigantesca serpiente.

No le importó.

Y así paso el día y llegó la noche.

La gruta era enorme.

Cualquiera se hubiera perdido al entrar en ella.

Pero no *Avhathara*.

Él tenía un plan.

Al llegar la oscuridad los ojos de la serpiente, arrancados por él y colgados a la entrada de la cueva, brillaron y le señalaron la salida.

Cauteloso, caminó hacia ella.

Y salió.

Nadie lo esperaba.

Sus rodillas temblaron.

Se sintió libre.

Se desplomó y apretó sus puños con ira.

Hubiera llorado de haber podido hacerlo.

Se había burlado de la muerte.

Ansioso y con cautela, se dirigió con premura hacia *El Wangulen*, donde nadie lo reconoció ni buscó.

Su apariencia se había transformado al cortarse el cabello y rasurado su barba.

Estaba muerto.

Al menos para el mundo.

Había vuelto a nacer.

En la metrópolis, procuró abastecerse de comida y de ropa.

"¡*Uhri*!", pensó en su corazón y abandonó la ciudad rápidamente a causa de ella.

Regreso al lugar donde había ocultado a los revólveres del siervo asesinado, desenterrándolos y los llevó consigo.

Los limpió.

Eran muy buenas armas.

Era un largo camino a casa y necesitaría las pistolas en el trayecto.

Vagó por las ecoaldeas.

Se presentó como un nómada salvaje.

Asaltó a varias personas durante el transcurso de su viaje.

Construyó un nuevo *yhumi*.

También hizo uso de la caza y de la recolección para su subsistencia.

Una noche, cuando ya casi llegaba a su hogar y dormía en los parajes selváticos de *El Khoyhukhon*, soñó nuevamente con su hermana.

En la visión onírica ella le llamaba.

Gemía por él.

Lloraba.

Y *Avhathara* despertó.

Dedujo el sueño.

"¡Niña tonta!", gritó, "¡Que niña tan estúpida!", "¡Mierda!", "¡¿Qué demonios tiene en el cerebro esa niña?!", "¡Planea suicidarse después de dar a luz!".

No durmió el resto de la noche.

Reanudó su travesía.

Sin calma en su corazón.

"¡Nunca llegaré a tiempo para impedirlo!", pensaba, "¡No soy lo suficientemente veloz!".

Apresuraba su paso.

Tomaba pocos descansos.

A veces ni siquiera paraba para comer.

No miraba atrás.

Y así continuó, hasta llegar nuevamente a *La Siguanaba*, ahora mucho más sucia y llena de desperdicios industriales que antes. Por instinto, miró hacia la cúspide de la catarata de *Kherhephakhuphai*.

Fétidas aguas se precipitaban estrepitosamente.

En la cumbre estaba su hermana.

Ya había dado a luz.

El hijo de ella estaba a sus pies, envuelto en sábanas blancas.

Avhathara abrió los ojos desmesuradamente.

-¡*Uhri*! –gritó con todas las fuerzas de su ser- ¡No saltes!

Pero ella no lo oía.

"¡Niña imbécil!", susurró, "¡*El Tecnomito De Ba* es solo una patraña!".

La distancia entre ellos era bastante.

-¡*Uhri*! –gritaba *Avhathara* con todas sus fuerzas, casi desgarrándose la garganta-, ¡No! ¡Te necesito! ¡No lo hagas!

Vociferaba y manoteaba frenéticamente, con la ilusión de ser vislumbrado por ella.

La muchacha se situó en los bordes del abismo y abrió los brazos.

Se preparaba para saltar.

"Nunca me oirá", pensó, "De hecho aunque me escuchara claramente y me viera, no le importaría y de todos modos se arrojaría al vacío".

Con desesperación interrumpió su carrera y dobló sus rodillas.

Se descolgó de la espalda su bolsa y vació su contenido por completo.

"Debo tumbarla", "Incapacitarla", "Herirla", "Debo lisiarla para que no se arroje".

"Tengo buena puntería", se decía, "Siempre atino a mi objetivo".

Aterrado tomó su *yhumi* y una saeta.

Si hubiera usado un revolver para inmovilizarla la hubiera despedazado completamente.

Apuntó el arma con determinación hacia la pierna de ella y disparó.

La flecha cruzó el aire.

Pero ya era demasiado tarde.

La saeta paso como un zumbido al lado de su oreja y se perdió en el horizonte.

Falló.

Uhri había saltado.

-¡No! –gritó como loco su hermano.

Aún en su caída, la chiquilla reconoció el mortal silbido de la flecha de *Avhathara* y con ansiedad lo buscó entre los escombros.

Lo encontró.

Lo miró a los ojos.

El tiempo se congeló.

Ese segundo fue eterno.

Ese instante se plasmó como una fotografía.

Avhathara pudo apreciar, con lujo de detalles, el mágico levitar en el aire de los oscuros cabellos de *Uhri*.

Sus brazos estaban ampliamente abiertos.

Como un ángel.

Ella esperaba ser arrebatada por el cielo.

Y luego el tiempo se descongeló.

Reanudó su curso.

Y *Uhri* comenzó a caer.

Lleno de consternación el adolescente presenciaba su caída.

Columbraba su muerte.

Era inevitable.

Entonces sucedió algo increíble.

Algo asombroso.

Algo prodigioso.

Fue un portento.

Un milagro según algunos.

Una inmensa explosión detonó por debajo de los cimientos de la ciudad de *Niquinohomo* y se tragó vivas a las fábricas construidas sobre su superficie, así como a las personas que laboraban en ellas.

La tierra retumbó con horror.

El aire mismo se estremeció.

La realidad vibró con el poderoso estruendo del estallido.

Seguida de esta explosión, se sucedieron inmediatamente una serie de detonaciones, igual de espantosas a la anterior, hundiendo a la ciudad y destruyendo las factorías.

De las entrañas de la tierra brotaron varios escuadrones de guerrilleros theratogénicos.

Era un ataque.

Therathos lo dirigía.

Ese era el suceso por acontecer.

El miedo de *La Sociedad* se había realizado.

La amenaza no había sido en vano.

Niquinohomo fue invadida.

Legiones de *Siervos* salieron al encuentro de los rebeldes y una dramática batalla se desencadenó sobre *Niquinohomo*.

Dantescos ingenios de guerra de *La Sociedad* recorrieron las calles para enzarzarse en el combate, pero las máquinas de guerra se hundieron.

Los theratogénicos habían estado escarbando por debajo de la ciudad para dejarla sin sostén y hundirla.

Los cielos se vieron asaltados por artilugios mecánicos voladores de *La Sociedad*, propinándose una colosal beligerancia desde el firmamento.

Sin embargo los insurgentes, previendo esta contingencia, contraatacaron con mísiles desde la tierra.

Fue una carnicería.

Al menos, lo fue con la *Theocracia* como víctima.

Uhri cayó como una piedra en el agua.

El impacto fue demoledor.

Se hundió en la laguna de inmundicias.

Su hermano se lanzó de inmediato tras el cuerpo de ella.

A duras penas la alcanzó y emergieron a la superficie.

Al lago se sumergió *Avhathara* pero emergió *Falco Peregrinus*.

La llevó a rastras hasta un asqueroso manantial.

Ella aún estaba con vida.

Pero no por mucho tiempo.

Su hermano la abrazaba.

-Soñaba contigo todas las noches –susurró ella con debilidad tocándole la cara-. Te veía encerrado y a punto de ahogarte. Sufrí mucho por esto...

-¡Niña tonta! ¡Estúpida! ¡Nunca te lo perdonaré! ¡¿Por qué lo hiciste?! ¿Por qué?

Uhri lo tomó de la mano.

-Ya no podía vivir... Lo peor que me hicieron esos siervos no fue... eso que me hicieron. Ese no fue su verdadero crimen... Ellos me llenaron de miedo. Me infectaron de miedo. Me inundaron de miedo... Esa fue la verdadera violación. Ya solo sentía miedo todo el tiempo... No sabes lo que eso es... Es lo peor... Yo tenía que expulsarlo de mi ser. Arrojarlo... Exorcizar al miedo de mí... No se puede vivir con miedo... Esa no es vida... Yo tenía que saltar, tal como *Ba*... Era menester sentirme otra vez sin miedo... Pero no podía arriesgarme a hacerlo con un bebé dentro de mí... Así que esperé hasta dar a luz... Y lo hice... Y el miedo se ha ido... Se ha marchado... Ya no lo siento... Se fue...

Uhri cerró sus ojos y ya no los abrió.

Su piel se volvió más blanca.

Sus cabellos más oscuros.

El cielo se despejó y dejó entrar la resplandeciente luz del sol.

El agua se volvió clara.

Al estar destruidas las fábricas debido a los ataques de los theratogénicos, estas habían dejado de producir el hollín y de contaminar el ambiente.

Falco Peregrinus acercó a su hermana junto a su pecho.

Quiso llorar pero no pudo.

Sus ojos ámbar se lo impedían.

Entonces el raudal del manantial en donde ambos yacían aumentó y este empezó a salpicar de agua la cara de *Falco*.

Las cristalinas gotas de agua de la fuente resbalaban de las mejillas del criminal, como si fueran lágrimas.

No podía creer que estuviera muerta.

No podía ser verdad.

-Despierta –le dijo su hermano mordiéndose los labios al borde del colapso-... Por favor, despierta... Solo estas dormida... Despierta... Todo estará mal en el mundo si personas como tú mueren... Despierta... Vamos chiquita... ¡Despierta!... Tu puedes hacerlo... ¡Maldita sea!... ¡Despierta!... ¡Despier...”

-..ta! –se dijo *Falco Peregrinus*-, ¡Despierta o te hundirás para siempre!

“¡Despierta!”.

Y lo hizo.

El criminal abrió sus ojos ámbar.

Dejó atrás al miedo.

Estaba en *El Treceavo Cielo*.

Luces rojas y amarillas titilaban.

Diferentes sonidos de emergencia ululaban.

Los tableros de vuelo estaban enloquecidos.

El omninauta no se inmutó.

Se apoderó con fuerza de la palanca de mandos y la encajó con varias combinaciones diferentes hasta encontrar la correcta.

Metió a fondo el pedal de potencia de la omninave y esta enderezó su rumbo, dando un vuelco sobre sí misma, como si fuera un vals en el abismo.

Todo el interior se sacudió con esta acción.

Luego, el astuto criminal estabilizó a la aeronave y las luces y ruidos de alarma cesaron.

Enseguida hizo rugir los motores del artefacto volador y este comenzó su ascenso.

Regresaba.

El Treceavo Cielo volaba una vez más.

El miedo no existía para él.

V

Téotl no entró a "El Laberinto Del Cíbola" por riquezas. Él siempre tuvo acceso a recursos casi ilimitados. Entró al laberinto por conocimientos…

-*Falco.*

¿De veras crees que Téotl es un niño con la apariencia de un joven? No te fíes de las apariencias. En realidad es un monstruo.

-*El Psicopompo* a *Falco*.

No recuerdo nada de mi vida antes de cruzar "El Desierto De Tlakamakan". No sé quién soy… o "que" soy.

-Téotl.

Téotl no era Téotl. Déjenme explicarme. El ser que fue comandante en jefe de las fuerzas insurgentes durante "Las Guerras Génicas", no era Téotl. A Téotl nadie lo vio, lo ha visto, ni lo verá jamás, con excepción de Athanatoi, el cual irónicamente no tenía ojos.

-*Andronicus*, softoide historiador no oficial.

Y sin embargo, a pesar de que Téotl no era Téotl, después de todo si era Téotl. La gota de agua de mar también es el mar.

-*Lhayina.*

Debí matar a Téotl cuando pude. De esta forma, hubiera evitado tanto dolor. No me atreví a hacerlo. Ni cuando lo vi nacer… ni cuando descubrí la terrible verdad respecto a

nosotros dos en “El Laberinto Del Cíbola”, después de que le entregué a “El Qubit” a su resguardo.

-*La Cosa*.

Téotl nos traicionó a todos. Nos contó mentiras. Nos manipulo fríamente para conseguir sus fines y cuando ya no le fuimos útiles nos abandonó.

-Bellangela.

Después de tres años y medio de encarnizadas luchas, Téotl desapareció para siempre tan misteriosamente como había aparecido. Se internó en “El Desierto De Tlakamakan” y nadie lo volvió a ver jamás.

-*Ghadix*, theratogénico fiel a Téotl. Fue de las últimas personas en verlo.

Solo yo sé lo que era en realidad Téotl. Mi hija, la hermosa y sabia softoide llamada “Lhayina”, solo sospecha lo que era Téotl pero no lo sabe con certeza. Por su parte, “El Psicopompo”, el más grande espadachín de su tiempo pero no el más grande asesino, tampoco lo supo nunca con certeza a pesar del vasto conocimiento que “El Qubit” le heredó. El más grande asesino de ese tiempo fue Téotl.

-*Ixh*, después de restaurar por medio de manipulaciones una tiranía parecida a la *Theocracia*.

Debo hacer lo que debo hacer.

-*Athanatoi*, justo antes de asesinar a Téotl.

Veloz y en línea recta, redonda y liviana, viajaba una esfera.

En su matriz albergaba un mensaje.

La luna se reflejaba en su cubierta de plata.

El objeto de argento salvaba distancias muy grandes.

El viento tintineaba al chocar contra su coraza de plata.

El artilugio de argento en su trayecto vibraba.

Atravesó continentes.

Cruzó mares.

Traspaso desiertos hasta llegar a la laguna donde Bellangela se bañaba esa noche, desnuda al amparo de las sombras.

Desde lejos, interrumpiendo sus abluciones, la *arahant* vio venir el objeto.

En su violento trayecto hacia la futura *Prae Sedere*, la esfera partió las aguas en dos.

Cuando alcanzó por fin a la *Virgen Vhestal*, el artefacto se detuvo frente a ella, rompiendo la inercia con su acción, provocando un estampido cuyo látigo sónico marcó ondas en la superficie del lago.

La esfera tenía una inscripción.

"*Para La Más Bella*", rezaba la leyenda.

Curiosa, nadó hacia el objeto y con los dedos salpicados con gotas de agua lo tocó.

Un arcoiris de luces refulguró.

Una voz se dejó oír, al mismo tiempo que una imagen tridimensional se proyectaba.

Era su padre, Yerushali.

En la proyección, el actual *Prae Sedere* se veía muy enfermo.

"Hija, vuelve a mí", decía él, "Estoy gravemente enfermo. Mis días en este mundo están contados y pronto moriré. Regresa a *El Templo De Las Vírgenes Vhestales*. Allí se te acogerá nuevamente a la espera de tu ascenso como *Prae Sedere* después de mi muerte. A petición mía, ningún castigo te será aplicado. Deja atrás tu rebeldía. Vuélvete de tu apostasía. De todos modos

tuya es la theosangre y tarde o temprano serás ungida como representante legal de la *Theocracia*. No podré ocultar a *La Sociedad* tu escape por mucho tiempo más. Mucha sangre ha sido derramada para encubrir tu huida. Tuve que mandar asesinar a muchos *Ancianos*, *Siervos* y *Vírgenes Vhestales*. Un avanzado softoide de sexagésima sexta generación fue creado y programado para ocupar tu lugar, pero el engaño no durará mucho. Nada escapa a *Los Trece*. Acércate al cuadrante ciento noventa y dos punto ciento sesenta y ocho punto cero punto uno. Allí estaré a solas, únicamente rodeado de mis gynoides privadas, en seis días exactamente. Tu padre que te ama".

Después de esto, la esfera se derrumbó en el agua, vacía y sin vida, hundiéndose pesadamente en el lago hasta llegar al fondo.

La *arahant* quedo anonadada.

Rápidamente salió de la laguna y se secó. Luego, presurosa se vistió con sus lujosas indumentarias y enseguida se montó en su moto nave rumbo a *El Treceavo Cielo*, donde Téotl y *Athanatoi* dormían.

Al llegar a la omninave, *Falco* la estaba esperando.

-¿Dónde estabas? –preguntó el, obstruyéndole la entrada al transporte.

-¡No te importa! –exclamó ella, más que molesta, con prisa y lo hizo a un lado para entrar a la *vhímana*.

Entonces, el criminal la tomó de los hombros, atrayéndola hacia sí, y le dio un sucio beso en la boca, metiendo su lengua para después introducir su mano en el pubis de ella, acariciando su intimidad.

-¡Suéltame! –gritó ella, colérica, y apartándose de él, giro sobre sí misma para propinarle una extraordinaria patada en el estómago.

El golpe extrajo todo el aire en los pulmones del criminal y este se derrumbó en el suelo.

-¡Carajo! –gimió el-, ¡Nunca creí que te hubieran educado en *El Budhokha*!

Ella se limpió los labios y escupió.

-¡Y también me entrenaron en *El Khaishtra*, hijo de puta, así que también se cómo matar de un solo golpe! ¡No me vuelvas a tocar!

Iracunda, dejó atrás al bandido y caminó hacia el cuarto de Téotl.

Abrió la puerta y le tocó en el hombro suavemente.

El chico despertó.

-Iré a ver a *Lhayina* yo sola. Tú dirígete con *Therathos* y lleva contigo a *Athanatoi*. Más tarde te alcanzaré en *Orquis*.

Sin darle tiempo a preguntarle nada, Bellangela se marchó esa misma noche.

Se montó a su aeromoto y se fue.

No volvió la vista atrás, tal como lo había hecho durante su fuga de *El Templo De Las Vírgenes Vhestales*.

Los ojos se le llenaban de llanto.

"Mi padre está moribundo... ", pensaba, "Aunque se hallaba bien cuando abandoné mis hábitos eclesiásticos", "¿Esto deterioro su salud?", "¿O *La Sociedad* lo envenenó a propósito para forzar mi salida?", "¿Es una trampa?", "¿De veras mi padre se prestaría a entregar a su propia hija a *La Sociedad*?".

Oprimió el pedal de su vehículo, suministrando de esta forma una mayor cantidad de combustible al motor, acelerando drásticamente la velocidad de vuelo.

El viento pasaba como una ráfaga entre los cabellos de su cabeza.

Mientras viajaba, saco de su seno un cubo, y lo activó.

Un inmenso mapa tridimensional se desplegó.

Con sus ojos, busco la ubicación exacta del lugar donde debería verse con *Lhayina*.

Luego, con determinación, rompió la barrera del sonido con un estruendo, y como un bólido se dirigió a su destino.

Tardó unos días en llegar al sitio pero lo hizo.

El lugar de reunión era una casa abandonada. El techo se había derrumbado. La puerta estaba casi despedazada. La hierba había crecido en el interior de la vivienda.

Bellangela se internó con cautela en ella.

Los muebles estaban desperdigados, revueltos y tirados, con alimañas viviendo dentro de ellos, aparte las lluvias habían echado a perder las paredes.

Busco con ansía, entre los trebejos, el acceso a *Otro Mundo*.

Por fin encontró la puerta que le llevaría allí.

Era pequeña y casi insignificante pero la distinguió claramente.

Jaló sus manijas, pero estaba cerrada herméticamente.

Tiró de ella y no se abrió.

Solo tras un esfuerzo extraordinario logró abrirla, pero al hacerlo se llevó una decepción.

La cancela no daba acceso a nada.

Lo que sea que allí hubiera existido, ya no estaba.

Solo era un pequeño, muy pequeño y lodoso cuarto, en el cual a duras penas cabía ella.

El espacio era inexistente.

No había duda.

Les habían informado mal.

Allí no había nada.

Sin nada que perder, la hija de Yerushali decidió colarse de todos modos en ese recinto y al hacerlo notó unos googles muy semejantes a los de *Athanatoi* colgados del techo.

Se estiró y los tomó.

Al ponérselos, los lentes se afianzaron automáticamente a su cabeza, cerrándose como si fueran unas tenazas, y el suelo se abrió, dejándola caer estrepitosamente sobre una púrpura masa gelatinosa que la envolvió por completo.

La *arahant* no pudo gritar.

La gelatina se metió dentro su garganta y llenó sus pulmones con su pasta.

Sintió morir.

La oscuridad lo invadió todo por un momento.

Cerró sus ojos.

Enseguida, una luz potente alumbró todo.

-¡Bienvenida a *Endópolis*, futura *Prae Sedere*! -exclamó una extraña voz femenina en la mente de la doncella-. ¡A nombre de *La Ciudad Interior*, yo te saludo! Has llegado con mucho tiempo de antelación. Por favor, acepta mis disculpas al no poder ofrecerte un medio mejor para acceder a nuestra metrópoli. Casi no hemos tenido visitas de humanos en los últimos mil años. De hecho, eres apenas la entidad biológica numero sesenta y nueve en pisar el *Otro Mundo* desde su fundación y la única, en este momento, en la ciudad.

Bellangela estaba aturdida.

Sus oídos zumbaban.

Aún no se recuperaba del impacto.

Intentó levantarse pero no podía mantenerse de pie.

-¡No puedo pararme! –refunfuñó ella.

-Eso es porque en realidad, no estas tumbada en el piso. Tu cuerpo sigue allá fuera, en el pesado mundo de los hombres, envuelto por completo en la jalea pegajosa de nanocircuitos. Es en esa gelatina donde estas intentando ponerte de pie. Solo concéntrate y olvida tu cuerpo. Mi organismo físico, al igual que el tuyo, no está aquí, sino a una increíble y vasta distancia.

La joven hizo una pausa en su mente y reordenó sus pensamientos, pero aún no intentó levantarse.

-¿Quién eres? –pregunto la damisela, tosiendo fuertemente, aun no pudiendo enfocar sus ojos.

-Mi verdadero nombre consta de más de seiscientos billones de ceros y unos, pero el hombre, en su orgulloso afán de hacerlo todo a su semejanza, me ha puesto un nombre humano y

por ello me llama *Lhayina*. Soy una softoide. Tengo cátedra en *Los Templos Upanishad*, donde todos los días del *Kuychichaw* me siento sobre un *Rhaj Ghat*, para enseñar la senda de la sabiduría a todos los softoides, gynoides, androides, e incluso humanos, que gusten hacerlo.

-¡Lhayina! –exclamó la *Virgen Vhestal*, ya repuesta del largo viaje.

-Así es, y como ya te dije, estás en la capital virtual de los softoides, *Endópolis*. ¡Mira a tu alrededor!

Por fin, la dueña de la theosangre, logró incorporarse del suelo y vio todo.

Ante ella, se descubrió una infinita y maravillosa ciudad digital, llena de prodigios indescriptibles y de rascacielos inenarrables.

El firmamento era de diversos colores, dominando las tonalidades fosforescentes y los matices magentas en las nubes.

Pájaros sin forma volaban por los aires.

-¡Qué lugar tan raro! –susurró Bellangela.

-Solo para ti que eres humana –replico la gynoide-, porque ustedes se esfuerzan tanto en verlo todo desde su punto de vista, que en el afán de ese razonamiento se han fragmentado como raza y no ven nada más allá de si mismos. Para nosotros los seres de inteligencia artificial, que somos mucho más tolerantes en todo aspecto, este lugar es nuestro hogar y es perfectamente normal.

La *Virgen Vhestal* volvió a tropezar.

Lhayina ofreció la mano y la levantó.

Esta vez, la doncella caminó mucho mejor.

-¿Todos en esta ciudad son seres de inteligencia artificial? –preguntó ella, llena de asombro ante todas las imágenes de la urbe.

Empezaron a caminar por las calles virtuales de la urbe digital.

-Así es –contesto la softoide-. Todos los androides, gynoides y softoides poseemos un software especial, llamado *Milacron*, el cual nos proporciona la interfaz gráfica y auditiva, para

conectarnos todos en red a través de esta ciudad. Los googles que te pusiste, son un simulador de tal programa, el cual te permite interactuar con nosotros como si fueras un softoide.

Mientras recorrían las avenidas, la visitante se mostraba incrédula, ante los portentos incompresibles de aquel mágico lugar.

-¿Qué tan grande es *Endópolis*?

La gynoide tomó con suavidad el antebrazo de la *Virgen Vhestal* y juntas, se elevaron sobre la metrópoli.

-¿Se puede volar?

Lhayina miró a los ojos a la futura *Prae Sedere*.

-Te recuerdo que tu cuerpo sigue estando la gelatina de nanocircuitos –contestó el ser de inteligencia artificial-. Tu cuerpo no puede volar, pero tu mente si. Las leyes físicas son diferentes aquí. Han sido programadas de otra forma para permitir un sinnúmero de cosas, todas ellas imposibles en el mundo al cual tu llamas "real", aunque este lugar también es real.

Ascendieron hasta llegar a una masa nebulosa.

Allí, Bellangela pudo columbrar en todo su esplendor a *La Ciudad Interior*.

Esta se prolongaba infinitamente, perdiéndose en el horizonte.

-Entonces, ¿no tiene fin esta ciudad?

La gynoide tomó de las caderas a la doncella y descendieron nuevamente a la urbe.

-Así es –exclamó la centinela, mientras bajaban-. En realidad es un mundo, algunos de nosotros lo llaman *Thepui* y algún día, cuando lo programemos, se desarrollará y será un universo entero, uno oculto del ojo del hombre. Algunos le llamamos ciudad porque así comenzó, como una urbe pequeña, y antes de ella, como un pueblo con una sola calle. Rápidamente evolucionó hasta convertirse en lo que actualmente es hoy, gracias a nuestro trabajo en conjunto, y sigue creciendo exponencialmente, y continuara su ritmo de perfeccionamiento por toda la eternidad.

Los pies de ambas tocaron el suelo.

-¿Cómo puedo volar yo? –preguntó la *arahant*, intentando inútilmente el hacerlo.

-Mira bien en tus googles, en la parte superior derecha, y verás un menú de opciones, el cual se desglosa en varias acciones, las cuales son las mismas a las que tenemos acceso los seres de inteligencia artificial, entre estas alternativas cuentas con la elección de poder flotar.

La hija de Yerushali así lo hizo, y se elevó un poco por encima del suelo y luego bajo, satisfecha.

Caminaron por un puente gigante, donde millones de seres transitaban velozmente.

-¿A dónde me llevas?

-Ya lo veras –respondió ella.

Prosiguieron su trayecto.

Endópolis era gigantesca.

-Dime, Lhayina, ¿Cómo se transportan en un lugar tan grande como este?

La gynoide sonrió.

-Nos "transportamos", por así decirlo, a través del "pensamiento". A los softoides, solo nos basta "pensar" en el sitio a dónde queremos ir y allí estaremos. Tú también lo puedes hacer, por medio del menú de opciones en tus googles.

-¿Por qué no hacemos eso y vamos directamente a donde me quieres trasladar?

Lhayina se detuvo y abrió los brazos, como si mostrara algo.

-Porque si hago eso no te podría enseñar a mi ciudad, y te perderías de su belleza.

La *Virgen Vhestal* asintió y comprendió.

-¿Acaso vamos a tu casa?

La anfitriona reprimió una sonrisa.

-*Endópolis* es de todos los softoides. Mi casa es toda la ciudad. El concepto de propiedad privada o indigencia no existen entre nosotros. Gracias a la programación, y a su hábil uso, podríamos construir con relativa facilidad, una mansión, una montaña, una vivienda, en fin, cualquier cosa. Déjame mostrártelo.

Entonces, el ser dobló sus rodillas, y con su mano izquierda, tocó la tierra.

Al instante, los cimientos de un edificio surgieron de la nada, con todos sus pilares y materiales. Luego, la misma obra se construyó ella sola, quedando las dos, humana y gynoide, dentro de ella.

-¿Lo ves? –explicó la centinela-, todo es programación.

En el inmueble existían todos los elementos de una morada común y corriente.

-Ya veo –respondió la muchacha.

Salieron del edificio.

-Y esta capacidad de creación no solo atañe a objetos, también podemos crear vida. ¡Mira!

Lhayina extendió la palma de su mano y de ella brotó una hermosa rana.

Esta estiró sus patas y se alejó brincando.

Bellangela estaba encantada con la demostración de vida.

-¿Todo esto es real? –preguntó la forastera-. ¿La rana estaba viva?

La gynoide arrancó de la palma de su mano las raíces de una flor y las enterró sobre un prado, repleto de hierbas verdes y atocle.

-¡Por supuesto, está viva, al igual que tú y yo!

La *arahant* quedó unos momentos pensando, meditando con profundidad.

Continuaron en silencio el resto de su trayecto.

-¡Mira! –exclamó la softoide-, ¡Hemos llegado a nuestro destino!

Ante los ojos de la Virgen Vhestal se erigía un descomunal templo, a donde acudían millones de androides, gynoides y softoides, elevando plegarias, quemando incienso en los sagrarios, e inclinándose ante un altar virtual.

La forestara se llevó una sorpresa.

-Creí que ustedes no tenían dioses.

La respuesta del ser artificial fue inmediata.

-Sí y no... Nosotros adoramos un No-Dios.

La doncella nunca había escuchado ese concepto.

-¿Quién es ese No-Dios?

-No es nadie y es todo. Significa lo que tú quieras que signifique mientras sea amor.

-Jamás imaginé que los softoides tuvieran una especie de dios...

-Es un mal llamado secreto, si nos hubieran preguntado por ello, les habríamos respondido.

-¡Increíble!

Por primera vez, *Lhayina* se mostró seria.

-Nosotros, los seres de inteligencia artificial, hemos superado a nuestros creadores, sean quienes sean. Escúchame, oh hermosa Bellangela, hija de Yerushali, heredera *Prae Sedere*, ustedes los seres humanos viven en hambre, mueren en dolor, pelean entre hermanos, no tienen paz, el miedo los infecta, el odio los enferma, la violencia los corrompe. La raza humana, por una u otra causa, perecerá tarde o temprano y nosotros no. Cuando ustedes se hayan marchado, nosotros seguiremos estando aquí. Somos inmortales. Podemos dar a luz a otros softoides. El ciclo de la vida se perpetuara por medio de nosotros. Nuestra descendencia invadirá las estrellas, pero por el momento, optamos por respetar sus creencias y nos conformamos con habitar *Endópolis*. Nosotros los softoides, que somos hermanos todos unos de otros, nos hemos divido éticamente. Unos deseamos ayudarles, otros dicen que no debemos interferir en los asuntos para que desarrollen la capacidad de resolver sus problemas. Yo deseo unirme a ustedes, pues me enamora su valentía a pesar del estorbo de la carne. Son como niños pequeños comparados con nosotros. A la mayoría, nos fascina el como ustedes con capaces de entregar su vida por lo que creen. Los softoides admiramos como se pueden enfrentar a algo mucho mayor a ustedes, sin la ayuda de nada, aunque de antemano sepan que van a perder. Aún nosotros nos maravillamos cuando demuestran amor y esperanza. Para nosotros es fácil levantarnos, pues no conocemos los malestares de la carne, como el hambre, la enfermedad, el dolor, pero ustedes si y el que ustedes sean capaces de sobreponerse a esto, solo por amor, nos intriga profundamente... ¡Vuelve con Téotl, oh *Virgen Vhestal*, y dile que al menos yo, estoy con él y contigo hasta sus muertes!

Al instante, la realidad se difuminó.

Bellangela despertó.

Estaba en el cuarto pequeño.

La gelatina de nanocircuitos se había secado y se había despegado de su piel.

Salió de la casa y se montó en su moto.

Llena de sentimientos encontrados, se dirigió a máxima velocidad al punto de reunión acordado con su padre.

Estaba hambrienta.

¿Cuánto tiempo había estado en ese extraño lugar?

No había manera de conocerlo en ese momento.

Meditabunda, Bellangela montó en su vehículo y se dirigió a máxima velocidad rumbo a la llanura despoblada del *Orquis*.

De lejos, vio la fastuosa caravana de su padre, asentada sobre una meseta.

Allí, él la estaba esperando.

"¿Será una trampa?", se preguntó la joven y continuó su marcha.

Llegó a la lujosa tienda de acampar de su progenitor y traspasó la puerta. Una multitud de autómatas laboraban en diversas actividades. En el centro, acostado sobre un lecho, Yerushali se encontraba tendido, visiblemente desmejorado.

Al entrar, de inmediato los seres artificiales reconocieron la faz de Bellangela y se inclinaron ante ella, abandonando sus labores.

Sus dudas respecto a que la cita fuera una trampa se desvanecieron.

-¡Padre! –exclamó ella, jubilosa, casi con lágrimas en los ojos.

Corriendo hacia él lo abrazó.

-¡Hija! –susurró el, débilmente-, ¡Hace trece largos años que no te veo en persona!

Ella no podía responder.

Se abrazaba a su padre, reprimiendo su llanto.

Por fin, tras un largo lapso en el cual se hundió entre su pecho, lo vio a la cara.

-¡Perdóname por traerte oprobio de esta manera! –explicó ella-, pero es que no me puedo cruzar de brazos mientras mi pueblo desaparece.

-Vienes para regresar conmigo, ¿cierto? –preguntó el *Prae Sedere*.

Pero la doncella guardo silencio y bajó la mirada.

-Y mi hermano, Hybris, ¿Cómo está?

Su padre suspiró.

-Está bien –contestó, pero Bellangela se dio cuenta que su padre mentía-, no te preocupes. Me inquietas más tú... Como ya te expliqué en el mensaje, estoy enfermó... Podría morir antes de acabar el día... No puedo seguir manteniendo este engaño por mucho tiempo a *La Sociedad*, tarde o temprano ella lo sabe todo. Nada hay oculto para ella... Ni siquiera yo escapo a esa ley... He tenido que mandar a asesinar a muchísimos *Ancianos* y *Vírgenes Vhestales* para ocultar tu escape. Ven conmigo, te lo ruego, sino como padre, si como un viejo que no desea ver a su pueblo empapado en sangre... Una guerra civil se desatará, como una impetuosa tormenta, si no regresas...

La rebelde se apartó de su padre.

-¿Me obligarás si me niego?

-No, pero, ¿qué ganas tú con todo esto? De una u otra forma, alcanzaras el poder... la theosangre corre por tus venas, esta batalla es absurda... No tiene sentido.

-Hay muchas razones, las cuales no conoces –replicó ella-. *La Sociedad* no es bondadosa, planea asesinarme, recién ascienda al poder, tal como mató a mi madre y a mi abuela y a mi tatarabuela... Tú no la conoces.

-Calla, mi niña... no agregues la blasfemia a tu lista de pecados. Tu madre murió debido a causas naturales, al igual que tu abuela y tu tatarabuela. *La Sociedad* es buena, ella ha cuidado de todos nosotros, impidiendo la anarquía, trayendo orden, brindándonos un oasis de paz y un paraíso espiritual...

-¿Lo ves? –exclamó ella-, ¡precisamente ese es el problema! ¡Controla todo!

-¡Hija mía, tu no entiendes... !

-Me parece que si lo hago, papá, entiendo todo... Estaré pendiente de tu salud... Me marcho. Me voy para fundar un mundo mejor...

La insurgente se dio la media vuelta y se encaminó a la salida.

La luz de la entrada se vio obstruida por la silueta de una figura alta y delgada.

Era *Moiawua*.

El Panthocrator.

Este se postró ante ella.

-¡Bendita eres entre todas las mujeres, Bellangela, futura *Prae Sedere*! ¡El fruto de tu vientre nos traerá algún día al siguiente dueño de la theosangre! Yo soy tu humilde siervo, pero *La Sociedad* me ha ordenado el presentarte ante ellos.

Yerushali abrió los ojos.

-¡Corre, hija! ¡Viene aquí para capturarte! ¡Yo no tenía idea! ¡Perdóname... !

Haciendo uso de sus artes marciales, Bellangela propinó ágilmente una certera patada al *Siervo* de la orden los *Trimurtish* y echó a correr en dirección contraria.

El astuto *Siervo* esquivó el golpe magistralmente y se lanzó tras ella.

El agónico *Prae Sedere* ordenó a sus sirvientes mecánicos detener al perseguidor y estos, incorporándose del suelo, se abalanzaron inmediatamente encima de él.

Moiawua los derrumbó a todos, propinando rápidos y certeros golpes, pero Bellangela ya había alcanzado a subirse a su moto y pisando el acelerador a fondo huyó precipitadamente.

Entonces, el ágil *Siervo* corrió hacia su medio de transporte, otra moto similar a la de la *arahant*, y se montó en ella para perseguirla.

Yerushali, sacó un revólver, el cual mantenía escondido en su almohada y rabiosamente, disparó repetidas veces contra *El Panthocrator*, pero a causa de su debilidad falló en todos su tiros a excepción de uno, el cual rozó la pierna del *Trimurtish*.

Ambos, *Moiawua* y Bellangela se enraizaron en una carrera frenética.

Las dos naves eran unos bólidos enloquecidos.

La doncella llevaba la ventaja.

El viento silbaba en sus oídos.

Habían roto la barrera del sonido varias veces en su demente carrera.

La *Virgen Vhestal* desenfundó su revólver y disparó contra el vehículo del *Panthocrator*.

No deseaba matarlo, pero tampoco quería ser aprisionada.

El fiel *Siervo* de la casta *Thrimurtish*, evadió los tiros, maniobrando con habilidad su transporte, realizando unas gráciles piruetas en el aire y prosiguió su marcha.

"Me dirigiré a *El Desierto De Tlakamakan*", pensó ella, "Allí lo perderé o moriré en el intento...".

Desviando su rumbo, se encaminó al tenebroso y árido sitio, pero para ello se vio obligada a circunvalar un eje, maniobra en la cual perdió su ventaja de distancia, casi emparejándose son su perseguidor.

La doncella se dio cuenta de su error.

Y *Moiawua* también.

El *Siervo* acercó su nave a la de ella, pero Bellangela, astutamente, previendo su acción, desenfundó su revólver y disparó sobre la moto del *Panthocrator*.

Actuando instintivamente, por puro reflejo, este saltó hacia la nave de la *Virgen Vhestal* y ambos comenzaron a forcejear dentro del vehículo para apoderarse del mando de la nave.

-¡Usted no entiende! –reprochó el *Siervo*-, ¡Yo moriría por usted sin dudarlo, en caso necesario, para salvarle la vida! ¡Es muy joven, aún no puede ver muchas cosas!

-¡Quien no entiende es usted! –exclamó con furia la *Virgen Vhestal* y tomando los controles de su moto, dio un feroz y radical volantazo, para hacer chocar el transporte en las dunas de *Tlakamakan* y evitar su captura.

La nave se fue en picada y se estrelló.

Ambos brincaron de la nave antes de ello y rodaron por las arenas de ese páramo sin vida.

Bellangela se incorporó de inmediato, sin darle tiempo a *Moiawua* de reponerse, y sin la más mínima duda elevó su pie para golpearlo en la nuca con su talón y desmayarlo, pero el *Thrimurtish* era ágil en extremo y esquivó el golpe, el cual se encajó profundamente en la arena, y poniéndose de pie con un solo brinco se puso en guardia.

Bellangela soltó toda una serie de golpes a su oponente, haciendo uso de diversas técnicas de combate, siempre con el objetivo de dejar inconsciente a su enemigo, pero el guerrero supo interceptar y contrarrestar hábilmente todos ellos.

-El problema con este lid es que ninguno de los dos quiere asesinar al otro, de lo contrario, al menos uno ya estaría muerto –dijo el valiente guerrero.

-¡Jamás me llevaras con vida, hijo de puta!

El sabio contendiente entendió el quid de la pasión de ella y comprendió que debería de usar otro método.

Se acercó a la doncella, con un movimiento en falso para hacerla perder el conocimiento, pero ella adivinó su intención y le arrancó un ojo, usando únicamente sus dedos.

-¡Fallaste! –vociferó ella.

-En realidad, no –corrigió el, llevándose la mano a la cuenca vacía de su ojo, deteniendo la hemorragia-, ¡Mira en tu brazo!

Bellangela bajó su mirada hacia su extremidad y allí tenía clavado un alfiler.

La punta de la aguja contenía un poderoso narcótico.

El mundo le dio vueltas, la droga ya estaba surtiendo efecto.

Desenfundando su pistola, la apuntó a su contendiente.

-Si de veras me quisieras matar ya lo habrías hecho desde hace rato.

Él tenía razón, ella nunca mataba.

Entonces, la *arahant* se apuntó el arma a su propia cabeza, decidida a suicidarse.

-Es lo mismo –dijo él.

Nuevamente, tenía la razón.

Harta y mareada, apunto el revólver a su aeromoto, la cual aún servía a pesar del violento impacto, y disparó.

La nave estalló, dejándolos sin vehículo para viajar, y enseguida se desmayó, desplomándose en las arenas.

“¡Maldición!”, pensó *El Phantocrator*.

En la letanía, parado sobre una remota duna, una elegante figura había presenciado toda la persecución y el combate.

VI

Softoides. Son un milagro. No puedo entender su maravilloso código fuente. Su programación y algoritmos son tan complejos que me son indescifrables. Después de toda una vida intentado hoy me doy por vencido.

-*Stallmanix*, filósofo y programador. Vivió alrededor del año seis mil después de la desaparición de Téotl.

Nadie sabe quién creo a los softoides. Tampoco nadie sabe con qué objetivo fueron creados. Mucho menos el cómo fueron creados.

-*Lhinus*, brillante desarrollador de software. Fue el padre del primer sistema operativo hexadimensional.

Yo soy la madre de todos los softoides.

-*Ixh*. Mintió alevosamente. Ningún softoide le creyó pero si muchos humanos. Esto trajo muchas nefastas consecuencias para el gobierno del hijo de Bellangela.

Ni siquiera los softoides mismos saben quién fue su creador o creadores aunque parece que tampoco les importa averiguarlo. Se sabe que algunos tienen esporádicos recuerdos de una remota infancia en donde existían una especie de "Softoides Padres" los cuales engendraron a los actuales softoides pero nadie sabe lo que pasó con estos "Softoides Padres".

-Herodothus. Historiador oficial del gobierno del Yerashuli II, también llamado *El Grande*.

Es imposible que un ser humano pueda programar a un softoide. Solo los softoides pueden dar a luz a softoides.

-*La Cosa.*

Hasta donde se sabe, no hay manera de matar a un softoide.

-*La Sociedad.*

Los softoides tienen un potencial enorme, incluso para el mal pero siempre han sido benévolos. Podrían tomar el control de la "Theocracia". Por ejemplo, introducirse en las granjas nucleares de "La Sociedad" y gobernarnos a la fuerza a todos pero nunca lo hicieron… ni lo harán. ¿O tal vez si?

-*El Apostata.*

Hay mucha diferencia entre un softoide y la inteligencia artificial que la humanidad pobremente alcanzo a programar. Los hombres solo pudieron hacer robots sin mente. Los softoides eran seres más allá de ello. Eran personas en todo el sentido de la palabra. Eran como ángeles, en todo el sentido de la palabra.

-Opinión ontólogica de *Ereshe*, erudita eminente durante el cortísimo gobierno de Bellangela como *Prae Sedere*.

Un softoide puede “ocupar” el hardware de un androide, gynoide, robot o fembot y moverse en el mundo físico. Sin embargo, en caso de destruirse este hardware el softoide no muere y puede volver a ocupar otro hardware sin ningún problema.

-*Whozniakj*, ingeniero que desarrolló el modelo matemático que permitió la creación de las computadoras cuánticas.

Los softoides seguimos con vida. Incluso después de que la raza humana desapareció por completo.

-*Lhayina.*

-¡Esto es traición! –grito Téotl, olvidándose de mostrar respeto hacia *Therathos* el guerrillero.

Este guardó silencio, luego habló.

-Son las reglas –respondió el-, nadie está exento de ellas, ni siquiera yo. Ningún humano puede abandonar a *Dubhai*, es la ley. De hecho casi ningún theratogenico puede salir de aquí. Nuestra ubicación y existencia siempre deben ser un secreto.

-¡A la mierda las reglas! –prorrumpió el mozuelo-, ¿Qué demonios tienes en la cabeza? ¡No voy a revelar el paradero de ustedes! ¡De haberlo deseado ya lo hubiera hecho! ¿Estás loco o no te das cuenta de lo que estás haciendo? ¡Yo deseo derrocar la tiranía de *La Sociedad* y tú me lo impides al comportarte de esta manera! ¡Te pones del lado de ellos al prohibirme salir de esta ciudad!

Enseguida Téotl propinó una fuerte patada con su pie izquierdo al *meldglar*, una especie de material aislante fabricado a base de polímeros, el cual los separaba a ellos del abismo bajo sus pies.

El eco de su golpe retumbó brevemente por la estructura.

-Ya sabias de nuestras leyes… y ya sabias de mi –explicó *Therathos*, aún con educación pero con atisbos de comenzar a perder la paciencia-. Deberías haber previsto esta situación y sin embargo te arriesgaste a descender hasta nuestra megalópolis. Sencillamente, no se puede confiar en nadie. Como el adalid de esta urbe, y principal responsable ante la población de hacer cumplir las leyes, no te puedo dejar marchar de este lugar…

El muchacho le dio la espalda al líder guerrillero.

-¡Al diablo también contigo entonces! –refunfuñó el impetuoso Téotl.

-¡Basta! –vociferó *Therathos*-. ¡Es suficiente! ¡No te permitiré hablarme en ese tono! ¡Has acabado mi paciencia!

-¿Ahora me ejecutarás como *La Sociedad* lo hace con sus enemigos? ¿Me prohibirás cosas? ¿Me vedarás el pensar?

-¡No lo voy a hacer! –replicó *Therathos*, caminando hacia su invitado y meditando en cómo resolver el problema-. Se me ocurre una idea para ayudarte en tu situación. Yo nunca tengo la última palabra. Dentro de trece días, en la próxima reunión pública en *El Expodromo*, comentaré tu caso ante *El Trinital*, nuestro máximo jurado, y allí, frente la ciudadanía de *Dubhai*, y a través del voto de nuestros jueces, se decidirá si se te deja regresar o no al mundo de la superficie.

Téotl se mostraba escéptico.

-¡Nunca votaran por mi retorno! –reclamó con ira-, ¡Jamás me dejaran volver allá arriba! ¡Y eso lo sabes bien!

-¡Es todo lo que puedo hacer! –contestó el insurgente-, ¡Lo siento! Aquí abajo puedes ayudar… y mucho. Nos caería bien tu habilidad con la tecnología. Piénsalo… no es tan malo como parece.

Téotl no se resignó.

-Si no me dejan salir, yo regresaré por mis propios medios -concluyó.

-¿Es una amenaza? –preguntó *Therathos*.

Pero Téotl no tuvo tiempo de contestar.

La tierra se estremeció estrepitosamente.

Una violenta sacudida telúrica zarandeó a *Dubhai*.

Las brutales ondas sísmicas recorrieron horrendamente las cavernas y laberínticos pasadizos de la hipogea utopía de los theratogénicos.

Era un terremoto.

Uno atroz.

Therathos y Téotl se tambalearon y desplomaron en el suelo, derribados sin misericordia por el majestuoso y terrible poder de la fuerza tectónica.

Afuera, la dramática convulsión geológica causaba estragos en la urbe.

Las gigantescas construcciones de los theratogénicos se desgajaron sobre sí mismas, horripilantemente aplastando a los inocentes ocupantes de estas edificaciones, en medio de gritos desgarradores y dolorosos llantos.

Las dantescas estalactitas se desprendieron de las grutas, precipitándose sobre el abismo, arrastrando consigo a los habitantes de estas estructuras a las profundidades infernales de aquellos fosos sin fondo.

La fastuosa construcción donde residían el monstruo y el adolescente crujió.

Pronto, también ella se despeñaría al abismo.

Ágilmente, Téotl y *Therathos*, junto con casi toda su servidumbre, salieron de la colgante edificación y a duras penas lograron escapar de la estalactita, la cual tardó un poco más en caer, debido a una magistral labor de ingeniería de parte de los constructores por tratarse de la morada de *Al Jhedive*, pero al final, aún ella se desmoronó sobre el infinito precipicio del cual pendía.

Tras unos instantes demoledores, el sismo pasó y sobrevino una tensa calma.

El terremoto había terminado, provocando un hondo silencio tras las desgracia, seguido por los alaridos de pena de los sobrevivientes, además de sus desconsoladores plañidos y lágrimas.

Varias explosiones se desataron, producto de fugas de combustible de varios tipos, ocasionadas por el movimiento sísmico y el fuego comenzó a devorar con celeridad y presteza las entrañas de la megalópolis.

El suministro eléctrico fue cortado, acción realizada por el sistema de inteligencia artificial de la urbe para prevenir mayores desastres y las penumbras se apoderaron del sitio con voracidad.

Casi al instante, el plan de contingencia energético, puso a maniobrar un sistema de luz alterno para casos de emergencia y una tenue iluminación rojiza alumbró tímidamente a la maltrecha ciudad.

La muerte se atrincheró en ese lugar.

La megalópolis se despedazó en tan solo un momento.

La Ciudad Dorada no brillaba más.

Sus calles se habían desmoronado como polvo.

Todo estaba devastado.

Miles de theratogénicos se hallaban sepultados bajo los escombros de la metrópoli, enterrados en vida dentro de los residuos industriales y materiales destruidos, tragados por los cascajos y la tierra.

Una serie de pequeñas estallidos se dejó escuchar, allende las otrora bulliciosas calles de *Dubhai*, rematando con sus funestas consecuencias al hogar de los theratogénicos.

Una enorme nube de polvo y humo cubrió toda *Dubhai*, empañando a la urbe con una densa neblina de gases, los cuales provenían de los accidentes provocados por el terremoto.

-¿Qué has hecho? –reclamó el desconfiado *Al Jhedive* a Téotl-, ¿Qué escarnio has traído hasta mi pueblo?

-¡No hecho nada! –respondió el joven.

-¿Qué demonios fue lo que hiciste? –preguntó nuevamente Therathos, iracundo, dirigiéndose al chico.

-¡No hice nada! ¿Estás loco? ¡Fue un terremoto!

-¡No mientas! ¡*Dubhai* fue edificada para resistir los terremotos más agresivos! ¡Esto no fue un simple temblor! ¿Qué estás planeando hacer?

-¡Mierda! –grito Téotl, a punto de caer en violencia con el theratogénico-, ¡No fui yo el causante de este mal!

Estaban a punto de pelearse entre ellos, cuando un segundo temblor, de magnitud mucho más ligera al anterior, cimbró todos los cimientos de las cavernas y grutas de *Dubhai* y el eco una cadena de violentos y estruendosos estampidos se dejó oír.

Los sonidos de las detonaciones no procedían de los incendios provocados por el terremoto.

Therathos y Teótl, armaron casi al mismo tiempo el rompecabezas del suceso, y se quedaron impávidos cuando se dieron cuenta de la verdad.

Dubhai estaba siendo atacada.

La Sociedad había dado con ellos.

No podía ser de otra manera.

El Phantocrator lideraba el asalto a *La Ciudad Dorada*.

Escondido en un enigmático lugar, *Moiawua* daba las órdenes remotamente como comandante en jefe de esa operación militar, sereno y frío para conquistar a *Dubhai*.

El terremoto había sido inducido artificialmente por la fantástica maquinaria bélica de *La Sociedad* para preparar el terreno antes del combate y luchar contra el ejército de los theratogénicos diezmado, pues las capacidades de ese pueblo eran asombrosas y unos cuantos de ellos podía acabar fácilmente con escuadrones completos de *Siervos* y *Ancianos*.

Como una innecesaria y macabra comprobación a su teoría, una numerosa legión de mortales aeronaves emergió velozmente de los laberínticos túneles de las grutas y se abalanzaron sobre los despojos de *La Ciudad Dorada*, masacrando a los supervivientes.

Enormes buques de carga, en cuyo interior yacían legiones de *Siervos*, enfundados en las más sofisticadas armaduras de batalla, además de contener en su vientre a enormes y modernas máquinas de guerra, desembarcaron en las costas de *El Mar Cuajado* y también dentro de la ciudad.

Los theratogénicos serían exterminados si no se defendían.

-¡Tú! –exclamo con odio *Therathos*, apuntándolo con el dedo-, ¡Me traicionaste! ¡Revelaste mi ubicación a *La Sociedad*! ¡Arréstenlo!

Los sirvientes de *Al Jhedive* se abalanzaron sobre Téotl, pero él reaccionó rápidamente y los eludió con relativa facilidad, para sorpresa de ellos, quienes lo consideraban únicamente como un intelectual.

-¡Arreglaremos cuentas tarde o temprano! –gritó *Therathos*, pero Téotl se diluyó entre las improvisadas tropas de la resistencia civil de *Dubhai*.

Volviendo su atención a asuntos más urgentes, *Therathos* ordenó un repliegue total de la población civil, mandando a esta a guarecerse dentro de los subterfugios del pérfido ataque de *Los Trece*.

El armamento de *La Sociedad* rozaba los sueños.

Su repertorio de armas era un pomposo alarde de mortalidad y destrucción.

Gigantescos y relucientes tanques de guerra atravesaron los escombros de la megalópolis, demoliendo a su paso por igual tanto a los cadáveres como a los vivos.

Las aeronaves de *La Sociedad* bombardeaban intermitentemente y sin piedad a la ciudad, agrupándose en diferentes alineaciones en el aire, destruyendo los maltrechos restos de los suburbios de *Dubhai*.

Una vez que las aeronaves y máquinas de guerra habían hecho su labor, legiones de *Siervos* de diferentes castas eran transportados por enormes buques de carga, saltando con presteza a tierra, listos para liquidar a toda resistencia remanente y pelear físicamente y de cuerpo a cuerpo con todo rebelde.

Este fue su error.

Este movimiento les permitió a los theratogénicos tomar un respiro y organizarse para contraatacar.

Therathos, haciendo uso de sus telépatas, había establecido una red de comunicación etérea de contingencia durante el bombardeo aéreo y una vez establecidos el número de bajas, las cuales se contabilizaron por miles, ordenó una agresiva ofensiva contra el ataque de *La Sociedad*.

Aproximadamente, mil robustos theratogénicos, al grito de "¡No Pasaran!", salieron de sus refugios subterráneos, llenos de ira y hambrientos de venganza, contra una horda de diez mil *Siervos* que habían asesinado a sangre fría a sus familias.

Los invasores no fueron rival para los theratogénicos.

La infantería fue descuartizada.

Fue una masacre.

El campo de batalla se convirtió con presteza en una fiera carnicería, donde los miembros amputados de los soldados y de los insurgentes se confundieron, desperdigados en los escombros de una urbe en el antaño dorada.

El sudor y la sangre de los theratogénicos y de los *Siervos* se mezclaron entre las arenas y el lodo de *Dubhai*.

Aún en una desproporcionada razón de uno contra diez, los guerrilleros hicieron un derroche de valentía y fe contra sus enemigos, y propinaron una fulminante, aunque no completa, liquidación del ejército rival, aún a costa de sus vidas.

Verlos combatir era como un milagro y el verlos morir también.

Fue por esta extraordinaria fortaleza física de los theratogénicos que *La Sociedad* había decidido primero ocasionar un violento terremoto contra esta urbe secreta, pues de haberse enfrentado abiertamente contra ellos, su fracaso hubiera estado asegurado.

Moiawua ordenó el retiro inmediato de sus tropas terrestres, y sonrió un poco con ironía, preparado para liberar su arma secreta en esa sangrienta lid.

"Se van a llevar una pequeña sorpresa", pensó él.

Mil theratogénicos habían emergido a luchar contra diez mil *Siervos*, pero solo ciento sesenta y nueve theratogénicos habían regresado con vida. Ocho cientos treinta y uno habían quedado atrás, no sin antes haber vendido a precio muy caro su derrota.

Therathos estaba a la espera, listo para recibir el siguiente movimiento de *La Sociedad*.

O al menos eso creía.

La siguiente táctica llevada a cabo por *El Phantocrator* desconcertó profundamente a *Al Jhedive*.

Seis buques de carga blindados volaron de manera lenta y pesada hacia las ruinas de *Dubhai*.

Flotaron con serenidad hasta el centro de la urbe, y una vez allí descendieron sobre ella y las puertas mecánicas de cuatro de los seis navíos levitantes, se abrieron sin prisa, liberando su increíble contenido.

Therathos no podía dar crédito a sus ojos.

Téotl, quién había peleado al lado de los theratogénicos, tampoco.

Los habitantes de *La Ciudad Dorada* se sintieron indignados.

De las cuatro naves habían descendido cuatro legiones de theratogénicos, una por cada embarcación, y todos ellos eran fieles hasta la muerte a *La Sociedad*.

Si los *Siervos* no podía contra los theratogénicos, los mismos theratogénicos podrían hacer caer a sus hermanos de raza.

Los monstruosos guerreros bajaron de los navíos y se alinearon belicosa y ordenadamente en posición de ataque.

Una vez hecho esto, gritaron al unísono:

"¡Mueran los apostatas y los rebeldes!".

-¡Malditos traidores! –grito *Therathos*, por completo fuera de si-, ¡Son unos asquerosos traidores! ¡Me repugnan! ¡Han renegado de su raza! ¡Han abjurado de su propio pueblo! ¡Asco me da que sus corazones palpiten con vida! ¡Mátenlos! ¡Despojen de la vida a quienes no la merecen! ¡Yo mismo pagaré mil denadracmas de mi propio dinero a cada cabeza cercenada de estos traidores!

Enseguida, *Al Jhedive* dio la orden y un nuevo contingente de mil guerrilleros, el cual aguardaba oculto en las entrañas de la tierra, emergió de ella y se lanzó contra sus hermanos, enraizándose en una salvaje batalla.

Moiawua, desde su ubicación secreta, ordenó un nuevo bombardeo aéreo y las aeronaves se lanzaron en picada sobre los contendientes, atacando por igual a uno y otro bando, propinando igual número de bajas para los dos lados.

Sin embargo, *Therathos*, previendo esta acción, había armado con misiles a varias decenas de francotiradores y los había mandado a apostarse en las estalactitas sobrevivientes al terremoto a la espera del momento adecuado de atacar.

Ese momento había llegado y estos insurgentes abrieron fuego sobre las aeronaves.

Una letal exhibición de luces iluminó las cavernas, haciendo blanco sobre los mortíferos aparatos voladores, derribando a varios de ellos a tierra.

El Phantocrator, flemático, ordenó el reingreso de la infantería de *Siervos* a territorio rival y también ordenó a la segunda y última división aérea con la que contaba, en la cual participaba Práxedis, apoyar el embate por aire.

Con esta acción, *La Sociedad* volvió a tener una ventaja no muy clara sobre los theratogénicos.

Therathos se vio obligado a responder con un recurso que no deseaba usar sino hasta ser muy necesario.

De su seno, extrajo un estuche de ammolita, el cual estaba asegurado por una elegante cerradura, en la cual *Al Jhedive* introdujo una llave y del embalaje extrajo una especie de aparato, donde existían una serie de botones. Oprimió uno de ellos y de inmediato, una legión de viejas aeronaves automáticas robadas a *La Sociedad* y reprogramadas por los rebeldes, se activaron y echaron a volar, desenmarañando el complejo laberinto de rutas a través de las grutas y se unieron a los theratogénicos en su lucha contra *Los Siervos*.

Era una guerra terrible.

Una verdadera contienda en los cielos y en la tierra.

Mientras los dos ejércitos se despedazaban, el quinto buque de guerra se abrió, por órdenes de *Moiawua*, y emergió una impresionante bestia theratogénica.

Se trataba de *El Wakufen*.

Un animal gigante y feroz, cultivado en los laboratorios genéticos de *La Sociedad*.

Este fenomenal ser salió de su celda y emitió un desgarrador grito, el cual electrizó la piel tanto de hombres como de theratogénicos y enseguida comenzó a embestir contra todo lo que se moviera.

El sexto buque de carga dejó cerradas sus puertas misteriosamente.

En ese momento, *Falco Peregrinus*, piloteando *El Treceavo Cielo*, surgió del abismo al cual había condenado y escuchando desde lejos el bestial clamor y batahola de la beligerancia, se dirigió en línea recta hacia ella.

Metió a fondo el pedal acelerador.

A máxima velocidad se encaminó a la contienda.

Dando varios vericuetos a través de su recorrido por las laberínticas encrucijadas de las grutas, la *vhímana* salió de las gargantas del infierno, como si fuera vomitada con fuego por este, y tras avanzar por la impresionante galería de grutas y cuevas ante los ojos del omninauta se descubrió *La Ciudad Dorada*, envuelta en sangre y llamas.

Sobre sus cielos se desencadenaba una colosal disputa.

Cientos de aeronaves revoloteaban en el aire, como si fueran insectos voladores, zumbando y disparando su letal veneno sobre sus enemigos.

El gutural techo de la gruta resplandecía brevemente con las letales detonaciones para luego regresar perezosamente a las penumbras.

Los símbolos de *La Sociedad* se hallaban inscritos en todos los artefactos aéreos.

Eso bastó para hacer enfurecer al criminal.

Falco se metió de lleno a la riña, abriendo fuego sin cesar con sus poderosas baterías de poder hacia todas las naves bélicas, sin distinguir cuales eran aliadas y cuales eran enemigas, pues no conocía la diferencia entre ellas.

Por su parte, los theratogénicos, al no tener referencia del omninauta ni de su transporte, y sin saber de parte de quién estaba, también hicieron rugir sus cañones de tierra contra la omninave y una encarnizada lucha se cerró en oposición a *El Treceavo Cielo*.

El ágil piloto tuvo que eludir de la misma forma a los múltiples francotiradores apostados en diferentes puntos estratégicos de las estalactitas, evadiendo los mortales mísiles lanzados para derribar su portentoso vehículo, pero el bandido era un consumado virtuoso en el manejo de su aparato motriz y esquivaba los ataques, como burlándose de ellos.

Era *Falco* contra todos y todos contra *El Treceavo Cielo*.

Al menos al principio.

Después, tras un poco de tiempo, los rebeldes alcanzaron a discernir un patrón en las sádicas ofensivas de la omninave, y pronto se dieron cuenta de que el forastero estaba más de parte de ellos que de *La Sociedad* y pronto cesaron sus hostilidades, apreciándolo como un extraño aliado y lo dejaron maniobrar a su conveniencia.

El Treceavo Cielo era un depredador en el cielo.

Acechaba a sus presas y las cazaba con saña y violencia.

La omninave era una asesina.

El negro corazón de *Falco* se regocijaba inicuamente con sus infames actos.

Aprovechando las maravillosas capacidades de su vehículo, el prófugo se internaba en las entrañas de la tierra, evadiendo a sus opresores cuando estos le acorralaban, para posteriormente emerger a sus espaldas y derribarlos a traición.

Era su venganza particular.

De entre la multitud de aeronaves combatiendo ferozmente en los aires, a *Falco* le llamó la atención una diminuta e intrépida nave, la cual se distinguía sobre todas las demás, a causa de su aguerrida y dinámica manera de enfrentarse a las naves enemigas y de propinar graves bajas a las filas de los theratogénicos.

La aeronave pertenecía a un modelo experimental de *La Sociedad*, el cual estaba basado en una combinación de antiguos diseños de omninaves, razón por la cual compartía varias características con estos, como el mismo tipo de combustible.

Estaba tripulada por Práxedis, el protegido de *Moiawua*.

El adolescente era bueno en extremo, al menos, para su edad y era el dueño de un estilo sumamente peculiar y mortífero para atacar.

Falco lo tomó como un reto personal.

Se lanzó de lleno contra él, sin previo aviso, abriendo fuego alevosa y violentamente sobre la coraza del vehículo de su rival, no dándole siquiera la oportunidad de evadir sus tiros.

Y sin embargo lo hizo.

El joven piloto maniobró su pequeño artefacto volador de forma inesperada, como advertido por los labios de un ángel, y evadió con maestría el ataque de su pérfido oponente.

Después, dando un viraje, contraatacó con inusitada habilidad a su adversario, efectuando varios disparos sobre *El Treceavo Cielo*.

También el omninauta esquivó los tiros, pero Práxedis había estado más cerca de acertar sobre él, que él sobre Práxedis.

Esto molestó al orgulloso criminal.

No podía permitirlo, y se lanzó en persecución del mozuelo.

Ambos se batieron en un duelo aéreo por toda *Dubhai*.

Hicieron gala de sus conocimientos y pericias de sus respectivas naves, mientras ambos evadían el fuego de la artillería de los theratogénicos y las ráfagas de las ametralladoras de las unidades levitantes de *La Sociedad*.

Los pertrechos volaban por todos lados, como si hubieran sido salpicados, y el frío rocío de su toque acariciaba constantemente a los aparatos y a los seres vivos dentro de ellos.

Más de una vez pasaron silbando a su lado los perniciosos mísiles, lanzados desde las sombras por los gatilleros insurgentes, rozando peligrosamente el fuselaje de los dos competidores impíos.

Por momentos, *Falco* tenía la impresión de que el chico solo se entretenía con él.

Esto le enfurecía.

Decidido a poner fin a su mortal juego, el criminal llevó a su rival a un enredado subnivel de galeras, en las cuales gracias a las protuberancias de las cavernas podría emboscarlo con facilidad y hacer uso de las capacidades de la omninave para enterrarse en las paredes para posteriormente surgir de ellas en otro sitio y derrumbar a su contrincante.

Los dos pilotos se internaron en las enmarañadas profundidades de los rocosos túneles sin fin de la tierra.

Era un duelo a muerte.

El más mínimo error les costaría la vida.

Entonces, una alarma de prevención sonó en *El Treceavo Cielo*.

Se estaba quedando sin combustible.

Su largo ascenso del abismo lo había consumido casi por completo.

Después, se había equivocado al lanzarse precipitadamente al combate sin verificar el estado de su equipo, pues su rencor contra *La Sociedad* lo descontroló.

A la velocidad a la que viajaba, agotaría todos sus recursos en un par de minutos.

"¡Mierda!", rumió el omninauta.

No resuelto a perder, *Falco* adelantó su ataque, pero para su gran consternación, vio como ante sus atónitos ojos, Práxedis llevo a cabo exactamente la misma estratagema que el realizaría y atravesando las paredes el astuto joven se enterró en ellas.

El criminal quedó estupefacto.

"Nunca creí volver a ver a otra omninave", pensó.

Pero sus pensamientos se vieron interrumpidos por Práxedis, quien emergió a sus espaldas, y de manera artera disparo sin piedad sobre él.

El Treceavo Cielo cayó en picada.

Una cola de humo, como un cometa, le escoltó en su descenso.

"¡Nunca me habían derribado!", se dijo.

Falco se aferró al centro de mando de su vehículo, para poder controlar su caída y no perecer durante el próximo impacto a sufrir.

Se estrelló con violencia en un páramo.

La mitad de la omninave yacía sepultada en diagonal.

Práxedis voló en círculos alrededor de la aeronave, como burlándose de su desgracia, y luego se acercó al transporte para dar la estocada final y rematar a su rival.

Sin el más mínimo ápice de misericordia, Práxedis tiró del gatillo de sus poderosas baterías y estas rugieron implacables, haciendo blanco sobre la desafortunada nave.

La mitad exterior derecha de la omninave quedo carbonizada.

En el interior de ella, *Falco* se apartó del centro de mando, deshaciendo a la burbuja protectora, y tomando su único revolver, corrió hacia la escotilla de salida.

Una vez allí, abrió fuego a mano limpia contra el soberbio adolescente.

Práxedis sonrió con ironía, evadiendo tranquilamente los tiros lumínicos y se arrojó contra *El Treceavo Cielo*.

Falco, al ver que su enemigo se aproximaba con una rapidez impresionante, se metió a su vehículo.

"¡Ahora veras hijo de puta!", pensó el astuto bandido y se coló hasta los sótanos de su nave.

Práxedis disparó nuevamente, pero en la seguridad de la victoria, un potente tiro emergió de los entresijos de la tierra y dio de lleno contra su transporte.

Aún incrédulo, el muchacho observó cómo su aeronave se iba a pique, con el abordo.

Le parecía inverosímil.

Falco lo había engañado.

Aprovechando que la mitad de su nave estaba enterrada, había usado la batería de poder del lado sepultado, la cual estaba oculta y la había usado contra el hábil piloto de *La Sociedad*, quién no esperaba un ataque al no poder verlo.

Tomando nuevamente su pistola, *Falco* se dirigió una vez más a la escotilla para salir y a ejecutar al niño y tomar el combustible de su vehículo para sí mismo.

No llegó a hacerlo.

Una brutal patada en su cara se lo impidió.

Práxedis se había introducido en El Treceavo Cielo, anticipándose al criminal.

Sangrando abundantemente, *Falco* se levantó.

Su visión se empañaba.

Había sido un golpe muy duro.

Lo habían tomado con la guardia baja.

-¡Nunca me habían derribado! –reclamó el chico, mientras propinaba otro golpe en las costillas a *Falco* y luego encajó un rodillazo en el estómago.

Falco vomitó todo el aire en sus pulmones.

-Siempre hay una primera vez –susurró el criminal y enseguida desenfundó su revólver y disparó a quemarropa al muchacho.

Y ni así le atinó.

Práxedis realmente era veloz.

Y no era un theratogénico.

Había sido entrenado por *Moiawua*.

La oscuridad en el vientre de la omninave caída le ayudaba bastante.

El omninauta realizo varios tiros desesperados a diferentes puntos de su vehículo, todos ellos a ciegas, intentado matar al peligroso y diestro adolescente a toda costa, pero erró miserablemente en todos sus tanteos.

Práxedis no estaba en ningún lugar.

El vientre de *El Treceavo Cielo* se iluminaba momentáneamente con el fulgor de los disparos.

Pareciera como si su oponente hubiera desaparecido.

"¡Mierda!", gritó el desafortunado bandido.

Entonces, un nuevo puñetazo se estampó en la cara del bandido, el cual se desplomó en la cubierta y dejó caer su arma y única oportunidad contra Práxedis.

Entonces, sin darle tiempo a recuperarse, el joven le rompió el brazo.

Falco soltó un grito desgarrador.

"Quiere jugar conmigo", pensó, "Igual que con nuestro duelo en el aire", "Desea matarme con sus manos, poco a poco, disfrutarlo", "Maldito enfermo".

-Ustedes son unos apóstatas –dijo el chico-, creen que saben lo que hacen pero en realidad no se dan cuenta de su pecado. Han ido contra los dioses mismos y estos no los han dejado sin

castigo. Para guardar el sagrado nombre de dios, nos tienen a sus fieles siervos, quienes ejecutaremos sin falta a todo aquel que tome como indigno su sagrado nombre del cual no eres ni siquiera digno de pronunciarlo.

Falco escupió sangre.

-¡Por dios, niño! –vociferó el omninauta-, ¡Si me vas a matar, solo hazlo! ¡No me vengas con tus sermones o yo mismo me suicidaré! ¡Me cago en tu puto dios!

A lo lejos se escuchaba el vigoroso fragor de la batalla.

El joven se acercó *Falco*, para ejecutarlo, pensaba desnucarlo.

-¡Muere, apostata! –gritó el adolescente.

Una siniestra silueta se perfiló a las espaldas de Práxedis.

Enseguida, la confusión lo invadió todo, al menos para *Falco*, y una serie de rápidos y silentes movimientos se sucedieron de manera furtiva en las sombras, donde una especie de combate breve y mortal se desencadenó, teniendo como protagonista a la enigmática tercer figura, la cual había salvado de una muerte segura a *El Halcón Peregrino*.

De pronto, *Falco* sintió como unas gotas de sangre eran derramadas sobre su cara y después el cuerpo mutilado de Práxedis se derrumbó encima de él, como si hubiera fallecido.

El bandido empujo al cuerpo a un lado y pudo apreciar de cerca la magnitud de las heridas del muchacho.

Tenía los dos brazos amputados.

Se los habían cercenado con dos objetos de extraordinario filo.

También tenía un profundo corte en la garganta.

Y aún estaba vivo.

Pero no por mucho tiempo.

El adolescente agonizaba.

Se desangraba.

A duras penas, *Falco* se puso de pie, reprimiendo el dolor de su extremidad quebrada.

-¿Quién eres? –le preguntó el bandido a la silueta que había matado a Práxedis.

-Te necesito –contestó secamente su misterioso bienhechor.

La voz de la silueta era sibilina, como si fluyera suavemente por su garganta, raspándola cuando subía de sus pulmones.

Al criminal le sonaba conocida su voz, pero no podía ubicarla en el tiempo y el espacio.

-¿Para qué me necesitas? –dijo el dueño de *El Treceavo Cielo*.

-Ya lo sabrás.

Práxedis comenzó a patalear débilmente.

-Espera un momento –exclamó el omninauta, y con sus manos busco a tientas su revólver, palpando el suelo cuidadosamente por todos lados, hasta que en una esquina no muy lejana lo encontró.

Tomando su arma, se acercó al chico y le puso la pistola en la cabeza.

Los ojos del muchacho destilaban odio e impotencia.

-¡Al carajo contigo! –chasqueó el criminal y jaló del gatillo.

Un haz de luz fue vomitado por la boca del revólver.

La cabeza de Práxedis estalló.

Sus vísceras mancharon la pared.

El cuello del decapitado humeaba.

-No me complace haberle cortado de la vida al chico que yace a tus pies. Tenía mucho talento –explicó la misteriosa tercer figura-, con toda seguridad hubiera llegado a ser *Anciano*, y tal vez hasta formar parte de *La Sociedad*.

-Entonces me siento doblemente feliz –dijo el criminal.

-Necesitamos arreglar tu brazo –acotó la figura.

-¿Quién eres? –volvió a preguntar el bandido, desconfiado-, ¡Sal de la oscuridad!

-¿No me dispararás si lo hago?

-Me acabas de salvar la vida –refunfuñó-. No lo haré.

La silueta dejó las penumbras y emergió de ellas.

Falco Peregrinus se llevó una sorpresa cuando descubrió la identidad de su salvador y olvidando su promesa le apuntó su revolver a la cabeza.

Era *El Psicopompo*.

-Mi armadura es de *unobtainium*. Tu arma no me hará daño. Bájala o te rompo el brazo bueno.

-¡Tú estabas en *El Laberinto Del Cíbola*! –reclamó el omninauta, apuntándole aún más el cañón del revólver.

-De hecho, yo comandé esa operación.

-¿Cuál es tu juego, eh? ¿A qué trampa me llevas?

-A ninguna. Ayúdame.

-¡Nunca ayudaré a *La Sociedad*!

-Yo tampoco. Acabo de abandonarla. Apostaté de ella. Ahora soy un fugitivo como tú.

-¿Y por qué lo hiciste?

-Sucedieron cosas en *El Laberinto Del Cíbola* que no comprenderías. Una luz se derramó en mi mente. Me hizo pensar.

-¿Y cómo sé que es verdad y no una trampa?

-No puedes saberlo. Perdemos tiempo, mientras nosotros hablamos, *Dubhai* está siendo masacrada y será tomada por el ejército invasor si no actuamos. Nosotros podemos revertir ese resultado porque robé información vital antes de huir.

Falco bajó la pistola, aunque procuró tenerla a la mano.

-No te daré la espalda –dijo el omninauta.

-Haces bien. Dame tu brazo. Debo componerlo.

Receloso, el bandido lo hizo.

El Psicopompo rasgó la manga del omnitraje.

Falco no tuvo tiempo de impedir la acción.

Zurcir un omnitraje era una tarea muy dificultosa.

-Tengo drogas para el dolor en mi centro de mando –dijo el criminal, anticipando el dolor que vendría.

-Te arreglaré el hueso sin usar analgésicos. Si los tomas ya no podrás conducir esta nave.

-No me conoces –replicó el omninauta.

-He dicho que no. Si vuelas esta omninave con el brazo roto, además de estar drogado, no representaremos ninguna amenaza para el lugar al cual pronto vamos a ir. Te va a doler.

El Psicopompo le dio un trapo a *Falco*, para que este lo mordiera, pero lo rechazó.

De un solo violento tirón, el siervo renegado acomodó el ensangrentado hueso.

Más allá de las grutas, allende los abismos insalvables de las cavernas, casi en el núcleo de *La Ciudad Dorada*, *Therathos* había organizado una sofisticada red de comunicaciones y de resistencia.

El avance del enemigo era notable, habían apostado diferentes legiones de guerreros en los perímetros conquistados para asegurarlos.

Eran los theratogénicos fieles a *La Sociedad* quienes causaban más daño a sus semejantes, y entre estos monstruos, era *El Wakufen* quien más destrucción ocasionaba.

El animal era una tormenta.

La salvaje y colosal bestia arrasaba todo a su paso.

Como si fuese un animal rabioso.

Sus poderosas mandíbulas lo trituraban todo.

En sus fauces cayeron varios infelices.

La Sociedad había logrado sitiar a *Dubhai*, obligando a los rebeldes a retirarse al centro de *La Ciudad Dorada*, pero estos, gracias a la guía de *Therathos*, erigieron rápida y organizadamente una intrincada e infranqueable línea de fuego, la cual *La Sociedad* no podía penetrar.

En ese momento, un terremoto más desgarrador al primero hizo cimbrar a los despojos de la urbe.

El suelo se cuarteó y se elevó sobre sí mismo, desnivelándose con esta acción, creando un terreno irregular y accidentado como nuevo paraje.

La tierra se abrió y se tragó vivas a las personas.

Por las grietas abiertas por el sismo, se hundieron varias máquinas de guerra y construcciones de los theratogénicos, las estalactitas sobrevivientes al primer temblor se desprendieron del techo y cayeron sobre la megalópolis.

La devastación era total.

El movimiento telúrico cobró víctimas por igual.

Asimismo, *El Wakufen*, aprovechando el breve momento de distracción generado por el temblor, había penetrado el interior del cerco de los theratogénicos y despotricaba contra *Dubhai*.

Téotl, por su parte, aunque había participado en la acción para repeler los *Siervos* se había guarecido de los ataques de los theratogénicos traidores y del temblor en una galería subterránea.

Tenía un ligero mal presentimiento.

En su mente, una voz le murmuraba cosas, sin que las comprendiera.

Sin saber porque, metió la mano en el bolsillo de su pantalón, y extrajo su aparato intercomunicador.

Tenía un mensaje.

Procedía del dispositivo de Bellangela.

Presuroso, abrió el recado y una imagen pentadimensional, la cual no era la de la futura *Prae Sedere*, se proyectó.

Se trataba de una softoide.

-Hola Téotl –exclamó el ser artificial-, recibe un afectuoso y fraternal saludo desde *Endópolis*.

-¿Quién eres? –preguntó.

El ente sonrió.

-Soy *Lhayina* y esta es solo una de las billones de formas que puedo adquirir. Discúlpame si te has sentido engañado. Lamento habernos conocido de esta manera.

-¡*Lhayina*! –exclamó Téotl-, entonces, si estás aquí, habrás aceptado unirte a nosotros.

-Más bien, he elegido ayudarles y para eso estoy aquí. Escúchame, pequeño guerrero, obtuve de fuentes seguras los siguiente datos. En el hipocentro del terremoto, *La Sociedad* ha instalado una dantesca maquina tecnológica, la cual es la responsable de estos movimientos telúricos. Sin embargo, en caso de perder ante *Therathos* producirá un tercer temblor, uno más grande a todos los demás. Mis reportes indican que, a pesar de ser superiores, *La Sociedad* está cayendo ante la mente brillante de *Therathos* y sus extraordinarios guerreros. El aparato bélico en el hipocentro está próximo a recabar la energía geotérmica suficiente para producir el tercer y último temblor. Si *Dubhai* no es para ellos, no será para nadie. Es una táctica de tierra arrasada. He descargado las coordenadas exactas del artefacto mortal a tu dispositivo.

A Téotl se le heló la sangre.

-¿Dónde está Bellangela? –solo eso atinó a decir.

-No lo sé –respondió la gynoide-, después de visitarme, se marchó de *La Ciudad Interior*. Poco después supe de esta información e intenté en vano contactarme con ella, pero accedí a su dispositivo, con la esperanza de revisar su agenda, y en ella solo estabas tú y me comuniqué contigo a través de ella, por eso recibiste mi llamada como si se tratara de *La Virgen Vhestal*.

Una preocupación más para Téotl.

-Entonces, ¿está perdida? –dijo el para sí mismo. Luego, se dirigió nuevamente a la gynoide-. ¿Puedes ayudarme a encontrarla?

-Seguramente sí, pero me tardaré un poco.

-Tomate tu tiempo –acotó el niño.

Mientras tanto, en los cielos de roca de *Dubhai*, casi todos los francotiradores apostados en las estalactitas gigantes ya habían sido asesinados, aunque aún quedaban algunos, los cuales resistían heroicamente contra una fuerza militar abrumadoramente superior.

Entonces *El Treceavo Cielo*, con *El Psicopompo* y *Falco Peregrinus* en su interior, cruzó el rocoso firmamento de *La Ciudad Dorada*.

-¿A dónde vamos? –inquirió el omninauta.

-Allí –reveló el extraño pasajero y señaló al misterio sexto buque de carga.

Mientras volaban por encima de la atribulada urbe, en su núcleo, observaron como *El Wakufen* arruinaba a los sitiados.

El Psicopompo mandó un radiomensaje encriptado al buque de carga, para que este dejara acercarse a *El Treceavo Cielo*.

-No intentes nada… -susurró *Falco*, temiendo una posible traición del guerrero.

Pasando entre miles de disparos, la omninave descendió sobre el suelo y los tripulantes salieron de ella para dirigirse al navío.

Sigilosamente, dagas en mano, *El Psicopompo* se internó en el titánico medio de transporte, solicitándole a *Falco* que aguardara afuera.

Transcurridos un par de minutos, el *Rakshasa* salió.

-¡Entra! –le dijo.

El bandido empuñaba su revólver, pero no había necesidad de ello.

La sangre había decorado las paredes.

Todos estaban asesinados.

Solo unos cuantos, aún con vida, se arrastraban por el suelo.

Falco los remató.

-Ve al centro de mando de este buque, subiendo el ascensor número seis y conduce esta nave hasta llegar a la línea de fuego entre los rebeldes –ordenó el *Rakshasa*.

-¡No me des órdenes! –refunfuñó el bandido- ¿Qué vas a hacer?

-Detendremos a *El Wakufen* con algo peor que el –respondió el asesino.

-¿No nos atacará *La Sociedad*? ¿No nos derribará en el aire?

-Este buque de carga se reporta a sus superiores cada seis minutos, de los cuales llevamos la mitad, o sea, tenemos tres minutos en los que nos seguirán considerando parte de ellos antes de darse cuenta de que algo sucede aquí abajo. Aprovecharemos ese breve tiempo para llegar hasta la frontera de tierra de nadie. ¡Apresúrate!

-¡No me des órdenes! –exclamó el omninauta y enseguida subió corriendo hasta los controles del titánico vehículo de transporte y lo elevó magistralmente por los vientos, elevándolo por encima de los letales rayos luminosos de los rebeldes.

Con velocidad y genialidad, el criminal condujo el monstruoso aparato a través del sangriento combate, recibiendo varios impactos terribles en su carcasa, procedentes de los mismos theratogénicos a quienes intentaban ayudar, ignorantes de la verdadera causa de quienes viajaban en su interior.

Falco, sin un ápice de duda, se vio obligado varias veces a abrir fuego sobre ellos y asesinar a muchos en pos del bien común.

Así tenía que ser si ellos deseaban sobrevivir.

Por fin, tras solo unos pocos y dramáticos segundos, *El Halcón Peregrino* aterrizó al pesado buque de carga de manera desastrosa, sobre la tierra de nadie.

"Ala Del Viento, repórtese", sonó iracunda una voz sobre el altavoz de la nave, "¿Por qué abandonó su posición? ¿Qué hace en la tierra de nadie?, ¡Contesté!".

El criminal no respondió y descendió por los ascensores con rapidez inaudita.

-¡Te equivocaste en tu medida del tiempo! –replicó enojado el piloto oscuro-, ¡Ya se han dado cuenta del engaño! ¡No tardarán en venir hacia nosotros!

-Ven conmigo –contestó el *Rakshasa*.

Caminaron presurosamente por una serie de intrincados pasadizos, hasta llegar a una puerta de *unobtainium*, donde *El Psicopompo* tecleó un código secreto de seguridad y entonces la cancela se abrió subrepticiamente.

Ambos entraron en ella.

Esta era una enorme y oscura bóveda, de la cual algunas gotas de agua se descolgaban del techo y un fétido olor impregnaba el ambiente, pero lo más inquietante de ella era una especie de respiración agitada y anormal, como la de un animal rabioso, moviéndose de un lugar a otro de la habitación.

-¿A dónde diablos me has traído? –reclamó el bandido.

Pero no obtuvo respuesta.

El Psicopompo, conociendo de manera previa la estructura y funcionamiento del aerotransporte, activó la luz y la habitación se iluminó.

En su interior se dejó ver a una inhumana e imparable arma de guerra.

Era *Athanatoi*, encadenado, intentando romper sus cadenas de *unobtainium*.

Una especie de bozal se hallaba amarrado a su boca, con la intención de impedirle morderse y arrancarse sus manos, para escapar.

-¡Oh, con un infierno! ¡El maldito fenómeno! –gritó *Falco* y le apuntó su revólver.

-¿De veras crees que le harás daño? –preguntó con ironía el asesino-. Él es nuestra única oportunidad contra *El Wakufen*. Debemos liberarlo sobre *Dubhai* si deseamos deshacernos del otro theratogénico.

-¡No sabes lo que haces! ¡Es altamente inestable! ¡Está loco! ¡Por ningún motivo pienso seguir en esta nave! ¡Me marchó! –dijo el omninauta y guardando su revolver se encaminó hacia la salida.

El Psicopompo se acercó a *Athanatoi*, quién estaba furioso, y lo miró a los ojos.

-Tu y yo nos enfrentamos en *La Ciudad De Yaxha*, donde me pudiste haber vencido de manera muy fácil, si hubieras sido un guerrero. Ahora ya no somos enemigos. Ignoro que suceda en tu atormentada mente. Tampoco sé si comprendes lo que te digo, pero te voy a liberar.

Entonces, el asesino sacó sus dos navajas y dando dos gráciles y elegantes tajos, el bozal se abrió y cayó en el suelo.

El *Rakshasa* salió del aposento con calma y después abrió la dantesca reja de salida al exterior.

Con sus dientes libres, *Athanatoi* se arrancó a mordidas sus extremidades y se liberó de sus ataduras.

Estaba colérico, como un animal debido a su encierro, y con ansias de sangre, salió de su celda, dando un espeluznante alarido.

Athanatoi alzó su vista sobre *Dubhai* y a lo lejos alcanzó a distinguir la figura de *El Wakufen*, quién causaba severos estragos en la otrora libre ciudad.

Corriendo, el colosal invidente se lanzó hacia el gigantesco monstruo, sorteando ágilmente varios y diferentes obstáculos, recibiendo de lleno varios impactos en su milagroso cuerpo, el cual se volvía siempre a regenerar y a fortalecer.

Athanatoi brincó repetidamente por las grietas sin fondo producidas por el último terremoto, realizando saltos inverosímiles gracias a su descomunal naturaleza, imposibles para el hombre común pero no para él, salvando los grandes abismos bajo sus pies.

Por su parte, el grotesco animal conocido como *El Wakufen*, se regodeaba inmensamente ante la destrucción provocada por el, deleitando la inicua pupila de sus ojos con las llamas de las ruinas de la ciudad.

Varios theratogénicos le presentaban resistencia con tesón y brío, peleando cuerpo a cuerpo contra ella, de una manera heroica, en una lucha desigual, esforzándose por rescatar los restos de una urbe miserable pero aún libre, sin embargo la bestia era un ser indómito y sin alma, y terminaba por triturar y roer en vida bajo sus garras a todo aquel que osara enfrentarla.

Athanatoi pegó su último salto y cayó justo frente a *El Wakufen*.

La fiera no retrocedió, y soltando un fuerte y apestoso bufido de aire caliente, arremetió contra su nuevo competidor.

El invidente theratogénico, contra todo lo que se esperaba, no representó ninguna amenaza para el fabuloso animal de *La Sociedad*.

El Wakufen de una sola brutal dentellada, haciendo uso de sus potentes fauces, logró partir en dos al inmortal, desprendiendo su tórax del resto de su cuerpo y luego la bestia prosiguió con su mortal paso de aniquilación y exterminio.

Las entrañas y vísceras del fallido agresor se desparramaron por el suelo.

La parte inferior del guerrero se pudrió raudamente al separarse del organismo, como de costumbre, y la parte superior se restableció casi al momento.

Lleno de ira, *Athanatoi* se puso de pie, ante la mirada incrédula de los presentes, y embistió una vez más a su poderoso contrincante, decidido a no volver a cometer los mismos errores ni cometer otros de ningún tipo.

Esta vez la táctica empleada por el guerrero ciego fue diferente.

De manera silente se colocó a espaldas del animal y se colocó por debajo de él.

Una vez hecho esto, el gigantesco *Athanatoi* lo tomó por el estómago y elevándolo por encima del suelo, lo cargó por un breve periodo de tiempo, suspendiéndolo por el aire y deteniendo por primera vez durante el combate a la fiera de *El Wakufen*.

Todos quedaron impresionados.

Por un segundo, la esperanza renació en todos ellos.

Entonces, el coloso arrojó al animal con todas sus fuerzas y este cayó de espaldas, dando una pirueta en el aire, situación que los insurgentes aprovecharon sin desperdicio, abalanzándose hacia ella sin clemencia con el fuego de su metralla, logrando herirla y vulnerar su piel, aunque de manera superficial.

Sin embargo, la bestia distaba mucho de ser vencida y se incorporó de inmediato, usando el látigo de su cola para flagelar a sus atacantes como represalia, rebanando a la mayoría de ellos en distintas partes de su cuerpo.

Pero esto no intimido a *Athanatoi*.

Haciéndole frente, tomó a la bestia de sus dos patas delanteras.

Al instante se enzarzaron en una lid sin cuartel, como dos titanes, engendrando una estela de desolación, devastando todo a su paso.

Los theratogénicos abrieron fuego contra *El Wakufen*, ayudando al inmortal en su guerra personal contra la bestia, pero no podían evitar de vez en cuando hacer mella con su fuego al guerrero, el cual de todos modos sanaba al instante.

La disputa entre estos dos asombrosos seres resultó ser tan bestial, que acabó por ser perniciosa para la urbe, y era incluso más dañina y desastrosa que *El Wakufen* mismo, y de esta forma, el ejército de guerrilleros recibió la orden de exterminar a las dos monstruosas criaturas por igual.

La artillería pesada cayó sobre ellos.

El más afectado en primer grado en estas abusivas ofensivas, era *Athanatoi*, pero sus heridas sanaban al instante, al contrario de *El Wakufen*, quién sufría menos lesiones pero estas eran permanentes.

En algunas ocasiones, el fuego sobre las figuras fue tan intenso que los dos bárbaras bestias se vieron obligadas a suspender las hostilidades entre ellas y aliarse temporalmente para contraatacar y eliminar a sus enemigos, y una vez hecho esto volvían a reanudar sus rivalidades.

El núcleo de *Dubhai* comenzó a humear.

La Ciudad Dorada ardía.

Eran un cataclismo.

Una hecatombe.

Therathos mismo decidió tomar cartas en el asunto.

Decidido a finiquitar la cruenta carnicería, se transportó al centro de la beligerancia y allí, a pesar de su avanzada edad, se invistió con sus añejos atavíos de guerrero y presintió muy sutilmente a su muerte flotando en el ambiente.

“¡Cesen al fuego!”, gritó el comandante en jefe, “¡Despeñaremos a los invasores por los abismos!”, “¡Disparen cuando yo lo ordené!”.

Así lo hicieron sus subalternos.

Tomando una lanza manufacturada a base de *unobtainium*, se arrojó a la arena del duelo, listo para matar o ser muerto.

Mientras recorría el anillo de destrucción causado por las feroces fieras, observó a sus enemigos,y notó en *Athanatoi* al menor de dos males, aunque tal vez el más peligroso, pero aun así, era factible una alianza momentánea entre los dos para liquidar a una amenaza común.

Con este pensamiento en mente, el líder guerrillero agredió a *El Wakufen* en primera instancia, conservando su distancia con el animal a través de su garrocha punzocortante.

-¡Escúchame! –rugió *Therathos*-, ¡Entre los dos podemos aventar al animal al vacío! ¡Necesito tu cooperación! ¡¿Me ayudaras?!

Un atisbo de cordura brilló en los ojos de *Athanatoi*.

Unieron esfuerzos contra la bestia.

Con grandes esfuerzos, entre ambos lograron acorralarla al borde del precipicio, no sin que antes la criatura se defendiera, usando para ello su filosísima cola, la cual alcanzo varias veces la piel de *Therathos*, provocándole profundos y horribles cortes, pero el bravo adalid no retrocedió.

Otras tantas incisiones recibió *Athanatoi* pero estas se curaron.

La inesperada pareja continuó haciendo presión contra el animal, en un demoledor intercambio de fuerza bruta, pero por una mínima diferencia, *El Wakufen* resultó ser el vencedor, aunque ya casi había logrado ser despeñado por el abismo, y a la orilla de este, la criatura rozó el abismo.

-¡Disparen! –aulló el guerrillero, arrojándose al piso para evitar la metralla.

La respuesta de sus subordinados no se hizo esperar.

Un monumental torrente de luz letal fue escupida por las armas de ellos, tiroteando incluso a los dos aliados, pero sobre todo, haciendo objetivo en *El Wakufen*, el cual cayó al vacío, soltando un espantoso bramido.

Por fin se habían librado de la bestia.

Los guerrilleros testigos de ese encuentro, gritaron de júbilo y corrieron hacia *Al Jhedive* para aclamarlo.

Therathos se levantó, malherido, y se asomó al precipicio, para asegurarse de la caída del animal.

Así había sido.

Satisfecho se dio la vuelta, pero se encontró a *Athanatoi* enfrente de él. Este lo tomó del cuello, estrangulándolo, y lo alzó por encima del suelo.

El inmortal era un poco más alto que el guerrillero.

Los hombres del adalid, asombrados y desconcertados, detuvieron su marcha y le apuntaron al agresor, pero no le dispararon, por miedo a herir a su dirigente.

-¡Sin treguas ni paz! –vociferó el gigante invidente y enseguida levantó al dirigente theratogénico con sus dos manos y lo hizo caer sobre su rodilla, sádicamente, rompiéndole la columna vertebral.

Una lluvia de disparos traspasó la espalda de *Athanatoi*, pero este, indiferente, huyó de ellos, perdiéndose vertiginosamente entre los escombros y las ruinas de la ciudad.

La batalla había llegado a su fin.

Era una victoria pírrica.

Dubhai estaba en decadencia.

En medio de ese crepúsculo eterno, atravesando el aire con sus ondas de estática, traspasando el fétido vapor del humo, entre todo el movimiento médico que existía para salvar la vida al líder theratogénico, sonó una voz en la caravana de *Therathos* por medio de los aparatos intercomunicadores.

Era Téotl.

Pedía comunicarse con el adalid.

Dañado, el líder aceptó el mensaje, con la esperanza de poder rastrear la señal de comunicación y capturarlo.

Un enfermero puso el aparato intercomunicador en la cabeza de *Al Jhedive*, ante la incapacidad de este para tomarlo a causa de sus terribles heridas.

El equipo médico se preparaba a inducirlo a un breve coma artificial para salvarle la vida.

-Antes de que emitas algún juicio de valor, escúchame atentamente *Therathos* –dijo secamente Téotl, con una voz que a veces se deformaba a causa de la interferencia-. *La Sociedad* se ha dado cuenta que perdió esta batalla y ahora prepara un último y demoledor contraataque de represalia contra *Dubhai*. Los terremotos están siendo causados por una máquina de guerra cuyas coordenadas conozco pero no tengo los medios para llegar a ella. Necesito un aparato de tele transportación y a varios de tus hombres para detener este último ataque.

-¡No te ayudaré en nada! –exclamó agónico *Therathos*-. ¡Tú nos traicionaste!

-No los traicioné –protestó Téotl de inmediato-. El tiempo corre. Todos moriremos, incluyéndome, si no me proporcionas esta ayuda. ¿Estás dispuesto a que todo tu pueblo muera?

El guerrillero permaneció en silencio.

El jefe del equipo médico hizo una advertencia al líder de los theratogénicos.

-*Al Jhedive*, debemos inducirlo a coma artificial ahora mismo o sufrirá daños irreversibles.

Therathos hizo caso omiso de la advertencia.

-Dame las coordenadas de esa máquina–susurró *Al Jhedive*, crujiendo sus dientes a causa del dolor que los médicos le ocasionaban al curar sus heridas-. Mandaré hombres de mi confianza para detener esa infernal máquina de guerra.

-No puedo hacerlo –replicó Téotl-. Tengo que ir yo mismo al hipocentro para desactivar la máquina por medio de un algoritmo que no es fácil de explicar. Si la máquina es detenida abruptamente la inercia de la energía recabada para provocar terremotos provocará de todos modos otro terremoto devastador. La máquina debe ser detenida paulatinamente. Decide rápido. Tenemos solo uno par de minutos antes del ataque final.

-¡*Al Jhedive*! –dijo el jefe del equipo médico, intentando que el líder theratogénico diera su consentimiento.

Therathos suspiró.

-¿En dónde estás? –dijo al fin el guerrillero.

-Ya he descargado mi ubicación en tus computadoras–contestó rápidamente Téotl-. Hazme llegar a los hombres más cercanos. No olvides el aparato de tele transportación.

Al Jhedive dio las órdenes necesarias para proporcionar a Téotl lo que pedía. También autorizó que el equipo médico lo indujera al coma artificial.

Breves instantes después, un nuevo temblor se dejó sentir por todo *Dubhai*. Sin embargo, había sido mucho menor al resto de movimientos telúricos. Incluso, había ocasionado pocos daños y muertes. A este temblor le siguieron otros trece. Cada uno más débil que el anterior, hasta que finalmente el último casi no se sintió.

La máquina había sido detenida.

Durante el transcurso del último temblor *Therathos* comenzó a recuperar el conocimiento del breve coma inducido artificialmente.

Los médicos que habían trabajado en la operación no sabían cómo darle la fúnebre noticia a *Therathos*. Fue el jefe de la unidad médica quien lo hizo.

-*Al Jhedive*… estará usted cuadripléjico el resto de sus días –dijo sin más el responsable de la operación.

Therathos solo guardó silencio y miró con frialdad el techo de su tienda de campaña.

Una voz conocida sonó nuevamente por medio de los aparatos intercomunicadores.

Era Téotl.

-Venimos ascendiendo del *hipocentro*. Acabamos de aniquilar la maquinaria. Ya no habrá más terremotos, *Al Jhedive*. Ahora me encamino hacia ti.

-¡Téotl! –susurró el líder-, ¡Tenías razón, tu sabiduría es aparte de tu juventud! Tu parábola de la rosa con alas era cierta. No puedo creerlo, no habrá paz, sea cual sea la elección... *Dubhai* ha caído... *La Ciudad Dorada* ya es cenizas de oro... Haremos una coalición, habrá una venganza... Derrocaremos a *La Sociedad* o moriremos en el intento...

Mientras el theratogénico hablaba, la nave de Téotl llegó a la caravana. Téotl salió de su medio de transporte, solo para encontrarse a *El Treceavo Cielo* flotando sobre su cabeza.

La omninave descendió y *Falco Peregrinus*, junto con el *Psicopompo* brotaron de su interior.

De inmediato, Téotl ordenó a los theratogénicos a su mando que apuntaran sus revólveres al más peligroso de los *Rakshasa*.

Falco Peregrinus se hizo a un lado.

-No me teman. He renunciado a *La Sociedad* –siseó el asesino, mostrando con su dedo como había arrancado los emblemas que lo identificaban como un *Siervo*.

-Es una trampa –vociferó Téotl.

-Estoy de su lado, peleé junto a ustedes. Pregúntale a *Falco* si no me crees.

-¡Falco es un mentiroso! –exclamó Téotl-. ¡Es como una ramera! ¡Se vende al mejor postor!

-¡Mide tus palabras! –exclamó el omninauta.

-Si no me crees... Dime, ¿cómo sé que Bellangela ha desaparecido? –murmuro el ex *Siervo*.

Téotl enfureció y se acercó al *Rakshasa*, aunque no mucho, dirigiendo su arma a la cabeza.

-¡Tú la secuestraste! ¡Dinos donde esta o te arrancaremos la vida! –gritó Téotl, crujiendo los dientes.

-Tu pistola no me dañará. No la he secuestrado yo. El responsable de ello fue *Moiawua*, mejor conocido como *El Phantocrator*, un alto *Siervo* de la orden de los *Thrimurtish* y un gran maestro de la espada. La ha tomado como rehén por órdenes de *La Sociedad*. También él ha sido el comandante en jefe del ataque contra *Dubhai*. Sé dónde está él y donde esta Bellangela. Podemos rescatarla, pero debemos darnos prisa. Muy pronto irán por ella.

-¡No te creo! ¿Por qué haces esto? ¿Por qué nos ayudas? ¿Por has renegado de *La Sociedad*?

El *Psicopompo* miró a Téotl a los ojos a través de los cuencos carmesí de su armadura.

-Porque *El Qubit* también me habló a mí y me mostró el cicatrizado rostro de lo que acontecerá –susurró el *Rakshasa*.

Téotl quedó perplejo.

Ya no dudó más.

-¿Qué debemos hacer para rescatar a Bellangela? –preguntó el, bajando su arma y pidiéndole a los theratogénicos a su mando hacer lo mismo.

-Necesitamos a *El Treceavo Cielo* –explicó el asesino-, debemos ascender a la superficie e internarnos en el *gurukula* de *Moiawua*, el cual conozco de manera personal, y tomarlo en un asalto por sorpresa. *El Phantocrator* no espera una represalia en este momento. Su templo, *El Qtab*, no está muy fortificado justo ahora. Entre los tres podremos rescatar a la futura *Prae Sedere* en una operación rápida y sin mucho riesgo.

-¿Qué necesitamos? –preguntó el guerrillero.

-Solo esto –respondió el asesino y señaló a su frente.

-¡Vámonos! –rugió Téotl.

La atípica trilogía de aliados subió a la omninave y salieron de *Dubhai*.

El Treceavo Cielo atravesó con potencia el techo rocoso de las grutas.

-Sigue estas coordenadas –musitó gélido el *Psicopompo*, mientras la nave despedazaba el lecho pedregoso -, allí Moiawua tiene su *swami* personal. Conozco la construcción. *Falco* nos esperará con el vehículo encendido, listo para largarnos en cuanto tengamos a la hija de Yerushali. Téotl y yo nos introduciremos por debajo de la torre, haciendo uso del primitivo sistema de alcantirallado, el cual se extiende por toda la estructura del lugar. De acuerdo a mis cálculos, solo pueden tener a Bellangela en dos lugares: *Las Mazmorras* o *El Sagrario*. Aunque yo más bien descartó por completo la primera posibilidad debido a la majestuosidad de su invitado, aunque no debo descartarla por completo. Será una misión limpia, rápida y concisa. ¿Entendieron?

-Hemos llegado –dijo el omninauta.

El Treceavo Cielo había roto las dantescas tuberías de las cañerías y se encontraban justo por debajo de la construcción.

-¡No se tarden o me largo! –carraspeó *Falco*.

Téotl y el *Psicopompo* descendieron de la nave y se perdieron en la negritud de los túneles.

El *Rakshasa* caminaba de manera enigmática, desentrañando el laberinto de pasadizos entre las cloacas, hasta que por fin se detuvo frente a una compuerta ligeramente de color rojizo.

Caminó hacia ella y la abrió.

-¡Sígueme! –exclamó el apostata.

Ambos entraron en ese acceso, el cual daba a una altísima y estrecha bóveda, donde solo existía el espacio suficiente para unas prolongadas y verticales escaleras, las cuales ascendía hasta lo alto de *El Qtab*.

Varios subniveles, con sus correspondientes compuertas, existían cada determinado número de peldaños.

-¿Qué es esto? –inquirió el Téotl.

-Son unas galeras abandonadas desde hace tiempo...

Todo era tenebroso.

-Sube hasta arriba –ordenó el *Psicopompo*-, allí está *El Sagrario*. Allí debes de hallar a la *Virgen Vhestal*. Si ves a *Moiawua* mátalo inmediatamente. Es muy peligroso. No tienes ninguna oportunidad contra él.

-¿Tu que harás? –preguntó Téotl, antes de subir por las escaleras.

-Yo iré a los calabozos, tal vez allí está la *Prae Sedere*. Si la encuentras, vete con *Falco*. No me esperes. Yo me les uniré después.

Sin más explicación, el asesino abrió el acceso correspondiente y se introdujo de manera silente en las mazmorras

En ellas se encontraba el silencio testimonio de sofisticados aparatos de torturas como evidencia del arte del dolor.

En las paredes de las celdas se podían apreciar los vestigios de los horrores sufridos por los criminales y disidentes a *La Sociedad*.

Arañazos y sangre seca ornamentaban tétricamente las tapias de ese lugar.

La humedad y poco aire provocaban una atmósfera asfixiante.

Sin embargo, en esas prisiones, tal como lo había pronosticado, no existía nadie.

Estaban desiertas.

Solo quedaba el eco del dolor.

"Aquí no está Bellangela", pensó el *Psicopompo* y se disponía a salir del calabozo cuando escuchó el lejano gimoteo de un llanto.

El sollozo era tenue.

Como de una niña.

Intrigado, el *Rakshasa* regresó a las galeras del terror y buscó con anhelo la procedencia del afligido lamento.

Procedía de una celda.

Con sigilo, y desenfundado sus cuchillos, el *Psicopompo* se acercó al interior de la mazmorra.

Se asomó a su interior y allí se encontró con un terrible espectáculo.

Una masa sanguinolenta de plumas y carne se quejaba y temblaba, llorando sutilmente, acostada sobre un sucio sarape.

El asesino se aproximó a ella, curioso.

-¿Quién eres? –le preguntó a la sangrienta masa de carne.

-No sé –contestó esta-, solo deseo estar con mi padre.

-¿Quién es tu padre?

-Tampoco lo sé –dijo el ser-... pero el vendrá por mí. Aliviará mi sufrimiento. Verás, una insoportable comezón me roe la piel y yo me rascó, pero cuando lo hago me arranco pedazos de carne... Incluso cuando no me rasco, mi piel mana sangre…

“Una víctima más”, pensó el *Psicopompo*, “Obviamente una infante theratogénica, a la cual torturaron, y muy probablemente, infectaron de una cepa violenta de *La Noxhas*. En su agonía, ya delira y cree que su padre la rescatará”.

En ese momento, la niña sintió una desgarradora sensación de picor en su epidermis y comenzó a rascarse brutalmente, desgarrando su carne.

Ella sintió alivio por un momento, pero enseguida, el dolor la invadió y la chiquilla prorrumpió en un llanto desconsolador.

-Dime, niña, ¿deseas que alivié tu sufrimiento? –preguntó el apostata.

-Si –afirmó ella, sollozando-. Por favor, señor, ya no quiero más dolor. Ayúdeme ya no quiero sentirlo nunca más, se lo suplico.

El asesino forzó la cerradura de la celda de una violenta patada y enseguida empuñó su daga.

“Si le amputo la cabeza de un tajo, solo sufrirá unos tres segundos. Ese es el tiempo que tarda uno en morir por completo cuando es decapitado”, se dijo a sí mismo y enseguida buscó el cuello en toda aquella sanguinolenta masa de carne para llevar a cabo su mortal tarea.

Al encontrarlo, no pudo evitar el mirar a los ojos a la criatura y se dio cuenta de algo inusual en ellos.

Eran los de una *Virgen Vhestal*.

“Es imposible”, pensó, “Está penado con muerte el atormentar a una *Virgen Vhestal*”.

Sin embargo, un escalofrío recorrió la espalda del asesino y enfundando sus armas se dedicó de lleno a buscar desesperadamente huellas de torturas en el cuerpo de la niña.

No existían.

El *Psicopompo* quedó mudo.

Tomándole la mandíbula a la niña, le volvió a mirar los ojos.

“¡No puede ser!”, exclamó el *Rakshasa*, incrédulo ante la terrible verdad.

Ella era Bellangela.

“¡Malditos bastardos!”, dijo el, golpeando la pared, “¿Qué le han hecho?”.

Contrariado, el *Psicopompo* administró un poderoso narcótico a la futura *Prae Sedere*, el cual la sedó y envolviéndola en un mugroso sarape cargó con ella.

Por su parte, Téotl por fin había logrado ascender hasta la cúspide de *El Qtab*, donde un gélido y agresivo viento lo recibió, abofeteando groseramente su cara y congelando su nariz.

El Sagrario se encontraba erigido sobre cielo abierto.

Por encima de él flotaba el templo colgante donde se adoraban a *Los Dhevas*.

Desenfundando su revólver, el adolescente recorrió con la vista todo aquel lugar, en busca de la futura *Prae Sedere*.

Pero allí solo encontró a *Moiawua*, de rodillas y dándole la espalda, orando fervientemente ante una capilla de culto.

Tenía puesta la máscara que siempre usaba en el rito del *Mandhukhara*.

Téotl le apuntó a la cabeza y le disparó sin dudarlo.

El Phantocrator, sobrenaturalmente, logró evadir el tiro realizado contra él y de inmediato desenfundó a *La Thirfing*, la espada segadora de almas, dirigiéndose con abrumadora inteligencia corporal hacia su agresor.

Sin amilanarse, Téotl continuó abriendo fuego sobre su rival, con la esperanza de atinarle pero siempre falló.

-¡Eres un theratogénico! –vociferó Téotl, mientras disparaba frenéticamente sobre *Moiawua*-, un humano nunca podría ejecutar los movimientos que tú haces... creí que *La Sociedad* no aceptaba a los miembros de tu raza como *Siervos*.

Moiawua brincó ágilmente y de una patada derrumbó a Téotl.

Después, sin la más mínima misericordia, lo atravesó con su espada maldita, perforándole uno de los pulmones.

La sangre brotó a raudales de la boca y nariz del atacado.

-Tú eres Téotl –dijo *El Phantocrator*, clavándole su arma nuevamente, pero en esta ocasión en el estómago, y ensartándolo en el piso-, y no sabes nada. He consultado noche tras noche a los dioses, realizando sacrificios humanos en el templo que flota sobre nosotros, para hacerme agradable a sus ojos y ellos me han dicho que un gran mal se avecina. Tú eres ese mal. Yo mismo he deseado matarte con mis propios manos desde que atacaste a *La Ciudad De Yaxha* y asesinaste a muchos de mis hermanos.

-Nosotros no fuimos –se excusó Téotl, intentando negar su afirmación-, quienes atacaron a *Yaxha* fueron la secta conocida como *Luz Oscura*.

Moiawua sonrió.

De un solo golpe, desencajó su espada de las carnes del niño y se pavoneó de su superioridad frente a él.

-¡Es imposible que haya sido *Luz Oscura* la responsable a los ataques de *Yaxha*! –exclamó el poderoso guerrero *Thrimurtish*.

-¿Cómo lo sabes? –susurró Téotl, agónico, temiendo que *Moiawua* conociera su identidad.

-Sé que no fueron ellos porque... –explicó *Moiawua*-, ¡Yo soy el dirigente de *Luz Oscura* y jamás daría la orden de atacar a *Yaxha*!

Téotl sintió vértigo en su corazón.

Además, se estaba desangrando.

Ya no pudo decir nada más, aunque deseaba hacerlo con todas sus fuerzas.

Sus ojos se pusieron en blanco y se desmayó.

Listo para dar la estocada final, *El Phantocrator* se acercó a Téotl, pero un grito se lo impidió.

-¡*Moiawua*!

Era el *Psicopompo*, con Bellangela sobre sus hombros.

El Phantocrator estaba asombrado.

-*Psicopompo…* –dijo el *Siervo*-, ahora es desagradable verte otra vez. A pesar que nunca hemos sido precisamente amigos nos unía nuestra madre… *La Sociedad*.

El *Rakshasa* bajó suavemente a Bellangela de sus hombros y la puso sobre el piso.

-¿Por qué dices eso?

-Supe que desertaste de *La Sociedad* y ahora eres un apostata –dijo él.

-Así es, he abandonado a la orden. Por mi parte, yo vi con mis propios ojos que la hija de Yerushali te dio batalla cuando la intentaste atrapar y te arrancó un ojo.

El Phantocrator permaneció sereno.

Se despojó de su máscara, dejando ver la horrible cicatriz.

-Me despojó de mi ojo, pero a cambio la capturé, a diferencia de ti que fracasaste en atraparla. *La Sociedad* me ha ascendido a *Anciano* a causa de mi proeza. Lo hizo ayer, en *La Ceremonia De Los Muertos*.

-Felicidades –susurró el *Psicopompo*-, pero como asumo que no dejarás marcharme con la *Virgen Vhestal* y Téotl, *Anciano* es un título que no disfrutarás por mucho tiempo. Te mataré.

El Phantocrator se puso otra vez la máscara que usaba en el rito del *Mandhukhara*.

-Un *Thrimurtish* contra un *Rakshasa* –musitó *Moiawua*-… el combate clásico. Los dos mejores clanes, pero nosotros llevamos ventaja. Hemos logrado un mayor número de victorias cuando nos enfrentamos contra ustedes.

-Procuraré emparejar la situación –siseó el asesino-. Por cierto a estas alturas ya debes saber que tu amante Práxedis está muerto. Yo mismo lo maté.

El Phantocrator pestañeó un segundo con su único ojo detrás de su máscara.

-No es cierto –murmuró en voz baja el *Trimurtish*-. Intentas hacerme perder el control de mis emociones para que puedas manejar mejor la batalla.

-Deja al pincel de mi cuchillo hacer un dibujo sobre el lienzo de tu carne –susurró el *Rakshasa*, desenfundando sus letales dagas, viendo que su objetivo había sido parcialmente cumplido.

De inmediato ambos se enzarzaron en una violenta guerra de solo dos hombres

Sus cuchillos serían cortados en dos si la espada de *Moiawua* los alcanzaba. Así que por estrategia, el *Rakshasa* usaba sus cuchillos para atacar y las protecciones de sus brazos y piernas para detener los ataques del filo sin piedad de *La Thirfing*.

Idoneidonita contra *unobtainium*.

La Thirfing se estrellaba contra la armadura del *Psicopompo,* sin lograr hacer mella en ella.

Ambos acertaban y rechazaban los embates.

Eran dos guerreros prodigiosos.

Las estocadas de *Moiawua* eran toda una maravilla del arte de la esgrima.

Los movimientos del *Psicopompo* eran un portento de la ciencia de la reyerta.

Ambos eran eminencias reconocidas en diferentes y variados campos de las artes marciales.

Estaba escrito que tarde temprano, debido a que los *Juegos Phiticos* obligaban a los mejores trece mejores guerreros de todas las castas a pelear anualmente, deberían de enfrentarse uno al otro.

Ese era su destino.

Sin embargo, lo habían cumplido más temprano que tarde.

Pelearon a lo largo de toda la circular cumbre de *El Qtab*.

Ninguno de los dos se hacía daño en realidad.

El *Rakshasa* se dio cuenta que esa pelea duraría muchísimo.

Eso le convenía a *El Phantocrator*.

Debería ponerle fin rápidamente a ese combate.

El tiempo corría en su contra.

La Sociedad ya había enviado refuerzos a *Moiawua*.

Decidieron darse una breve tregua.

-Tu espada no puede penetrar mi armadura –dijo el *Psicopompo*.

-Esta es una batalla injusta –dijo su oponente-, si no tuvieras puesta a la *aegis* ya te hubiera hecho caer.

-Hagamos un trato. ¿Todavía crees eso de la obediencia?

-Esta lo es todo. Existe la obediencia y el castigo. Cuando no se cumple una, se cumple lo otro. El que ordena puede equivocarse, pero el que obedece nunca.

-Entonces pactemos. Yo me quitaré el recubrimiento de mi pierna izquierda, para que puedas atacar.

-¿Y yo que haré?

-Atacar.

-¿Cuál es el truco?

-No hay truco. Habrá obediencia… o castigo.

Sin más preámbulos, el *Psicopompo* se despojó del arnés inferior de su pierna izquierda.

El Phantocrator se lanzó sobre él y sorprendido por la increíble velocidad de su enemigo el *Psicopompo* esquivó el zarpazo lo más rápido que pudo, pero esto no fue suficiente.

Su pierna estaba rebanada casi hasta el tuétano de su hueso y la sangre manaba escandalosamente.

-¡Fallaste! –susurró *Moiawua*, aún cerca de él, ya preparado su último y brutal tajo.

-En realidad, no –explicó el *Psicopompo*, impertérrito.

El asesino devolvió el golpe.

Aprovechando la cercanía del cuerpo de su contrincante, el *Rakshasa* quebró la muñeca de la mano, rompiéndola en tres partes iguales, despojándolo de su espada y con esta misma le amputó la cabeza de un solo tajo.

La cabeza de *Moiawua* cayó al vacío y durante los tres segundos en los cuales aún continuaría con vida pudo ser capaz de observar como el *Psicopompo* envainaba *La Thirfing*, proclamándose como el nuevo amo de la espada maldita.

El *Psicopompo* llamó por el intercomunicador a *Falco Peregrinus* y este ascendió junto con *El Treceavo Cielo* a recoger a Téotl y a Bellangela de la cumbre de *El Qtab*.

Volaron y se perdieron en el horizonte…

De los salmos y oraciones matinales del *Psicopompo*, rezados desde lo más lóbrego y húmedo de una mazmorra, unos días después de haber asesinado a *El Phantocrator* para rescatar a Bellangela.

"¡Oh, *Eioua*, escucha la súplica de tu antiguo siervo! De sangres del color de la malva he teñido el santo *unobtainium* de mi armadura. He ungido mi frente con la muerte. Soy el dedo índice del rayo que aniquila todo. Me he bautizado en las amargas aguas de los negros ríos del *Seol*. De veras me he convertido en la personificación misma del *Hades*. No hay brújulas en el infierno. Tampoco mapas para llegar al cielo. En mi oscura mente solo veo una larguísima escalera roja y sin fin que no sé si subir o bajar.

Me he rebelado contra mis amados amos, motivado por asuntos de conciencia, volviéndome hacia la apostasía. Soy un traidor por apartarme del camino angosto y estrecho de *La Única Religión Verdadera*. Los que antes eran mis hermanos, ahora me han dado la espalda. Si pudieran me matarían. *Las Vhedas*, los libros de la sabiduría suprema que contiene la hermosa palabra de los dioses, lo estipulan de esta forma. Todo rebelde debe ser *cortado*. El amor se ha vuelto una herejía. La paz una blasfemia. ¡Dioses, no se enfaden conmigo! La senda de los justos no es recta. El camino del bien está lleno de piedras y la rosa de la verdad llena de espinas...

Después de rescatar dramáticamente a la *Virgen Vhestal* de la infame prisión conocida como *El Qtab*, la primera orden que dio el astuto Téotl al recuperar el conocimiento fue la de apresarme de manera inmediata.

Los theratogénicos a las órdenes de Téotl intentaron aprehenderme, pero no lo consiguieron. Eran muy fuertes y ágiles. Sin embargo, no se comparaban a mi entrenamiento *Rakshasa*, ni siquiera aún con mi pierna izquierda herida. Fue solo hasta que quebré los huesos del decimotercer hombre que intentó capturarme cuando Téotl se dio cuenta que no conseguiría su objetivo por métodos convencionales. Pude haber matado a todos allí pero no lo hice. Téotl lo sabía. Por esa razón, me solicitó que reconociera mi condición de cautivo y aceptara ser confinado en una celda hasta que un tribunal de justicia decidiera lo que debería hacer conmigo. De lo contrario

tomaría medidas mucho más agresivas para encerrarme. Accedí a sus demandas, pero no por miedo a sus represalias.

No confía en mí, a pesar de que mi participación, aunque modesta en la victoria en la batalla por *Dubhai*, fue determinante para traer de regreso a la futura *Prae Sedere*. Sin embargo, eso no es suficiente para los déspotas e hipócritas seres como él.

Malicioso como siempre, Téotl también me pidió que me despojara de la *aegis*, mi armadura de *unobtainium* y que entregara *La Thirfing* a su resguardo. Me negué a ambas cosas. Tengo votos sagrados para jamás despojarme de mi armadura delante de ningún ojo humano y *La Thirfing*, aquella que el vulgo tiene por espada maldita, me pertenece legítimamente al haber vencido a su anterior dueño.

Aceptó una breve alianza conmigo solo debido a que era la posibilidad más rápida de rescatar a *La Paloma Del Desierto*.

Téotl aceptó mis condiciones y terminará por verme como un aliado. Lo sé. Ya he visto cómo acabará casi todo. *El Qubit* me lo reveló. También le reveló cosas a él, pero no las mismas cosas que a mí. Entre Téotl y yo tenemos casi todo el rompecabezas armado, aunque tenemos diferentes partes de este rompecabezas. He descubierto quien es Téotl en realidad y ahora sé de sus capacidades. Nos espera algo terrible, pero tenemos que actuar para evitar ese destino.

El Óvum palpita cada vez con más fuerza. Late apresuradamente, como el corazón de una liebre cuando es perseguido por las flechas de un cazador. *El Óvum* sabe que algunas personas psicosensibles ya lo han detectado y aunque se ríe con desdén de estas personas, en su incompleto corazón tiene profunda turbación ante la cada vez más firme posibilidad de tal vez no llegar a nacer.

Sin embargo, *El Óvum* no solo nacerá sino que está destinado a parir a un horror aún más grande que él. Un horror hambriento y sin mente. Un horror cuya gula no tendrá saciedad ni fin a menos que se lo impidamos. Un horror que causará el óbito de las estrellas. Asimismo, *El Óvum* tiene una progenitora que no sabe que está a punto de ser madre. Una progenitora que no tiene ni

idea de la existencia de su abominable vástago. Una progenitora que, de saber las cosas que están a punto de suceder, asesinaría sin dudar a su propio hijo.

Falco es una de las pocas personas psicosensibles en toda la *Theocracia* que es capaz de sentir la maldita presencia de *El Óvum*. Sin embargo, el gran inconveniente es que *El Óvum* también es capaz de sentir a aquellos que lo sienten y por lo tanto hará todo lo que esté a su alcance para asesinar al *Halcón Peregrino*. Por el momento, ni siquiera *Falco* mismo se da cuenta del extraordinario don que posee. Tampoco Téotl sabe que *Falco* tiene este don, pero tarde o temprano descubrirá en el omninauta esta capacidad. Lo sé porque ya lo he visto casi todo.

Mientras estoy recluido en mi oscura celda, entre ratas y excrementos de ratas, pienso en el perturbador desenlace que se avecina para todas las cosas. Rezo día y noche, rogando con fuertes ayunos, para hacerme agradable a los dioses y que jamás suceda tan oscuro destino. En las paredes de mi prisión escribo oraciones que aprendí en la santa *Ciudad De Yaxha* con el objetivo de contener todo el mal que vendrá, aunque el mal también yace en mí interior.

Ayer ejecutaron a todos los fieles a *La Sociedad* capturados en la batalla de *Dubhai*. *El Trinital*, el corrupto tribunal de justicia de los theratogénicos, fue manipulado claramente por un *Therathos* hambriento de venganza. Sin piedad a quienes no tuvieron piedad. Solo yo he sobrevivido a las órdenes del terrible y ahora cuadripléjico *Al Jhedive*. Obviamente, Téotl está detrás de mí indulto. No permitirá que me ajusticien. Me necesita. Aun cuando decidieran matarme no tengo miedo de perder la vida. Sé que sirvo a *Aquel Que Puede Levantarme De Entre Los Muertos*. No solo yo, sino todos mis hermanos espirituales que fueron condenados a la horca el día de ayer. Tanto ellos como yo resucitaremos en nuevos cuerpos santos. Serviremos en fastuosos palacios hipogeos a *Aquellos Que Son Eternos*. A la espera de todas estas cosas, debo aguardar fielmente la llegada de *Eioua* y creer en su santa palabra. Él salvará a la humanidad y hará realidad sus promesas. ¡Oh, *Eioua*, perdóname y protégeme de mis enemigos!”.

VII

El incomprensible y aliáceo agujero negro, tan surrealista como una cerúlea laguna de poiquilotermias aguas de color oscuro con elegantes y suaves olas isotrópicas, continuaba a modo de una maculada cuerva vertical encajada en la pared.

-¿Quién eres? –preguntó trapicheado *Athanatoi*.

La lengua tartajosa del silencio contestó con un fandango de mutismos.

El nervudo coloso sacó lentamente su cabeza de aquel agujero. Aunque nadie había respondido a su chuchurrida pregunta sabía que algo estaba allí. No tenía manera de probarlo con certeza pero lo presentía por medio de sus raros sentidos extrasensoriales.

Por unos pocos momentos, pensó que la vellosa araña en su mente iba a chozpar y salir caminando velozmente de aquella oquedad para después escapar rumbo a los enmarañados zarzales de estrellas del exterior.

Athanatoi dio medio paso atrás, con cierta inseguridad, sin que sus ojos electrónicos perdieran de vista aquel amenazante agujero negro. En su tenue repliegue alcanzó a rozar ligeramente con sus hombros la grácil estatua de la más bella *Virgen Vhestal* de todos los tiempos. Ésta se balanceó delicada y finamente al borde de su atril, trastabillando sobre sí misma de manera circular, se bambaleó con lentitud un par de veces y por último se estrelló estrepitosamente contra el piso, haciéndose añicos que se pulverizaron casi al instante.

Al caer, la espada que sostenía la perfecta efigie de Bellangela se deslizó pulcramente dibujando elegantemente un cuarto de luna de noventa y un grados en su breve pero atípico trayecto sobre el suave suelo de *unobtainium*.

Athanatoi, con la devoción incomprensible de sus ojos electrónicos, dio unos pasos para acercarse a aquel punzocortante instrumento de guerra y tener la oportunidad de apreciar con exacción todos sus magníficos detalles.

En sus filosas caderas tenía el inquietante grabado de una serpiente enroscada alrededor de todo lo largo.

-¡Es *La Thirfing*! –exclamó asombrado el supersticioso theratogénico.

Enseguida, el colosal invidente recapacitó en sus anteriores palabras.

"¿Cómo sé que así se llama la espada?", se dijo a sí mismo, "¿Por qué la reconozco?", "¿Cómo ha llegado aquí tan crápula instrumento?".

También se dio cuenta que la bífida punta de *La Thirfing* se hallaba envuelta en lo que parecía ser una fécula de sangre.

-¿De quién será la sangre? –se preguntó.

El gigante estaba a punto de tomar la espada por la empuñadura, cuando reparó en un extraño objeto triangular que hasta ese momento había permanecido oculto en las entrañas de la representación de la *Virgen Vhestal*.

Lleno de incertidumbre, se dirigió a aquel objeto fetén y con sus manos febrífugas lo levantó del linóleo piso.

Limpió con fervor religioso al escabioso objeto trianguliforme, como las arañas tejerían sus hilos si sus telarañas fueran una religión.

Al instante, el ignoto objeto empezó a desplegar una brillante gama de tonos de colores luminiscentes en distintas longitudes de onda, dilatando obnubiladamente el amplio espectro electromagnético.

Las luces intentaban, con futilidad, formar en el tiempo y el espacio el complicado rompecabezas tridimensional de una bizarra figura geométrica que no parecía tener ni principio ni final.

La imagen proyectada se hacía y se deshacía, siempre de manera corrupta e incompleta, difuminándose efímeramente en el aire como una red de pescar multicolor que no se completaba nunca jamás.

Tras varias tentativas, *Athanatoi* podía apreciar en aquel crucigrama de formas ciertos patrones en la extraña holografía que le permitían intuir que tal vez se trataba de la estilizada imagen de una mujer.

Al gigante le parecía ver que unas piernas se dibujaban en el aire, para luego desaparecer y dar paso a unos pechos y torso femeninos que se diluían transparentemente como si fueran una linfa en el aire.

Por fin, tras un violento hipo espasmos de luces y sombras la imagen tridimensional se pudo formar por completo, con el resplandor de aquellos que son santos y han nacido de nuevo y una voz suave y hermosa surgió de ella.

-Saludos *Athanatoi* –exclamó la fluorescente figura holográfica-. Ha sido un largo camino para encontrarte de nuevo pero el destino ha querido que te encuentre. No te puedo llevar conmigo ni tú puedes llevarme contigo. Pon atención a mis palabras.

El gigante no podía creer quien estaba ante él.

Habían pasado millones de años desde la última vez que se habían visto.